K. W. JETER



La visión de Ridley Scott del Los Ángeles del siglo XXI de Philip K. Dick fue una obra maestra que se ha convertido en un hito definitorio en el paisaje de la ciencia ficción. Y con sus novelas de **Blade Runner** el aclamado autor K. W. Jeter ha agregado un cuerpo de ficción que resuena ricamente con la visión original.
Totalmente autorizada por los herederos de Philip K. Dick y escrita por el autor que sentían que estaba mejor equipado para llevar adelante la visión de uno de los grandes nombres de la ciencia ficción, *Blade Runner 4: Ojo y Garra* combina las imágenes de oscuridad, paranoia, tensión y ritmo de la novela original de Dick y el genio cinematográfico de Ridley Scott en una novela que trae la serie Blade Runner a un nuevo milenio.

Blade Runner se ha convertido en uno de los íconos más reconocidos y queridos de la ciencia ficción y K. W. Jeter solo ha contribuido a su reputación e impacto.

Blade Runner #4

Ojo y Garra

K. W. Jeter



Título original: *Blade Runner 4: Eye and Talon*
Autor: Kevin Wayne Jeter
Arte de portada: Nombre del ilustrador
Publicación del original: 2000

Traducción: Pablo Martínez Salazar (mepesalalg)
Revisión: …
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
07.09.20
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Blade Runner y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Blade Runner 4: Ojo y Garra es el tercer libro, tras *Blade Runner 2: El Límite de lo Humano* y *Blade Runner 3: La Noche de los Replicantes*, en continuar la historia de Blade Runner iniciada en la película. Fue publicado en 2000.

La historia sigue a Iris, otra blade runner, en una misión para encontrar el búho de Tyrell, que parece tener una importancia especial para la Corporación Tyrell y otras organizaciones dudosas.

«La más lograda hasta ahora, pisando una cuerda floja entre la paranoia de la novela original de Dick, el barniz noir de alta tecnología de la película clásica de Ridley Scott y los propios conceptos originales de Jeter. No se la puede perder.»
Starlog

«La prosa vale el precio de admisión en sí misma y evoca sin problemas la desolación de paisaje y espíritu del futuro cercano del film.»
Interzone

«Jeter hace un buen trabajo entrelazando sus nuevos personajes y argumentos con las situaciones y personas de la película original, añadiendo más profundidad al bizarro mundo futuro que resultó de la combinación de la imaginación de Dick y la realización de Hollywood.»
Locus

A Patrick Gyger

Toma descartada

PLANO MEDIO, una pequeña habitación sin aire, dos sillas con una mesa entre ellas. Un ventilador de techo gira lentamente a través de estratos de humo de cigarrillo gris azulado; como hojas de cuchillo a través de fantasmas. Una policía está de pie asomándose a través de una ventana que es un resquicio horizontal, tan estrecha como si estuviese a nivel de superficie de un búnker subterráneo.

PUNTO DE VISTA DE LA POLICÍA. Lo que la policía ve: la estrecha ventana no mira fuera al suelo, sino más bien desde arriba, abajo hacia las luces de una enorme ciudad nocturna, extendiéndose hacia el horizonte, como un espejo invertido del cielo que ya no puede verse más allá de las sucias nubes cargadas de lluvia. Mientras la policía observa, las moteadas partes inferiores de las nubes se vuelven de un naranja rojizo, teñidas por gotas de llamas que florecen como las lenguas de dragones desde agujas cosidas a través de la oscuridad. Los sonidos de siseo de dragón de las llamas en chorro son respondidos por los rastros rápidos de rotadores de la policía cortando la ciudad nocturna en cuadrantes y sectores más pequeños y asimétricos. Lo que la policía ve es espacio muerto, desde las calles de neón vibrante entrelazándose unas con otras abajo, hasta las cenizas llevadas por la lluvia enlodando las cimas de las torres mezcladas. Lo que la policía ve es Los Ángeles.

LA VOZ DE UN HOMBRE: «¿Está bien si hablo?»

La policía no se vuelve de la ventana estrecha. «Habla todo lo que quieras», dice la policía.

ÁNGULO INVERSO, mostrando el resquicio de ventana desde fuera del edificio. PRIMER PLANO de la cara de la policía, PRIMER PLANO del ojo de la policía, PRIMER PLANO del oscuro centro del ojo, hasta que la pupila moteada del ojo llena la pantalla.

RETRASO, todo el recorrido hasta PLANO LARGO, mostrando la hendidura estrecha de luz de la ventana, como el corte de un cuchillo en el muro exterior inclinado de la enorme forma de pirámide del edificio.

«Me pongo algo nervioso cuando hago pruebas.»

La policía se vuelve desde la ventana y mira al hombre corpulento, musculoso, no demasiado brillante, sentado a la mesa. La frente de la policía se arruga; algo ya está mal. O mejor dicho, no está bien, de alguna manera casi invisible pero importante. Puede sentirse en el aire pesado y mermado de oxígeno que llena la pequeña habitación.

Algo siempre va mal. La policía camina y se sienta a la mesa, enfrente del tipo grande y estúpido. La policía sonríe, aunque sabe que la sonrisa se vuelve tan horripilante como antipática en su cara.

«No se mueva», dice la policía.

La habitación está vacía excepto por ellos dos. La habitación está silenciosa excepto por el susurro apagado del ventilador de techo, moviendo lenta e ineficazmente el humo gris azulado de alrededor.

Hay algo más en la sala con ellos. Está posado sobre la mesa entre ellos, una máquina respirando lentamente adentro y afuera, silenciosamente, los fuelles de su ventilador moviéndose adelante y atrás, aspirando las moléculas de sudor y miedo de la habitación.

PRIMER PLANO de la máquina Voigt-Kampff. La lente de una cámara apunta hacia el tipo grande y estúpido; una pequeña pantalla montada en un tallo de metal se gira hacia la policía. Otro ojo llena esta pantalla; si el tipo grande y estúpido se mueve, estropeará el enfoque que la policía está ajustando laboriosamente.

«Lo siento.» El nombre cosido en la parte delantera del mono del tipo grande y estúpido es LEON. No parece tan estúpido como para que no haya un rastro de astucia brutal visible en su cara de barbilla caída con barba de tres días. Alguien que lo observase podría haber imaginado fácilmente que estaba intentando fastidiar todo el procedimiento. Pero ahora está sentado inmóvil, con las manos apretadas en el regazo. «Ya he hecho mi prueba de coeficiente intelectual este año y…»

La policía lo corta. «El tiempo de reacción es un factor en esto.» Su voz es grave, amonestadora. La cara atractiva, incluso hermosa: ojos grandes, piel de la finura de la porcelana, contrastando con el artificio rojo de sus labios; el pelo oscuro arreglado de una manera retro tan severa como extrañamente delicada, pero con una expresión de fría altanería. «De modo que, por favor, preste atención», continúa, «y conteste tan rápido como pueda.»

Preste atención. Ella calla, como turbada por las palabras. Apenas suenan como suyas, o incluso dichas con su propia voz. Tiene que preguntarse de quién son realmente esas palabras.

PRIMER PLANO de Leon. Asiente malhumorado con la cabeza.

«Un hombre», dice la policía. Se reclina en su silla, observando las temblorosas fluctuaciones del ojo magnificado en la pequeña pantalla de la máquina Voigt-Kampff. «Va al desierto. Camina por la arena cuando mira abajo y ve…»

«¿Cuál?»

PRIMER PLANO de la policía. Parece contrariada. «¿Qué?»

«¿Qué desierto?»

«No importa…» Se detiene, buscando las palabras correctas. Como si tuviese que recordarlas, sacarlas de algún otro lugar. Algún lugar fuera de ella misma. «No hay ninguna diferencia», dice la policía por fin. «Es completamente hipotético.»

«Entonces, ¿cómo es que está allí?»

Ella sabe que está intentando fastidiarlo, desequilibrarla, volar la prueba, hacer que los resultados sean inútiles. *Así que eso me dice ahí mismo*, piensa la policía, *que es un replicante.* La mirada fría en sus ojos indica los pensamientos tras ellos. Y como cualquier policía sabría, no hay nada más tonto que una persona tonta intentando ser lista. Bien podría simplemente sacar la gran arma de dentro de su chaqueta y hacerlo desaparecer, ahora mismo. ¿Por qué esperar? Pero la policía sabe que hay etapas por las que pasar, procedimientos departamentales, y ese hacer las preguntas es parte de todo ello. Necesario, aunque en este momento no podría descifrar por qué.

«Quizá esté harto.» El resto de las palabras le llegan un poco más fácilmente, aunque todavía no sabe de dónde. «Quizá quiera estar consigo mismo.» Eso es lo que la policía quiere ahora mismo; el pulso le palpita en las sienes y la pequeña habitación parece estar volviéndose aún más pequeña, apretando a su alrededor como un puño. «¿Quién…?» Se concentra intensamente, acercándose a las palabras y la imagen magnificada del ojo en la pequeña pantalla. «¿Quién sabe?»

«Está bien», dice Leon suavemente. Las palabras del tipo grande y tonto están mal, fuera de personaje, como si hubiese conseguido percibir el ataque de nervios de la policía. «Tómeselo con calma.»

La policía lo mira ferozmente. No necesita su ayuda. Superará esto.

«En cualquier caso», espeta las palabras virulentamente, «este hombre mira abajo y ve un galápago.» Las palabras llegan más deprisa, expulsadas por el enfado que hace que su pulso lata aún más rápido y fuerte en los límites de su cráneo. «Mira abajo y ve un galápago arrastrándose hacia él…»

«¿Un galápago?» Leon ha vuelto a la sincronización, y al personaje. «¿Qué es eso?»

«¿Sabe qué es una tortuga?»

«Claro.»

«La misma cosa», dice la policía. La pequeña habitación se está acercando a ella otra vez, presionando el aliento de sus pulmones. Salta hacia delante, no importándole el diálogo perdido. Sólo quiere salir de ahí. Antes de que algo más vaya mal. «El hombre baja y da la vuelta al galápago sobre su espalda.»

PRIMER PLANO de la máquina en medio de la mesa. Las agujas tiemblan en los diales, exactamente como la policía sabía que harían.

PRIMER PLANO de la gran cara malhumorada de Leon. «¿Se inventa usted estas cuestiones?», pregunta, «¿o alguien las escribe para usted?»

La policía no parece oírlo. Sus labios se mueven ligeramente, como recitando palabras diferentes, otra pregunta, de algún otro tiempo y lugar.

¿Esto comprueba si soy una replicante… o una lesbiana, Sr. Deckard?

Leon le susurra: «Vamos…»

La policía se despierta, emergiendo de sus propios recuerdos vagos e insustanciales. Las palabras de Leon parecen irritarla, aunque de alguna manera sabía que él le preguntaría eso.

«Sólo son preguntas, Leon.» Se reclina en su silla, haciendo el esfuerzo de recuperar el control, de parecer serena y al mando. Una sonrisa fina y desagradable se muestra en su cara mientras alcanza el único otro objeto sobre la mesa, más cerca de ella, un cenicero con un cigarrillo liado a mano que arrastra una hebra gris hacia arriba, hasta el otro humo en el techo bajo. Tabaco real, bienes del mercado negro, la clase de cosa que sólo un policía se permitiría tan abiertamente: la policía inhala, sopla el humo, todo el tiempo mirando fríamente a la figura voluminosa enfrente de ella. «Eso es todo. No se preocupe.»

Leon mira nerviosamente alrededor de la habitación, y después de vuelta a la policía. Sabe que las cosas van mal, han ido mal, siempre irán mal. Pero tampoco terminarán; tiene que aguantarlo, al igual que hace ella.

«Vale», dice Leon lentamente. «Sobre la tortuga…»

«Olvide la tortuga.»

PRIMER PLANO de Leon. Su frente se pliega. «Pero la tortuga es importante…»

«No, no lo es.» La policía recoge el cigarrillo otra vez y toma una larga calada de él, casi quemándose los nudillos cuando el extremo caliente se acerca a su mano. «Olvide la jodida tortuga. Ya no importa. Le preguntaré otra.»

Leon echa un profundo suspiro, tan agitado como resignado. «Adelante.»

PRIMER PLANO de la policía. Su mirada se aparta de la figura al otro lado de la mesa, de la pequeña pantalla con su imagen magnificada de su ojo, y hacia algún lugar muy dentro de sí misma. Donde sus pensamientos se han vuelto sin palabras y extrañamente tranquilos, ya no más aprensivos e inseguros. Pero ahora absolutamente seguros de lo que va a suceder a continuación.

PRIMER PLANO EXTREMO. Mira la colilla del cigarrillo ardiendo entre sus dedos, después vuelve a colocarla lenta y cuidadosamente en el cenicero. El hilo de humo gris azulado corta una línea vertical a través del aire. La policía devuelve la mirada hacia Leon, concentrándose en él una vez más.

«Déjeme preguntarle», dice ella, «sobre… su madre.»

«¿Mi madre?» Leon se queda perplejo, aunque la policía sabe que entiende la pregunta.

«Claro.» La policía asiente, su sonrisa alentadora e incluso amable. O tanto como es posible bajo las circunstancias. Se siente mejor ahora; se habrá terminado pronto. «Dígame en sus propias palabras… todo lo bueno que recuerda de su madre.»

«Mi madre…» La expresión de Leon se oscurece, como las nubes que encapotan el cielo nocturno fuera de la pequeña habitación y del edificio con forma de pirámide. «Le diré sobre mi madre.»

La policía sabía lo que iba a suceder. No se sorprendió cuando los disparos despedazaron la superficie de la mesa, el fuego erupcionando desde el arma en las manos de Leon, escondidas debajo. No tenía ningún sentido que tuviese el arma, que hubiese podido colarla en el interrogatorio. ¿Dónde estaban los procedimientos de seguridad? Pero al mismo tiempo, tenía perfecto sentido. Tenía que suceder de esa manera…

Una línea diagonal, desde el arma hasta ella. Las balas percutieron a la policía, golpeándola contra la silla, golpeando la silla hacia atrás contra la endeble pared prefabricada, la fuerza de las balas aplastando la silla a través de una corona de astillas y polvo. La silla cayó, vertiendo a la policía sobre el suelo y sobre su espalda. Miró arriba, con los ojos ya empezando a desenfocarse y a terminar de filmar.

Todo mal, pensó. Y exactamente como tenía que ser.

El tiempo se detuvo, se dilató, se difundió alrededor de la policía como el charco de sangre enfriándose debajo. La habitación ahora le parecía enorme; contenía universos

enteros. Estaba justo lo suficientemente despierta para ser consciente de otras dos figuras entrando en la estancia, y de Leon mirando hacia ellos y preguntando, *¿Ha estado bien?*

Has estado bien, contestó uno de ellos. *No te preocupes por ello.* Pero la policía pudo oír la decepción en su voz.

Más aún, cuando la figura vino y se quedó sobre ella y ella pudo oírle hablar con el otro, en el último segundo absoluto de su muerte.

Éste tampoco ha funcionado. En la oscuridad desenfocada, la policía pudo distinguir su lenta sacudida de cabeza. *Tendremos que probar otro…*

RETRASO a PLANO LARGO.

ÁNGULO ELEVADO, la policía muerta en el suelo.

Y FUNDIDO EN NEGRO.

1

Le encantaba su trabajo.

Iris sabía que era buena en ello. Incluso en una ocasión como ésa, cuando también sabía que podía morir en cualquier segundo, y que su muerte sería su propia culpa; incluso entonces, la convicción ardía dentro de ella, una chispa muy caliente en el centro de sus entrañas, de que no había nadie mejor en eso. La mayoría de los otros blade runners, o al menos aquellos que habían estado en el juego tanto tiempo como ella, ya estaban muertos o quemados.

Débiles, pensó Iris mientras caminaba a través de la cara de la mujer, de un blanco luminoso.

La imagen de la geisha estaba a su alrededor, una sustancia tangible como las nieblas brumosas que se levantaban, entre los ataques del monzón, desde las lagunas estancadas que una vez fueron los muelles de carga de San Pedro en el límite de la ciudad, donde la extensión de Los Ángeles era terminada por las grises olas brillantes de aceite del Océano Pacífico. Iris tenía recuerdos de la niñez de los muelles y del mar muerto en decadencia, de no hacía tanto tiempo; el orfanato de la calle había desbloqueado y tomado de su tobillo la banda emisora de radio codificada, el anillo mágico que le había permitido registrarse cada noche en los refugios para dormir hexagonales como colmenas, sólo hacía unos años, cuando había pasado su vigésimo primer cumpleaños. Entonces fue cuando legalmente pudo ceder suficientes derechos de seguridad corporales para unirse al programa de entrenamiento básico del Departamento de Policía de Los Ángeles. La peor parte de alistarse había sido yacer en una sala de hospital departamental durante una semana, con un sustituto de la sangre de reducción térmica llenando sus venas mientras toda su sangre real drenada estaba siendo escudriñada en busca de elementos traza y metabolitos de los pocos químicos tóxicamente emocionantes que los filtros del laboratorio eran lo bastante sensibles para detectar. Recordaba durante todo ese tiempo, con el núcleo de su cuerpo asegurado a 78 grados Fahrenheit[1], soñar con icebergs, azules y brillantes como la luz de luna veraniega, marchando a cámara lenta pesada a través de las calles de Los Ángeles, barriéndolas, dejándolas puras y como glaciares, como los diamantes que había sentido creciendo a lo largo de su espinazo. Cuando los médicos del departamento con sus ensangrentadas batas azules la habían despertado, y ella se había quitado parpadeando los cristales de hielo de las pestañas, casi había estado triste de ver la ciudad sucia otra vez, lavada sin quedar más limpia por las lluvias tropicales cargadas de fiebre…

Gigantescos *kanji*[2] rojos marchaban a través de la nube envolvente, deletreando el nombre de marca del tricíclico de banda ancha que la geisha se estaba colocando alegremente sobre la lengua. Los ideogramas y la cara se apagaron un poco, lo suficiente para que Iris pudiese ver una angosta serie de estrellas a través de un corte en las nubes

---

[1] Unos 26º Celsius (N. del T.)

[2] Caracteres chinos utilizados en la escritura del idioma japonés (N. del T.)

nocturnas más grandes y oscuras por encima. Y lo suficiente para que su presa pudiese reparar en ella; con el abultado metal negro de su arma llenando sus dos manos, y suspendido con el cañón vertical a lo largo del lateral de su cabeza, Iris se retiró a la sombra del edificio. Bajo la suela de su bota, fragmentos del saliente de hormigón se desmigaron y cayeron, bajando como frías estrellas muertas las veinte plantas hasta la concurrida humedad reluciente por los neones de la calle. La lluvia deslizándose por el exterior del edificio se escabullía por los zarcillos del cuello de su pelo negro recortado, y dentro del collar de su chaqueta de cuero artificial con filamento de kevlar. Sus nudillos estaban tachonados como por gemas por gotas de la misma lluvia; mojada, la boca del arma parecía obsidiana tallada y pulida, un pequeño tótem de violencia levantado en alto por uno de sus devotos.

Muy bien, pensó Iris. *¿Dónde está?* La adrenalina en sus venas la estaba impacientando. Quería empaquetar a éste antes del efecto tónico de la persecución, que aceleraba su pulso modulado a un modo de ritmo más lento, de corredor de maratón, más que a un empuje total de velocista. La mitad del placer en la caza de replicantes venía de mirar hacia abajo sobre uno, con el latido del corazón de ella tan fuerte en su garganta que tenía que luchar con su propio cuerpo para evitar que el arma temblase en su control, y la presa volviéndose y fijando su mirada condenada en la suya, de modo que ambos supiesen exactamente lo que iba a suceder a continuación, qué momento de intimidad terminal estaban a punto de compartir, a sólo el pequeño movimiento de un dedo curvado, gatillo y lanzamiento, subiendo por sus brazos apuntalados y adentro de esa pequeña sala privada por debajo de su esternón…

La otra mitad del placer venía de que te pagasen una recompensa de blade runner. Podía usar el dinero. El arma en sus manos no era expedida por el reglamento del DPLA, sino algo por lo que aún estaba haciendo pagos ella misma.

Un pequeño movimiento agitó la nube húmeda que presionaba alrededor de ella, un movimiento que no estaba causado por cambios meteorológicos menores, corrientes de viento o el ciclo de liberación de purgante de un pozo ventilador. Iris sabía que algo humano lo había hecho. O algo tan cerca de lo humano para correr como uno, tan alejado de lo humano para ser presa legal.

Vamos…

Deslizó el pie a lo largo del estrecho saliente, el talón de su bota raspándose contra el antiguo revestimiento de ladrillo. Cuidadosamente, con cada pequeño movimiento sincronizado con su propio pulso, se abrió camino hasta la esquina del edificio. El sudor de sus palmas se mezclaba con la lluvia que avanzaba poco a poco a lo largo de los surcos de la empuñadura tallada del arma.

En la esquina, con su arista de cuchillo despuntando contra su espinazo, pudo mirar abajo y distinguir a través de la neblina el esqueleto quebrado y oxidado del dirigible que, hacía tiempo, solía navegar más allá de las extensiones superiores de los edificios, con sus antenas puntiagudas como de criatura marina y sus luces focales giratorias, su monitor pululando de píxeles mostrando vistas tentadoras de fuera del planeta, y la voz

sintetizada ensalzando atronadoramente las virtudes de la emigración a las estrellas. Los terroristas simpreps habían derribado el dirigible de anuncios de servicios un tiempo después de que Iris hubiese salido del complejo de inmersión en entrenamiento avanzado del DPLA, y de que hubiese empezado a dejar su marca en la unidad de blade runners, con una proporción de muertes efectivas con una racha de mil echada por tierra sólo hiriendo a un peatón que se había espantado en la dirección equivocada cuando ella había empezado a vaciar su cargador a lo largo del Bulevar Figueroa. Fuera de servicio, narcotizada y dormida, Iris no había visto caer el dirigible; por lo que algunos de los polis uniformados le habían contado, había parecido una ballena incendiada, como si el Capitán Ahab hubiese canjeado su arpón por un lanzallamas. Los mares muertos ya no contenían ballenas; sus huesos se pudrían en las fosas marinas, cubiertos de aceite. Sólo en malos sueños y en noticias televisadas se podía ver una cayendo del cielo con una gracia tan lenta y triste.

Ahí.

Lo había visto, el objetivo que había estado persiguiendo todo el camino desde las madrigueras por debajo de las viejas pistas del Vuelo del Ángel, en el centro densamente húmedo y compacto de la ciudad. Los moradores trogloditas, pálidos como pescado de caverna y parpadeando incluso por la poca luz solar que había disponible durante la estación del monzón de Los Ángeles, habían conseguido excavar un espacio como una cúpula en la tierra debajo de las amontonadas torres de oficinas, iluminarlo con corriente pirata extraída de una de las líneas principales, y habían estado vendiendo entradas para un entretenimiento atractivo de forma única para los residentes con guardaespaldas de los enclaves fortificados de Beverly Hills y Brentwood. La mayor parte del espectáculo era la habitual cosa sexual coreografiada de manera cursi, encanto retro a la manera de Las Vegas desde el lugar vacío en el desierto en el límite de la ciudad donde Las Vegas solía estar, lentejuelas en pezones mezcladas con siniestro horterismo militar de cuero negro, directamente de recuerdos genéticos de un Berlín de Weimar[3] fosseizado[4]. Pero la estrella del espectáculo clandestino, la sensación singular, había sido algo verdadera y enfermizamente intrigante.

Un imitador de replicantes.

Eso es entretenimiento, había pensado Iris cuando había oído sobre ello en las sesiones de información con ropa de paisano de la comisaría. Mundo del espectáculo y fogonazo, un genuino ser humano imitando a una imitación de ser humano. La drag queen definitiva, no transformada de un sexo a otro, sino más profundamente que eso, de carne y sangre reales, hombre nacido de mujer, a sintético, nacido de las líneas de producción de la vieja Corporación Tyrell.

---

[3] Berlín en el período entre la Primera Guerra Mundial y el ascenso del nazismo, conocido como República de Weimar (1928-1933) (N. del T.)

[4] Referencia a Bob Fosse (1927-1987), actor, bailarín, coreógrafo y director de cine estadounidense (N. del T.)

Supuestamente, la actuación de Art Enesco (que era el nombre artístico del imitador de reps) recorría la gama desde una parte cómica de interrogatorio, con respuestas con doble sentido sobre una máquina Voigt-Kampff de utilería y mirando de reojo al público agrupado alrededor de las mesas y sus bebidas aguadas, hasta una demostración dura, con la mitad del grupo del coro como asistentes, de cuánto eran más fuertes físicamente los replicantes que los humanos, en cada ramo. Y el final, donde el imitador encajaba una bala simulada en la cabeza por parte de un tópico blade runner, todo ojos muertos y gabardina mugrienta, se suponía que era un clímax.

—Dejemos que el equipo antivicio lo cierre —había sido la respuesta de Iris cuando el capitán del pelotón le había mandado comprobar el espectáculo—. Si se pasa de la raya, pueden ocuparse de ello.

—Nada se pasa de la raya —había contestado el capitán—. No en Los Ángeles. Simplemente revísalo.

Así había hecho, sentándose encorvada con una copa, sin probarla, por la que había pagado su cuenta de gastos departamental, inhalando los acres olores a sudor mezclados de los ciudadanos que reían alrededor de ella. Un autobús turístico lleno de hombres de negocios camboyanos, enmascarados y mareados por los registros de cuerpo completo de su División de Aduanas, había entrado como un enjambre detrás de ella; Iris podía oírlos a todos a través de la música metálica, de estilo intenso en saxo y gamelán, sus risas y jadeos como campanas suavemente silenciadas. Había dominado el arte de ignorarlos para cuando apareció el cabeza de cartel.

Ninguno de los chistes de Enesco le había parecido particularmente gracioso. *Estoy perdiendo el tiempo aquí*, había decidido, el sudor del vaso enfriando las puntas de sus dedos. Entonces había empezado la parte del interrogatorio, y había entendido por qué la habían enviado allí. La máquina Voigt-Kampff de utilería tenía enormes indicadores montados sobre ella, lo bastante grandes para que el público los viese desde sus mesas en el club subterráneo; parte del truco de Enesco habían sido sus tics en sincronización con las agujas en los diales, mientras el hombre recto que interpretaba al policía había recorrido las preguntas. A mitad del conocido catequismo, Iris había sentido el pelo fino y oscuro a lo largo de su cuello poniéndose tieso. *Es real*, había pensado. *Es una máquina V-K auténtica*. El resto del público podía haber pensado que era sólo un juguete, el fuelle de un acordeón resollando y algunos diales y luces falsos, pero ella había sabido que era diferente. Lo que significaba…

Había volcado el vaso posado sin tocar delante de ella cuando había alcanzado el interior de su chaqueta de cuero artificial. Antes incluso de que hubiese sacado el arma, la mirada afilada de Art Enesco había brincado de su compañero en la actuación, y se había fijado en la de ella. El clásico momento de una fracción de segundo de comprensión había pasado entre ellos, como una bala o un beso lanzado, en el que policía y presa, blade runner y replicante, se reconocían mutuamente como lo que eran en realidad.

Había sido un buen disfraz, tenía que admitirlo. Quizá el mejor posible: para un replicante huido a la fuga, ocultándose en el centro de la ciudad, ¿qué mejor fachada para

asumir que la de un humano fingiendo ser un replicante? Demasiado ingenioso, sin embargo; sus propias respuestas lo habían descubierto. O si hubiese utilizado una Voigt-Kampff verdaderamente falsa, en vez de una que debía de haber robado de una estación de policía periférica o que le había sido entregada por algún ex-blade runner, quemado y en la cuerda floja, mal económicamente, por dinero. Pero usar una auténtica, e inflar sus pequeñas respuestas psicológicas para que las agujas saltasen de un lado a otro, pero con ese pequeño retraso de tiempo crucial, medido en milisegundos, que sólo un operador cualificado de V-K podía notar, y que era un factor crítico en la identificación de replicantes…

Eso era un error. O pura bravata, o simple deseo de muerte. Los cuales Enesco había combinado agarrando el arma de su compañero en la actuación, el que interpretaba al policía haciendo las preguntas. El arma también resultó ser real; los patrones del club se habían dado cuenta de ello en cuanto había empezado a disparar. Todos se habían lanzado al suelo, mesas y sillas volcándose, mientras Iris se quedaba como la única de pie, los brazos extendidos y las manos fijas en la empuñadura de su propia arma, disparando fríamente rondas suficientes para mandar corriendo a Enesco a por una salida entre bastidores.

Para cuando Iris hubo salido del mismo túnel en pendiente ascendente a través del que su objetivo había escapado, había metido otro cargador lleno en su arma. Las habituales muchedumbres de gente que llenaban las calles de Los Ángeles, como un lento mar de gafas de sol nocturnas y cultos milenarios coreando con túnicas de color azafrán, habían sido empujadas por la embestida furiosa de Enesco; después se habían cerrado tras él. Iris había tenido que trepar a lo alto de una *koban*[5] de la policía, escudriñando rápidamente la multitud de cabezas y caras por alguna señal de su objetivo. Una alteración en la corriente de la muchedumbre, algo agachado para permanecer inadvertido, pero obviamente abriéndose camino a empujones más allá de los cuerpos más lentos a su alrededor, le había indicado la ruta de escape del replicante. Con el arma sostenida en alto, había saltado de la *koban*, aplastando a un par de desafortunados peatones contra la acera, después arrodillándolos a un lado cuando sus pálidas manos se agarraron a ella.

Ése había sido el verdadero comienzo de la persecución, de la clase que conocía y le gustaba, una carrera de lucha depredadora a través de cualquier vehículo próximo estancado en las calles, perdiendo de vista al objetivo y luego encontrándolo otra vez. El subidón de adrenalina en su sangre emborronaba toda entrada sensorial excepto el escaneo concentrado y como un radar de su visión, fija en la espalda de su objetivo como un antiguo misil militar buscador de calor.

Lo reproduciría en su mente otra vez más tarde, cuando estuviese saboreando esos recuerdos sobre todos los que habían ido antes. De pie sobre el estrecho saliente que se desmenuzaba en la esquina de la torre del edificio, se concentró en el precioso momento por delante de ella. Ella y el replicante huido estaban en modo fin de juego; por encima y

[5] Una kōban es una pequeña estación de policía de barrio de origen japonés (N. del T.)

por debajo de ella, el laberinto de conductos adaptados y pozos de ventilación del edificio sonaba monótona y huecamente con su propia energía ciega y nerviosa, como en movimiento comprensivo con la sangre que latía más fuerte y más deprisa desde su corazón.

Quizá en la colonia exterior de la que hubiese escapado, Enesco había sido alguna clase de obrero de la construcción del acero alto, reemplazable y adiestrado para maniobras de altitud. Quizá fue allí donde se sintió más a salvo, tan lejos por encima del suelo; de modo que cuando la persecución se hubo comido el último de sus procesos de pensamiento racional, reduciéndolo a una cosa de enfado y miedo jadeantes, allí era donde había trepado naturalmente. Iris lo había descubierto encaramándose por el lateral de ese edificio, usando las chimeneas exteriores como asideros para manos y pies, dirigiéndose hacia el anuncio gigante de geisha y píldora proyectado en las nubes bajas generadas artificialmente. *Al menos ahora no puede dispararme.* También había notado que el replicante había tenido que esconder el arma dentro de su chaqueta para dejar ambas manos libres para escalar. Iris había ocultado su propia arma en la pistolera de hombro engrasada con silicona debajo del cuero artificial, y había empezado a ir tras él.

Parte de la cara magnificada de la geisha se borró cuando Iris dio otro paso lento a lo largo del saliente, doblando la esquina del edificio y poniéndose delante de una de las unidades proyectoras. Cada respiración estaba marcada por el distintivo sabor metálico de las gotas de agua microscópicas, cargadas de iones de manera que el campo magnético vibrante pudiese esculpir la nube de niebla en una superficie lo bastante lisa para la imagen animada. Las pulsaciones hacían que el arma descansando tan cerca del corazón de Iris pareciese casi viva, como si también hubiese empezado a latir con la excitación de la persecución.

Otra ráfaga de viento dividió la nube, de modo que pudo ver a través del espacio vacío por encima de la calle la vieja cartelera muerta desde la que la geisha solía sonreír y hacer señas. El proyector detrás de ella emitió la sombra de Iris, veinte veces más grande que la vida, en la esquina del rectángulo plano y gris; sus sombras fluctuaban con la lluvia que regaba los píxeles desactivados.

Una sombra diferente se movió sobre la cartelera, en la esquina opuesta; una sombra con forma humana que Iris sabía que no pertenecía a nada humano. Cuando las nieblas se cerraron otra vez, volvió la cabeza y pudo distinguir, a través de la sonrisa envolvente de la geisha, al replicante huido Enesco, espinazo y manos aplanados contra el lateral del edificio.

Estaba a menos de diez metros de ella, y sin ningún lugar más para ir. El saliente llegaba a un abrupto final despedazado, sin nada más lejos excepto aire nocturno vacío. En la distancia más allá de él, las luces de un rotador de policía destellaron y se esfumaron, como asustadas por una repentina gota de llamas.

Quizá el rep no estuviese acostumbrado a las alturas; quizá había sido sólo el miedo lo que lo había conducido tan lejos. Iris pudo ver que estaba petrificado por el miedo más grande, la vacuidad y la caída que estaban colocadas a un par de pulgadas delante de él.

No podía ni separar una mano de la pared para alcanzar el interior de su chaqueta por su arma. Una cara agonizante se volvió hacia Iris, sudor y lluvia dibujando riachuelos entizados a través de su maquillaje de escenario blanco de payaso.

—¿No…? —la voz que había rebuznado y hecho chistes dentro del club subterráneo ahora era un raspado seco—. ¿No tienes que… leerme mis derechos? ¿O algo?

—Sé realista. —El saliente era lo bastante ancho para que Iris se apartase de la pared del edificio y mirase directamente hacia Enesco—. Sabes que eso sólo se aplica a los humanos. —Alcanzó el interior de su propia chaqueta y extrajo el arma de su pistolera, nivelándola pausada y lentamente hacia el replicante al final del saliente. La capa mojada del hormigón sobre el que ambos estaban era suficiente para que un movimiento demasiado rápido pudiese tirarla abajo a la calle. La idea no le causó ningún nerviosismo, pero sabía que tenía que ser cuidadosa.

—¿O preguntas? —el replicante huido imploraba cualquier cosa que le diese algunos segundos más de vida. Iris admiraba ese deseo feroz en ellos, pero no lo bastante para dejar ir a uno—. Se supone que debes… —la voz de Enesco aumentó a un chillido cortando a través de la niebla turbia—. *¡Se supone que debes hacerme preguntas!*

—Sólo una —dijo Iris. Miró a lo largo de su brazo extendido y el cañón del arma, fijando los ojos una vez más en los del objetivo—. ¿Cómo lo quieres?

Quedaban las agallas justas, debajo del miedo estremecedor del replicante, para que contestase la pregunta. De la única manera que le quedaba.

La niebla generada artificialmente se había espesado lo suficiente para hacer que la inmensa cara de la geisha pareciese casi fantasmalmente sólida, emborronando el contorno de Enesco detrás de ella. De modo que cuando él saltó hacia Iris (las manos extendidas a por su garganta, la fuerza aumentada de rep en sus piernas llevándolo la distancia completa), pareció irrumpir como Atenea de la frente empolvada ilusoria de la mujer, volviéndose real e inconfundible, su propia cara gruñendo con la ira desesperada de una presa arrinconada.

Un nacimiento más pequeño floreció de la frente del replicante, una flor roja salpicada de fragmentos de hueso instantáneos y trozos de tejido cerebral gris rosáceo. Iris disparó otro par rápido de rondas, una abriendo violentamente la garganta de Enesco, la otra golpeándolo en un hombro, de manera que dio una vuelta mientras su masa lanzada se estrellaba contra ella.

Bastante energía intensa quedaba en el replicante para que sus manos se cerrasen sobre Iris, los dedos cavando firmemente en sus bíceps. Salpicada de sangre, Iris fue clavada en el saliente por el peso del cadáver de Enesco. Su cara presionaba cerca de la de ella, como si en su último momento de morir hubiese querido un beso, quizá de absolución, antes que simple vida.

Fuertes espasmos musculares de convulsión sacudieron el cuerpo del replicante. Iris tuvo que soltar el arma, apuntalada entre su pecho y el peso del tronco agitándose encima de ella, y escarbar un asidero con las puntas de los dedos en el resquicio entre el saliente

y el muro exterior del edificio, para evitar caer del borde que se desmenuzaba, bloqueada en el abrazo del otro.

Los párpados de Enesco se abrieron pestañeando.

—Crees… que eres muy lista… —su voz era un raspado débil desvaneciéndose—. Ni siquiera sabes…

—¿Saber qué?

No pareció oírla.

—Crees… que tienes una opción…

—¿Has dicho «opción»? Ey… —se volvió hacia su cara, intentando descifrar las palabras, como si importasen—. ¿U «ocasión»? ¿Es eso?

Ninguna respuesta vino del replicante muerto.

Imbécil, pensó Iris. No sabía por qué se había molestado. Las palabras ya habían sido descartadas de su memoria.

Se las arregló para mover su otra mano entre ella misma y el cadáver, y sacar su unidad celular policial. Se iluminó en cuanto estuvo en su puño, ya conectada a la oficina de envíos del DPLA.

—Consíganme un equipo de limpieza aquí fuera. —Dejaría que el despachador leyese la dirección del edificio del sistema incorporado de rastreo y posición por satélite del celular—. Tengo a alguien que está casi listo para dar el salto. —Una mirada por encima del hombro, más allá del borde de hormigón, mostró que un grupo de papamoscas, atraídos por el tiroteo, ya se había congregado abajo, separado del tráfico multitudinario de la calle—. Envíenlos aquí ahora.

El equipo apareció mucho tiempo después de que estuviese aburrida de tener un cuerpo muerto yaciendo encima de ella; sólo unos minutos, en tiempo de reloj. Oyó las sirenas abajo, al nivel de la acera. No se molestó en comprobar si el equipo había estimado una zona de aterrizaje; el apretón del cadáver se había aflojado lo bastante para que un buen empujón hacia arriba fuese suficiente para enviarlo cayendo abajo.

Iris se levantó a una posición de sentarse, reclinándose contra el edificio.

—Maldita sea. —Mirándose a sí misma, vio que la sangre de Enesco no sólo se había puesto por toda la chaqueta de cuero artificial (eso podía lavarse), sino que también se había filtrado a la camisa de vaquero de seda con motivos de cactus, sutilmente monocroma, que llevaba debajo. Eso suponía limpieza en seco.

Era una de las pocas desventajas de lo que hacía para ganarse la vida. Ni siquiera le importó la mirada malvada como una hendidura del jefe del equipo de limpieza cuando se abrió camino abajo hasta la calle y registró los detalles de la muerte.

—¿Qué obtienes de este tipo de cosas?

Iris miró atrás a la cara con papada del poli, cuando la lluvia que salpicaba a lo largo del cadáver envuelto sobre la camilla también había escurrido la sangre de la ropa de ella en un charco rojo horizontal alrededor de sus botas.

Le sonrió.

—Me *encanta* este trabajo.

2

—Cristo, mira este sitio —el capitán de pelotón sacudió la cabeza con asco—. ¿Cómo podría nadie trabajar en condiciones como éstas?

Iris estaba de pie en la puerta de la oficina, observando a su jefe (Meyer era director de toda la división de blade runners del DPLA) barajar las mareas de papel viejo y estratos de mierda diversa en la habitación demasiado pequeña. Se filtraba polvo desde el techo, un espacio oscuramente irradiado y facetado en algún lugar sobre las paredes de parte superior abierta, como los principios, las primeras pequeñas motas, de una ráfaga de nieve grisácea por la polución. La repugnancia del capitán era evidente en el modo en que encorvaba sus hombros estrechos y mantenía los brazos apretados contra las costillas, como si pudiese evitar que la contaminación de la podredumbre y de la lenta marchitez lo tocase. *Irremediable*, pensó Iris. *Ríndete.*

Habló en voz alta.

—Me debes dinero. —Se apoyó contra el lado de la puerta—. Había una recompensa doble por ese último.

Meyer la ignoró. Una pila de periódicos amarillentos, auténticas antigüedades de días desaparecidos de alfabetismo general, se derrumbó con una patada de su zapato pulido como un espejo.

—Me supera cómo Bryant podía soportarlo. Quiero decir… *mira* estos trastos.

No fue una orden, pero Iris lo hizo de todas maneras. Siguió a su jefe dentro de la oficina de su predecesor y sus charcos sombríos de luz mortecina, lejos de la oscuridad mayor que la rodeaba. Las palabras de Meyer aún resonaban en algún lugar ahí fuera, en las cavernas elevadas de la comisaría vacía; palomas como ratas arrullaban desde sus posiciones blanqueadas de excrementos; después se establecían otra vez abajo como ancianas parpadeando en harapos.

Iris recogió una lámpara caída de lado sobre la mesa. La pieza podría haber valido algo, si a alguien aún le importasen cosas tan viejas como ésa. En Los Ángeles, a nadie; apenas ayer ya era demasiado viejo, roto y olvidado. Sostuvo la lámpara más en alto, examinando las pequeñas escenas fotográficas impresas en su pantalla de pergamino. Escenas de caza, bwanas[6] sonrientes posando con sus rifles de gran calibre junto a cadáveres de elefantes y búfalos de agua auténticos. Si quedaba algún elefante real en algún lugar del mundo, no sería en las llanuras africanas, sino debidamente anestesiado en alguna deslucida jaula de retención justo allí en el *zoco* de compraventa de animales de Los Ángeles. Cosas como ésa eran demasiado valiosas para dejarlas deambulando; por eso por entonces estaban todos muertos.

Extendió la mano debajo de la pantalla y descubrió un pequeño botón. Luz de bajo vataje se filtraba fuera de la bombilla, transformando las fotografías monocromas como con la empañada luz del sol de otros días. No era probable que ninguna de las fotos hubiese podido ser del mismo Bryant, aun de joven. Quizá eran recuerdos familiares,

[6] «Bwana» significa «señor» en suajili (N. del T.)

imágenes de su abuelo o incluso más atrás, una larga línea de hombres que acarreaban armas con malas sonrisas, que tenían el tino de hacer que cosas salvajes que huyen cayesen y muriesen.

Otras luces, más pequeñas pero más vivas, emitieron su brillo cambiante por la oficina desde debajo de las rodillas de Iris. Un tropel de autómatas escudriñadores, poco más que lentes y ruedas de oruga y pequeñas pinzas de agarre con punta en gancho, también se habían presentado en la oficina; cada uno tenía la insignia de la unidad de preservación de datos del DPLA estampada en su fuente de energía cilíndrica. Uno de los escudriñadores se arrastró como una rata sobre la puntera de la bota de Iris, mientras se apoderaba de una botella de escocés de lados cuadrados vacía y giraba su lente sobre la etiqueta descolorida; una línea roja brillante leyó rápidamente las palabras y una imagen sepia de una cañada de tierras altas desaparecida, y esos datos fueron transmitidos y descargados en algún archivo general en el sótano de la estación de policía nueva, junto con cualquier otra pizca de información olvidada en la oficina. Nada de eso significaba nada, ya no: listas de replicantes escapados que habían sido capturados hacía mucho tiempo, memorandos procesales, envoltorios de comida basura con elementos de calentamiento instantáneo incorporados, basura chantajista para presionar a policías «retirados» (queriendo decir quemados) para que tomasen el arma otra vez, notas crípticas que Bryant se había escrito a sí mismo, cuando dirigía la división de blade runners…

Una de ésas, un cuadrado amarillo de dorso adhesivo, estaba pegada a la boca de la botella vacía. Iris bajó ociosamente y la arrancó como una flor minimalista entre el pulgar y el índice; irguiéndose otra vez, apartó con el pie al pequeño escudriñador. La máquina y la botella volaron juntas y se estrellaron contra la pared más cercana; de entre los fragmentos de cristal, el escudriñador se arrastró, buscando más cosas que leer y archivar.

Cuando cada asesinato parece lo mismo, es hora de dejarlo.

Iris miró las palabras garabateadas en la nota, de la mano confusa y suelta por el alcohol de Bryant. La arrugó y la arrojó lejos. Era algo de lo que el antiguo director de la división de blade runners no tenía que preocuparse más. Ni de nada más, por cierto: había sido asesinado justo allí en esa oficina, volado por un arma tan grande como las llevadas por los policías que habían estado bajo su mando. La pieza que llevaba Iris era tanto más pequeña como más letal que aquellos pesados cañones; no necesitaba sentirse como un hombre grande para hacer su trabajo. Quien hubiese eliminado a Bryant (Iris no estaba segura de los detalles; nunca prestó mucha atención al chismorreo de vestuario), había hecho un trabajo igual de bueno con el anterior capitán de división. El momento de abandonar había sido organizado para él, lo quisiese realmente o no.

Ésa era la razón principal por la que la pequeña oficina olía de la manera en que lo hacía. Como muerte embotellada, aunque su techo estuviese abierto al resto de la comisaría vacía. El edificio entero apestaba a eso, a asuntos policiales y órdenes administrativas de terminación. Los memorandos y órdenes diarias podían referirse a ello como «retiro» o cualquier otro eufemismo; aún significaba lo mismo. Y lo cual

significaba también que el olor de la muerte de un policía superior no iba a desvanecerse tampoco.

Ni ninguno de los otros indicadores dejados atrás: otra unidad escudriñadora había quitado suficientes trozos de papel para exponer la salpicadura de sangre seca a través del suelo, la sangre de Bryant, y ahora estaba escaneando y grabando afanosamente las manchas de color marrón oscuro, como si fuesen el jeroglífico de un idioma olvidado y cargado de presagios.

—¿Has dicho que te debo dinero?

Iris levantó la mirada cuando el nuevo capitán de división habló.

—Así es.

—Yo no —Meyer sacudió la cabeza—. La nómina de sueldos se ocupa de eso. —Sus manos de huesos finos, casi sin pelo, manosearon por las pilas enmarañadas sobre lo que había sido la mesa de Bryant—. Presenta tu resguardo y espera, como todos los demás. —Recogió una sola hoja de papel, la examinó un momento, después la desechó con el resto en el suelo—. Tienes una muerte confirmada, te pagarán.

Iris sintió que sus ojos se estrechaban mientras observaba al hombre.

—Podrías representarme —dijo tranquila pero firmemente—. Si quisieras. —Lo había hecho anteriormente, con tanta frecuencia (y no sólo por ella) que estaba cerca del procedimiento estándar para la división.

—Podría hacer todo tipo de cosas. —Meyer hurgó con un dedo en una copa de sake de porcelana de borde agrietado, llena de clips de papel. Pescó uno y lo desenrolló en una línea recta—. Pero no voy a hacerlo.

—¿Por qué no? Tengo gastos.

—Todos los tenemos, pastelito —Meyer sostenía el trozo de metal flexible entre los pulgares y los índices, mirándola a través—. Hay un mundo duro y viejo ahí fuera, y nadie ama nuestros culos como nosotros. Ahora mismo están sucediendo cosas, de modo que nos correspondería tanto a ti como a mí mantener las narices limpias. Brillantes, incluso… —Con una punta del metal, Meyer se rascó la barbilla, lo bastante profundo para dibujar una línea blanca por la piel—. Así que no voy a hacer una excepción por ti. Y no deberías pedírmelo. No si eres inteligente.

Eso la preocupó. No muchas otras cosas podían hacerlo, pero la política departamental era una jungla para ella, más oscura que cualquier callejón negro de Los Ángeles.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué está pasando?

Meyer la observó escépticamente.

—¿No lo has oído?

—Vamos. Sabes que no escucho esa clase de cosas. Tengo cosas mejores que hacer. Como mi trabajo, por ejemplo.

—Sí, bien, de tu trabajo es de lo que se trata. Tu trabajo y el mío —Meyer enderezó la silla giratoria de detrás de la mesa y se sentó en ella—. Siento —dijo— como si debiera ofrecerte una bebida o algo. —Colocó las manos planas sobre el papel secante de

la mesa, con sus marcas superpuestas con forma de anillo dejadas por todos los vasos que habían sido posados sobre él, como los residuos fantasma del contenido marrón de las botellas—. Es lo que Bryant hacía siempre, cuando iba a darle a uno de su personal alguna especie de mala noticia. Sólo una excusa para tomar una él mismo, el pobre viejo alcohólico.

—Que le jodan a Bryant. —Los muertos no le interesaban; no si no eran una de sus fuentes de ingresos—. Algo está pasando con la división, ¿verdad? ¿Qué es?

—Va a llegar una gran reorganización —dijo Meyer—. Por todo el departamento. No sólo nuestra pequeña división de blade runners, sino de arriba abajo, a través de todo el DPLA —se reclinó en la vieja silla de Bryant, las manos recogidas entre los botones del chaleco de su traje de Hnos. Brooks—. Piensa en hormigas en un tarro. Después piensa en alguien levantando ese tarro y agitándolo. Agitándolo *bien*. De modo que cuando el tarro se vuelve a colocar abajo, las hormigas se están despedazando unas a otras —Meyer asintió lentamente—. Así es como va a ser, por todo el nuevo cuartel general.

Ella había visto hormigas; eran una de las especies supervivientes, como las ratas y cucarachas y palomas, que seguían viviendo y arrastrándose por ahí, sin importar lo malas que llegasen a ser las condiciones. Y como los seres humanos.

—¿Qué ha provocado esto?

—¿Quién sabe? —Meyer se encogió de hombros—. Para esta ciudad, los problemas de dinero son como la lluvia: llegan y te patean el culo regularmente. Y si pasas demasiado tiempo mirando arriba y preguntándote de dónde vienen, te ahogarás. Probablemente la última emisión de bonos de ingresos cayó; afrontémoslo, hay veinte idiomas diferentes que se hablan en Los Ángeles, y la mitad de la población es monolingüe: no hablan con nadie más. ¿Vas a conseguir que esa gente vote por más dinero para la policía? Ni de broma.

Por un momento, Iris se sintió como si estuviese de pie fuera en las orillas del océano, el que recordaba de cuando era pequeña, y la marea sorbiese sus piernas de niña flaca mientras bajaba y descubría las rocas afiladas que se escondían bajo las olas. Entonces se dio cuenta de que eran las unidades escudriñadoras ocupándose de sus asuntos, las pequeñas máquinas escabulléndose y arrastrando fuera de la oficina el papel que ya habían registrado y archivado. Un módulo limpiador más grande pasaría más tarde, y barrería e incineraría las piezas impresas de la existencia del difunto Capitán Bryant. Mientras tanto, las aristas del mobiliario abollado y los rincones de la habitación estaban quedando gradualmente visibles.

—¿Qué hay de Naciones Unidas? —Iris ladeó la cabeza indicando el mundo fuera del edificio vacío—. Pensaba que teníamos de ellos algún tipo de subvención de mantenimiento de la paz. Por ser esto la primera línea y todo eso. —No tenía que decir contra qué era el frente, qué guerra estaba en marcha. Todo el motivo de que el DPLA tuviese siquiera una división de blade runners era porque ahí era donde venían los replicantes huidos. Su lugar de nacimiento—. ¿No vale eso algo para ellos?

—Sí, vale algo. Vale asumir el control, eso es lo que vale. Hora de pura toma de poder —la expresión en la cara aniñada de Meyer se volvió agria y cínica, haciéndole parecer un viejo amargado por la vida—. Lo que oigo (y tengo fuentes bastante buenas, justo en la oficina del secretario general) es que el programa de emigración de Naciones Unidas está mayormente jodido. No están obteniendo los números de salidas que necesitan; el reclutamiento de emigrantes se arrastra por el nivel del uno al dos por ciento. No significa *nada* contra la escalada de la tasa de natalidad, incluso en un vertedero tóxico como esta ciudad. Todavía bastantes nacimientos para aumentar la población contra la proporción de fuentes de comida. Si las cosas no mejoran, tú y yo vamos a estar en la calle con traje completo de combate urbano, junto con los polis ordinarios, intentando limitar los disturbios de carbohidratos a un rugido bajo —una esquina de su boca se torció en una fea sonrisa parcial—. Y tampoco tendremos éxito.

Iris dio un único asentimiento de acuerdo. En Los Ángeles, las cosas podían ponerse feas o más feas; en cuestión de segundos, especialmente donde la distribución de comida estaba implicada. Si la tapa de la ciudad se desprendía, no habría suficientes fuerzas de seguridad privadas para mantener los enclaves fortificados alejados de la antorcha.

—Todo lo cual crea una oportunidad perfecta —continuó Meyer— para que el Mando Táctico de la Costa del Pacífico de Naciones Unidas eleve su perfil *sólo* un poco, especialmente con la Cámara de Comercio local y los consejos industriales sin gremio. Venderían el gobierno de la ciudad en un instante antes que ver sus fábricas y *maquiladoras* hacerse humo. Si el ala militar de Naciones Unidas asume el mando, ya no van a necesitar un departamento de policía; este lugar estará bajo administración directa de la ley marcial. Tanques en las calles, toques de queda y zonas a las que no ir, barridos de pre-perfilado de insurrecciones… los trabajos —Meyer hizo un encogimiento de hombros evasivo—. Por supuesto, eso podría ser algo bueno para la ciudad, al menos en términos de limpiar este desastre. Pero un poco difícil para gente como tú y yo.

No jodas, pensó Iris. El miedo que no sentía cuando perseguía replicantes escapados la asaltó entonces, justo en los nervios en las partes traseras de sus rodillas. Ella y Meyer, y el resto de oficiales y de currantes uniformados y no uniformados del DPLA por igual, estarían más que desempleados. Estarían muertos. Cualquiera haciendo trabajo policial en una olla a presión como Los Ángeles terminaba inevitablemente con una lista de quejas contra él, resentimientos acarreados por sus homólogos, ladrones y otra escoria, quienes sentirían que habían muerto e ido al cielo al tener sus oportunidades contra ex-policías sin protección departamental que los mantuviese vivos.

—Sí —dijo Meyer—, sería una forma de irse. —Había leído sus pensamientos, visibles justo en la página de su cara—. Pero no la única.

»A los tipos militares de Naciones Unidas no les gusta dejar muchos cabos sueltos colgantes alrededor cuando se establecen en un nuevo territorio. Demasiado potencial para golpes, si sabes a lo que me refiero; los ex-empleados públicos descontentos con experiencia con armas pueden ser un poco volátiles. Intentan mantenerlo fuera de los

medios, pero el modo escuadrón de la muerte es la orden del día habitual. Y esos hijoputas de gorra azul pueden ser realmente eficientes. Guardianes de la paz, ¿correcto?

—Comprobado. —¿Y quién no sabía que los muertos eran los más pacíficos de todos? Venía con el territorio policial. Iris se sentó en la esquina de la mesa, sintiendo frío.

—Ey, no te preocupes por eso —en el límite de la visión de ella, la sonrisa enfermiza de Meyer flotó—. Estarás bien. Tú y yo —se inclinó hacia delante y le dio palmaditas con familiaridad merecida en el saliente ligeramente acolchado de su cadera—. Confía en mí en ésta.

—¿Cómo te lo figuras? —Ni sus palabras ni su contacto le habían hecho sentir nada mejor hasta el momento.

—Como decía. —La mano de Meyer permaneció un momento antes de apartarse—. Reorganización. Todo el DPLA va a volverse más flaco y más ruin. Hacer más con menos. Lo que nos falte en fondos, con puro malestar lo compondremos. —La rima involuntaria pareció inspirarlo—. La violencia funciona de maravilla cuando se aplica apropiadamente. El departamento reprimirá esta ciudad tan duramente que alguien que mee contra un muro bailará en el extremo de una montínsula. —Meyer maniobró los puños flojamente apretados a través de pequeños arcos paralelos, imitando el movimiento de una porra estándar de doble manejo entrando en contacto con una cara humana, o no humana—. La oficina del alcalde y el consejo municipal estarán contentos de dejarnos hacer lo que necesitemos, antes que hacer que Naciones Unidas llegue y los patee fuera por la puerta. Será puro rocanrol, créeme.

Un fino rayo de esperanza penetró la penumbra dentro de los pensamientos de Iris.

—¿De verdad?

Meyer asintió.

—Confía en mí en ésta. Conozco cómo funciona el ayuntamiento. El departamento de policía ya son los matones para la mayoría de la población de esta ciudad; no es como si tuviésemos muchas relaciones públicas positivas que perder. De modo que los poderes establecidos nos soltarán de nuestras correas. Por fin. Mejor eso que hacer que nos quiten el plato del perro a todo el mundo.

—Sólido en eso —Iris repitió el asentimiento de su jefe—. De modo que nuestra división también va a volverse más ligera. Más ligera y más fuerte.

—Lo has entendido. —Haciendo rodar la silla giratoria hacia atrás, Meyer columpió los pies arriba sobre la mesa de su predecesor muerto—. ¿Conoces a algunos de los payasos con los que has estado trabajando, los viejos lentos? ¿Los casos quemados, todo el trayecto abajo hasta el extremo lejano de la Curva de Wambaugh, sacando su paga pero no haciendo nada por ella? —esta vez fue una sacudida dura y brusca de su cabeza—. No van a pasar el corte. Son historia. Pueden retirarse anticipadamente con media pensión. No los necesitaremos.

Iris sabía que la mitad de la pensión de un policía, sin extras ni recompensas, no compraba mucho en esa ciudad.

—¿Qué pasa si no quieren retirarse?

—Pueden retirarse… —la voz de Meyer se puso suave y ominosa—. O pueden *ser* retirados. *¿Comprende?*

Ella entendió. El término de la jerga para matar replicantes podía extenderse para cubrir a los humanos también. Especialmente a los que se suponía que tenían que ser los asesinos, si todavía tenían las agallas para su trabajo.

—¿Quién decide…? —sus palabras salieron lentamente—. ¿Quién pasa el corte… y quién no?

—Eso depende de ti.

—¿Qué?

—De ti y de cada otro blade runner en esta división. —Meyer se estiró hacia delante y golpeó una mota de polvo de sus zapatos brillantemente pulidos—. Llamémoslo simplemente… revisión de rendimiento. ¿Vale? Significa que vas a ser observada de bastante condenadamente cerca, sólo durante este pequeño período de reorganización.

—¿Para qué demonios? —se encendió el genio de Iris, extinguiendo lo que quedase de la aprensión que había sentido antes—. Sabes la clase de trabajo que hago. Lo que *puedo* hacer, a lo que los otros no pueden ni acercarse. Soy la mejor que tienes en esta división.

—Encanto, eso lo sé; *tú* lo sabes —Meyer habló con elaborada paciencia—. Pero *ellos* no lo saben. Los que están por encima de mí. Cuelgo de la misma cadena de mando que tú, aunque quizá un par de eslabones más arriba. Eso sólo significa que tengo más distancia que caer. Los oficiales quieren asegurarse de que no te haga ningún favor especial —sonrió con los ojos entornados—. Lo que de otra manera, por supuesto, estaría inclinado a hacer, sólo por mantenerte cerca. Por los viejos tiempos.

—Muchas gracias. —*¿Para esto dormí con el estúpido?*—. ¿Y qué sucede si no paso el corte? Cualquiera puede joderla, al menos una vez.

Meyer no sonreía ahora.

—Entonces caes con el resto. Lo quieras o no.

—Ya veo.

—Deberías. Tengo que salvar mi propio culo. Si puedo salvar el tuyo también, lo haré. Pero si *vas* a caer, no voy a ir contigo.

Iris asintió otra vez. Una cierta clase de paz se apoderó de ella, una oscuramente macabra, que resultó de saber cuál era la situación.

Una pequeña sede de resolución cristalizó en su corazón. *Un día de éstos*, pensó Iris, *tendré su trabajo. Y me pedirá que le haga un favor.* Quién caería entonces, él o ella, era algo agradable de considerar.

Pero más tarde.

—Así que, ¿qué tengo que hacer?

—Lo que yo te diga —dijo Meyer—. Eso es todo.

—Eso hice anteriormente. Y mira adónde me llevó.

—No, sólo me refiero a tomar los encargos. —Meyer volvió a bajar los pies al suelo—. Tómalos y hazlos (sabes cómo, ¿cierto?), y hazte ver bien. Y sin quejarte de ellos, ¿vale?

El turno de sonreír de ella.

—Ésa será la parte difícil.

—A mí me lo vas a contar. Porque ahora mismo los buenos encargos son escasos —sacudió la cabeza con disgusto—. Qué negocio tan estúpido. Hacer trabajar a un equipo de blade runners es para idiotas. Si no son buenos, los matan en el trabajo; y si saben lo que están haciendo, como tú, entonces están constantemente secando el mercado.

—¿Lo que significa?

—No hay mucha acción ahora mismo —los hombros de Meyer se elevaron en un encogimiento fatalista—. ¿Qué te puedo decir? No estamos recibiendo muchos replicantes huidos que aparezcan por aquí.

Iris frunció el ceño.

—¿Adónde están yendo, si no a Los Ángeles?

—A ninguna parte, que yo haya oído. Quizá la noticia les haya llegado por fin, fuera en las colonias lejanas. Ve a la Tierra y muere. No puedes volver a casa. Algo así. Afrontémoslo, su esperanza de vida ya es lo bastante corta. Quiero decir, si *tú* tuvieses sólo cuatro años o así para dar vueltas, ¿fundirías una gran porción de lo que tienes viniendo a Los Ángeles y siendo disparada por algún blade runner que necesita pagar el alquiler? Yo no lo haría.

—¿Pero ellos no…? —sus palabras se desvanecieron; se sintió yendo a tientas en la oscuridad. Iris no se preguntaba con frecuencia qué pasaba dentro de las cabezas de sus objetivos, era una pérdida de tiempo; pero alguna que otra vez, cuando despertaba en mitad de la noche, el sueño la eludía mientras se preguntaba por lo que los conducía hacia una cita con ella y una bala—. ¿No tienen alguna razón especial para venir aquí?

—¿Quién sabe? ¿A quién le importa? Sea lo que sea, no parece ser una razón lo suficientemente buena ahora mismo.

—Algo que quieren —se desconcertó aún más por ello—. Algo que necesitan saber.

—Deberían leer un libro la próxima vez. Todas las respuestas que necesites, justo ahí. Y no tienes que morir por ellas.

Iris sacudió la cabeza. La sensación de que algo intangible había empezado a volverse lo bastante sólido para que lo envolviese con el puño ya se había desvanecido.

—Quizá —dijo— sí encontraron las respuestas. Las que buscaban.

—*Mazel tov*[7] —dijo Meyer francamente—. Me alegro por ellos. Pero cualquiera que sea la razón, a lo que se reduce es que justo cuando más necesitamos que vengan aquí y paseen sus pequeñas caras felices de modo que podamos exhibirnos y matarlos, *entonces es* cuando deciden no venir.

—¿En absoluto? ¿Como ninguno?

---

[7] Locución hebrea para felicitar o desear buena suerte (N. del T.)

—Quizá no sea tan malo —admitió Meyer—. Aún hay unas pocas apariciones. Todavía no hemos conseguido labrarnos totalmente nuestra salida de nuestros trabajos. Pero ese personaje Enesco que has empaquetado era el primero realmente bueno en mucho tiempo, un replicante huido que había pasado nuestras defensas perimetrales y se había puesto profundamente a cubierto. Por eso te dirigí a él. Uno, sabía que podías hacer el asunto con él, y dos, quería que obtuvieses el crédito de la muerte.

—Lo aprecio. —Su corazón se calentó un par de grados; el jefe de la división podía ser un hijoputa, pero tenía unas pocas cualidades redentoras—. Ha sido algo divertido. —Sería aún más divertido cuando le pagasen por el trabajo, pero decidió no presionar ese punto.

—Sí. Qué mal que no tengamos un par de docenas más (demonios, un par de centenares) bajando así. Podríamos utilizarlos, si vamos a argumentar para mantener nuestra financiación departamental en un nivel decente. Además, sabes la manera en que funciona el universo —un resentimiento rumiado se mostró en la cara estrecha de Meyer, como si hubiese visto a Dios en persona matando a su perrito—. Atravesamos una sequía y nuestro presupuesto es recortado hasta el hueso, intentaré hacer funcionar esta división sacándomelo del sombrero y con mis mejores runners habiéndose ido… y entonces es cuando los reps empezarán a aparecer. Juro que lo harán; sería propio de los bastardos.

Iris lo observó divertida.

—Quizá ésa es la respuesta que descubrieron. La mejor forma de tirar de tu cadena.

—Típico —dijo Meyer. Su disgusto era genuino y sincero—. Va a demostrar que los replicantes realmente carecen de función empática; es lo que los distingue de nosotros los humanos. Si tuviesen cualquier preocupación por otros en absoluto, *aparecerían* aquí condenadamente bien y harían que los matasen. Tiempos duros para los blade runners, de otra manera. Quiero decir, *mira* este sitio. ¿Crees que estaría limpiando este vertedero y estableciéndome en él, si tuviese elección? Pero es un cuarto de la asignación del presupuesto lo que valió mi oficina con las ventanas de la esquina del nuevo edificio de policía, así que hago el sacrificio. Cortando hasta el hueso, Iris; hasta el *hueso*.

Ella se había estado preguntando por qué le había dicho que se encontrasen allí, en la vieja instalación por lo demás abandonada, en vez de en el brillante cuartel general nuevo del DPLA. Además sabía que él tenía una aversión natural al lugar donde un capitán de división anterior la había palmado. Aquel olor a muerte no era sólo cuestión de moléculas flotando en el aire, listas para ser inhaladas; se filtraba desde los sucios rincones mal iluminados y pilas amarillentas de papel, dentro del alma de uno.

Otra de las unidades escudriñadoras se arrastró por la puntera de la bota de Iris, llevando un memorando departamental anticuado sobre gastos en munición a la pila preparada para el incinerador al otro lado de la puerta. Todo el tiempo que los humanos habían estado quejándose y protestando, el enjambre de máquinas pequeñas había estado ocupándose de sus asuntos veloz y eficientemente; los montones y mareas de papel viejo ya habían sido disminuidos considerablemente, como un mar seco y muerto siendo

drenado. Eso era, supuso Iris, lo que las hacía mejores que los humanos y los replicantes. *No se quejan*, pensó, *de su suerte en la vida.*

—«Ve a la hormiga, tú haragán» —dijo sus siguientes pensamientos en voz alta—. «Considera sus caminos[8].»

—¿Qué? —Meyer había extraído uno de los cajones de la mesa del todo y había estado volcando su contenido en una caja de cartón vacía. La miró con perplejidad.

—Nada. —Ella tampoco sabía de dónde había citado. La pizca desconectada de memoria se desvaneció—. Mira —dijo Iris—, no me importa la cantidad o calidad de los trabajos fuera en la calle. Si quieres que patee traseros, patearé traseros. Es lo que hago. Sólo dame lo que tienes.

—Muy bien. —Meyer deslizó el cajón vacío de vuelta en la mesa—. Pero podrías pensar que está un poco fuera de tu línea —rebuscó dentro del bolsillo interior de su chaqueta y sacó un par de hojas de papel dobladas—. Aquí tienes.

—¿Qué demonios es esto? —La hoja superior no eran los habituales datos de caza de reps. El único nombre dado era «Scrappy»; no había detalles biográficos, ni lista de características físicas identificadoras. Y la altura dada, 64 centímetros, era absurda. Ella se había cargado a algunos replicantes de baja estatura en su tiempo, normalmente femeninos, pero nada tan pequeño como para estar en el rango de dos pies de altura. Eso tendría que ser un niño, un infante, y sabía que no había bebés replicantes. Los replicantes no podían reproducirse.

—Mira la foto.

Pasó a la siguiente hoja. La imagen estaba en blanco y negro granulado, pero lo suficientemente clara para que distinguiese lo que era.

—Esto es una broma, ¿verdad? —Iris bajó las hojas de papel en su mano y miró a Meyer—. Muy gracioso.

—No es una broma, encanto. Ése es el trabajo.

Iris miró otra vez la segunda hoja. La foto de un ave, un búho con grandes ojos circulares, le devolvió la mirada.

—Yo cazo replicantes —Iris tiró airadamente las hojas de papel sobre la mesa—. Si quieres un pájaro, bájate al zoco. Ahí tienen muchos artificiales.

—Éste no es un búho falso —dijo Meyer—. Es un búho auténtico.

—Seguro que lo es. ¿Un búho viviente real? ¿En Los Ángeles? Inténtalo con otro. Los únicos pájaros reales que quedan en esta ciudad son esas palomas como ratas que se encuentran en lo alto de los edificios.

—No obstante… —Meyer metió la mano en su chaqueta otra vez y extrajo una base de datos sin etiquetar. Sosteniendo el pequeño cuadrado entre el pulgar y el índice, lo depositó en la palma de la mano de Iris—. Aquí hay algo más de información sobre ello. Suficiente para que empieces, al menos.

Ella tuvo ganas de lanzarle el pequeño cuadrado negro a la cara.

—No trabajo pájaros.

---

[8] Proverbios 6:6 (N. del T.)

—¿Oh? —Meyer levantó una ceja—. ¿Ni cuando hay una recompensa por uno?

Eso la detuvo.

—¿Cuánto?

Su corazón hizo tictac un poco más deprisa cuando se lo dijo. La recompensa era aún más que el golpe doble que se pagaba por el replicante Enesco. Mucho más.

—¿Por qué tanto?

—Eso no es asunto tuyo —dijo Meyer—. Ni mío tampoco. —Con el dorso de la mano, empujó a un lado un escudriñador que había trepado a la mesa, dirigiéndose a los dos trozos doblados de papel—. La única cuestión es: ¿quieres el trabajo?

—No sé… —Una extraña sensación de duda de sí misma se paseó dentro de su tripa—. En realidad no es la clase de cosa que hago…

—Permíteme ponerlo de esta manera —la voz de Meyer se volvió más fría de lo que ella la había oído nunca—. La alternativa es no aceptar la misión en un tiempo en que no hay muchas misiones por ahí. Te colé por delante de otros en la lista para darte ese trabajo de Enesco. Estoy haciendo lo mismo con éste del búho —sacudió la cabeza—. Recházalo y no podré garantizarte que pueda conseguirte otro trabajo, al menos no por un tiempo. Y sentada con los brazos cruzados, no haciendo nada, no es como quieres estar cuando llegue la reorganización departamental. Me costará bastante mantener mi propio cuello fuera de la guillotina. No voy a aguantar ahí fuera por el tuyo.

Iris asintió lentamente; nunca había tenido ilusiones sobre la naturaleza de la relación entre ellos dos.

—Así es como están las cosas, ¿eh?

—Lo has entendido, encanto.

Ella cerró el puño alrededor del cuadrado negro.

—Lo haré.

3

El neón se había metido en su apartamento otra vez.

—Mierda. —Con las manos plantadas en las caderas, el aro de tarjetas electrónicas de bloqueo de puertas colgando de un dedo torcido, Iris miró con disgusto los colores que se colaban brillantemente a través del oscuro cuarto de estar. La cosa era como kudzu, las enredaderas sobre las que había leído una vez; quizá en algún lugar lejos de Los Ángeles todavía existía kudzu auténtico, extendiendo verdoso sus frondosos zarcillos serpentinos a través del paisaje por lo demás vacío. Que el neón arrastrándose fuese lo que uno tenía en Los Ángeles sólo confirmaba la ciudad como una esfera de existencia caída y degradada.

Iris cerró la puerta tras ella (una fila vertical de diodos emisores destelló de verde a ámbar a rojo, cuando las cerraduras se activaron en secuencia), y buscó a tientas las luces. Tuvo que cavar con los dedos bajo un conjunto paralelo de tubos de cristal parpadeantes y soltarlos de la pared antes de poder alcanzar el interruptor. El resplandor superior de los caros fluorescentes de espectro completo se encendió atenuado y filtrado en violeta y azul; Iris miró arriba y vio que el accesorio en el centro del techo manchado de agua también había sido tragado por los tubos de neón, como el nido de un ave sitiado por serpientes luminosas.

Lanzó el aro de tarjetas sobre la mesa utilitaria que había dejado desplegada de la pared del apartamento de eficiencia; el neón todavía no había ocupado del todo ese espacio horizontal. La cosa crecía deprisa; podía ver las puntas de los tentáculos suavemente brillantes reuniéndose y extendiéndose más lejos, una fibra más oscura de sílice licuado a lo largo de cada tubo suministrando las materias primas, y una envoltura traslúcida de efecto superficial proporcionando la energía para encender el gas inyectado dentro. Un zarcillo dirigente de exploración debía de haber estado haciendo palanca en el exterior del edificio de apartamentos, buscando alguna grieta entre los bloques de cemento gris a través de la que pudiera culebrear. En una ocasión anterior, cuando el neón hubo entrado, Iris había rastreado el tallo principal, por entonces aproximadamente tan grande como su antebrazo, hasta el retrete del baño, de donde había surgido, como una leyenda urbana, desde las alcantarillas subterráneas. Aquello había sucedido mientras estaba dormida; había despertado para encontrarse en medio de un mal sueño de publicidad, sus paredes latiendo en la noche con ideogramas *pinyin*[9] y los contornos color carne de estilizadas bailarinas de club de estriptis con parpadeantes puntos rojos por pezones.

Nada de las paredes del cuarto de estar del apartamento parecía tan malo como había sido aquello; esta vez, la mayoría de los anuncios de neón parecían estar en anglo-cirílico, con botellas oscuramente etiquetadas delineadas en los rojos más brillantes. No tenía suficiente curiosidad para descifrar una traducción de lo que se vendía; por lo que podía decir, podía que la mayoría de los productos ni siquiera existiese. El neón estaba

[9] Sistema de transcripción fonética del chino mandarín (N. del T.)

programado para generar palabras y nombres de marcas y hasta direcciones de grandes almacenes, todo desde algoritmos silábicos aleatorios; por la manera en que Los Ángeles se reinventaba incesantemente, las posibilidades de que al menos algunos de los anuncios resultasen proféticos eran buenas.

Limpiaré este lío más tarde. En ese momento Iris no tenía tiempo de enredarse con eso. Necesitaría gafas de seguridad para ocuparse de las tuberías de gas rotas, y una máscara y suministro portátil de oxígeno para evitar ahogarse con los vapores que se liberarían. Era demasiado problema, aun cuando la presión no era sobre ella.

El neón no se había tragado su sillón reclinable genuinamente antiguo La-Z-Chico de Naugahyde; los tubos que se arrastraban preferían cubrir las superficies duras en un lugar antes de tomar cualquier cosa tan suave y cómoda como ésa. Cuando Iris bajó a la profundidad envolvente del sillón, dejándolo elevar sus pies doloridos, algo cálido y gomoso trepó a su regazo.

—Ha sido un infierno por aquí —anunció su mascota charlas. Su queja era expresada con una voz inexorablemente alegre—. Mira este sitio.

—No estoy ciega —Iris golpeó automáticamente la cabeza pelada del charlas—. Puedo verlo.

—¿Qué vas a hacer al respecto? ¿Eh? —la voz del charlas cambió a un modo de regañina de broma, un fondo apenas perceptible de formas de onda de dientes de sierra filtrando sus palabras—. ¿Cómo se supone que voy a dormir con todo iluminado como las torres del Parque MacArthur?

—Calla. —Las puntas de los dedos de Iris habían comenzado a entumecerse con un hormigueo mientras las neurotoxinas endórficas del charlas, derivadas del *fugu*[10], empezaban a filtrarse debajo de la piel. Un sabor metálico, como lamer la parte superior de una batería de linterna, se deslizó por debajo de su lengua; el mundo fuera de la puerta multicerrada del apartamento ya parecía menos oscuro y amenazante—. Me ocuparé de ello. Pero mamá tiene trabajo que hacer ahora mismo.

El charlas se encaramó al brazo del sillón reclinable y observó mientras ella terminaba de sacar de su chaqueta los datos que Meyer le había dado.

—¿Qué es eso?

—Cosas sobre un trabajo. —Iris colocó el pequeño cuadrado negro en las zarpas del charlas y lo empujó hacia la entrada de toma de la máquina envolvesper—. De modo que mamá pueda pagar las facturas de tu televisión por cable; todos esos programas de llorar y pelear cuestan dinero, cariño. Continúa; sé un amigo.

—Por ti —dijo el charlas. Bajó del sillón reclinable y anduvo hasta el globo texturizado como un gofre en medio del cuarto de estar. Los labios elásticos del envolvesper sorbieron los datos de las zarpas del charlas; el espectáculo empezó a exponerse antes incluso de que el charlas pudiese volver a subir al regazo de Iris—. ¡Iiih! —Miró hacia atrás justo a tiempo para ver la proyección tridimensional del búho, los ojos

[10] Pez globo (N. del T.)

amarillentos resplandeciendo y las garras extendidas, abalanzarse hacia él—. *Gott im Himmel!*[11]

—Congelar imagen —con el charlas agazapándose contra su estómago, Iris bajó la voz a la banda de instrucciones del envolvesper. El búho insustancial se detuvo en medio del aire, sus poderosas alas abiertas dobladas al comienzo de su carrera ascendente—. Desplegar el contexto veinte metros, después espera del procesador.

—No dejes que me atrape…

—Vamos; sabes que no es real —Iris quitó al charlas de su diafragma y le dejó bajar de sus manos al suelo, antes de levantarse del sillón reclinable—. Siéntate por ahí en el rincón, ¿vale? Tengo trabajo que hacer.

El esper envolvente había costado mucho dinero, por parte del cual ella aún estaba haciendo pagos mensuales a la unión de crédito del departamento de policía. Pero comparado con los baratos espers domésticos que eran la edición estándar para el departamento, trabajar con algo así valía la carga de deuda. Iris se situó cara a cara con el búho; el circuito de alimentación del proyector fijó un reflejo convexo de su imagen en el centro oscuro de los ojos de la criatura—. Aumentar —mandó al envolvesper—. Dos equis.

Un segundo de desenfoque de píxeles, después la imagen del búho se dobló en tamaño. El charlas chilló alarmado y se zambulló entre una pila de ropa sucia. Iris se acercó al búho, teniendo cuidado de agachar la cabeza por debajo de sus alas desplegadas. Odiaba la sensación de cualquier parte del cuerpo moviéndose a través de objetos aparentemente sólidos. Le hacía sentir como un fantasma, como si ella fuese la irreal.

Estaba buscando algo en particular, un trozo brillante de metal. *Si esta cosa es valiosa*, se figuraba, *entonces alguien debe de poseerla.* Encontró la prueba de esa lógica en la banda en la pata del búho, sobre un juego de garras extendidas y curvas como cimitarras.

—Aislar sección de un cuarto de metro, agrandar otras dos equis.

Los pies del búho se duplicaron en tamaño otra vez, como una demostración de un dispositivo diseñado eficientemente para la captura de presas. Iris sintió un escalofrío alrededor del corazón, lo último del calor borroso de las exudaciones tópicas del charlas descomponiéndose en su torrente sanguíneo. Se inclinó hacia las garras, lo bastante cerca para leer las marcas grabadas en la banda del búho.

—Registro de memorando. —La cadena de dígitos probablemente no era más que un código de identificación privado, pero de todos modos los recitó de uno en uno. Las otras palabras, en el borde inferior de la banda de metal, eran las más significativas—. Propiedad —leyó Iris en voz alta— de la Corporación Tyrell.

Eso explicaba mucho, ahí mismo. Específicamente por qué su jefe Meyer tenía esa misión concreta para distribuir. Cualquier cosa que tuviese que ver con la compañía que

[11] «¡Dios del cielo!» en alemán (N. del T.)

hacía los replicantes que los blade runners perseguían, aunque esa compañía estuviese ahora fuera del negocio, era de interés para la división. Incluso un pájaro.

Iris se apartó de la imagen.

—Redimensionar uno-uno. —El búho, atrapado en mitad de vuelo, volvió al tamaño que tendría en realidad. Se alejó de él y escudriñó el contexto en el que la imagen había sido capturada, que el envolvesper ahora había puesto sobre los confines de su propio apartamento. Tenuemente, las líneas brillantes de las enredaderas de neón todavía podían verse, como si fuesen las palabras y glifos secretos de un mundo soñado debajo de aquél en el que se encontraba.

La imagen del búho no había sido tomada al aire libre; tenía sentido, para una pieza de propiedad tan valiosa. Quien la hubiese poseído, no sólo la Corporación Tyrell, sino alguien dentro de la compañía, se habría asegurado de mantenerla dentro, a salvo no sólo de su propia tendencia natural a salir volando a los cielos abiertos y la libertad, sino también de cualquiera que hubiese querido ponerle las manos encima para propósitos siniestros. *Secuestradores de aves*, supuso Iris. Había en marcha un comercio de animales exóticos, o al menos de sus simulaciones, en el concurrido *zoco* parecido a un laberinto cerca del corazón de la ciudad. En un foso tóxico como Los Ángeles, las visiones de cualquier criatura viviente (aparte de las especies supervivientes) eran tan poco comunes que un hambre biofílica se generaba de ese modo, la cual podía ser saciada con caras falsificaciones. Replicantes, pero de animales en vez de seres humanos. A veces circulaban rumores, a través de los puestos y escaparates con rejas de seguridad del *zoco*, de animales reales, especies fabulosamente raras atrapadas en algún menguante nicho ambiental lejos de Los Ángeles, pasando de comprador a vendedor por precios vertiginosamente astronómicos. Un búho auténtico (era difícil imaginar que alguno de ellos todavía existiese en la naturaleza, por no hablar de la ciudad) valdría una fortuna.

Pero, ¿la fortuna de quién? La gran pregunta, supuso Iris, era a quién pertenecía el búho en ese momento, dado que el dueño nominal, la Corporación Tyrell, estaba extinta. ¿A quién había pasado la propiedad del búho? Tendría que buscar un poco, descubrir quiénes eran los supervivientes y herederos del la Corporación Tyrell.

—Quién, quién, quién —Iris dijo las palabras como el propio ulular del búho, y sonrió. El pájaro era un cazador como ella misma; podía admirar la agudeza de sus garras.

No podía distinguir los detalles de la sala de techo alto que el envolvesper había extendido sobre la suya; la luz de ese otro espacio, mortecina y fragmentaria, emitía anémicas sombras fluctuantes con demasiada poca fuerza para evitar que fuesen engullidas por una oscuridad circundante más grande.

—Intensificar niveles de luz ambiental —ordenó Iris al envolvesper—. Cincuenta lúmenes rosas. —Siempre empezaba un escaneo visual a escala luminosa en la zona rosa, la banda del espectro que el ojo humano podía percibir. Ir al blanco, a los espectros de ancho de banda máximo, añadía más información, pero raramente algo útil. Iris repetía un refrán del entrenamiento policial básico: *lo que el ojo puede ver, el ojo puede encontrar*.

Siendo el corolario que lo que el ojo no podía ver no era importante—. Otros diez. Parar y definir bordes, objetos físicos probables, definición de detalle máxima.

La sala de techo alto que el envolvesper había traído ahora parecía inundada de luz diurna, como si el techo del otro edificio se hubiese quitado durante una estación en que la ciudad no fuese machacada por las lluvias monzónicas. Hileras de velas, consumiéndose en platos de cristal o clavadas en arcos horizontales por los brazos de candelabros de estilo de catedral, tenían sus pequeñas lágrimas de llama casi eclipsadas por la luz multiplicada que llenaba la habitación convocada.

Al mismo tiempo, el búho (detenido en su vuelo, ojos amarillos y puntas de las garras destellando) pareció brillar por un momento, cuando cada pluma saltó a una definición antinaturalmente alta; el efecto fue como si un tosco bosquejo a lápiz de color hubiese sido rehecho súbitamente con un pincel de un solo pelo, aguja de grabado afilada y paciencia infinita. Las garras extendidas parecían agudas como hipodérmicas.

La criatura alada mantenía su atención otra vez.

—Comprobación de hechos básica, taxonómica hacia abajo.

Una desapasionada voz neutra sonó desde el envolvesper.

—*Bubo virginianus*, conocido comúnmente como gran búho cornudo. El tamaño del adulto varía, generalmente dentro del rango de sesenta y tres a sesenta y seis centímetros; extensión de las alas, uno coma cuatro metros. La variedad más numerosa y mejor conocida de búhos comunes; antigua distribución en la naturaleza extendiéndose por todas partes de Norteamérica…

—¿Áreas urbanas?

La voz tardó un segundo en cambiar a otra sección de texto de su función enciclopédica incorporada.

—En ocasiones, particularmente en áreas adyacentes a campo abierto o con amplias zonas de parque densamente boscosas con oportunidades de presas pequeñas.

Así que, pensó Iris, *podría vivir en una ciudad*. Pero había pasado mucho tiempo desde que Los Ángeles tuviera cualquier cosa parecida a un parque en ella, al menos en el sentido de cosas verdes que crecen y pequeñas criaturas comestibles corriendo por todas partes. *Aparte de las ratas.*

La voz entonó otra vez.

—Rango en coloración: casi blanco en áreas árticas, a marrón oscuro y gris, marcas moteadas y rayadas por debajo.

—Sí, eso lo entiendo. —Iris observó al búho, suspendido en medio del aire, una vez más—. ¿Estado de población actual?

—Extinguido en la naturaleza, nivel de certeza cien por cien. Último programa de cría en cautividad terminado, muestras de ADN desechadas como inviables. Se sospecha algo de tráfico sin supervisión entre coleccionistas privados; ningún nivel de prioridad oficial establecido para el rastreo.

Eso era más o menos como Iris había imaginado. Las agencias gubernamentales, desde el nivel local hasta las Naciones Unidas, tenían bastante en sus manos sin

preocuparse por el *Bubo virginianus*. En este mundo, la gente era una especie en peligro. Podía no parecerlo cuando uno se abría camino a empujones a través de las calles llenas de Los Ángeles, pero fuera de los restantes imanes de población (L.A., Ciudad de México, Yakarta, el Paraíso de Trabajadores de Eurodisney, Nueva Pekín), la reserva genética humana se secaba rápidamente. Las ciudades eran como las últimas flores nocturnas chillonamente fluorescentes en un arbusto moribundo, las raíces marchitándose en tierra contaminada; si la humanidad no era trasplantada exitosamente a las colonias siderales, entonces estaría tan extinta como el búho y cualquier otra criatura que no pasase el corte en un entorno rico en toxinas. Difícil imaginar qué coleccionistas habría para traficar con los últimos miembros de la raza por lo demás muerta.

Iris sabía todo eso, y no le importaba. Tenía el mismo sistema de creencias reconfortante que las generaciones anteriores a ella: *me habré ido antes de que la mierda caiga*. Ido en el sentido de ya no estar vivo. No importaba lo buena que fuese en el oficio de blade runner (y en lo profundo de su corazón sabía que era la mejor que su jefe Meyer tenía en ese momento), sabía que era una profesión de vida breve. No le preocupaba la Curva de Wambaugh, el ciclo de agotamiento que hacía tropezar a la mayoría de blade runners; sólo los endebles y llorones se dejaban pellizcar por matar replicantes. Pero eventualmente, como en cualquier deporte de contacto, hasta una campeona a largo plazo sentiría su paso ralentizarse una fracción de segundo, el arma en su mano pesando una fracción de onza más, subiendo y apuntando un pelín demasiado tarde y a una astilla de grado de la marca fatal en el pecho de su objetivo; todo lo cual daría a ese objetivo más rápido, más duro y más joven la brecha de un microsegundo en el tiempo para volverse, apuntar y abrir fuego antes de que ella pudiese lanzar su propio disparo.

Eso era lo injusto de los replicantes, y por qué cazarlos era, finalmente, como apostar contra la banca. Siempre estaban, *de facto*, en su mejor momento; su esperanza de vida de cuatro años, tanto como algunos de ellos se quejaban de ella, suponía que siempre estaban en la cima de su propia curva de eficiencia, en su pico más rápido e inteligente y letal. *Al menos,* pensó Iris, *no tienen que preocuparse de perder el paso a medida que envejecen.* Y muchos de los replicantes, especialmente los diseñados para combate militar, tenían mucho para empezar; eran a los humanos lo que el búho era a las pequeñas criaturas peludas que capturaba con sus garras de guadaña y que desgarraba con la cruel maquinaria de su pico ganchudo. No era de extrañar que las autoridades tolerasen tener blade runners, el siguiente escalón en la cadena de presa y depredador, corriendo por las calles y disparando armas del tamaño de un cañón en medio de los contribuyentes y ciudadanos; la alternativa era aún más desoladora. Ni hablar de hacer que la raza humana hiciese la maleta y se mudase a las estrellas, con la publicidad negativa de replicantes escapados, quienes se suponía que debían ser los esclavos y sirvientes de la humanidad en las colonias remotas, demostrando cuánto más fuertes y peligrosos eran que sus amos. A ese respecto, había un verdadero valor de relaciones públicas en que los blade runners reventasen a los escapados de una manera tan pública como fuese posible: mostraba que todo aún estaba bajo control, que los replicantes que se habían vuelto malos serían

eliminados antes de que pudiesen aplastar como cáscaras de huevo las cabezas de demasiada gente. *Siempre,* reflexionó Iris, *que nos dejen hacer nuestro trabajo.* Lo cual, como su jefe Meyer le había indicado, era una cuestión en el aire por el momento.

Sólo era más mierda destinada a caer un día, como las lluvias oscuras como aceite cargando las nubes negras por encima de la ciudad. Con algo de suerte, calculó Iris, habría ganado su fajo para entonces, apilando las recompensas y apartándolas en sus cuentas de retiro, y podría relajarse en su confortable apartamento, recordando lo bien que se sentía en su mano un arma calentada por una bala, cuando estaba en el juego, y viendo en las emisiones de noticias cómo las calles de la ciudad se llenaban de sangre.

—Mucho por el pájaro —dijo Iris en voz alta. Por el rabillo del ojo, notó a su mascota charlas arrastrándose unas pulgadas fuera de su escondite y observando la imagen de estructura estancada con recelo y aversión agudos. Iris devolvió su atención al ambiente que el envolvesper había convocado, una habitación de paredes fantasma ahora iluminada más claramente que la suya propia.

Cara, como imaginaba que sería: revestimiento de madera de alguna especie de árbol tupido que por entonces probablemente estuviese reducido a unos pocos acres en Nueva Guinea. Si de hecho el último de la variedad no había sido derribado para proporcionar el metraje de tablero para la cámara ilusoria en la que estaba Iris. Era de conocimiento común que muchos de los ejecutivos corporativos de alto nivel, con dinero que quemar, se complacían con el lujo de la extinción de especies, dando a sus comodidades materiales una verdadera sensación de *après moi, le déluge*[12]. No era una aniquilación completa a menos que cualquier material genético superviviente fuese tomado del almacenamiento criogénico profundo y se destruyese, para asegurar que nadie llegase más tarde y recrease las posesiones únicas y privadas de uno. Eso era probablemente lo que también había sucedido a las muestras de ADN del *Bubo virginianus*: nada intensificaba el mercado de coleccionistas como la escasez, y nada intensificaba la escasez como la muerte. Para los coleccionistas de animales, la extinción (o tan cerca a ella como uno podía llegar aún dejando vivo un espécimen o dos) era una cualidad deseable.

Y para los ricos, el pasado muerto también era un tesoro. El espacio ilusorio que el envolvesper había evocado estaba amueblado con buen gusto (no su gusto, sino el de otros) y costosamente con auténticas antigüedades de nivel de museo, trozos y pedazos de los siglos muertos antes de éste agonizante. Hasta con sólo una entrada óptica a sus sentidos, Iris casi podía oler la pátina mate friccionada a mano en el escritorio con incrustaciones ornamentales situado contra una pared sobre patas curvas con pies con garras doradas. Sobre él, un espejo circular convexo, rodeado por estilizados rayos de sol áureos, mostraba la imagen de su propia cara; la programación simuladora del envolvesper había empalmado esa parte de los datos del mundo real en el ilusorio.

Había otra imagen en el espejo, de alguien aproximándose desde un pasillo oscuro en el lado opuesto de la sala de techo alto. Las sombras del pasillo, incluso con la mejora de

[12] «Después de mí, el diluvio» en francés (N. del T.)

luz que había ordenado desde el envolvesper, casi ocultaban la figura de un hombre bajo y delgado congelado a mitad de paso mientras se dirigía hacia ella. El único detalle que la luz podía discernir era su propio destello reflejado sobre un profundo cuenco plateado que llevaba en una mano.

—Reanudar acción, media velocidad —Iris dio un paso atrás desde el centro de la habitación, de modo que la imagen reconstruida del hombre no coincidiese con su propia presencia física—. Mantener niveles de luz mejorada.

Antes incluso de que hubiese terminado de dar al envolvesper sus instrucciones, las alas del búho se movieron. Iris se agachó instintivamente cuando dos batidas a cámara lenta, como el enrollarse y desplegarse de la capa plumada de un mago, llevaron a la criatura por encima de su cabeza y sobre una percha de metal, lejos de las pequeñas llamas de los candelabros. Las garras del búho agarraron el travesaño de la percha; sus plumas se alisaron en su sitio cuando cerró las alas abiertas sobre sí. Los ojos dorados, perfectamente redondos como monedas, volvieron su intensa mirada sin pestañear hacia la imagen que se aproximaba.

La imagen del hombre, llevando el cuenco plateado, entró lentamente en la sala ilusoria, donde Iris podía verlo.

Su primer pensamiento fue que se parecía a la muerte. Su segundo fue que la muerte tendría mejor aspecto.

—Congelar imagen.

La imagen se detuvo, inmóvil como había estado el búho a mitad de vuelo. Iris se acercó a la imagen, examinando la cara del hombre casi nariz a nariz.

Entre el hombre y el búho había ciertas similitudes. Los ojos del hombre estaban aumentados por gafas de montura negra y lentes rectangulares, dándole una apariencia de búho, mirando ávidamente, como si alguna pequeña presa hubiese sido descubierta en la alfombra oriental estampada que el envolvesper había tendido debajo de los pies. Piel de pergamino arrugado estaba estirada por los huesos faciales; las lluvias de la ciudad podrían no haber llegado nunca en toda la vida de ese hombre, dejándolo marchitarse al sol desgarrador de más allá de las nubes. Un rincón de la boca del hombre ya se había elevado en una sonrisa mientras entraba en la sala; la clase de sonrisa, le pareció a Iris, que una persona tenía cuando estaba a punto de entregarse a un pequeño placer privado. *Placentero para él*, pensó Iris. *Quizá no tanto para cualquier otro ser.*

Dio un paso atrás desde la imagen del hombre y de nuevo dio instrucciones al envolvesper.

—Identificación del sujeto varón.

El envolvesper estuvo callado unos segundos más de lo habitual.

—Fallo de proceso —anunció la máquina—. Sin archivo de identidad en registro para el sujeto en vista. ¿Redactar orden?

—¿De verdad? —Iris apartó los ojos de la imagen y miró por encima del hombro hacia el envolvesper—. ¿Todos los bancos rastreados?

—Rastreados, índices y modo por-archivo. Aún negativo.

El charlas había vencido algo de su miedo al búho, y se había arrastrado cerca del tobillo de Iris.

—¿Qué significa eso?

—Significa que este tío es un hijoputa rico. —*O quizá lo era,* se corrigió Iris. Siempre estaba la posibilidad de que ya estuviese muerto. De cualquier manera, costaba mucho dinero, y el poder que iba con él, mantener la información personal de uno fuera de los bancos de datos del DPLA. ¿Poder de la Corporación Tyrell? Iris asintió lentamente. Las probabilidades estaban a favor de ello.

—Escaneo facial —dijo Iris—. Dar forma y cuadricular, perfil izquierdo, tres cuartos izquierdo, cara completa, tres cuartos derecho, perfil derecho. Referenciar todos los puntos de reconocimiento posibles para rastreo por fuerza bruta…

—Discúlpeme —el envolvesper interrumpió las órdenes de Iris—. Pero el rastreo de identificación por fuerza bruta fue ilegalizado por el decreto administrativo del Tribunal de Justicia de Naciones Unidas código MMH, número ejecutivo 13-4583, reafirmado en apelación número 565-8891. Adoptado como patrón de procedimiento por el Departamento de Policía de Los Ángeles, nivel de orden alfaalfa-cero-punto-doce.

—Guau —las cadenas de números siempre impresionaban al charlas—. ¿Qué significa eso?

—Descífralo —contestó irritada Iris. Habló más alto, de modo que el envolvesper se asegurase de escuchar—. Anular por autoridad personal. Ejecutar orden como dada.

—Debo avisar: todas las instrucciones de anulación son comunicadas al supervisor departamental.

Como si no lo supiese. Iris sintió una fina sonrisa mostrarse en su cara. El envolvesper se chivaría de ella, ya lo sabía; estaba conectado directamente a la centralita del DPLA. Lo que significaba que un trozo de papel con su nombre en alguna parte sobre él aterrizaría en la mesa de su jefe Meyer. Él podría archivarlo en la papelera, o mantenerlo a mano para algunas posibilidades de chantaje contra ella. A ella no le importaba; nadie trabajaba en la división de blade runners mucho tiempo sin acumular una gruesa carpeta de archivos de marcas negras.

—Proceder —ordenó Iris.

Un trabajo como ése llevaría un tiempo, no en el escaneo de la cara de la imagen, sino en el paseo por el emparejamiento con los detalles de cualquier persona, humana o replicante, fuera del banco de identificación de la regulación. Con el charlas siguiéndola de cerca, Iris se dirigió al módulo de cocina del apartamento para tomar una taza de algo caliente. El revestimiento de madera de la sala ilusoria había sido colocado sobre la puerta; ella caminó a través de los datos ópticos de grano de madera pulido, sin siquiera pestañear cuando la transmisión sensorial pasó a través de su cara. El charlas tuvo que reunir su valor y se zambulló a través con los ojos cerrados. Plegado en una bola, rodó contra la pared del módulo de cocina, y después trepó a la solitaria silla junto a la mesa plegable.

Había recordado llevar su aro de tarjetas electrónicas con ella; las necesitaba para entrar en el compartimento congelador de la nevera de pared. *Éste va a ser duro*: esa convicción se había apoderado de ella, antes incluso de que el envolvesper hubiese quedado en blanco en el proceso de identificación de la regulación. *Mejor que me fortalezca.* Cuando los diodos emisores de luz de la nevera hubieron pestañeado a verde, Iris la abrió y sacó un cilindro sin etiqueta de café del mercado negro. Los niveles de cafeína, muy por encima de lo que la policía sanitaria de Naciones Unidas permitía, no eran lo que quería; no tanto como el conocimiento reafirmado de que había concluido trabajos duros en el pasado, y había recogido suficientes recompensas para poder permitirse un caro lujo vendido por gramos como ése.

—¿Puedo tomar un poco? —el charlas se encaramó al respaldo de la silla, sus ojos dilatados en una expresión esperanzada—. ¿Por favor?

—Claro. —Un dedal era todo lo que se necesitaba para estimular a la pequeña construcción más de lo que ya estaba. Más que eso reventaría el pequeño corazón de válvulas de teflón en su pecho—. Lo vigilas por mí, ¿vale?

En el lado del fregadero de la encimera del módulo de la cocina, Iris desempañó cuidadosamente y esterilizó el interior de su taza amarilla favorita, una antigüedad sólo ligeramente desconchada en la que se leía JUDÍAS Y MÁQUINAS – SEATTLE alrededor del costado. Había pasado un tiempo desde que pasase un rato relajante importante en el apartamento; los dos últimos trabajos, el rep Enesco y el anterior, habían sido prácticamente uno tras otro, sin un descanso entre medio. Era su modo preferido de operar, permanecer en la caza tanto tiempo como fuese posible, apartando la barrera de la fatiga con pura fuerza de voluntad. Pero eso tendía a mandar a la mierda sus tareas domésticas; la entropía entraba en el lugar durante sus extendidas ausencias, y obstruía los rincones con polvo gris perenne.

Mientras sus manos estaban ocupadas en el fregadero, Iris miró en el pequeño espejo, salpicado con puntos diminutos de pasta de dientes y empañado con vapor, que había colgado allí cuando se mudó por primera vez. Lo limpió con la manga y se inclinó más cerca de su imagen, examinándola como había hecho con la de la sala ilusoria evocada por el envolvesper.

—Buen aspecto —se susurró Iris a sí misma. La ciudad aún no se había deslizado bajo su piel, aflojando los tendones filiformes que conectaban su carne con los huesos de debajo. *Todavía joven y dura.* Sonrió y asintió. La mayoría de la gente en Los Ángeles parecía como si hubiesen sido masticados por dientes invisibles, y después escupidos, más o menos de una pieza. Hasta en los punks de la calle y en los casos de los fosos, tribus enteras más jóvenes que ella, y en las lustrosas estriptistas retro en los clubes (bajo el glaseado de película fina de silicona subdérmica, tanto de las mujeres reales como de los engañosos trans), la podredumbre casi siempre se había establecido; podía verse en sus ojos. Esa ciudad envejecía a la gente, como si hubiese una epidemia de síndrome de Matusalén rodando por las calles; era un milagro que cualquiera, humano o de otra manera, tuviese una esperanza de vida de más de cuatro años.

Quizá me escape, pensó Iris. *Antes de ser así también.*

Llevó el café de vuelta a la sala delantera del apartamento, y a la cámara ilusoria que de momento la llenaba.

—¿Resultados?

—Proceso finalizado —contestó la voz demasiado tranquila del envolvesper—, cuando se encontró coincidencia exacta. El sujeto varón en vista está identificado como Doctor Eldon Tyrell.

Iris consiguió encontrar el brazo del sillón reclinable y se sentó sobre él.

—¿Detalles? —Mientras sorbía de la taza, el charlas deambuló desde el módulo de la cocina, las zarpas limpiando su ración de café de los carrillos redondos de su cara.

—Antiguo director ejecutivo de la Corporación Tyrell. Actualmente fallecido.

No le sorprendió.

—¿Modo de la muerte?

—Homicidio —la palabra, tan poco influida por la emoción como cualquier otra en el vocabulario del envolvesper—. Perpetrador concluyentemente identificado como Roy Batty, replicante escapado. Perpetrador retirado.

Manera de hablar de policía. Los humanos eran asesinados, pero los replicantes eran retirados. Ambos estaban igualmente muertos después. Iris se preguntó qué blade runner había ganado la recompensa por el trabajo de ese Batty. *Debió de ser uno duro*, se figuró. Si el replicante se las había arreglado para penetrar los sistemas de seguridad de una organización importante como la Corporación Tyrell, tuvo que ser más inteligente (y más peligroso) que el fugitivo medio. *Quienquiera que lo derribase*, pensó Iris, *debería haber obtenido una bonificación.* Cuando tuviese algo de tiempo libre (poco probablemente), tendría que buscar en los registros del departamento y descubrir cuál de sus colegas había sido.

Así que el búho muy probablemente había pertenecido al Dr. Tyrell; una mascota personal, financiada como un pedido corporativo, como los otros mobiliarios caros de la sala de techo alto, sin duda. Típico beneficio ejecutivo. Pero si el buen doctor estaba muerto, entonces no era él quien quería el búho de vuelta. Alguien más en la Corporación Tyrell, quizá; probablemente podrían vender el pájaro y ganar bastante para hacer frente a la nómina de sueldos de la compañía durante un par de semanas. Pero era de su entendimiento que la Corporación Tyrell estaba tan muerta como el doctor que la había manejado. De modo que no quedaría nadie en la compañía que quisiera recuperar la posesión de un activo tan valioso. Lo cual significaba que una tercera parte sabía de la criatura, sabía lo que valía, y naturalmente quería apropiarse de ella. Pero si estaban utilizando los canales oficiales de la policía para rastrear el búho, en vez de ir a través de una operación privada, debían de tener unas poderosas conexiones políticas. *No son*, se imaginó Iris, *la clase de gente a la que quieres joder.*

El trabajo se estaba poniendo más feo, y más interesante, al mismo tiempo. Lo que debía de ser por lo que su jefe Meyer se lo había dado a ella, en vez de a algún blade runner menos habilidoso. Se hizo más grande dentro de sus entrañas la sensación de que

el búho desaparecido tenía más importancia que sólo su valor monetario para los comerciantes y coleccionistas de animales reales del mercado negro. Lo cual también suponía que el proceso de localizarlo podría tener adjuntos algunos riesgos más profundos y oscuros; si alguien tan protegido como el dueño original del búho, el difunto Dr. Eldon Tyrell, podía acabar tieso, entonces había muchas posibilidades de que la criatura estuviese volando por ahí fuera en la noche sobre algún territorio peligroso.

Guay, pensó Iris asintiendo para sí misma. Quizá Meyer era de verdad su amigo, después de todo. No era un trabajo forzado que había barajado y le había repartido; empezaba a oler como algo mucho más grande. Lo que significaba que habría aún más puntos de bonificación para ella, quizá no en la forma de dinero sólido en efectivo, pero sí en la de reconocimiento, tanto de los superiores en el departamento como de las fuerzas invisibles que movían los hilos a las cuales servían… *si* lo lograba.

—No te preocupes —volvió su sonrisa fina hacia la imagen congelada del búho sentado sobre su percha, la mirada circular amarilla tan ávida como antes—. Te encontraré, está bien. Puedes contar con ello.

El charlas se hizo eco de su impulso de autoconfianza, balanceándose arriba y abajo en un rincón de la habitación.

—¡Sí! ¡Puedes hacerlo! ¡Sé que puedes!

Iris ignoró al charlas.

—Reanudar acción —mandó al envolvesper—. Velocidad normal.

La imagen resucitada del Dr. Eldon Tyrell, con su desagradable sonrisa parcial, pasó junto a Iris. Ella observó mientras la imagen llevaba el cuenco plateado en las manos hasta el antiguo escritorio, y lo dejaba. La imagen miró por encima del hombro, aún sonriendo, hacia el búho en su percha. Por un momento, una pequeña chispa de algo cercano al reconocimiento cruzó entre las dos imágenes, como si cada uno viese en los ojos aumentados del otro su propio reflejo.

La imagen del hombre habló en voz alta.

—¿Hambre? —la voz grabada le pareció a Iris tan burlonamente cruel como la sonrisa en la cara de Tyrell.

Iris tenía una buena idea de lo que iba a suceder a continuación. Hora de la comida.

No la decepcionó. Un búho artificial podía mantenerse con toda clase de cosas, incluyendo un juego nuevo de baterías insertado bajo alguna escotilla emplumada entre sus alas. Pero uno vivo tenía un apetito depredador por otras cosas vivas más pequeñas. No necesitaba que la función enciclopédica del envolvesper le contase eso. Era la manera del mundo, de éste o de cualquier otro.

Vio la imagen del búho alzándose más alto sobre su percha, abriendo parcialmente sus extensas alas, después volviendo a colocarlas como cinta adhesiva alrededor de sí mismo. El hambre despertada era evidente.

Es una comida cara, pensó Iris; observó mientras la imagen de Tyrell levantaba una rata blanca por su cola rosa sin pelo desde el cuenco plateado. Las alimañas grises y marrones que correteaban a través de los estratos de los callejones llenos de basura de

Los Ángeles no valían mucho, pero una como aquélla, una real, podía exigir un buen precio entre los comerciantes en el zoco. La rata blanca estaba doblada en una forma blanda de C, al haber sido atadas sus patas rosas por un ajustado círculo de lo que parecía ser hilo de nailon. Un agudo chillido, aterrorizado y aterrorizante, sonó tanto en la habitación ilusoria como en el apartamento que rodeaba a Iris mientras la criatura colgante se meneaba y se sacudía como un juguete frenético accionado por un resorte.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Hm? —Tyrell elevó más la rata blanca debatiéndose. El búho al otro lado de la sala con paneles respondió inclinándose hambriento hacia delante sobre su percha, un golpe de sus alas desplegadas manteniendo su equilibrio.

No necesito ver esto, pensó Iris.

Con un tijeretazo de un pequeño par de tijeras del cajón superior del escritorio, la imagen del Dr. Tyrell cortó el anillo de hilo alrededor de las patas de la rata blanca. Sus giros frenéticos se volvieron más salvajes, casi sacando la cola sin pelo del agarre de Tyrell.

Con un rápido golpe de su mano, Tyrell echó la rata blanca en el centro de la habitación. La imagen de la rata aterrizó a unas pulgadas de las punteras de las botas de Iris y se congeló en el sitio, sus ojos rojos brillantes como perlas fijos en lo que había visto a través del espacio ilusorio.

—Corre —dijo Iris en voz alta, aunque sabía que no serviría—. Debajo de la mesa. —Lo que observaba ya había sucedido—. Ahí no te atrapará. —Y lo que había sucedido no se podía cambiar.

Volvió su propia mirada, oyendo el desplazamiento audible de aire cuando la imagen del búho extendió sus grandes alas y saltó de su percha. El búho pareció llenar el centro de la sala, sin ningún aumento necesario del envolvesper que lo había llamado a existir. Sus garras se separaron en la maquinaria perfecta de captura y muerte. Por debajo de la rápida sombra del búho, la rata blanca se agachó, demasiado metida en la parálisis del miedo para hacer otra cosa.

—Bien, detener. —Iris cerró los ojos—. Quiero decir, congelar. Congelar acción —no los abrió mientras daba más instrucciones al envolvesper—. Buscar otras secuencias discretas, separadas en el tiempo de la exhibición actual.

El apartamento estuvo en silencio por un momento, mientras el envolvesper sondeaba el resto de los datos que ella había introducido en su suave boca.

—Encontrado —anunció por fin—. Una secuencia. ¿Comenzar reproducción?

—Claro. —Fuera lo que fuese, no podía ser peor que la fría sonrisa del Dr. Eldon Tyrell—. Comenzar.

Otra sala ilusoria chasqueó dentro de la existencia percibida, colocada sobre las paredes más sólidas del apartamento de Iris. Parecía igual de lujosa, bañada en el pozo sin fondo de dinero de la Corporación Tyrell. La imagen de un hombre esperaba en el centro de la habitación; más joven que Tyrell, como lo sería casi cualquiera vivo. Un largo abrigo raído, en el que probablemente había dormido en más de una ocasión, pelo oscuro recortado, casi rapado, utilitario y sin artificios; no feo, juzgó Iris, con una

pequeña cicatriz descolorida en un lado de su barbilla, e intensos ojos enfadados. Su disgustada expresión cansada del mundo lo hacía parecer más duro y más mezquino de lo que era realmente. Iris se sonrió, reparando en la flaqueza de la fachada de tipo duro del hombre. *Araña a un cínico,* pensó, *y hiere a un romántico.* Ella misma no sangraba de esa forma en particular.

Podía ver dónde habría estado el problema para ese tío, quienquiera que fuese o hubiera sido. La imagen de pie en el centro de la sala ilusoria recién convocada era obviamente un policía; hasta sin notar el bulto del arma de alto calibre debajo de su abrigo, Iris estaba segura de eso. Y un policía con conceptos blandos del mundo, de lo que se podía y no se podía esperar en él, ya estaba atado de manos y pies al arco quebrador de la Curva de Wambaugh. Éste ya estaba quemado; incluso con sólo los datos sensoriales ópticos, y sin presencia física real desde la que trabajar, Iris casi podía olerlo en él. *Debía de haber alcanzado su límite.* Iris miró más de cerca la imagen del hombre, como si fuese una jueza examinando un espécimen aguantado de pie en una losa vertical. *Pero siguió de todas maneras.* Frunció el ceño; normalmente requería mucha presión sacar otra vez a trabajar a una víctima de la curva como ésa. *Alguien en el departamento le apretó las tuercas.* ¿Quién?

—Congelar imagen —mandó Iris al envolvesper—. Identificación de sujeto varón en vista inmediata.

La respuesta estaba en los archivos de acceso abierto, saltando de vuelta a ella en milisegundos.

—El apellido del sujeto varón —dijo llanamente el envolvesper— es Deckard. Nombre, Rick.

—¿DPLA?

—Afirmativo. Sujeto varón, Deckard, Rick, último empleo conocido en el Departamento de Policía de Los Ángeles.

¿Último conocido? Algo le había sucedido al pobre bastardo. Las cosas normalmente lo hacían, cuando a un caso quemado no le importaba lo que le sucediese.

—¿Qué división?

—Sujeto varón, Deckard, Rick: destinado a fugitivos replicantes, detección e intercepción.

Iris no esperaba eso.

—¿Este tío es un blade runner?

—Argot designado reconocido para división departamental indicada —las funciones de análisis gramatical del vocabulario del envolvesper atravesaron el resto de su lógica—. Por tanto, afirmativo.

Pensaba que los conocía a todos. Iris se puso la punta del índice en los labios, reflexionando sobre esa revelación. Era conocida de todos los blade runners activos en aquel momento, por cuanto representaban la competencia por encima de la que necesitaba permanecer. Y los inactivos, los muertos o ya no funcionales (ya fuesen los quemados o aquellos que habían logrado ser promocionados a salvo o transferidos fuera

de peligro, normalmente en la forma de pegar los cañones de sus propias armas en sus bocas), también estaban en su base de datos mental. O así lo había creído. Pero esa persona, Deckard, era un desconocido, un vacío en ese registro. Lo que significaba que o de alguna manera lo había pasado por alto (inmediatamente descartó esa posibilidad), o algo más le había sucedido a él, una eliminación de datos de alguna clase. Y había sucedido en el nivel de la división, calculó Iris, y no más arriba; si el agujero deliberado en los datos hubiese sido creado por una acción departamental, por los poderes reales y fantasmales por encima de su jefe Meyer, entonces también habrían eliminado el perfil de regulación de ese Deckard, en vez de dejar atrás su nombre y afiliación divisional para identificarlo con ellos.

—Interesante —reflexionó Iris en voz alta—. Muy…

—¿Qué es? —el charlas, ahora estacionado junto a sus tobillos, la miró.

—Lo único más curioso que un agujero, donde debería haber algo, es un agujero parcial. ¿Sabes? —sonrió al charlas—. Si alguien tiene el poder para suprimirlo, debería tener el poder para suprimirlo del todo, sin dejar pequeñas piezas atrás. Y si quieren eliminarlo en primer lugar, ¿por qué no querrían eliminarlo todo?

—Nusé —el charlas sacudió la cabeza—. ¿Abrazo?

—Luego. Todavía estoy trabajando. —El estremecedor entumecimiento subdérmico en las puntas de sus dedos ya había disminuido, junto con las endorfinas mareantes que hubiesen sido producidas por manosear al charlas. Eso estaba bien para Iris: descifrar las complejidades de una nueva misión, olfatear el rastro de los datos pequeños y fragmentarios y adónde dirigían, daba un subidón mejor.

Esa cosa de Deckard…

Tenía la sensación, en la base de la tripa, de que era importante. Aunque aún no tenía ni idea de qué podía tener que ver un blade runner parcialmente borrado con rastrear un búho mascota escapado.

—Reanudar reproducción.

El búho se mostró otra vez en la discreta secuencia de entonces del envolvesper. Sólo por un momento, sentado sobre una percha de metal diferente, pero con la misma alerta y los dorados ojos redondos escudriñando el territorio delante de él. El cual incluía esta vez la imagen de una mujer entrando en la sala ilusoria. Parecía incluso más fría y dura que el blade runner Deckard, aunque ella era obviamente más joven y, según patrones objetivos, más guapa. La mujer parecía bañada en dinero también, cubierta de oro por su poder de transformarla en otra pieza del caro mobiliario de la Corporación Tyrell. Su pelo oscuro estaba recogido en alguna clase de moda retro, como la quebradiza chica rica antipática en una antigua película en blanco y negro; el maquillaje de la imagen tenía la controlada sexualidad demasiado precisa que Iris asociaba con vírgenes y pacientes mentales. Iris sacudió la cabeza y apartó la vista, cediendo a su propia profunda antipatía instintiva a la mujer joven, sin molestarse en descifrar qué cosa en ella había provocado tal reacción aversiva. *Quizá me recuerda a alguien…*

En la sala ilusoria, en el breve retazo de pasado reconstruido del envolvesper, las dos imágenes intercambiaron algunas palabras, y después se había acabado.

—Término de la secuencia —anunció la máquina.

—¿Ya está?

—Afirmativo —a los circuitos dentro del envolvesper no les importaba, de una manera o de otra—. Los datos cargados contienen dos secuencias cronológicas, representación óptica y auditiva. Visionado de la primera secuencia abortado antes de término, según orden; segunda secuencia reproducida.

No mucho para continuar, gruñó Iris para sí misma. Sólo había habido un vistazo rápido del búho, pareciendo exactamente como en la otra secuencia, y unas pocas palabras intercambiadas entre las imágenes de la mujer y el policía llamado Deckard. Apenas había prestado atención a lo que los dos habían dicho; había prestado atención al búho, a un lado del espacio reconstruido. El fragmento había sido tan breve y poco informativo que Iris tuvo que preguntarse por qué Meyer lo había incluido en primer lugar.

—Reprodúcelo otra vez —sugirió el charlas, sensible a su humor. Esta vez, escuchó lo que las dos imágenes decían.

¿Le gusta nuestro búho? Eso fue lo primero que la mujer dijo a Deckard, cuando entró en la habitación y lo pilló mirándolo. El uso de la mujer de la palabra «nuestro» confirmaba lo que Iris ya había conjeturado: el búho pertenecía a la misma Corporación Tyrell.

¿Es artificial? Deckard había contestado con una pregunta obvia y lógica. Los búhos de cualquier clase no se veían todos los días.

Por supuesto…

—Congelar secuencia —mandó Iris al envolvesper. Ahora que lo había oído correctamente, no tenía ningún sentido—. Atrás cinco segundos, reanudar acción de la secuencia.

La imagen de la mujer lo dijo otra vez, con su frío tono impasible: *Por supuesto.*

Significando que el búho era artificial, como Deckard había preguntado. O que la mujer creía, en aquel momento, que lo era.

Iris escuchó el resto del diálogo de las imágenes.

Debe de ser caro. Otra vez Deckard.

Mucho, dijo la imagen de la mujer.

Iris detuvo la reproducción del envolvesper una vez más. Las palabras, ésas en adición a las otras, tenían aún menos sentido del que tenían antes. Se acercó a la imagen congelada de la mujer, examinándola, intentando descifrar si esa palabra había sido una mentira deliberada o un simple error. Un búho artificial de esa calidad sería caro, muy bien, pero no lo suficiente para alardear. Simulacros aviares más grandes y complicados, emúes y avestruces y de esa clase, incluso hasta colibríes rellenos de nanotecnología, podían obtenerse bastante fácilmente en el *zoco* en el centro de Los Ángeles. Un puesto de fideos podía permitirse una mascota como ésa; la misma Iris era clienta de uno en la

calle que tenía un par de arawanas de agua fresca artificiales nadando en un tanque detrás de la caja registradora; esos peces nunca habían estado cerca del Amazonas, donde sus prototipos biológicos habían sido originados. Mientras que un genuino búho vivo, sentado sobre una percha en la sede de la compañía, realmente habría sido algo para que un representante de la Corporación Tyrell se jactase muy altivamente; ese tipo de gasto, encima de los alrededores ya lujosamente amueblados, habría indicado otro nivel entero de riqueza y poder.

—¿Pensando? —el charlas dio un golpecito en su espinilla con una de sus pequeñas zarpas. Ella asintió.

—Es un misterio —sus palabras fueron seguidas de un encogimiento de hombros—. Pero es el tipo de cosas que me pagan por resolver.

Había un ápice más de información que sacar de la discreta segunda secuencia en el envolvesper. Al final del fragmento, la imagen de la mujer dijo su nombre. Iris lo repitió para asegurarse de tenerlo correcto.

Soy Rachael.

Eso era lo que la mujer le había dicho al policía llamado Deckard. Iris archivó mentalmente la información, y la olvidó de momento. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse en aquel instante, como dónde había ido ese búho desaparecido. Esa mujer en los datos que había introducido en el envolvesper, Rachael quien fuese, probablemente había sido atrapada en el colapso de la Corporación Tyrell, junto con todos los demás que estaban conectados a la compañía fabricante de replicantes. No era para tanto, al menos esa parte no.

—Volver a la primera secuencia discreta. —La sala con el policía llamado Deckard y la mocosa mujer joven desapareció, reemplazada por la otra ilusoria que contenía el búho y al difunto Dr. Eldon Tyrell. Con su cuenco plateado sobre el antiguo escritorio, y la rata blanca que había lanzado al centro de la alfombra oriental intrincadamente tejida…

Esta vez, Iris observó toda la secuencia. El búho hizo lo que su propia naturaleza biológica le había programado para hacer. Las garras que atrapan, se encontró pensando Iris, recordando algún trozo de una tontería de poema. No era una tontería para la rata blanca, cuya programación era morir.

La imagen del búho aleteó hasta su percha, donde despedazó sangrientamente su comida. Todavía sonriendo fríamente, la imagen del Dr. Tyrell observó, después recogió el cuenco plateado vacío y se lo llevó, de vuelta a la oscuridad de la que había surgido.

—Secuencia completa —comunicó el envolvesper.

Lo que sea, pensó Iris.

—Terminar sesión.

La sala ilusoria, con sus cavernosos espacios alumbrados por velas y su lustroso y caro revestimiento de madera, desapareció, restaurando el propio apartamento más pequeño de Iris.

El neón había muerto.

Sucedía a veces. Iris se encontró en la oscuridad, mitigada sólo por las ranuras horizontales de luz callejera azulada entrando a través de las pequeñas ventanas cerradas y atrancadas del apartamento. El charlas se asustó por la súbita penumbra, y se aferró a su tobillo, temblando. La fuente de energía del neón, normalmente una llave parásita en un circuito principal de alimentación, probablemente se había sobreextendido y se había roto en alguna juntura crítica en ángulo. Eso dejó sólo los tubos de cristal del grosor de un lápiz cubriendo las paredes y casi cualquier otra superficie dura, para ser desarticulados y barridos, letras y pictogramas vacíos como fantasmas.

Sólo voy a limpiar la cama, pensó Iris. Si despertaba rodeada de fragmentos y agujas de cristal roto, no sería la primera vez.

—Quedan datos residuales —anunció el envolvesper—. De la función enciclopédica.

En la puerta del dormitorio, todavía cojeando por el charlas asustado, Iris volvió la mirada atrás hacia la máquina.

—Está bien —dijo—. Dámelos.

—Grande, varía en color, casi blanco cuando se lo encuentra en condiciones árticas, si no gris oscuro moteado y marrón…

—Ya he oído esa parte —Iris sacudió la cabeza—. Así que es un pájaro —dijo disgustada—. Eso es todo lo que es.

Había más:

—Una vez se pensó que poseía poderes sobrenaturales, debido a la capacidad para ver en la oscuridad; el aspecto solemne y atractivo dio lugar a que se le considerase como símbolo de sabiduría o conocimiento oculto. Fin de los datos.

—Aún mejor —dijo Iris amargamente.

Pero el envolvesper se había apagado, y no estaba escuchando.

4

Los *patrones del zoco* eran unos bastardos inteligentes.

Tengo que pasárselo a ellos, pensó Iris. Estaba en la oscuridad punzada de neón y se dejaba zarandear por la muchedumbre que empujaba a su alrededor. Las personas que manejaban el mercado de animales artificiales, las figuras sombrías que cobraban los alquileres de los puestos y escaparates densamente llenos, se habían tomado la molestia y el gasto de hacer que el lugar oliese como si animales reales estuviesen siendo comprados y vendidos en él; la zona estaba intercalada con unidades emisoras de olor sobresaliendo de las rejas de alcantarillas que despedían un desfile olfatorio cíclico de sudorosas fragancias de corral, cebo de grano podrido mezclado con el fuerte sabor más repugnante de excrementos fecales sin barrer. Iris podía ver que los clientes de los comerciantes obviamente iban por ello; la impresión sensorial llenando sus fosas nasales sumaba a la ilusión de comprar un animal real, biológicamente vivo, en vez de un replicante alimentado por baterías, forrado de pelo o plumas falsos.

Con cuidado de no pisar ninguna de las propiedades más auténticas que habían sido depositadas en las calles, Iris se abrió camino a empujones a través de la multitud hacia el puesto de fachada abierta y de anchura doble con el neón crepitante encima en el que se leía ALAS DE SONRISA DORADA. Un gorrión animado, de veinte veces el tamaño de uno vivo y silueteado en azul brillante, batía las alas en un tartamudo ejercicio de tres pasos, una y otra vez.

—¿Qué puedo hacer usted por? —La media docena de empleados detrás del mostrador del puesto parecían hermanos de una sola familia, una mezcla genética como cualquier otra en Los Ángeles; esta específica podría ser un cruce de tercera generación entre cabezas cuadradas Hmong y Vladivoski—. ¿Qué tal un canario? Cantará para que se duerma. Si no funciona para usted —el tipo del mostrador a cargo le guiñó un ojo— entonces usted y yo podemos hacer otros arreglos.

—Vuelve a metértela en los pantalones, amigo —Iris se inclinó hacia delante, mirando más allá de él y a las profundidades del puesto. Los otros empleados se volvieron de sus bancos de trabajo y sus ábacos, observándola con silencio impasible y pupilas negras como la tinta mientras ella escudriñaba las mercancías sobre las perchas colgantes y dentro de las jaulas de alambre. La mayoría de sus existencias consistía en pájaros más pequeños, pero había un par de cuervos: más grandes de lo que esperaba que fuesen, gruesos como asesinos hoscos en una percha de acero oxidado; e incluso un ratonero colirrojo, mirándola fijamente con un reluciente ojo amarillo. De modo que quizá el revendedor en las afueras del *zoco*, a quien Iris había consultado y después dado de propina un cuarto de dólar de titanio previo a la devaluación, tenía razón en que ése era el lugar para las aves predadoras—. Estoy buscando —Iris se apartó del aliento con olor a *kimchi*[13] del tipo del mostrador —un búho.

[13] Preparación fermentada de origen coreano a base de vegetales sazonados con especias (N. del T.)

—Búho, ¿eh? ¿Quiere decir un búho cornudo ordinario o algo más exótico, como un búho de las nieves con plumaje de invierno? No importa. —Se volvió y gritó por encima del hombro a uno de los otros empleados—. Francesco, ven aquí un minuto.

El otro hombre se aproximó, limpiándose las manos en un trapo manchado de aceite.

—Bonita camisa —dijo señalando el pecho de Iris. Como el resto del personal, vestía un sombrero Stetson de imitación modificado y pantalones de trabajo de neopreno brillante que exponían sus rodillas amarillentas y costrosas—. Yo mismo colecciono Autreys. Motivos de lazos, mayormente.

—La señora quiere un búho —dijo el primer tipo del mostrador—. ¿Cuál es la línea en eso?

Francesco asintió lentamente.

—Sí… podemos hacer un búho. —Su cara era más larga y triste que las de los otros empleados—. Aunque tendría que ser un encargo especial. No guardamos existencias de esa clase de forma corporal —apuntó el pulgar atrás, hacia el interior del puesto—. Principalmente hacemos los *columbidae* y *psittacidae* más pequeños: ya sabe, palomas y loros. Es lo que la gente puede permitirse por aquí. Y quizá un par de *accipitridae* más grandes, halcones, tres o cuatro veces al año. Para el mercado de coleccionistas. Pero podemos cambiar muchos de los elementos estructurales básicos en ésos. Un búho, sin embargo… —se encogió de hombros—. Diferente configuración; un poco amontonado en vertical, ¿sabe lo que quiero decir?

—Correcto —dijo Iris—. Pero eso no es de lo que estoy hablando. Quiero decir un búho auténtico.

Ambos hombres la miraron en silencio durante unos segundos.

—Señora… —habló el tipo dirigente del mostrador, sacudiendo la cabeza con disgusto—. Si entrase usted en un Seven-Eleven y pidiese un collar de diamantes, podría *obtener* un collar de diamantes; pero no sería auténtico —se giró e hizo un ademán hacia las existencias del puesto—. ¿Ve esto? ¿Ve cómo hacen pío pío, baten las alas y esas cosas? Son imitaciones. Eso es lo que *hacemos* —se volvió hacia Iris—. ¿*Pensaba* que eran reales? —miró por encima a su colega de cara más larga—. La señora cree que tratamos con pájaros reales.

—Entiendo —dijo Iris lentamente, enfatizando cada sílaba— que, de hecho, así lo han hecho. En ocasiones. Tratar con pájaros reales. ¿Cierto?

—¿Quién le ha dicho eso? ¿Uno de esos estúpidos fuera en la calle? Dígame cuál, y le patearé el culo —el tipo del mostrador cruzó los brazos y frunció el ceño—. Los animales reales están restringidos. Incluso los pájaros. Puede meterse en muchos problemas tratando con ellos sin una licencia —una de sus cejas se alzó—. ¿*Usted* tiene una licencia?

—No la necesito. —Sus ojos se habían adaptado más a la penumbra dentro del puesto; pudo distinguir algunos pájaros más escondidos en los rincones y encima de una pila de cajas de embalar—. ¿Así que nadie ha venido últimamente, ofreciéndote un acuerdo sobre un búho vivo?

—Sí, claro. ¿Quién tendría uno? Dígamelo.

—¿Has oído de algún otro comerciante en el *zoco* que tenga uno? —El tipo del mostrador se puso más arisco.

—¿Cómo lo sabría?

Iris decidió tomar otro rumbo. Metió la mano en la chaqueta y extrajo la copia en papel de la foto que había hecho que el envolvesper imprimiese.

—¿Alguna vez has visto a esta persona?

La mirada del tipo del mostrador se deslizó abajo sólo un segundo, a la foto del policía llamado Deckard, y luego de vuelta a la cara de Iris.

—¿Usted una policía?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Señora… eso es lo que los policías hacen. Sacan una foto y te preguntan si alguna vez lo has visto. Cielos.

Iris dejó la foto sobre el mostrador, de modo que pudiese sacar algo más de su chaqueta.

Ambos hombres asintieron cuando vieron el arma en su mano.

—Es una policía, muy bien —dijo el tipo del mostrador al mando.

Ella dejó descansar el arma plana sobre un lado, en su palma. Tocó el frío metal negro con la punta de su otro índice.

—Podríamos ir al centro —dijo—, a esa bonita y brillante comisaría nueva donde todos los otros policías pasan el rato, y hablar sobre esto algo más. Y de camino, podría llevarte con esto a un callejón y darte una paliza. O podemos hablar ahora. Tu elección.

El tipo del mostrador levantó la foto y la miró. Iris colocó el arma en su pistolera de hombro y esperó.

—Ey, esto es extraño. ¿Sabe qué? —el tipo del mostrador bajó la foto y sonrió a Iris—. Sí recuerdo haber visto a este tío antes. Es algún otro policía, ¿correcto?

Iris no dijo nada.

La sonrisa con fundas de oro del tipo del mostrador se desvaneció. Volvió la foto hacia su colega.

—¿Lo recuerdas?

—Un poco —inclinando la cabeza a un lado para ver mejor la foto, Francesco se rascó la articulación de la mandíbula—. Pero no vino aquí. Quiero decir, a nuestra tienda —se enderezó y señaló otro puesto, visible a varias yardas a través de la multitud batiente—. Estuvo por ahí. Preguntando algo sobre un pez. Aunque no sé qué.

—Eso es —el tendero jefe asintió vigorosamente. Parecía aliviado—. Vaya a hablar con la mujer de los peces.

Resultó no ser un pez. Al menos, lo que el policía llamado Deckard había estado buscando. La pequeña mujer asiática en el puesto del comerciante de peces artificiales ofreció a Iris una historia sobre el hombre de la foto habiendo venido con una escama en una pequeña bolsa de pruebas de plástico; ella había puesto la escama bajo su microscopio, había leído los números de serie y la referencia de la especie, y después lo

había dirigido hacia uno de los escaparates, donde un lujoso tipo árabe que llevaba un fez, quien nunca había llegado a estar más cerca de hacer su *hégira*[14] que el infiel medio de Los Ángeles, comerciaba con los reptilianos más grandes.

—¿Una serpiente? —en la tienda del árabe, Iris volvió a plegar la foto dentro de su chaqueta—. ¿Preguntó por una *serpiente*?

—Sí; lo hizo. —El comerciante árabe mantenía un cigarrillo liado a mano, lleno de sucedáneo y tabaco legal, acunado en las puntas de los dedos de su mano vuelta. Un rincón de su labio se rizó con desdén—. Fueron consultas muy desagradables, también. Un hombre *horrible*; violento y cruel.

—Era su trabajo —dijo Iris. No daba el culo de una rata por Deckard, pero no le importaban los civiles que metían escoria sobre los policías.

—Con todo; si era un oficial de policía, era un servidor de la población general, no su amo. Un honesto hombre de negocios como yo naturalmente se resiente por pagar tasas y el esperado calendario de sobornos sólo para ser abusado por semejante criatura. —El comerciante árabe tomó una profunda calada del cigarrillo falso; después contempló la nube gris azulada que expelió un momento más tarde—. He oído contar —habló meditativamente— que el individuo en cuestión está muerto. Como podría haber dicho el Profeta, el reembolso es una zorra.

—El Profeta puede metérselo. —Un mal humor creció dentro de Iris, como la marea contaminada llegando a las playas al oeste de la ciudad. El árabe no la irritaba tanto como la comprensión de que había llegado a un callejón sin salida, peleando por pistas allí en el mercado calurosamente fétido.

—No se ve usted bien —dijo el árabe sin preocupación aparente.

La colonia del hombre, anís estrellado mezclado con flores antinaturales, encendió las fosas nasales de Iris y dejó un gusto agrio en su lengua. Mientras lo observaba levantar una cría de serpiente de coral de un pie de longitud y ajustar la acción de su lengua vacilante con una lupa de joyero de doce aumentos y un fino destornillador de relojero, ella sintió la tienda apretándose más contra sus hombros, como si una de las anacondas artificiales de atrás hubiese conseguido escapar y envolverse alrededor del escaparate, exprimiendo el aire de él.

—¿No hay más preguntas?

Iris oyó la diversión en la voz del árabe, de modo que no necesitó mirar por encima del hombro para ver su sonrisa oleosa. Se abrió camino fuera de la tienda y de vuelta a la concurrida acera llena de empujones. El deje de náusea que había sentido en la base del estómago disminuyó un poco cuando respiró hondo el aire fregado con la lluvia.

—Estás perdiendo el tiempo —la voz de otro hombre llegó de detrás de ella.

—¿Crees que no lo sé? —Iris no había reconocido la voz; se volvió para ver a quien hubiese hablado.

Tampoco reconoció la cara. Una sonrisa casi sin labios acuchillaba una línea horizontal a través de la proyección afilada de sus huesos faciales; la estribación angular

[14] Emigración de Mahoma desde La Meca a Medina en el año 622 (N. del T.)

de su nariz y su frente le daban una mirada tan ávida y depredadora como las de los halcones en el puesto del comerciante de aves. Debía de haber estado esperándola, bajo la lluvia, por algún tiempo; su pelo negro como un cuervo, rapado al milímetro, y los hombros y espalda de su abrigo sin cinturón, estaban empapados.

—¿Qué *sabes*? —su sonrisa se ensanchó.

—Tu nombre no, por ejemplo —Iris no le devolvió la sonrisa—. Me gusta saber con quién estoy hablando.

—Debe de ser cosa de policías —dijo la figura alta. Extendió una mano de dedos largos y nudillos grandes—. Vogel. Y tú eres Iris Knaught. Por si acaso lo has olvidado.

La lluvia, que había disminuido a llovizna malhumorada cuando Iris había llegado al *zoco*, se hizo más fuerte entonces. A través del aguacero monzónico, pudo ver a un par de vaqueros de simulacros vestidos con monos utilizando ganchos afilados para empujar a cubierto a una cría de elefante medio completada, una cabeza de orejas caídas y una deslizante trompa gris fijadas a un esqueleto de acero articulado, antes de que los pistones y servos de la maquinaria expuesta fuesen dañados. Iris trabó su apretón en el antebrazo de ese personaje, Vogel, y tiró de él contra la ventana de la tienda del comerciante de serpientes árabe, bajo la mínima protección de su toldo retráctil por encima de sus cabezas. Ya podía sentir un par de zarcillos de lluvia mojados goteando por debajo del cuello de su chaqueta de cuero sintético y bajando por su espalda.

Retiró el brazo como soltando una rata, real o artificial.

—No me gusta —dijo Iris rotundamente— la gente que sabe más sobre mí que yo sobre ellos. Me pone nerviosa. Como si me estuviesen vigilando.

—Me lo imagino. —Apoyándose contra el cristal de seguridad templado de la ventana, Vogel observó sus propias manos enrollando afanosa y eficientemente un cigarrillo—. Y no habría de hacer que alguien como tú se inquietase. —Extendió los papeles y el paquete de tabaco artificial hacia Iris; después se encogió de hombros y los guardó en su abrigo cuando ella sacudió la cabeza—. Especialmente con el calibre de esa pieza que llevas contigo. Con la manera en que vosotros los blade runners sois tan dados a disparar vuestro arsenal en público, es asombroso que Los Ángeles tenga alguna crisis demográfica.

—Hilarante. —El tabaco artificial olía como si una de las propiedades más realistas en los desagües del *zoco* hubiese sido raspada, secada e incendiada—. Pero sólo lo hacemos por una razón.

—Claro que lo hacéis. —Vogel dio un capirotazo a una pizca de ceniza hacia la calle reluciente—. La gente, y los replicantes, pueden ser *muy* poco colaboradores. Especialmente cuando intentas, um, «retirarlos».

—Pero tú no —dijo Iris. Su mirada se estrechó al estudiar a la figura de pie junto a ella—. Algo me dice que estás motivado por algún deseo ardiente de serme de ayuda.

—Lo has entendido, pastelito. —Un lado de la cara del hombre estaba iluminado en detalle por la luz que se vertía desde dentro de la tienda del comerciante de serpientes

árabe; el otro lado estaba sombreado de azul por el neón parpadeante ensartado por encima de los puestos del *zoco*—. Soy la respuesta a todas tus plegarias.

—He oído eso de tíos anteriormente.

—¿En serio? —Vogel echó la cabeza hacia atrás y exhaló más humo gris—. ¿Funcionó?

—Aún no.

—Esta vez te prometo que será diferente —no quedaba rastro de su sonrisa cuando se inclinó cerca de ella—. ¿De verdad piensas que puedes encontrar lo que buscas simplemente viniendo a un lugar como éste y preguntando por ello?

—Depende —Iris sostuvo la dura mirada de Vogel con la suya—. Pero… sé qué busco. ¿Tú?

—No jodamos. —Sus nudillos fueron iluminados en naranja ardiente por el arder del cigarrillo—. Buscas un búho —alzó las cejas—. ¿Sabes? Una clase grande de ave. Vuela por ahí y se precipita sobre los ratones —hizo un movimiento de agarrar con una mano—. Una pena si eso es lo que eres.

Un escalofrío, más frío que la lluvia, se arrastró a contrapelo subiendo la espalda de Iris. *Si sabe para qué estoy aquí,* pensó, *¿entonces qué más sabe?*

—Sí, una pena —Iris asintió lentamente—. ¿Viene mucha gente por aquí, buscando búhos?

—Eres la única —una esquina de la sonrisa de Vogel regresó—. Todos los demás saben que no deben.

Dos posibilidades se formaron en la mente de Iris, como los charcos de lluvia fina acumulándose en las suelas de sus botas. O esa persona, quienquiera que fuese, había reparado en ella cuando había llegado al zoco, y la había estado siguiendo por ahí, haciendo a los tenderos preguntas sobre las preguntas que ella había estado haciendo (y así era como se había enterado de sus indagaciones sobre búhos); o sabía de esa búsqueda en particular antes incluso de que ella llegase allí. *Lo que significaría*, se figuró Iris, *que está enterado, mucho más que yo.* Puesto que ese Vogel sabía todo (o bastante) sobre ella y lo que estaba haciendo, mientras que ella no sabía nada de él.

Ninguna de esas posibilidades le agradaba. Pero como la última de las dos era la peor, era buena práctica asumir que era el caso. Y después hacer algo al respecto.

—Necesitamos hablar —dijo Iris—. En privado.

—¿Quién está escuchando por aquí? —divertido, Vogel miró la calle concurrida y los pasajes más angostos entre los puestos. Un par de bereberes de la época moderna, sus bocas y narices aguileñas vendadas con algodón teñido de añil, llevaban un pequeño rebaño de ovejas cabecinegras hacia un corral cerrado—. Esa gente tiene sus propios asuntos de los que ocuparse. No están interesados en los tuyos.

—Con todo —señaló con el pulgar hacia un callejón sin iluminar escondido detrás de la tienda del árabe—. Sólo para estar cómoda, ¿vale?

—Claro —Vogel la siguió al callejón—. Lo que quieras…

Sus palabras fueron cortadas por el aire violentamente expelido de sus pulmones, el resultado del puño de Iris, pequeño pero duro como la roca, aterrizando en su tripa. Se dobló, lo bastante para que Iris pudiese agarrar la parte trasera de su cabeza con ambas manos y aplastarle la cara contra una rodilla levantada.

Iris lo lanzó atrás contra el mojado muro de ladrillo del callejón, con suficiente fuerza para que se quedase ahí de pie en vez de dejarse caer al suelo lleno de escombros.

—Eres… una policía de servicio completo… —la expresión de Vogel se convirtió en una burla roja cuando se limpió la sangre de la boca y la nariz en la palma de una mano—. Algunas personas pagan suplementos por esta clase de tratamiento.

—Entonces te estás llevando una auténtica ganga —Iris alcanzó y empujó los hombros del hombre contra el muro—. Porque tengo más. —La lluvia goteaba por sus muñecas expuestas y a lo largo del interior de las mangas de su chaqueta—. Así que como decía. Hablemos.

—¿Sobre búhos? —la burla de Vogel, goteando rojo, se rizó más—. Cómprate un libro.

Las manos de ella se convirtieron en puños cerrados sobre la parte delantera con cremallera del sobretodo de él. Ella giró sobre su talón, tirándolo lejos del muro y mandándolo patinando sobre un hombro a través del pavimento mojado. Antes de que Vogel pudiese sacudirse el aturdimiento, Iris había bajado y lo había puesto de pie otra vez.

—Sí —dijo ella—. Hablemos de aves. —Golpeó el espinazo de él contra el muro opuesto a donde habían empezado—. Hablemos sobre este búho en particular. Antigua propiedad de la Corporación Tyrell. Lo llamaron «Scrappy», sólo Dios sabe por qué; no es tan mono. —Otro porrazo, esta vez con la parte trasera de la cabeza contra los ladrillos—. ¿Qué sabes de él? Aparte de que lo estoy buscando.

—Sé mucho, encanto. —Vogel se frotó más sangre de su barbilla angulosa—. Muchas cosas que nunca averiguarías en un millón de años, deambulando por el *zoco* haciendo preguntas estúpidas. La clase de cosa que estás buscando no es exactamente la mercancía diaria con que trafican aquí.

—Valía la pena intentarlo —gruñó Iris—. ¿Dónde demonios se suponía que debía ir?

—Precisamente lo que decía. —Vogel escupió una bola roja al suelo; después alcanzó su boca y comprobó un diente tambaleante con la yema del pulgar—. *No sabes adónde ir.* Ni siquiera has comenzado, y ya estás fuera de juego.

Si ella hubiese querido, podría haber terminado de destrozarlo, desmontándolo como a un maniquí relleno de carne. O un método más rápido: la primera vez que lo había golpeado contra el muro, le había hecho un veloz cacheo mientras estaba aturdido y casi inconsciente, y había descubierto que no llevaba ningún arma, autorizada o de otra manera. Podía sacar su propio cañón de la pistolera dentro de su chaqueta, apuntalar su boca contra la frente de él y ponerlo a dormir permanentemente. La «interferencia con asunto policial oficial» ni siquiera era digna de papeleo en la estación de policía; el

equipo de limpieza del departamento no la listaría como muerte comunicable, sólo como gasto de cartucho.

Y al mismo tiempo, ella sentía una hebra azul oscuro de miedo debajo del corazón. *Tiene razón*, pensó Iris. *No lo sé.* Cualquiera que fuese el nivel de confianza que tenía en sí misma cuando seguía a un replicante escapado, fuese en el saliente de un edificio desmoronándose veinte pisos por encima de las abarrotadas calles de Los Ángeles, o en ese momento fraccionado de tiempo detenido cuando tenía que levantar el arma, apuntar y disparar antes de que el rep pudiese apretar el dedo en torno al gatillo del arma en su mano, ahora había sido enfriado y disminuido, enfrentado a lo desconocido. Su temor oculto: no saber qué hacer a continuación. Perseguir replicantes era sencillo comparado con encontrar un búho, uno auténtico, en una ciudad donde todo era falso.

—Por eso me necesitas —las palabras de Vogel irrumpieron en sus lóbregos pensamientos—. Estoy aquí para ayudarte.

Iris se volvió a fijar en él; el centro de su fina sonrisa todavía estaba teñido de rojo.

—¿Te ha enviado Meyer?

—¿Meyer? —Vogel sacudió la cabeza con aversión—. ¿Ese estúpido? No se entera, encanto. Puede *meterte en* problemas, pero no puede sacarte de ellos. No de la manera en que yo puedo.

Esto apesta, pensó Iris. No había llegado a ser una runner, pasando por el entrenamiento agotador que implicaba, tanto del departamento como en la fría y precisa disposición de su mente, sólo para poder acabar bajo el control de otro. La mierda cayendo por la cadena de mando de la división, desde los sombríos en lo alto y luego repartida por Meyer a ella y el resto de sus colegas, era algo a lo que había podido acostumbrarse. Esa cadena era algo que podría ser capaz de trepar un día, y mientras tanto la proporción mierda-oro cargaba hacia el lado de ir a hacer lo que quería. Lo que era cazar replicantes huidos, y no un maldito pájaro. Y especialmente no bajo el pulgar de un civil al que podía apalizar en dos segundos.

—¿Sabes? —Iris habló despacio y le lanzó una dura mirada practicada—. Si tienes información que necesito, tengo formas de sacártela.

Vogel devolvió la mirada sin arredrarse.

—No, no las tienes. No esta vez. No conmigo.

Eso fue una aguja de acero, un pequeño elemento frío en el centro de los ojos de él, matizado en azul por la mortecina luz de neón que se abría camino callejón abajo. Iris reconoció la parte, no metal real pero algo igual de duro y afilado; lo había visto en el espejo, en sus propios ojos. De modo que supo que decía la verdad. No podría obtenerla de él.

—Muy bien —dijo Iris—. Tú ganas. —Se figuró que, si no funcionaba, podría aplicarle una venganza mayor, dolorosa y final, más adelante. Y entonces habrían terminado, como otras relaciones aún más breves que había tenido en el pasado—. Así que habla.

Otra sacudida de cabeza.

—Aquí no.

—Guau, ¿tienes preocupaciones por la privacidad?

—Como decías: es una cuestión de ponerse cómodo. —Vogel se frotó otra mancha de sangre de la boca, utilizando un pañuelo doblado que había extraído del bolsillo de su abrigo. Sostuvo la tela manchada de rojo hacia ella, como mostrando estigmas—. Ahora tengo el derecho moral de insistir en *mi* territorio. De modo que si has terminado de presumir de testosterona, vamos —se volvió y se dirigió hacia la boca del callejón; después la miró por encima del hombro—. ¿Vienes o no?

Iris podía ver más allá de él, hacia el gentío de comerciantes y mercancía del *zoco*. Todos parecían reales; el truco estaba en descifrar cuáles no lo eran.

—Estoy contigo —dijo Iris, y empezó a caminar.

Interludio

—Ha sido un buen metraje —el operador de cámara remota asintió en reconocimiento. Se reclinó en la silla giratoria, de modo que pudiese ver más de las pantallas de monitor organizadas delante de él—. Hemos sacado buena acción de ella.

Alguien más estaba mirando los monitores; el operador de cámara tuvo que quitar su silla del camino del director, balanceándose con las manos contra el borde del tablero de control. El director acercó la cara al brillo glacial de las pantallas, como si quisiera ver a través de las filas de píxeles y en la oscuridad tras ellos.

—No sé… —la cara del director, tendente a tener papada en el mejor de los casos, ahora estaba aún más gruesa con el peso de sus pensamientos. Alargó una mano de dedos anchos e hizo rodar la bola de seguimiento en el centro del tablero; el monitor con el indicador rojo ACTIVO iluminado encima de la pantalla, mostrando las espaldas de la mujer blade runner y el hombre más alto caminando junto a ella, se llenó con un ángulo más cercano a sus imágenes. Las luces más brillantes y chillonas del *zoco* de animales replicantes se vertían por delante de ellos—. Los detalles… realmente tienes que sudar los detalles…

—¿Lo dices en serio? —una de las uñas del operador dio golpes en el cristal del monitor. La esquina inferior izquierda de la imagen de la pantalla tenía un borrón rojo negruzco en ella, donde la fuerza del puño de la mujer blade runner había enviado volando una gota salpicada de sangre a la lente oculta—. Tenemos mucha área y textura de personaje que podemos mapear y doblar. Podemos rastrear el relleno para armonizar con las otras cámaras. Parecerá igual que lo real —se encogió de hombros—. O tanto como cualquier cosa, estos días.

—Eso no es lo que me preocupa —dijo el director. Se mordió el nudillo de una mano mientras ondeaba la otra desdeñosamente hacia la mancha en la pantalla—. ¿Qué diablos? Bien podemos dejar eso dentro. Es un buen efecto; suma a la impresión de realismo. El público pensará que lo planeamos así. Por tanto es mejor que real, aunque eso sea todo lo que es. Real, quiero decir. —Levantó otra cámara, escondida en el borde del muro del callejón; otra pantalla en las filas apiladas de monitores mostraba a la mujer blade runner y a su nuevo acompañante saliendo del *zoco*, abriéndose camino a través de la muchedumbre y los animales falsos. El ángulo capturó una parte de tres cuartos de perfil cuando ella caminó junto a la cámara inadvertida. Habría sido lo bastante hermosa (de una manera fríamente casi perfecta) para tener el papel principal en alguna otra clase de drama más obviamente ficticio, si hubiese sonreído ocasionalmente. Pero el director sabía que eso habría estropeado el efecto particular que buscaba—. Lo que me preocupa es la pérdida de control. Eso es lo peor.

—¿A qué te refieres? —el operador de cámara le echó un vistazo—. Todo está bajo control —hizo un gesto a las pantallas de los monitores—. No hay nada que pueda suceder que no vayamos a grabar.

—No seas idiota. Ése no es el problema —el director sacudió lentamente la cabeza—. Aquí no estamos utilizando actores digitalizados. Esos degenerados harán lo que quieras, lo que los programes para hacer. Es su naturaleza. Pero no estos tíos —hizo otro gesto hacia la pantalla—. Especialmente *ella*. Hemos introducido un elemento incontrolado en nuestra mezcla, y no sólo incontrolado: *imprevisible*. Y eso puede ser desastroso. Créeme, lo sé; he trabajado con esta cosa de blade runners antes. Muy viscoso. Y peligroso; la gente puede lastimarse. Mucho, como los muertos.

—Deshagámonos de ella, entonces —los hombros del operador de cámara se levantaron en un encogimiento—. Podemos prescindir de ella. Como decías, los actores digitalizados son mucho más obedientes. Y afrontémoslo —su sonrisa parecía tan enfermiza como fea—, nadie la echará en falta. Y estamos en esa clase de territorio donde podemos congelarle el culo bastante deprisa. Es uno de los problemas de producción más simples.

—Gracias por el consejo. Ahora cállate —las palabras del director se tornaron vehementes—. No tienes ni maldita idea de lo que estamos haciendo aquí. Ésta *no* es tu producción acostumbrada.

—Lo que sea —obviamente molesto, el operador de cámara cruzó los brazos delante del pecho—. ¿Quieres hacer el imbécil por ahí con cosas reales, en vez de tomar la ruta fácil y mejor? No es mi problema. Tú eres el jefe.

—Correcto. —El director dejó que su mirada vagase por la miríada de pantallas, un muro de imágenes de las diversas transmisiones de cámaras diseminadas por Los Ángeles—. Como Dios en Su dominio… —Se estiró y colocó las amplias puntas de sus dedos sobre el cristal que lo separaba de las imágenes de la mujer policía y su nuevo acompañante, empujando su camino a través de las multitudes anónimas—. Yo tomo las decisiones.

El operador de cámara levantó una ceja mientras miraba de soslayo a la figura junto a él, pero no dijo nada. Ese trabajo, puede que lo hubiese dicho en alto, no era peor que cualquier otro.

Sólo diferente.

5

Una enorme deidad inconsciente parecía sonreírles desde arriba.

No estaban lejos de donde los restos del replicante huido Enesco habían sido raspados de la acera. Iris podía reconocer los edificios circundantes desde la memoria recientemente grabada. La nube generada artificialmente, más baja que las más oscuras y tormentosas de arriba, permanecía adherida a media altura de las torres, como si hubiese salido como vapor siseando de los conductos modernizados. Asomándose por encima de sus cabezas, cuando ella y Vogel torcieron la esquina de un edificio, estaba la inmensa imagen de la geisha, sonriendo tan misteriosamente como antes, colocándose delicadamente la pequeña píldora en la boca, los labios tan rojos como sus uñas lacadas. El gesto siempre le había parecido a Iris vagamente sacramental, una comunión siniestra.

—¿Ves? Mucho menos concurrido por aquí —dirigiendo la marcha, Vogel miró por encima del hombro a Iris, su propia sonrisa menos amable que la de la mujer asiática de arriba—. En el *zoco* apenas se puede respirar. No es que uno *quisiera* particularmente.

Ella había notado que la densidad de cuerpos humanos empezaba a reducirse cuando pasaron junto al edificio exacto donde había tenido su elevada pelea final con Enesco. Llegando al lado opuesto del edificio, las aceras estaban prácticamente desiertas.

—¿Qué sucede?

—Temor supersticioso —respondió Vogel. Siguió caminando, las manos en los bolsillos de su abrigo y los hombros encorvados hacia delante, como inclinándose en un viento—. Es un motivador muy potente para muchos tipos de la calle. No tienen la misma clase de mente perspicaz, lógica y *científica* que tú y yo tenemos. De modo que cuando sucede algo grande en un sitio específico, un evento con connotaciones misteriosas, tienden a mezclar sus impulsos de miedo y reverencia, y se mantienen a distancia de toda la zona. Como un peregrinaje inverso: el lugar es sagrado, por tanto *no* vas allí.

—¿Qué sucedió por aquí que fue tan grande? —Iris no imaginaba que pudiese ser nada relacionado con su localización y retiro del replicante Enesco. Eso era un suceso demasiado ordinario para que nadie se emocionase por ello.

—Míralo por ti misma —Vogel se detuvo en la esquina del siguiente edificio y señaló arriba.

Iris lo alcanzó y miró donde señalaba. Un espacio abierto entre los edificios; no tan grande como el zoco, pero lo bastante amplio para contener una impresionante pila de ruinas. Vigas de acero curvadas, interconectadas en un armazón estropeado, oscurecidas por óxido y por marcas grisáceas de quemaduras, se habían abierto camino a través del asfalto y el cemento de la calle, trazando zanjas melladas en los metros de suelo ocultos debajo. Trozos de tela metálica atada aleteaban desde el metal, más como vendajes desenmarañados que como banderas.

—Oh. —Iris tenía una idea de lo que representaba el naufragio, lo que había sido antes del choque—. Es el dirigible. —Los trozos de revestimiento de tela habían sido la notificación, junto con las antenas puntiagudas que podían verse sobresaliendo de los

puntos de unión en la estructura de acero. Bajo el espectro limitado de las farolas de vapor de mercurio ampliamente espaciadas, fragmentos de cristal rutilaban como joyas sobre el suelo, de las lentes rotas de los proyectores giratorios del tren de aterrizaje—. Aquí es donde cayó.

—Corrección. Aquí es donde fue *derribado* —con la punta alzada de un dedo, Vogel trazó una rápida cuchillada diagonal a través del aire—. Por los simpreps —la miró inquisitivamente—. ¿Comprendes la palabra?

—Sé realista. Éstas son cosas que tengo en el entrenamiento básico. Hablas de los simpatizantes de los replicantes.

—Muy bien —dijo Vogel—. Me alegra ver que estás al día en estas cosas. No estaba seguro de que lo estuvieras, pues estamos hablando de historia más que de asuntos actuales. Nadie ha visto recientemente a muchos de los grupos de simpreps.

—Quizá se enteraron —Iris hizo un encogimiento de hombros—. Quizá cayeron en la cuenta de que los replicantes no son nada por lo que ser compasivo.

—Quizá —Vogel asintió lentamente—. O quizá alguien los puso al tanto. Pensó por ellos, de una forma terminal. De modo que no molestarían a nadie más con sus ideas locas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Si alguien mató a esos excelentes ciudadanos, no fue la división de blade runners. Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos. Como los replicantes escapados por los que esa gente estaba tan loca. No es que consiguiesen nada en nombre de los replicantes.

—Ésa es la línea oficial, ¿eh? —Vogel le sonrió indulgentemente—. ¿Los simpreps eran sólo molestias? Quizá fuese así, pero tienes que admitir que algunos de ellos hicieron un buen oficio en esa clase de cosas. Todo un espectáculo cuando derribaron este dirigible publicitario de Naciones Unidas. Había estado navegando por encima de Los Ángeles durante años, tanto tiempo que cuando se estrelló se había convertido en una parte constante del paisaje urbano.

—Siento haberme perdido los fuegos artificiales.

Vogel siguió sonriendo.

—Habrá más. Vamos.

Lideró el camino fuera del relativo refugio que proporcionaba el exterior del edificio. Las lluvias cargaban otra vez, el monzón licuándose por encima de toda la cuenca de Los Ángeles. Con el pelo fijado contra el cráneo y la nuca, Iris chapoteó detrás de Vogel a través del asfalto pobremente desaguado. Aproximarse a las ruinas del dirigible produjo un escalofrío bajo su piel varios grados más bajo que el agua que rezumaba por las costuras de su chaqueta. Parecía menos un tecno-artefacto devastado por la corrosión que una arruinada catedral gaudiesca[15] envuelta en sombras nocturnas, las farolas deslumbrantes sustituyendo la apropiada luz de luna rayada por nubes. Su red angular de sombras cayó a través de Iris cuando se detuvo y miró arriba hacia la curva elíptica del

[15] Referencia a Antonio Gaudí (1851-1926), arquitecto español modernista (N. del T.)

armazón. Las líneas cruzadas eran como un esquema de una jaula, superpuesto a la propia silueta alargada de ella.

—Ven. —Vogel había usado algunos de los travesaños inferiores del armazón estropeado, los que habían cortado trincheras angulosas a través del asfalto de la calle, como una tosca escalera a la sección media del dirigible muerto. Levantó una solapa de tejido metálico e hizo un ademán hacia la oscuridad de dentro—. Es acogedor. Te gustará.

Ambas declaraciones fueron incorrectas. Cuando Iris hubo trepado tras él, y después bajado al abdomen parcialmente derrumbado del dirigible, encontró ese *acogedor* traducido a *claustrofóbico.*

—Como ser engullida por una ballena —dijo en voz alta.

—No está tan mal. —Utilizando un antiguo zippo de edición militar de la II Guerra Mundial, Vogel empezó a encender velas; sujetos por sus goteos como estalactitas, los cirios de cera estaban sembrados por todas las costillas de metal que los rodeaban a él y a Iris. La mortecina luz ambiental que proporcionaban aumentó lentamente mientras Vogel se movía por el espacio destartalado, llevando la pequeña llama en una mano—. Lo llamo hogar.

—Encantador. —Con las puntas de los dedos, Iris comprobó la costilla horizontal curva detrás de su espalda; su filo era tan agudo como un cuchillo afilado. Dormirse ahí sería como anidar entre cuchillas de afeitar—. Debes de recibir visitantes interesantes.

—Eres la primera. —Vogel apagó con un chasquido la llama del zippo y devolvió el pequeño rectángulo de metal a su bolsillo—. No soy una criatura sociable por naturaleza.

—Me halaga. —Iris supuso que ella y Vogel tenían al menos eso en común. Miró arriba a la bóveda como una carpa del espacio. Alguien, probablemente el mismo Vogel, había cosido suficiente de los restos de la envoltura andrajosa del dirigible para refugiar del clima esa pequeña área. La lluvia tamborileaba contra el tejido metálico, y después se reunía en sus pliegues y valles, formando gruesos riachuelos que regaban por los lados ondulados por el viento. En la amarillenta luz concentrada de las velas, el efecto era primitivo y parecido a una cueva, como si ese pequeño hueco de Los Ángeles hubiese involucionado incluso más a tiempos anárquicos—. Pero no pienses que tienes que hacer ningún esfuerzo especial.

—Por ti, encanto, no es ningún problema —Vogel tiró de una sección del tejido, que cubría un objeto grande debajo—. Dios sabe que quiero que estés contenta.

—¿Qué es esto? —Con el tejido retirado y apilado sobre el suelo hundido, el objeto se reveló como una sección rota de pared, extendiéndose más allá de la altura de Vogel y cubierta con un patrón regular de diminutos bultos traslúcidos.

—Sección del panel publicitario que solía estar en el exterior del dirigible. Cuando era una empresa en marcha, previa al choque, el programa de emigración fuera del planeta de Naciones Unidas lo utilizaba para bombardear a la ciudadanía con todas aquellas preciosas imágenes de cómo es la vida fuera en las colonias lejanas. Junto con aquella sincera voz untuosa arengando aquellas promesas: *Una oportunidad para*

empezar de nuevo, bla bla. Probablemente valió la pena derribar este cachorro sólo para librarse de esa parte concreta de polución urbana. La vida es bastante dura en Los Ángeles sin que te digan constantemente cuánto mejor se supone que es estar en otro lugar.

—A mí me va bien —Iris se encogió de hombros, observándolo enchufar una serie de cables al pie del panel—. Si no te gusta esto, ¿por qué no marcharse? Como decías, las Naciones Unidas siempre están buscando más emigrantes.

—No soy tan estúpido —la expresión de Vogel se agrió mientras alborotaba algo más con los cables. Lamió el extremo de múltiples puntas de un enchufe antes de clavarlo en su encaje correspondiente—. Hay cosas —dijo sombríamente— que sé del programa de emigración de Naciones Unidas… que tú no sabes.

—¿Qué clase de cosas?

—Quizá lo descubras algún día. Si eres desafortunada. —Crepitaron chispas desde el dorso de la mano de Vogel cuando retorció más cerca la conexión y el agujero—. Además… no puedo irme. Tengo trabajo que hacer aquí.

—Yo también. —Iris encontró un punto contra el que se podía reclinar sin cortarse—. Así que quizá deberíamos llegar a ello. Sea lo que sea lo que me has traído aquí para ver.

—Relájate —dijo Vogel—. El espectáculo está a punto de comenzar. —Dejó caer el cable, conectado para su satisfacción, y lo pateó debajo del borde inferior de la sección suspendida de panel. Con el pulgar y el índice extinguió algunas de las velas que tan cuidadosamente había encendido sólo unos minutos antes, dejando el panel en oscuridad sombreada—. Estoy seguro de que lo disfrutarás.

El panel se iluminó, tan brillante que picaba en los ojos, cuando Vogel golpeó el botón más grande en una unidad de reproducción de datos portátil del tamaño de un puño que había sido empalmada a los cables enredados. Desde otro lugar en la estructura de acero estropeado del dirigible, Iris pudo oír un generador eléctrico de gasolina cobrar vida temblorosa tosiendo y resollando.

Ella se protegió los ojos contra el súbito deslumbramiento.

—¿Podrías bajarlo?

—Sólo un segundo. —El contorno borroso de Vogel era visible contra la luz—. Los elementos de píxeles tienen que pasar por un ciclo cableado de pantalla antes de que podamos llegar a las cosas buenas. Las cosas que pongo.

El brillo varió hacia abajo en intensidad; a través de los dedos delante de sus ojos, Iris pudo ver figuras formándose en la sección de panel. Dejó caer la mano y vio los píxeles difuminándose juntos, después agudizándose en las vistas de fuera del planeta que las secciones de publicidad de Naciones Unidas habían usado para atraer a potenciales emigrantes. Una voz masculina incorpórea tronó desde una maraña de operadores de altavoz desnudos sin cubierta que colgaban de una de las costillas de acero superiores: «*Una nueva vida le espera en las colonias exteriores… la oportunidad de empezar otra vez…*»

—Suficiente de *esa* mierda —gruñó Vogel. La voz calló cuando picó otra serie de botones en la unidad de reproducción portátil. El panel se puso oscuro; después fue instantáneamente llenado por otra imagen.

Que Iris había visto antes. Los brillantes ojos dorados de Scrappy el búho, como monedas calentadas al fuego, relumbraban afuera desde el panel. Bastante de sus alrededores era visible, con la suave incandescencia cambiante de la luz de velas contra madera cara, para mostrar que su percha permanecía en la antigua sede de la Corporación Tyrell.

—¿Dónde conseguiste esto? —No había pasado tanto tiempo desde que había visto esta reproducción en particular, convocada por el envolvesper en su propio apartamento—. Esta grabación de datos es un documento policial oficial. —No sabía eso seguro, pero valía la pena asumirlo—. Las penalizaciones por posesión no autorizada pueden ser bastante desagradables.

—Estoy muy asustado —con los brazos larguiruchos cruzados delante del pecho, Vogel sacudió lentamente la cabeza—. Si el DPLA siguiese el caso de todo el mundo que irrumpió en sus archivos, eso sería todo lo que pasarían su tiempo haciendo. Afrontémoslo, los policías no tienen el dinero para gastar en la clase de sistemas de seguridad que impedirían al doceañero medio pasar por sus expedientes, buscando basura de celebridades y fotos de heridas de arma fatales de los archivos de autopsias. Así que no sufro por ello. Además —una ceja se alzó—, ¿cómo sabes que *no* estoy autorizado?

—Porque —dijo Iris— entonces serías un policía. Como yo. Y no lo eres.

—Touché. Puedo ver por qué te dan para solucionar los trabajos difíciles —con el pulgar señaló el panel tras él—. Como tu problemático búho.

—Empiezo a pensar que era menos problema antes de que te presentases. Mira, decías que tenías algo que enseñarme, algún tipo de información que podría utilizar —Iris cabeceó hacia la imagen aumentada del búho en la pantalla del panel—. Si sólo vas a mostrarme cosas sobre las que ya sé, como qué apariencia tiene un búho, entonces no estoy impresionada. Lo estaba haciendo mejor sola.

—Como decía. Lo bueno está a punto de empezar —Vogel golpeó otro botón en la unidad de reproducción—. Relájate y disfruta del espectáculo.

La imagen del búho, en dos dimensiones en vez de la 3D en la que lo había visto en su apartamento, era igualmente impresionante cuando desplegaba sus extensas y poderosas alas y despegaba de su percha. Mientras la imagen similarmente alisada y fríamente sonriente del difunto Dr. Eldon Tyrell observaba, el búho encendió sus garras y se precipitó sobre la rata blanca en la alfombra oriental; después aleteó a su percha con su comida forcejeando.

—Lo he visto —dijo Iris—. Vaya cosa.

—Ah; por supuesto —Vogel dio un asentimiento—. Esperaba que lo hubieses hecho. Pero lo que has visto es el búho en cuestión, *como era*. Dónde y cuándo, en el pasado. Pero déjame mostrarte algo nuevo.

Otra pulsación de un botón, y la escena en el panel cambió. Sutilmente: inclinándose hacia delante desde la afilada costilla de acero detrás de ella, Iris tuvo que mirar de cerca para distinguir cualquier diferencia en absoluto. La luz en la escena había cambiado; era diferente y más completa en su espectro que la luz de velas circundante de la cámara del dirigible. Y destellaba desde la percha sobre la que el búho se sentaba, volviendo su ávida mirada depredadora de un ángulo a otro. *Madera*, pensó Iris. La percha en la Corporación Tyrell había sido hecha de metal.

—¿Dónde fue grabado esto?

—Como decía. Algo nuevo —Vogel había retrocedido desde el panel y estaba junto a Iris, mirando la imagen delante de ellos—. De hecho, presente. En la localización actual del búho en cuestión. Ahí es donde está, lo que estás buscando.

Iris lo miró por encima.

—¿Y tú sabes dónde es?

—Otra vez, como decía. Tengo información útil para ti —Vogel exhibió su fina sonrisa burlona una vez más—. ¿Ves? Ahora no lamentas haberte encontrado conmigo.

—Quizá —Iris lo miró con sospecha—. La información no me hace ningún bien si no se traduce en acción.

—Cierto. Como hombres sabios han dicho, la palabra es el acto. —Vogel pasó el pulgar sobre los botones en el control remoto de la unidad de reproducción; un cable colgaba de él y corría hasta la máquina portátil junto al panel—. *Aber im Anfang war das Wort*[16]: la palabra todavía viene primero. La cual has recibido ahora. O al menos en parte: sabes que el búho problemático no está perdido, excepto quizá para ti. Yo sé dónde está; lástima que seas tú la que lo busca.

—Así que hacemos un trato —dijo Iris. Lo había estado esperando—. Dime qué quieres a cambio de la localización del búho.

—No es tan fácil como eso —Vogel sacudió la cabeza—. Incluso si te dijese lo que crees que quieres saber, lo cual tengo toda la intención de hacer, no te haría mucho bien.

—¿Por qué?

—Verás; déjame exponerte un poco más de información —el pulgar de Vogel se meneó sobre los botones del control remoto, tecleando una secuencia rápida—. Esto te *encantará*.

Iris observó la pantalla del panel. La imagen del búho disminuyó hacia el fondo mientras el ángulo de cámara se retrasaba a un plano más amplio. Ahora la imagen en el panel incluía a una pareja de hombres severos de apariencia aburrida, sentados en sillas plegables baratas delante de la percha del búho. El suelo alrededor de ellos estaba ensuciado con pornoides con la batería agotada, las lustrosas imágenes de desnudos grisáceas y estáticas, un conjunto de manos borrachas de ginebra desechada y grasientos contenedores chinos para llevar arponeados con palillos de plástico desechables. Nada de eso preocupaba a Iris; lo que le interesaba era el par de rifles automáticos de negro reluciente a juego, los seguros quitados, descansando en las rodillas de los hombres.

[16] En alemán corregido del original, Juan 1:1: *En el principio fue la Palabra* (N. del T.)

—¿Quiénes son esos tíos? —Los hombres vestían idénticos trajes de pantalón y chaqueta gris oscuro, con matices vagamente militares pero sin insignia distintiva—. ¿Seguridad privada?

—Podría decirse —de pie junto a ella, Vogel miraba la pantalla—. No son tus policías de alquiler medios, sin embargo.

Ella asintió de acuerdo.

—No con esa clase de poder de fuego en la mano. —Iris reconoció la marca y modelo de las armas automáticas checas previas a la devolución, de haber trabajado con una durante una sesión de entrenamiento en el campo de tiro del DPLA—. La mierda como ésa la esperarías de los escuadrones de ejecución de la paz de Naciones Unidas.

—Este equipamiento es mejor; las etiquetas de control han sido incapacitadas. ¿Ves donde los bultos emisores han sido quitados? —Vogel señaló—. Pueden disparar esos cachorros todo lo que quieran, y la agencia de descarga de munición central no sabría nada.

Iris lo miró por encima.

—Es un delito de clase capital. Sólo estar en la misma sala que equipo modificado ilegalmente como ése.

—Exactamente —Vogel le sonrió—. Así que esos tíos deben de ser realmente estúpidos, o estar realmente motivados. ¿Qué crees que es?

—¿Quién les paga esa cantidad de dinero?

—Quizá nadie —Vogel se encogió de hombros—. Quizá son tipos ideológicos. Con unas razones no financieras para lo que están haciendo y arriesgando.

—Espera un minuto —la mirada de ella fue de la pantalla del panel a Vogel otra vez—. De modo que *no* sabes quiénes son. Ni para quién trabajan.

—¿Importa? —un tinte de impaciencia sonó en la voz de Vogel—. Sé realista. ¿Qué diferencia va a suponer saber qué hay en sus cabezas o quién firma sus cheques de pago, cuando estés mirando el extremo de uso de una de esas automáticas?

Ella lo reflexionó en silencio. *Este trabajo*, pensó Iris, *se está poniendo más chiflado cada minuto*. ¿A qué la había dirigido ese hijoputa de Meyer? Gente fuerte, todo ese grupo de la Corporación Tyrell, había tenido el búho en primer lugar, y gente más fuerte, facciones desconocidas y misteriosas, aparentemente lo querían. Y la gente aparentemente más fuerte, que podía alquilar pistoleros como los mostrados en la imagen del panel, tenía el búho justo entonces, y muy probablemente no iban a cederlo con un mero por favor y gracias. *¿Es tan valioso?*; no podía imaginar cómo podría. Raro y caro, seguro, pero no algo que alguien guardase con un ejército ilegal.

Aunque quizá sólo estaban los dos que había visto en el panel.

—¿Cuántos más hay? —hizo un ademán hacia el panel—. Además de ésos.

—¿De los que yo sepa? Quizá seis o siete en total, que he visto yendo y viniendo, incluidas esas dos bellezas. Pero no he estado vigilando esta transmisión (la cual es en directo, por cierto) mucho tiempo, y no tengo acceso a otras fuentes de vídeo en esa localización. Así que podría haber otros.

—Eso no es bueno. —Había muchas variables de las que habría que ocuparse, todas ellas con potencial letal. Lo desconocido la incomodaba; una cosa era no saber qué esperar persiguiendo a un replicante, y otra cosa completamente diferente mirar una operación organizada y bien financiada como ésa. Las opciones de un replicante, descaradamente violentas, estaban limitadas y tendían a lo difuso, hasta cuando corrían en manada, como a veces sucedía. Alguien cazando a un replicante se enfrentaba a la posibilidad de que lo matasen, muy bien, pero si sucedía sería por la propia ineptitud o desacierto del blade runner o por mera mala suerte. Iris no tenía preocupaciones en esas líneas; seguía, después de todo, viva. Lo que contaba para mucho en ese juego. Los muertos lo eran porque habían sido perdedores antes de empezar. Tenía el karma negro y eficiente de un cazador en los huesos; podía sentirlo ahí, de la misma manera en que el búho indudablemente sabía lo afiladas que eran sus propias garras. Pero ella sabía que también estaba viva y en el juego porque había escogido con perspicacia sus objetivos; los replicantes huidos eran su presa natural, como los ratones y otras pequeñas alimañas lo eran para el búho. *Ve en contra de algo más grande y fuerte,* se dijo, *y serás tú quien sea retirada.*

—Te estás preguntando —dijo Vogel astutamente— si puedes concluir esto. Pues no es lo mismo que lo que has tratado antes. —Iris asintió.

—Quizá aquí esté fuera de mi liga.

—Por encima de tu capacidad. Y todos los demás buenos tópicos cobardes. Ése es el problema con vosotros, los tipos blade runners. Lo tenéis demasiado fácil; perseguir replicantes es un trozo de pastel. Sólo sacrificios con licencia; no tienen ninguna habilidad real de supervivencia. ¿Cómo podrían? Una esperanza de vida de cuatro años es lo bastante larga para volverse desesperado, no inteligente.

—¿Crees que es tan fácil? —Iris lo fulminó con la mirada—. Hazlo tú, entonces. A ver cuánto duras *tú*.

—Cálmate —dijo Vogel—. Los replicantes no son el problema aquí, ¿verdad? —indicó la pantalla del panel con una sacudida de cabeza—. Ocúpate del problema delante de ti. Hablamos de seres humanos auténticos aquí, tan fuertes y malos como tú, si no más. Y con armamento real, aún más grande que ese cañón que llevas por ahí junto al corazón. Tienen lo que quieres. Puedes decidir ir a por ello, o no —la cabeza se inclinó a un lado, observaba su reacción—. ¿Qué va a ser?

Ella tenía que pensar. Si su jefe Meyer hubiese sabido de esto, que el búho no estaba simplemente aleteando por la ciudad, buscando ratas en los callejones a oscuras, sino realmente en poder de una organización resistente como ésa (¿y cómo podría no haberlo sabido?), entonces eso abría todo tipo de conjeturas inquietantes. Incluyendo la posibilidad de que el trabajo entero que le había dado era en realidad alguna clase de maquinación. Podía haber seguido metiendo la nariz en cosas, haciendo que circulase la noticia de que buscaba ese búho vivo auténtico en particular (probablemente había docenas de comerciantes chismosos en el *zoco* que serían conscientes de ello por entonces), y generalmente haciendo de ella un objetivo, preparado para que los matones

de la pantalla del panel le prestasen su terminal clase de atención. Iris levantó la vista a la imagen en el panel. *Podía haber deambulado justo ahí*, pensó. *«¿Tenéis un búho?» Y bang, habría estado arreglada pero bien.*

—Podría haber estado en grandes problemas —Iris echó un vistazo a Vogel— si no me hubiese topado contigo.

—¿Ves? —Vogel sonrió—. Sabía que llegaría a gustarte. O al menos que llegarías a *apreciarme*.

—Oh, lo hago. Casi hasta lamento haberte dado una paliza.

—No es la mejor manera de comenzar una relación.

Iris le devolvió su fina sonrisa sin humor.

—Depende de a quién estés viendo. Como dicen, algunas personas pagan extra por ello.

—Podría prescindir de eso.

—Intentaré recordarlo —dijo Iris—. Porque todavía no hemos resuelto todos los problemas entre nosotros, ¿verdad?

—¿Oh? —una de las cejas de Vogel se alzó—. ¿Como cuál?

—Como qué demonios quieres exactamente —la mirada de Iris se estrechó en hendiduras—. Tú sabes lo que quiero —hizo un ademán hacia la pantalla del panel a unas yardas de ellos—. Quiero el búho. Pero no tengo la menor idea de qué sacarías de esto.

—Como he dicho antes —la sonrisa de Vogel se volvió aún más divertida—. Quiero ayudarte.

—Y un huevo; esto es Los Ángeles. Nadie ayuda a nadie más sin una razón.

—Mujer de poca fe —Vogel sacudió tristemente la cabeza—. En verdad vas a tener que aprender a empezar a confiar en la gente.

—No confiar *en nada* es lo que me ha mantenido viva hasta ahora. No voy a cambiar mi estilo operacional sólo por ti.

—Vas a tener que hacerlo —dijo Vogel—. Porque no tienes elección. Ya sabes que no puedes obtener la información que necesitas de mí de ninguna otra manera. O confías en mí, o das una patada a este trabajo.

Iris resistió el impulso de golpearlo otra vez.

—Dime para quién trabajas. ¿De qué lado estás?

—No necesitas saber eso.

Sus palabras salieron raspando de entre dientes apretados:

—Díme… lo.

—No puedo —esta vez, la sacudida de la cabeza de Vogel fue firme y definitiva—. No sin meterte en mierda aún más profunda que en la que ya estás. Hay algunas cosas que estás mejor sin saber. Digamos sólo que hay ciertos grupos para los que es tan vital como para ti que tengas éxito en la misión que se te ha dado. Grupos (gente, fuerzas, lo que sea) que preferirían tener ese búho en algún otro lugar que no sea donde está ahora mismo.

—Como en sus manos.

Vogel se encogió de hombros.

—Concebiblemente.

—Y están utilizando a la policía para obtenerlo para ellos.

—Ése es un posible análisis. Si te ayuda de alguna manera creer eso, entonces adelante.

—Una pregunta más —sus puños de nudillos blancos temblaban a sus costados—. ¿Por qué yo? Si esto es tan importante, entonces no fue sólo idea de Meyer darme el trabajo. Alguien le mandó que me lo diese. ¿Por qué?

La expresión de él se volvió casi de lástima.

—Quizá tengan más confianza en ti, en que puedes hacerlo, que tú misma.

Iris se volvió hacia el panel de la pantalla y miró la imagen que presentaba. Uno de los dos hombres con los rifles automáticos de alta potencia había apuntalado su arma contra un lado de la silla plegable para poder desenvolver un paquete de emparedado de sucedáneo de comida procesado sobre su regazo y empezar a ingerir el contenido. Tras él, el búho se movió sobre su percha de madera, los brillantes ojos amarillos aguardando hambrientos sus propias fuentes de comida viva.

—Muy bien —dijo Iris—. Pero voy a necesitar un poco de tiempo. Para preparar las cosas.

—No tardes demasiado. —Vogel presionó un botón en el control remoto, y el panel quedó en blanco y apagado—. No van a esperarte. Tienen planes propios.

Iris miró desde el interior iluminado por velas del dirigible muerto, a través de los desgarrones en su revestimiento metálico, a la oscuridad de la noche afuera. La lluvia había parado, dejando las calles de la ciudad negras y relucientes.

Sacudió la cabeza.

—No son sus planes lo que me preocupa.

6

—¿Mala noche?

El charlas le dio la bienvenida en cuanto Iris entró por la puerta de su apartamento. Mientras los pestillos de las cerraduras automáticas de la puerta se colocaban en su lugar detrás de ella, asintió con los ojos cerrados.

—No la mejor que he tenido.

Dejó caer su aro de tarjetas electrónicas en el suelo y se tendió en el sofá, rayada por la primera luz gris perla del alba que se deslizaba a través de las persianas de la ventana atrancada. El sofá no era lo bastante largo para extenderse de cuerpo entero; tuvo que doblar las rodillas en una posición semifetal. Lo que se ajustaba a su humor sombrío.

—¿Té? —la cara redonda del charlas se balanceaba cerca de la suya—. ¿Caliente y mentolado?

—No, gracias. —En ese momento, tampoco tenía ganas de rozar la mano por la cabeza suave del charlas, ni de derramar un zumbido de endorfinas transdérmicas en su sistema nervioso central—. Estoy bien.

El charlas se fue tambaleándose y regresó con un edredón cosido a mano falso, que consiguió arrastrar a su lugar sobre Iris. Ella lo ayudó, tirando del dobladillo bajo su barbilla, aunque su impulso era halarlo del todo por encima de su cabeza, sellándose en una suave matriz oscura.

—Está genial —dirigió una pálida sonrisa a la criatura autónoma de aspecto preocupado—. Mira, estoy bien. De verdad.

—¿Seguro? —el charlas parecía dudoso. Nunca antes la había visto así. Aún no lo tenía cuando pasó por las partes más brutales del entrenamiento departamental y temía interrumpir el programa y acabar de vuelta en las calles.

—Sí —mintió Iris—. No te preocupes por mí. Ve a tu cesta —sacó una mano de debajo del edredón y señaló el rincón del cuarto de estar del apartamento—. Duerme y espera. —Observó mientras hacía a regañadientes lo que le había ordenado—. Buen chico.

Yació un rato más, la cabeza vuelta de modo que pudiese contemplar sin ver las islas y continentes irregulares de las baldosas acústicas del techo dañadas por el agua. Después levantó la cabeza del cojín flácido del extremo del sofá y ordenó al teléfono de la mesilla que la pusiese con Meyer.

—Lo haré. —El teléfono recorrió sus protocolos de seguridad, marcó rápidamente y luego extendió su auricular hacia Iris—. Ahí tiene.

—¿Cuál es el problema? —sonó en el oído de Iris la voz de Meyer, tan hostil como soñolienta—. Mejor que sea bueno, llamando a esta hora.

—Como si no lo supieses. —Dejó que la tira curva colgase flojamente de su mano en vez de apretarla fuertemente por su cráneo—. ¿En qué demonios me has metido?

El teléfono estuvo en silencio unos segundos antes de que Meyer respondiese.

—Mira —dijo—, sólo haz el trabajo. O no lo hagas. Pero tampoco hagas más preguntas.

—Hijo de perra. —Por el rabillo del ojo, Iris vio al charlas encogerse en su cesta, alarmado por el enfado en la voz de su dueña—. Es una especie de extraña mierda profunda por la que me tienes caminando, y si voy a llegar al otro lado (con ese estúpido búho con el que estás tan cachondo), entonces voy a necesitar algo de ayuda.

—¿Como qué?

—No te preocupes —dijo Iris, su voz amarga en sus propios oídos—. No te voy a pedir información. Tengo otra fuente para eso. Sabes de qué estoy hablando, ¿no?

Meyer guardó silencio de nuevo, más tiempo esta vez.

—Adelante con eso —dijo finalmente—. Puedes confiar en el tipo.

—Oh, *eso* me hace sentir mucho mejor. Viniendo de un saco de mierda mentiroso como tú.

—¿Así que esto es lo que necesitabas? —la voz de Meyer sonaba más hastiada que enfadada por el teléfono—. ¿Desahogarte conmigo? Bien, ya lo tienes. ¿Algo más?

—Sí, hay algo más. Jesucristo. Este trabajo no va a ser pan comido.

—No pensaba que lo sería.

—De modo que voy a necesitar una mejora de armamento —dijo Iris—. Algo más grande que lo que normalmente llevo conmigo. Voy a necesitar tu aprobación para una extracción de armas.

—No poder hacer —la sacudida empática de la cabeza de Meyer fue casi audible a través de las secuencias descifradas en tiempo real de la línea de teléfono—. Mira, Iris, estamos intentando mantener toda esta operación a escondidas. Si te dejo sacar de la armería de la comisaría el género de equipo que vas a querer (te conozco cuando se trata de cosas así), entonces va a estar por todo el departamento en nada de tiempo. Esa clase de papeleo es encaminado redundantemente a cada división, cada nivel. No puedo hacer eso por ti.

—No puedes hacerlo *oficialmente*, está bien. No me importan una mierda los formularios de solicitud por triplicado y el resto del papeleo. Sácame las cosas por la puerta trasera. Es todo lo que pido.

—¿«Es todo»? —explotó Meyer, su grito ladrando fuera del teléfono—. ¿Estás *demente*? Estás hablando de apropiación indebida de propiedad departamental, propiedad departamental *protegida*. Es un delito administrativo clase alfa; sanciones por el que se incluyen, pero a las que no están limitadas, degradación de rango, pérdida de beneficios por retiros acumulados y multas monetarias.

—No me cites el reglamento, Meyer. Lo he leído.

—Entonces lee la parte sobre qué más podría hacerme la división de asuntos internos. Lo cual sería básicamente arrastrar mi arrepentido culo hasta el tejado de la comisaría, meterme una bala a través de la cabeza y echar mi cuerpo por el borde. Y obtendrían una estrella de oro en sus propios archivos personales, por haberse ocupado del incidente de

una manera tan esmerada y expeditiva —la voz de Meyer se tranquilizó unos grados—. Sabes que el departamento lleva el timón con mano firme, Iris. Tienen que hacerlo.

Iris se incorporó en el sofá, dejando que el edredón se deslizase al suelo.

—¿Y qué tienes que hacer *tú*, eh? Cuéntamelo.

—¿De qué estás hablando?

—Te lo voy a poner claro. —El teléfono sudaba en su puño mientras hablaba a su jefe—. ¿Quieres ese búho o no? Si lo quieres, entonces vas a conseguirme lo que necesito, sin importar lo que cueste. Si tienes un problema con eso, entonces puedes encontrar a algún otro para que vaya a cazar pájaros para ti.

Otros pocos segundos de silencio; después Meyer habló otra vez.

—Muy bien —dijo—. Te sacaré las cosas por la puerta trasera. Dame una lista.

Ella ya había estado pensando en eso. Cuando hubo terminado de decirle a Meyer sus requisitos, apartó el teléfono de su oído, esperando otra explosión de él.

En su lugar, recibió un suspiro cansado llegando del otro lado de la línea.

—Esto es una locura —dijo la voz de Meyer—. Ambos acabaremos saltando desde la parte superior de la comisaría.

—No te preocupes. —Iris apartó de una patada el edredón amontonado—. Devolveré todo en buenas condiciones.

—No, no lo harás —Meyer sonaba resignado y derrotado—. Harás que te maten, de una manera tan sucia como sea posible. Y yo acabaré pagando el pato.

—Ahórratelo. La autocompasión no te queda bien. —Se levantó del sofá y caminó al centro del cuarto de estar del apartamento, el teléfono marchando junto a ella de modo que pudiese mantener el auricular alámbrico en su oído—. Darme este trabajo fue idea tuya, recuérdalo. —De pie junto a la ventana atrancada, miró fuera a las primeras lluvias del día remojando el tráfico abarrotado en las calles de abajo—. ¿Cuándo puedes tener el equipo listo para que lo recoja?

—¿Crees que voy a entregarte esa clase de cosas a plena luz del día? Sé realista —dijo Meyer—. Esta noche, y no será en la comisaría. Te llamaré con una localización de punto de escondite. Estaré allí cuando pases a por ello.

—No esperaré nada de ti, Meyer. Ya no. —Cortó la conexión y los protocolos de encriptación, y tiró el auricular al teléfono que esperaba junto a ella. Éste trepó a la mesilla, instalándose y apagándose.

—¿Juego? ¿Tiempo de calidad? —el charlas trotó junto a Iris mientras ella se dirigía al minúsculo dormitorio del apartamento—. ¿Abrazo?

—Ahora no —dijo Iris. Había dado a las persianas de la ventana su señal manual programada, encerrando todo el apartamento en la oscuridad. Oscuridad suficiente mediante la que obtener algo de sueño de verdad—. Más tarde. Tengo que descansar algo. —La inactividad y la inquietud la habían cansado más de lo que habría podido una persecución a muerte—. Gran trabajo que hacer esta noche.

Estaba dormida y sin soñar en cuanto su cabeza llegó a la almohada. Fuera, la dura luz del sol de Los Ángeles, grisácea por su paso a través de las nubes monzónicas,

convertía la lluvia en vapor contra el cristal de la ventana, pero no podía encontrarla a ella.

Interludio

—Esto debería ser bueno —dijo el operador de cámara remota—. Ahora ella tiene todos los juguetes apropiados.

El brillo teñido de azul del muro de monitores de vídeo convertía el refugio subterráneo de operaciones en un subconjunto de las calles iluminadas por neón de Los Ángeles. Fuera, la noche había consumido los residuos del día empapados de lluvia, empujando la ciudad una vez más a su modo verdadero y más auténtico de ser.

—Podría ser —se despertó el director de su profundo silencio meditativo—. Siempre tuvo la actitud adecuada. Lo bastante inteligente para asustarse, pero demasiado tonta para dejar que eso la detenga.

Durante el anterior cuarto de hora, el operador de cámara y el director habían estado observando tener lugar una interesante transacción, grabada y llevada a una de las pantallas de monitor centrales por una unidad oculta en una de las vigas expuestas y en telaraña del techo de uno de los almacenes abandonados de la Avenida Tracción, cerca del foso de cemento del Río de Los Ángeles. El monitor había mostrado a la mujer blade runner a la que habían estado siguiendo, su chaqueta de cuero negro artificial reluciente por la lluvia, aceptando lo que parecían ser dos portafolios con esquinas de metal de su jefe.

Ten cuidado, le había dicho el hombre llamado Meyer, con un rastro de sarcasmo. *Pesan.*

Hasta en la pantalla del monitor, con la cámara remota establecida en un ángulo largo elevado, la mirada de desdén con los ojos como hendiduras que ella le había lanzado había sido evidente. *Se supone que deben*, había respondido fríamente.

También fue para los propósitos del director que la mujer no abriese las tapas de las maletas planas y revisase el equipo letal de dentro; el operador de cámara imaginó que la secuencia que habían podido captar en la estación de policía, donde Meyer había extraído subrepticiamente los objetos de los armarios de la armería, establecía suficientemente qué armamento estaba involucrado. Cualquier cosa que el público no tuviese clara se haría evidente cuando la acción fuerte empezase.

El operador de cámara se apartó del panel de control angular, arqueando al revés su espinazo con las manos empujando contra el bajo de su espalda. Una tortícolis similar se había presentado en las bisagras de las vértebras de su cuello. Ése era el problema con esos trabajos maratonianos: demasiado tiempo sentado, demasiado tiempo observando, todo para captar los rápidos momentos pequeños que sumaban a la historia real.

—Al menos no va a perder tiempo —dijo el operador de cámara en voz alta. Arriba en el muro de monitores, una pantalla por encima de la de dentro del almacén abandonado, una motocicleta parecida a una avispa, con carenado de burbuja y obturadores de escape en forma de onda modernizados, ganaba velocidad, silenciosa y ligera, dirigiéndose de vuelta al corazón densamente lleno de la ciudad. Farolas de azul frío relucían en las esquinas de metal de las maletas, atadas detrás de la motociclista

inclinada sobre el depósito sin insignias. La mujer viajaba sin luces ni marcas, lo mejor para llegar a su destino antes de que nadie más supiese siquiera que estaba en camino. El operador de cámara asintió en reconocimiento, tanto por las negras visuales envueltas en oscuridad que el monitor contenía, como por la conveniencia inadvertida que la prisa de la mujer blade runner proporcionaba—. Quizá tengamos esta parte cerrada en el próximo par de horas. Con algo de suerte.

—La suerte no entra en ello —todavía observando las pantallas de monitor, el director sacudió lentamente la cabeza—. Sólo el destino —giró su mirada sin sonrisa hacia el operador de cámara—. Y una vez tengamos eso bajo control… —el director se encogió de hombros—. Entonces nuestro trabajo estará hecho.

Al operador de cámara no le gustó el sonido de esa última parte. *Este trabajo*, pensó, *se está poniendo demasiado siniestro.* Volvió a mirar arriba a las pantallas de monitor. Y a la pantalla en particular que mostraba el lugar adonde la mujer pronto llegaría.

7

—¿Alguna vez has usado algo así?

Iris observaba mientras la figura delante de ella levantaba el rifle automático con ambas manos, como si estuviese intentando juzgar su peso.

—Una o dos veces —dijo Vogel. Con un par de manipulaciones rápidas, encajó el cañón plegable en su lugar, empujó el cartucho de munición en su alojamiento y quitó el seguro. Se alzó la mira al ojo, apuntando al callejón vacío en el que él e Iris estaban—. ¿Esta cosa está calibrada?

Ella sabía que se estaba pavoneando, mostrando su familiaridad con el armamento que había sacado de las maletas con esquinas de metal a sus pies.

—No necesitas que lo esté —le dijo a él—. No a las distancias a las que vamos a trabajar. No es exactamente una operación de francotirador de lo que estamos hablando. Todo a cubierto, de cerca y personal.

Vogel le hizo un guiño.

—Así es como me gusta.

La propia mirada de ella rodó hacia arriba. *¿Qué demonios estoy haciendo?* En lo que a Iris respectaba, el trabajo ya estaba fuera de control. Allí estaba, no sólo confiando en información posiblemente escamosa, sino también en la escama que la había proporcionado. *Una buena manera*, se dijo a sí misma, *de hacer que te maten.* Por todo lo que sabía, ese personaje, Vogel, no tenía más experiencia en armas pesadas que la que había obtenido de transmisiones de vídeo e inmersiones de juego de público objetivo adolescente masculino. En cuanto apretase el gatillo de aquello con lo que lo había equipado, podría caminar hacia atrás del retroceso fluido del arma, rociándolo todo letalmente en un cono de fuego en expansión, incluyéndola a ella misma. Tendría suerte de sobrevivir a esa operación, por no hablar de recuperar un búho sin triturar.

Como si de alguna manera sus premoniciones se hubiesen filtrado al mundo real, una ráfaga amplificada de fuego sonó desde el otro lado del muro del callejón. La planta baja del edificio era un palacio de cine original de la era dorada con candelabros quemados envueltos en polvo, colgando en el vestíbulo detrás de la cabina de entradas envuelta en conchas, alfombras una vez rojas desgastadas hasta el cemento de debajo en parches crecientes, y estilizados murales art decó bajo capas de mugre y *placa* de lata de pulverizador, representando Los Ángeles como un paraíso sembrado de pozos de petróleo y fruta cítrica dorada. Ahora la marquesina de neón zumbante anunciaba una lista de veinticuatro horas de baratos timos indonesios multi-dialectos para los ojos; Iris sabía que la mitad del público estaría dormida, usando los asientos de bisagras rotas como lecho de casa de descanso.

—Cuéntame el plan otra vez —dijo Iris—. Despacio. —Vogel había bosquejado un tosco mapa en el polvo mojado del callejón, pero ella ya lo había descartado de su mente. Prefería el aporte puramente verbal—. ¿Cómo llegamos escaleras arriba?

—Fácil. —Desde encima de la frente de Vogel, la llovizna oscurecía su pelo recortado y goteaba hasta el ángulo de su mandíbula—. Entrada de servicio detrás de la cabina de proyección; hay una escalera que sube al siguiente piso, el cual es todo oficinas desocupadas de una aseguradora y una antigua agencia teatral. El piso siguiente desde ése es donde nuestros amigos vigilan al búho. El pozo del ascensor nos subirá justo al centro de la disposición.

—¿Qué clase de alarma tienen armada?

—Todo detección térmica, afinada con la temperatura normal del cuerpo humano —Vogel asintió con admiración—. Última tecnología de Iblis Sicherheit Gesellschaft[17] en Génova, con capacidad completa de sondeo bajo superficie por inductor. Buen material.

—Sí, es «bueno», bueno e imposible de pasar —dijo Iris—. ¿Qué pensabas hacer? ¿Volar el servicio eléctrico del edificio?

Vogel sacudió la cabeza.

—Eso no conseguiría nada. Hacen funcionar su equipo con generadores de energía blindados de desintegración de isótopos. Equipamiento militar: esos tíos tienen algunas cosas de auténtica tarea pesada, además de las armas que llevan. Incluso si impulsásemos una onda disruptora a través del edificio, no podríamos apagarlas. Así que todo lo que haría cortar la alimentación de energía al edificio es hacerles saber que estamos en camino.

—Entonces el trabajo se ha acabado. Ahora mismo, antes de que empecemos —Iris lo miró con asombro—. Si pudiésemos colarnos ahí dentro, tendríamos pocas posibilidades de lograrlo. Disparando los circuitos de alarma, tendríamos *cero* posibilidades.

—De modo que no los hacemos saltar. Los dejamos funcionando, y nos deslizamos justo por delante de ellos.

—¿Y cómo propones hacer eso?

—Simple —dejando colgar el rifle automático a un lado, Vogel buscó con su otra mano dentro de su traje. Su puño volvió a salir, se extendió hacia Iris y después se desdobló hasta tener la palma vuelta hacia arriba—. Usamos éstas.

Iris miró las dos escuetas cápsulas de gelatina sin marcas sobre su palma; dentro de ellas pudo ver un polvo blanco granular, no muy diferente de otras drogas de polvo blanco que había visto anteriormente. No estaba emocionada.

—¿Qué es?

—Muerte lenta.

Todas lo son, pensó ella, y después se contuvo; entendió que se refería a algo específico.

—Espera un minuto —dijo Iris—. Estás hablando de…

—Thermatos —Vogel sonrió, un rincón de su boca alzándose—. Una acuñación bastarda de *therm* y *thanatos*, que significan calor y muerte. Una palabra bastarda para un compuesto huérfano, por lo demás sin nombre. Pues el laboratorio farmacéutico que lo inventó no quería ni hablar de él.

[17] Compañía de Seguridad Iblis, en alemán (N. del T.)

Iris sabía que había una razón para ello. De todos los químicos acumulativamente letales y supuestamente placenteros que alguna vez hubo en la calle, ése era el peor. Siendo el placer un concepto subjetivo: nunca había visto la atracción de nada que disminuyese las funciones biológicas de uno aturdiendo y cortando de la configuración del sistema nervioso central el paleocórtex del cerebro, la capa intermedia mamífera entre el evolucionado neocórtex de nivel más alto y el núcleo cerebral reptiliano primitivo. Cuando Iris estaba recién salida del entrenamiento básico del DPLA, y antes de que hubiese conseguido gestionar su promoción a la división de blade runners, había ido a una redada para limpiar un nido de adictos al thermatos, en los pesebres parecidos a madrigueras del viejo Barrio Chino. Habían estado usando la droga tanto tiempo que la integración de atajos de la droga entre sus secciones cerebrales reptiles, justo por encima de los tallos cerebrales que regulaban la respiración autónoma inconsciente y las acciones pulsátiles del cuerpo, y las partes completamente humanas justo por debajo de las tapas curvas de sus cráneos, ya no eran temporales, sino sólidas, sinapsis a sinapsis, neurona a neurona. Iris tuvo la sensación, mirando en sus fríos ojos sin pestañear, de que los espacios detrás de las oscuras pupilas precisas ya no estaban habitados por algo humano, sino sólo por el mismo núcleo del cerebro reptiliano usurpador. Había sido como mirar un nido de víboras (reales, no imitaciones ingeniosamente manufacturadas), pero con caras y piel humanas.

No era de extrañar, entonces, que el compuesto de thermatos hubiese sido ilegalizado, tanto su manufactura como su posesión, e implacablemente suprimido, al mismo tiempo que todos los otros narcóticos y estimulantes estaban disponibles y hasta incitados *de facto* en Los Ángeles. Las autoridades tenían bastantes problemas separando a los seres humanos reales de los falsos (replicantes que habían sido humanos falsos desde su fecha de comienzo) sin tener que enfrentarse con gente que se había hecho a sí misma no-humana. Y peor, la inversión del lema de la vieja Corporación Tyrell, *más humano que lo humano*; en el caso de los adictos al thermatos, menos humanos que hasta los replicantes. De modo que la condición humana, la definición de ser humano, ya no era una cuestión binaria, sí o no, sino algo en una escala deslizante, desde muy no-humano hasta muy humano en el otro extremo. Lo que significaba que los blade runners, los aplicadores de esa definición, jugaban con promedios cuando lo hacían; cuando ponían una pistola en la cabeza de alguien, estaban clasificando en una curva de campana. Pasar la prueba significaba que ibas a vivir durante otro período. Suspender era la muerte, el derrumbe de la escala a un simple estado terminal de encendido-apagado.

Iris se había preguntado anteriormente, recordando, cuál habría sido la respuesta si alguien en la redada hubiese aplicado una máquina Voigt-Kampff a uno de los usuarios de thermatos. Si los indicadores se habrían iluminado en absoluto, o si las agujas se habrían movido del cero. Y mientras la pequeña bomba de fuelles de la máquina se hubiese movido adelante y atrás como una concertina tocando un triste vals silencioso, absorbiendo y analizando las exhalaciones y las moléculas de sudor del sujeto de la prueba, la criatura de ojos fríos al otro lado de la mesa habría hecho lo mismo, sacando

una fina cinta negra bifurcada de lengua, olfateando el aire por rastros de su presa, incluso como una falsa serpiente…

—¿Dónde demonios conseguiste esto? —Iris observó con repugnancia las dos cápsulas incoloras en la palma de Vogel—. Ya nadie hace thermatos; es un delito capital.

—Surtido antiguo —dijo Vogel—. De cuando lo hacían.

—Genial —la voz de Iris se agrió del asco—. Encima de todo lo demás, está pasado.

—Suficientemente fresco. Cuidadosamente preservado en una criocámara profunda de extracción de vacío. Como los cadáveres de la gente rica muerta sumergidos en nitrógeno líquido, esperando la llamada, como en la cantata 140 de Bach, *Wachet auf, ruft uns die Stimme*[18].

—«Durmientes, despertad». Pero nadie despierta de estar muerto —dijo Iris—. Que es lo que esas cosas harán por ti, si te pillan con ellas.

—Vale la pena el riesgo —Vogel sostuvo las dos cápsulas pálidas entre el pulgar y el índice—. Pues son las que nos harán posible pasar los sistemas de alarma ahí arriba —cabeceó hacia el edificio que formaba un lado del callejón—. Entre los otros efectos menos deseables, el thermatos también tiene el útil efecto fisiológico de bajar la temperatura corporal humana normal unos veinte grados Fahrenheit. Esos sistemas de alarma que nuestros amigos utilizan no dispararán sobre nada por debajo de los ochenta grados[19]. Lo que significa que seremos efectivamente invisibles para su perímetro de seguridad.

—Sí, y también estaremos jodidos de la mente, y moviéndonos aproximadamente a la velocidad de una iguana sobre un iceberg. He visto lo que esa cosa hace a la gente y sus tiempos de reacción. Es un efecto de dilatación perceptiva: dales un beso de despedida a tus relojes, interno y externo. Pasaremos los sistemas de alarma bien, y después nos quedaremos ahí de pie como maniquíes de escaparate, ni siquiera parpadeando mientras esa gente va y nos desmantela a placer.

—Comparto tu preocupación —dijo Vogel con elaborada paciencia burlona—. Por lo que esta cosa no es thermatos puro. Está cortado con una dosis microencapsulada de un análogo de la niacinamida altamente potenciado; una vez la cosa está en tu tripa, y el thermatos ha golpeado, la barrera de película fina de la niacinamida está regulada para evaporarse exactamente cinco minutos más tarde. Sentirás el ataque de calor por todas partes, porque la carga molecular ya se habrá dispersado por todo tu cuerpo. Eso purgará los efectos del thermatos, como pulsar un interruptor, y estarás lista para el rocanrol. Ambos lo estaremos, porque estaré a tu lado.

—Bonito plan —admitió Iris a regañadientes—. Excepto por una cosa.

—¿Cuál es?

—En todo caso, después de que termine este trabajo (*si* sobrevivimos a él), ¿qué me sucede si me *gustan* los efectos de esa basura de thermatos? ¿Y decido que quiero más?

---

[18] En alemán corregido, «despertad, la voz nos llama» (N. del T.)

[19] La temperatura del cuerpo es de unos 37ºC ó 98,6ºF. El thermatos la baja unos 11ºC dejándola en poco menos de 26, siendo el límite de 80ºF de poco más de 26 y medio Celsius (N. del T.)

—Entonces estás jodida —le comunicó Vogel—. Es una avenida de una dirección, encanto. O no encuentras una fuente para más, y sufres, o *sí* encuentras una fuente y sufres más —giró la cabeza levemente, mirándola por el rabillo del ojo—. ¿De verdad te preocupa que puedas disfrutar de ser menos que humana?

—Es una preocupación. A algunas personas les gusta.

—Te diré algo, entonces. Te voy a hacer una promesa —elevó el rifle automático a su lado—. Si más tarde resulta que estás jodida por la droga, llegaré y atravesaré con una bala tu cabeza, y te sacaré de tu miseria. ¿De acuerdo?

—Eres todo corazón —dijo Iris.

—Te dije que te alegrarías de haberte topado conmigo.

Iris miró las cápsulas en el centro de la palma extendida de Vogel.

—¿Sabes…? Me estoy cansando de que la gente me diga que haga cosas. Especialmente cuando acabo haciéndolas —alcanzó y agarró una de las cápsulas—. ¿Qué demonios? —la puso en su boca y encerró la blanda cáscara de gelatina entre sus molares. Algo arenoso y punzante, como cristales de hielo afilados por el viento, se vertió por su lengua—. Vamos.

—No hay tiempo como el presente —dijo Vogel. Tragó la cápsula restante, después se arrodilló para recoger el rifle automático y lo empaquetó en la maleta de esquinas de metal sobre el pavimento. Sonriendo, se levantó—. O ningún tiempo en absoluto.

El thermatos golpeó cuando estaban cruzando el vestíbulo del teatro. Iris sintió el profundo impacto celular que los usuarios a largo plazo llamaban el «glaciar» pegarle en una oleada en cascada columna vertebral arriba. Su mano libre, que no acarreaba la otra maleta de armas, se abrió espasmódicamente; el trozo de entrada roja rasgada revoloteó y aceleró desde sus dedos hacia la alfombra oscuramente manchada, como arrastrado por una urgente gravedad nueva. Todo en el vestíbulo, humano o no, asumió instantáneamente una nerviosa animación vagamente llena de amenaza, cuando los procesadores ópticos detrás de sus ojos bajaron al extremo rojo del espectro de luz disponible. Una pequeña tribu de okupas cinéfilos, palidez de interiores bajo su mugre habitual, sus propios ojos como los de los lémures, los miraban a ella y a Vogel desde las tiendas improvisadas que habían erigido entre la puerta rota del aseo de caballeros y la fuente de agua constantemente goteando. Hasta sus lentos movimientos le parecían frenéticos y bruscos a Iris, mientras su propio funcionamiento cinético caía cerca de la estasis absoluta.

Sólo los movimientos de Vogel, mientras caminaba a zancadas junto a sus pasos, parecían normales; el thermatos también lo había golpeado a él, colocándolo en el mismo plano temporal de onda larga. Con los ojos entrecerrados, como si una naturaleza reptiloide interna se estuviese manifestando en los ángulos de su cara, sonrió y levantó una mano, los dedos separados para indicar el número de minutos que él e Iris tenían para alcanzar y forzar el área fortificada escaleras arriba.

Iris asintió. Algo en su boca, rezumando de debajo de su lengua, parecía saber tanto a sangre como a metal, mientras el núcleo reptiliano en el centro de su cerebro se

bloqueaba en un abrazo neural con las funciones de pensamiento más alto. *Puedo ver* (la idea cristalizó en una sala oscura dentro de su cráneo) *por qué la gente se mete en esta droga.* La sangre en sus venas parecía transformarse en una entumecedora sustancia que se arrastraba, cada vez más cerca de congelarse, y erradicando todo el dolor humano. Mejor que cualquier opiáceo sintético, legal o ilegal, que nunca hubiese probado; Iris ahora se daba cuenta de que aquéllos sólo habían olvidado la miseria consciente e inconsciente de la condición humana y despierta, inundando esas rocas afiladas con una marea oceánica de endorfinas. Mientras que el thermatos había disuelto las rocas en el fondo del mar, profundizando la zanja sin luz en la que ella se hundía, hasta el núcleo extinguido de su propio ser. *Así es como te enganchas, sí, señor… no por placer.* Las palabras se movían más despacio en los corredores gélidos dentro de su cráneo. *Sino por la verdadera ausencia de dolor…*

Hasta la maleta de esquinas de metal, colgando de una mano mientras caminaba a través del vestíbulo del teatro, se sentía como una semblanza de forma llena de vacío, nada con masa real dentro, como las apariciones percibidas de seres humanos reales, más allá de los cuales ella y Vogel se abrían camino. *Buena mierda para una blade runner*, reflexionó Iris. La droga actuaba justo hacia la actitud fría requerida para el trabajo; sabía que podía haber abierto la maleta, sacado sus juguetes ligeros y hacinado el vestíbulo con cadáveres derribados sin sentir una punzada de empatía.

Pero eso significaría…

—Presta atención —las palabras de Vogel, desde algún lugar fuera de ella, sonaron vacilantes y apagadas, como si el aire entre ellos también se hubiese congelado—. Tenemos trabajo que hacer.

Que no soy diferente. Sus pensamientos continuaron moviéndose, lentos e imparables. *De lo que cazo…*

—Y no mucho tiempo.

Todo una cuestión de grado…

—Si el análogo de niacinamida estalla —rechinó Vogel—, y todavía estamos en el lado malo del sistema de alarma, estamos jodidos. Y muertos.

Iris giró su fría mirada hacia él. Su lengua se sentía pesada y rígida en la boca; sus mandíbulas se abrieron mediante la pura fuerza de su voluntad.

—No me importa —dijo rotundamente.

—Sé que no; es el tiro que has tomado. —Las pupilas de Vogel eran dos alfilerazos negros rodeados de azul hielo. Se había detenido y vuelto para encararla—. Mira, podrías *pensar* que estás en una zona sin tiempo… pero no lo estás —a sus palabras les costó lo que parecieron décadas llegar, una tras otra—. El reloj está haciendo tic-tac ahí fuera —hizo un ademán hacia el vestíbulo circundante y su muchedumbre de caras impasiblemente curiosas—. Así que saca el programa… y movámonos. No voy a buscar el estúpido pájaro para ti yo solo —Vogel agachó la cabeza para poder mirar directamente a los ojos de Iris—. Es tu *trabajo*. ¿Recuerdas?

Esa única palabra incitó algo a la vida dentro de ella, como si estuviese despertando de la hibernación por debajo de témpanos de hielo de un metro de grosor. Asintió lentamente.

—Muy bien. Hagámoslo. —Con la maleta de esquinas de metal pesando un poco más en su mano, arremetió más allá de Vogel y hacia la puerta marcada, bajo enmarañadas capas de graffiti, como para SÓLO EMPLEADOS.

Cuando alcanzaron la parte superior de las escaleras de cemento desnudas, Iris oyó el traqueteo de una máquina de proyección mal ajustada. La puerta a un lado del rellano estaba abierta una rendija, suficiente para que Iris viese al proyeccionista dormido en una silla de madera inclinada hacia atrás, sus pies encima de su máquina, el suelo con un pie de profundidad de retazos de película desechados como serpientes segmentadas aplanadas y retorciéndose. Un cono de luz parpadeando, salido de un pequeño agujero cuadrado en la pared del fondo, se resolvía en imágenes fantasma en blanco y negro en la pantalla hundida del teatro: actores muertos, un hombre y una mujer que Iris no habría tenido manera de reconocer, estaban trabados en el abrazo que probablemente los había matado, una y otra vez.

—Aquí —Vogel cabeceó hacia las puertas de ascensor al otro lado del rellano—. Venga… vamos retrasados.

Contra la carga térmica baja del thermatos en su sistema, Iris se empujó a la acción. El entrenamiento policial estándar le permitía apalancar el panel de control, cortocircuitar los cables y bajar el ascensor algunos pies en su foso. Chispas picaron sin dolor su mano cuando hizo una conexión cruzada con otro par de cables y separó las puertas abolladas del ascensor.

Arrastrando las maletas de esquinas de metal, ella y Vogel treparon a la parte superior expuesta del ascensor. Los cables de acero duplicados alcanzaban la maquinaria que había en el nivel del techo del edificio.

—Si usamos esta cosa —susurró Iris—, la oirán funcionar.

—No importa —Vogel sacudió la cabeza—. El teatro lo utiliza todo el tiempo, para tirar los desechos de la audiencia a los contenedores en el sótano. Debe de haber veinte años de basura acumulada ahí abajo; nadie paga por transportarla. Así que nuestros amigos están acostumbrados al sonido del ascensor; es ruido de fondo para ellos.

La oscuridad del foso del ascensor, como un túnel subterráneo girado sobre el extremo y abierto a través del eje vertical del edificio, olía a polvo y aire cerrado hacía mucho tiempo. Iris cerró los ojos un momento, re-saboreando el efecto glacial del thermatos en sus percepciones. Voces distantes de la película exhibida en el teatro se colaron en su consciencia, como recordatorios agradables de todas las preocupaciones humanas que había sido tan gratificante dejar atrás, una piel mudada con el fantasma ocioso de su propia cara impreso en ella.

Sintió como si se hubiese podido quedar allí para siempre.

Pero tienes un trabajo que hacer. Esta vez era su propia voz regañándola, en vez de la de Vogel. Quizá el thermatos ya estaba desapareciendo más allá de sus niveles máximos en su torrente sanguíneo.

Sin decir nada en voz alta, Iris se arrodilló y encontró las conexiones de la caja de control a un palmo de los cables de acero. No era necesario manipular los cables; el botón rojo de ARRIBA estaba a plena vista. Le dio un puñetazo y la maquinaria de arriba gruñó y sonó, haciendo rechinar de óxido el ascensor hacia la siguiente planta.

Una presión en el botón de PARAR llevó el ascensor a unas pocas pulgadas fáciles de estar nivelado con las puertas y los mecanismos expuestos que las deslizarían. Vogel tocó a Iris en el hombro.

—Espera un minuto. —Tomó un pequeño dispositivo de uno de los bolsillos de su abrigo y lo encendió. La pequeña cúpula redonda de un diodo de luz de emisiones variables latió en rojo, después amarillo, se apagó, después volvió a encenderse en verde.

—Perfecto —dijo Vogel silenciosamente. Deslizó el dispositivo de vuelta en su bolsillo—. Estamos más allá del perímetro de la alarma —le sonrió—. Y no se ha apagado.

Iris se levantó, manteniendo la puntera de su bota preparada sobre el botón de control de las puertas.

—¿Cómo vamos de tiempo?

—Casi listos para la función.

Ella sintió una premonición pesarosa, como si el final del mundo callado de sus percepciones ya estuviese a la vista. Ser humano no era agradable para empezar; volver a ello, incluso después de esas breves vacaciones, iba a ser doloroso.

Vogel extrajo y ensambló el equipo necesario de las maletas de esquinas de metal, y después entregó a Iris sus armas.

—Aquí viene —dijo.

El análogo de niacinamida golpeó su sistema como un lanzallamas interno, cuando el compuesto disperso se despojó de sus polímeros de retardo en una acometida de un milisegundo. Su corazón aporreaba en su pecho (por un vertiginoso momento, se preguntó si las personas al otro lado de las puertas del ascensor podrían oír sus golpes como de tambor), mientras un calor febril bullía por sus venas. Su boca se secó por el beso de un sol invisible; el sudor transcurrió desde su frente y picó con sal en los rabillos de sus ojos.

Luego se había terminado, el calor corporal disminuyendo a unos normales 98,6 grados. El glaciar del thermatos también se había ido, derretido y revelando la forma otra vez humana que tan eficientemente había encerrado y entumecido.

Echó un vistazo a Vogel. Incluso en la oscuridad del foso del ascensor, su cara angulosa parecía luminosa de sudor.

Vogel cabeceó hacia las puertas.

—Dale —dijo.

—Con gusto. —La acción podría distraerla del embate de miseria de la condición humana. Iris presionó el botón.

Los diversos puntales de metal entrelazados y los resortes cubiertos de óxido de la maquinaria cobraron vida chirriando, apartando las puertas. Se derramó luz en el foso desde los espacios revelados al otro lado.

Buena suerte, en cierto sentido: las puertas se abrieron a una de las figuras que había visto en la pantalla del panel remendado en las ruinas del dirigible derribado. El hombre caminaba por delante, el rifle automático colgado del hombro, llevando una copa de espuma de poliestireno llena de café desde el calientaplatos y la olla posados en una mesa de cartas plegable contra la pared del fondo. Iris parpadeó por el deslumbramiento repentino de los fluorescentes expuestos en lo alto, levantó su propio rifle y acabó con él. El silenciador al final del cañón de su automática entumeció por una fracción de segundo, hinchándose para absorber el impacto sónico del tiro, después convirtiéndolo y liberándolo como unos grados de calor que rodaron de vuelta por el cañón y la empuñadura hasta sus manos. Café tibio salpicó por el linóleo agrietado y arañado cuando el cuerpo se dobló sobre sí mismo y cayó.

Vogel e Iris pasaron por encima del cadáver al pasillo más allá de las puertas del ascensor. El mapa del diseño del piso, que Vogel había dibujado y descrito para ella en el callejón de abajo, destelló dentro de su cabeza y se superpuso sobre los espacios alrededor de ellos.

—Por ahí —susurró Vogel, señalando un extremo del corredor.

Ella ya estaba en movimiento, deslizando su espinazo por la pared, el cañón de la automática abrazado en vertical contra su hombro. Antes de que lo alcanzase, las cosas se torcieron: el otro hombre de la pantalla del panel apareció detrás de ella y de Vogel, saliendo de las instalaciones de los servicios y levantándose la bragueta. Fue más rápido de lo que había sido el otro, y pudo saltar y agarrar el rifle que había dejado apoyado junto a la puerta del lavabo. Un par rápido de disparos se diseminaron por el centro del pasillo antes de que la bala silenciada de Vogel se llevase el ángulo de la cabeza del hombre y lo extendiese contra la pared, marcada de rojo cuando se desplomó y se deslizó al suelo.

Fue una alarma tan eficiente como podía haber sido cualquier otra. La onda de choque audible del fuego del hombre muerto, y el impacto de su golpe contra la pared en el extremo opuesto del corredor, todavía resonaban dentro del espacio como un trueno sísmico desvaneciéndose cuando Iris tiró una pieza más pequeña de su equipo por una puerta abierta junto a ella.

La granada de luz de espectro nivelado de larga duración botó en el centro de la estancia, la misma que había observado anteriormente en la pantalla del panel. En su percha, el búho que había estado buscando desplegó las alas cuando la luz cegadora se disparó sobre cada superficie, aniquilando toda la visibilidad. Un chillido de pánico sonó desde el búho mientras saltaba inútilmente de la percha, la cadena sujeta a la banda de metal sobre sus garras atándolo en vuelo. Los hombres en la habitación habían brincado

sobre sus pies de manera similar, los rifles automáticos oscilando hacia la puerta abierta. Algunos de ellos llevaban puestas gafas filtradoras, rápidamente puestas sobre sus ojos desde donde habían estado colgando alrededor de sus cuellos, listas para semejante asalto.

Iris y Vogel también se habían puesto sus propios filtros ópticos en su lugar, en cuanto ella tiró de la clavija de la granada de luz. Pero a diferencia de las gafas de los hombres enfrente de ellos, los dispositivos del DPLA estaban sintonizados con el pico cambiante específico de la emisión de la granada; los filtros no afinados intentaron establecerse en el pico, pero fueron demasiado lentos para ponerse al nivel de su patrón aleatorio.

Lo que significaba que los hombres con gafas en la habitación estaban tan ciegos como los de ojos desnudos; en el caos resultante, Iris pudo oírlos maldiciendo y ladrándose órdenes inútiles unos a otros. Una barrera de fuego de rifle automático se dispersó a través de la entrada, lo bastante desenfrenada para eliminar al hombre que estaba más cerca de la puerta.

Iris saltó al suelo, por debajo de las calientes líneas trazadoras de las balas de los otros. Todavía de pie, las piernas separadas en el centro del pasillo, Vogel devolvió el fuego con su propia automática, acabando con dos de ellos en orden rápido, enviándolos desgarbados hacia la pared con la percha de madera empujada contra ella. El búho batía las alas desesperadamente para alejarse del ruido y la luz, pero sólo consiguió tirar de la cadena fijada a la banda de su pata. Los dos hombres restantes en la estancia, aunque aún cegados por la granada de luz, oscilaron las bocas de sus rifles en dirección a Vogel, forzándolo a apartarse y replegarse contra la pared cerca de la puerta mientras sus balas traqueteaban más allá.

Sobre sus codos, Iris levantó su rifle y eliminó a uno más con una ráfaga rápida. Antes de que pudiese girar la boca del cañón, el último que quedaba saltó de cabeza en su dirección, guiado más por instinto desesperado que por cualquier otra cosa. Su pecho y hombros fijaron el rifle de Iris contra el cuerpo de ella, el arma atrapada e inútil mientras una mano abierta empujaba contra un lado de su cara, doblando su cuello atrás hacia su punto de rotura. Los dedos del hombre le descolocaron las gafas, y su vista fue repentinamente llenada de luz blanca aniquiladora.

En el centro de esa iluminación brotó negrura, y después Iris sintió el cuerpo entrar en un espasmo de convulsiones; otra punzada rápida de fuego de rifle desgarró a través de un lado de la caja torácica de él, las heridas de salida a centímetros de la propia carne de ella, las balas rasgando a través del bolsillo y la sección inferior de la manga de su chaqueta de cuero sintético, dejándolos en simples andrajos.

Iris se quitó el peso muerto de encima. La habitación y el corredor se habían silenciado excepto por el ruido sibilante de la granada de luz, su carga fotoexplosiva finalmente gastada. Capaz de ver entonces, sin ser necesarias las gafas enlazadas alrededor de su garganta, levantó la vista y vio a Vogel extendiendo una mano hacia ella.

—Venga —Vogel la puso de pie—. Aún no hemos terminado. Hay al menos otros dos por aquí, en algún lugar.

—Nos ocuparemos de ellos a la salida. —Iris recogió la maleta con esquinas de metal que había dejado en medio del pasillo, la abrió y extrajo un conjunto de objetos menos letales—. Primero hagámonos con la mercancía por la que hemos venido.

En la quietud de la sala, el búho se había instalado sobre su percha; los movimientos de su cabeza, con los amplios ojos dorados mirando, aún eran frenéticos y espasmódicos.

—Calma —canturreó suavemente Iris mientras pasaba por encima de los cadáveres esparcidos por el suelo. Se puso un par de guanteletes pesadamente acolchados que se extendían más allá de sus codos—. Ahora iremos a un lugar más agradable…

El búho intentó escapar de ella cuando alargó la mano hacia él, pero la cadena y la banda de la pata lo mantuvieron al alcance. Apartando la cara para evitar los palmetazos de sus poderosas alas, Iris se las arregló para poner ambas manos enguantadas sobre su cuerpo; acercándolo a su pecho para maniatar sus intentos desesperados, lo puso bajo control.

O al menos por un momento.

—Échame una mano —chasqueó a Vogel. La sensación de una criatura viva esforzándose por escapar y sobrevivir era palpable incluso a través del acolchado que revestía sus manos y antebrazos. Pudo hasta sentir su pequeño corazón latiendo acelerado, el temblor del depredador aterrorizado cuya sombra había aterrorizado a criaturas aún más pequeñas. Las garras de guadaña rastrillaron peligrosamente cerca de su estómago, la punta afilada de una casi enganchándose en la tela de su camisa de vaquero—. Date prisa…

Con su rifle automático colgado del hombro, Vogel dio un paso al frente con una ancha banda de contención elástica. Los dos lucharon unos momentos con el animal; después por fin consiguieron asegurarlo, la banda presionando sus alas contra su cuerpo. Iris deslizó un saco permeable al oxígeno sobre el búho, apretando su apertura en las patas, dejando las garras seguras para el transporte.

—Vamos —con una mano todavía en el pesado guantelete de cuero, y el búho escondido en la cuna de su antebrazo, Iris cabeceó hacia la puerta—. Antes de que quien quede se organice.

Vogel la precedió, el rifle automático listo. Se apostó contra la pared junto a la puerta, mirando cautelosamente fuera al corredor.

—Despejado —gesticuló con una inclinación de cabeza—. Ve al foso del ascensor, y estaré justo detrás de ti.

La correa de hombro de su rifle era lo bastante larga para que Iris pudiese mantenerlo en la cadera mientras llevaba el búho atado con la otra mano y antebrazo. Saliendo de la habitación, se agachó y corrió hacia la entrada abierta del ascensor, dos metros por delante.

Antes de que la alcanzase, un par de disparos de rifle crujieron desde el extremo alejado del corredor. No se tomó tiempo para ver qué puerta podía haberse abierto, ni

cuántos oponentes había tras ella; se lanzó hacia la oscuridad del foso del ascensor, rodando sobre el hombro de modo que aterrizase sobre la espalda.

Los salientes de metal expuestos en la parte superior de la máquina del ascensor empujaron dolorosamente en su espinazo, pero con ambos brazos envolviendo protectoramente el búho, se las arregló para mantenerlo apretado a salvo contra su pecho. Mientras se ponía de rodillas, Iris oyó más tiroteo llegando de ambas direcciones del pasillo fuera de las puertas del ascensor.

Desde muy atrás en la entrada abierta, Iris miró fuera y vio a Vogel con la espalda aplanada contra la pared opuesta, inmovilizado por el fuego y devolviéndolo desde la puerta al final del corredor. Él la vio y gesticuló con una inclinación de cabeza.

—¡Por ahí! —Vogel señaló la puerta desde la que los hombres restantes estaban disparando—. Tienes mejor ángulo. Presiónalos hacia atrás y podré llegar a ascensor. —Algunos disparos más excavaron en el suelo cerca de él—. Entonces estaremos fuera de aquí.

—Tengo una idea mejor —le gritó Iris—. Gracias por la ayuda, pero tengo un trabajo que terminar. —Alcanzó atrás y golpeó el botón ABAJO en la caja de control del ascensor. Oyó más tiros, y a Vogel gritando algo detrás de ella, cuando el ascensor comenzó a bajar el foso, dejando la puerta abierta arriba.

El proyeccionista aún estaba dormido en su cabina cuando Iris bajó de lo alto del ascensor con el búho ensacado. Se habían reproducido tantas películas de acción baratas en el teatro que el sonido continuo de tiroteo, apenas apagado por el suelo de arriba, sólo se había filtrado en sus sueños embrollados.

Lo que también era el caso del público en el cine, cuando Iris alcanzó la parte inferior de las escaleras de servicio y salió al concurrido vestíbulo. Nadie estaba alarmado por los sonidos, más débiles allí, llegando de arriba. Ese tipo de cosas era tan común en la Los Ángeles real como siempre lo había sido en el mundo ilusorio de las películas.

Después estaba fuera en la calle, con la mercancía escondida contra su pecho, apartada de la lluvia nocturna. Iris aceleró sus pasos, dirigiéndose a su propio apartamento, en vez de a la estación de policía.

8

Dos búhos estaban posados en el cuarto de estar de su apartamento, observándola con sus ojos sobrenaturalmente dorados.

—Contraste cruzado de los objetos a la vista —dijo Iris al envolvesper, dando a la máquina sus siguientes instrucciones. Ya había ordenado su imagen tridimensional almacenada del búho, de cuando fue grabada en la oficina del difunto Dr. Eldon Tyrell. Otras pocas palabras rápidas habían calibrado y colocado la imagen junto al auténtico búho viviente, sus garras alrededor de una percha que Iris había improvisado de un mango de escoba y los respaldos de un par de sillas—. Empareja identidad específica.

El búho vivo, extraído hacía menos de una hora de la sala por encima del céntrico cine, ululó con alarma leve y frunció sus plumas moteadas de marrón cuando el envolvesper reprodujo una cuadrícula cambiante de brillantes líneas verdes a través de su forma. Iris observó la danza de las líneas, esperando el veredicto de la máquina. Estaba sola en la habitación, excepto por los dos búhos, el real y el ilusorio; el real había asustado al charlas incluso más que su recreación previa, mandando a la pequeña criatura artificial parecida a una presa corriendo a la seguridad del dormitorio del apartamento.

—Comprobación completada —anunció el envolvesper. La cuadrícula de líneas, empezando con una separación de más o menos una pulgada y después estrechándose para mapear detalles más finos, había desaparecido del búho viviente—. Identidad específica confirmada; el objeto grabado y el presente físicamente son la misma criatura. Regresión cronológica estimada en un año, probabilidad estimada en rango de más del noventa por ciento. Marcas de concordancia de identificación como sigue: lectura de textura y análisis mapeado de patrón de plumas, estriación de materia base de pico orgánico, marcas de tensión de impacto en filo y punta de pico, modelado ocular fibroso…

—Sáltate todo eso.

—Impulsos cardíacos y respiratorios en reposo idiosincráticos…

—He dicho que te lo saltes.

El envolvesper calló. Iris observó los dos búhos de identidad coincidente, uno encuadrado en una pequeña sección de la sede opulentamente panelada en madera de la Corporación Tyrell, el otro junto a las paredes desnudas y el marco de la ventana de su propio apartamento—. Finalizar visualización de recreación —dijo Iris. El búho ilusorio se desvaneció, junto con sus alrededores convocados. Se quedó sola únicamente con la criatura viva delante de ella.

—¿Ahora qué hago? —murmuró Iris en voz alta. Se giró y caminó al módulo de la cocina, ignorando al charlas encogiéndose debajo de la mesa, y se sirvió un vaso de agua en el fregadero. El grifo continuó funcionando mientras apuraba el vaso de un trago, la cabeza echada atrás; después se inclinó hacia delante, la cara bajada a la fina corriente de agua, y se la salpicó en el rostro. Había rayas de rojo rosáceo arremolinándose hacia el desagüe cuando apartó las manos; no su propia sangre, sino la de los hombres de la

habitación encima del cine. Con la cara todavía mojada, se alejó del lavabo y miró su chaqueta de cuero sintético, que había tirado sobre la mesa de cocina plegada cuando había vuelto a casa.

—Es bastante malo —dijo Iris a nadie cuando recogió la chaqueta por el cuello y observó el daño que las balas le habían hecho—. Cristo —dijo con disgusto mientras hurgaba con los dedos de la otra mano a través de los rasgones y andrajos por debajo de una manga y a lo largo de la correspondiente costura lateral. La chaqueta era una pieza característica para ella, tanto como la colección de reproducciones de camisas de vaquero que siempre había llevado debajo. Sin ella, se sentiría desnuda fuera en las calles de Los Ángeles.

Aún peor, el roñoso DPLA no reembolsaba pérdidas y daños de campo como ése. Sabía por experiencia que la única manera de que Iris hubiese recibido cualquier dinero del departamento habría sido si las balas hubiesen estado una pulgada o dos más abajo y cerca del centro, y hubiesen dejado su carne también en andrajos de huesos astillados. Nunca había sido capaz de descifrar exactamente cómo de estimulante moral se suponía que era, para las tropas, que el departamento estuviese tan dispuesto (incluso ansioso) por derrochar en servicios funerarios, pero no en gastos fortuitos a lo largo del camino. Siempre había considerado la práctica simplemente irritante.

Lanzó la chaqueta otra vez sobre la mesa y se reclinó contra el fregadero, los brazos cruzados delante del pecho. La cosa del dinero la irritaba hasta lo que sabía que era un grado irracional; la chaqueta no era tanta pérdida (siempre podía conseguir otra, pero no una que hubiese sido tan bien cortada como esta veterana, casi una segunda piel para ella), salvo que también era consciente de cuánto se estaba jugando ya en este trabajo.

La operación de extracción en el cine había ido bastante bien, en que tanto ella como el búho habían salido intactos; y perder a ese personaje extraño de Vogel, cualquiera que hubiese sido su agenda personal, también era una prima. Pero el coste material, todo el equipo caro que había prometido devolver a Meyer, había sido alto: para mantenerlo limpio de verdad con la armería departamental, tendría que haber recuperado la cubierta de la granada de luz gastada, así como el rifle automático que le había dado a Vogel. Ahora, ni siquiera podía llamar a uno de los equipos de limpieza regular del departamento, que normalmente se habrían ocupado de los detalles problemáticos como ésos; el equipo había salido por la puerta trasera de la armería del DPLA, por Meyer, y para empezar no se había autorizado que estuviese en posesión de ella. La única manera de haberse mantenido limpios habría sido devolver las cosas furtivamente a la armería como habían salido, sin nadie sabiendo de esa pequeña excursión. Tanto ella como Meyer estaban en la mierda profunda. Meyer quizá podría sacarlos, con su habitual pericia tirando de hilos dentro del departamento, pero entonces ella estaría más en deuda con él de lo que había estado anteriormente; y ésa definitivamente no era una situación de su gusto.

Lo cual ahora sabía que era por lo que había traído el búho allí a su propia casa, en vez de quitárselo inmediatamente de encima llevándoselo a Meyer a su oficina, en la

brillante estación nueva de policía o en la vieja y abandonada donde le había dado ese apestoso trabajo de cazar pájaros. No había tenido pensado hacer eso, ni antes de ir al escondrijo del cine con Vogel, ni inmediatamente después, cuando estuvo sola otra vez. Un instinto o una lógica medio formada dentro de ella había vuelto sus pasos hacia casa, en vez de seguir adelante y finalizar el trabajo (la parte más fácil) sin importar cuánto había pensado que quería hacerlo.

Rellenó el vaso del grifo y lo sacó al cuarto de estar del apartamento, donde observó amargamente al búho sobre su percha improvisada.

—Me has costado, mamón. —Iris tomó un sorbo; después se acercó y rellenó el plato que había puesto al alcance del búho. Había quedado suficiente de la cadena unida a la banda de metal en su pata para que pudiese asegurar la criatura en su lugar. El charlas ya estaba aterrorizado solamente por que el intruso estuviese en el apartamento; si hubiese estado libre para dar vueltas, con intención depredadora sobre cualquier cosa más pequeña que él mismo y de aspecto razonablemente vivo, el charlas probablemente se hubiese fundido los circuitos de puro pánico—. Aún no sé cómo —dijo Iris—, pero sé que lo has hecho.

El búho mantuvo su silencio solemne, devolviéndole la mirada con sus redondos ojos dorados.

Iris miró abajo a los periódicos en *pinyin* que había esparcido por debajo de la percha del búho. Los papeles estaban empapados alrededor de la base del plato, emborronando las columnas verticales de ideogramas chinos; cuando no había estado mirando, mientras estaba en la cocina, el búho debía de haber apagado su sed. Se preguntó cómo los búhos lo hacían exactamente; ¿podían beber lamiendo, de la forma en que supuestamente lo hacían los gatos reales? Eso producía otra pregunta, que ya había estado molestando en el fondo de su mente, sobre mantener vivo al animal.

—Supongo que tienes que comer —dijo Iris. El búho parpadeó sus ojos dorados, pero por lo demás no hizo ningún comentario.

No tenía una rata blanca fresca (y real) que darle a la criatura. *Un poco fuera de mi presupuesto*, pensó Iris. Estaba endeudada como estaban las cosas, con ese trabajo. ¿Los búhos comían sólo piezas vivas, o eso eran las serpientes? Un vago recuerdo bailó en su mente, algo que había leído, de que las ranas y sapos reales tenían ojos o circuitos en sus cerebros que sólo podían reconocer insectos que se moviesen y zumbasen alrededor; una rana podía estar rodeada por montañas de sabrosas y nutritivas moscas y bichos muertos, y morir de hambre porque no podría saber que estaban ahí.

Esta cosa debería venir con un manual, se quejó Iris. O eso, o debería haber hecho algunas preguntas de una naturaleza más práctica cuando estuvo en el zoco de comerciantes de animales. O haber mantenido vivo a uno de los hombres en la habitación encima del cine el tiempo suficiente para haber descubierto con qué habían estado alimentando la cosa.

—Déjame ver qué puedo encontrarte. —El búho le pestañeó.

Iris dejó la puerta principal del apartamento abierta, pues sólo iba al final del pasillo. Junto a la apertura del tobogán de la basura, la administración del edificio había colocado una colección de trampas para los ratones marrones que se escabullían, que eran una característica constante de vida en Los Ángeles; otra especie superviviente, como las palomas que ensuciaban los salientes y tejados de los edificios más viejos.

Por debajo de una bombilla desnuda que se balanceaba en el extremo de un cable raído, Iris empujó con la puntera de su bota las trampas, clasificando tres que parecían haber saltado recientemente. La sangre salpicada desde los pequeños cadáveres todavía estaba húmeda y brillante. Arrugando la nariz con disgusto, se arrodilló y abrió las trampas, extrayendo cautelosamente los ratones muertos, sus ojos como pequeñas perlas negras. Se dio cuenta de que no había traído nada del apartamento para llevarlos; cuando se levantó, tenía un puñado de suaves objetos peludos con sensación mojada, sus colas peladas arrastrándose por el lateral de su mano.

—Prueba éstos —dijo Iris. Depositó los pequeños cadáveres sobre el periódico delante del búho. Cuando se volvió para volver a cerrar la puerta principal, oyó el batir poderoso de las alas del búho contra el aire, y el raspado de sus garras a través del papel. Miró atrás y vio al búho despedazando uno de los ratones muertos, el garfio de su pico rompiendo a través de la carne por debajo del suave pelaje marrón grisáceo.

O el búho no rechazaba, por su propia naturaleza, la comida que no había matado él mismo, o quizá el difunto Dr. Tyrell lo había entrenado de esa manera; quizá la viva y cara rata blanca que había visto en la grabación de datos del envolvesper había sido un regalo especial. Hasta alguien tan rico como el jefe de la Corporación Tyrell no podría presentar golosinas como ésa regularmente.

Haciendo progresos, pensó Iris. Por el momento, al menos, el problema de mantener vivo al búho estaba solucionado. Había suficientes alimañas en el edificio para alimentar la cosa indefinidamente. Pero no planeaba mantenerlo tanto tiempo en su posesión; el búho todavía era deseado por algunas personas y fuerzas poderosas. Cuanto antes resolviese qué hacer con él, y después procediese a librarse de la cosa, más a salvo estaría.

—Líbrate de él —resonó una pequeña voz tras ella.

Iris bajó la mirada por encima del hombro y vio al charlas presionando cerca de sus tobillos, mirando a través de sus espinillas al búho que se alimentaba; la expresión en los rasgos redondeados del charlas era una de odio activo.

—Aún no puedo. —Iris recogió al charlas y lo sostuvo con un antebrazo, con cuidado de no acariciar su cabeza productora de endorfinas—. Tienes que pensar.

—¿Qué hay que pensar? —el charlas tendió sus pequeñas zarpas sobre el pecho de ella—. Asqueroso.

—Un par de cosas. —Caminó un circuito familiar, adelante y atrás en el cuarto de estar del apartamento, conduciéndose bien alejada del búho. Siempre la había ayudado a clasificar sus pensamientos hablarlos en alto con el charlas; para ella era una de las

funciones útiles de la criatura artificial—. Una: realmente no conozco cuáles son las intenciones de Meyer, al menos por lo que a mí respecta.

—¿Quién es Meyer?

—Nadie de quien debas preocuparte. —Una gran preocupación para ella, sin embargo. Todo el trabajo apestaba a maquinación aún más que antes.

No es bueno. Iris sacudió la cabeza mientras continuaba caminando de aquí para allá, el charlas sujeto más cerca de ella. Anteriormente había tenido alguna medida de confianza residual en Meyer, sin importar cuánto la había mandado por todas partes, aun antes de este trabajo; ése era su trabajo como jefe de la división, repartir mierda a todos los blade runners, ella misma incluida. Pero no hacer que los matasen, o por lo menos no deliberadamente. Una maquinación como en la que ella podría encontrarse equivalía a una ejecución departamental, tan eficiente como poner la boca de un arma detrás de su oreja y apretar el gatillo. Difícil seguir confiando en nadie, siquiera mínimamente, con un análisis como ése.

—¿Pero qué quería? —Iris reflexionó sobre la cuestión, dando un paso tras otro, adelante y atrás.

—¿Quién? —el charlas la miró a la cara.

—Meyer.

—Otra vez él —dijo el charlas, contrariado.

Era la gran pregunta. *¿Quería el búho,* pensó Iris, *o quería hacer que me matasen?* Quizá ambas, aunque no estaba segura de cómo se habría elaborado eso. Pero si su muerte había sido el objetivo de Meyer, entonces sería un suicidio que ella fuese a la estación de policía y entregase el búho. Si el búho era de hecho algo que Meyer quería, y no sólo un pretexto para maniobrarla a una situación en la que la matasen, entonces en cuanto tuviese la maldita cosa, no tendría ninguna razón para mantenerla con vida; mataban a gente todo el tiempo dentro de las estaciones de policía, polis incluidos. La entrada al edificio, fuese a nivel de calle o arriba en la parte superior donde los rotadores aterrizaban, a veces era una puerta unidireccional, sin otra salida que en una caja. Pero aquellos policías que eran ejecutados por el departamento eran casi siempre unos que la habían jodido a lo grande, aceptando tantos sobornos de tipos criminales que la división de investigaciones internas no tenía otra opción que librarse de ellos; o con motivo de haber ido en contra de la política departamental, poniéndose en el lado equivocado de uno de los oficiales de alto rango muy por encima del peldaño de Meyer en la escalera. A bote pronto, no podía pensar en ninguna razón por la que alguien de arriba quisiese eliminarla.

Es como ser un replicante, pensó Iris. O para ser más exactos, como un replicante que no sabe que no es humano. Nunca había tenido que retirar a uno así (al menos, aún no), pero había oído de algunos casos en que los pobres bastardos pensaban que eran humanos, y después, como si hubiesen sido echados en una novela de Kafka[20] reescrita

[20] Franz Kafka (1883-1924), escritor bohemio de origen judío que escribió en alemán, pionero de la fusión entre realismo y fantasía (N. del T.)

por Mickey Spillane[21], se encontraban siendo perseguidos por una figura justiciera armada y legal como la misma Iris. *Te despiertas un día,* se le ocurrió, *y alguien te quiere muerta. Por ninguna razón que te hayan dicho.* Sintió una punzada de lástima, no sólo por ella, sino también por esos replicantes que fueron matados sin siquiera saber por qué.

—A la mierda —dijo Iris en voz alta. No le importaba cuál pudiera ser la razón; sólo quería seguir viva. Otra vez, como esos pobres replicantes bastardos; todos ellos, supiesen lo que eran o no. Empezaba a sentir un poco de compasión hacia ellos, lo que era un camino peligroso para que un blade runner lo caminase. Primero mera compasión, después empatía, el verdadero sentir y experimentar los sufrimientos de otra criatura; Iris no podía imaginar cómo podría hacer su trabajo si eso le sucediese. *Tendría que renunciar a ser policía*, pensó, *e ir a ser santa.*

—La manera en que lo veo —dijo Iris al charlas— es que tengo un par de opciones. —Ninguna de ellas le parecía muy buena—. Podría llamar a Meyer…

—Hrmf.

—E intentar llegar a un acuerdo con él. Si quiere este búho, o alguien por encima de él, entonces no lo van a obtener hasta que yo esté limpia. Significando que me marcho después de la entrega, y nadie intenta retirarme.

El charlas no había entendido lo que decía, pero asintió con su redonda cabeza pelada de todos modos.

—Suena bien.

—Sólo si eres idiota —dijo Iris—. Lo cual no soy, excepto en la medida en que me vi acordonada en este lío en primer lugar. Ya no confío en el tío; ¿por qué debería confiar en él en mantener una promesa de dejarme vivir después de que le entregue el búho?

—Nusé.

—Exacto. Además, podría no depender de él. Si es sólo el chico de los recados, siguiendo las órdenes de otro, podría hacer todas las promesas del mundo, tener todas las intenciones de cumplirlas, y aún me matarían. Puede que a él también, pero eso no me haría ningún bien.

—Dios —el charlas arrugó sus rasgos sencillos con perplejidad—. No suena bien.

—Tienes razón, compañero. —Iris dejó de caminar, asintiendo lentamente para sí misma mientras reflexionaba sobre las diversas posibilidades desoladoras por delante de ella—. Lo que deja la otra opción…

—¿Cuál es?

Iris echó un vistazo al búho.

—Intento descifrar qué es tan importante de aquí nuestro invitado —apuntó un pulgar hacia la criatura—. Y por qué exactamente algunas personas parecen quererlo tanto.

—Iiuc —el charlas frunció el ceño—. *Yo* no. ¡Líbrate de él!

—Ojalá pudiera —un suspiro subió desde su corazón—. No sabes *cuánto* quisiera poder. —Todo ese asunto, simbolizado por el búho, se había vuelto mucho más

[21] Frank Morrison «Mickey» Spillane (1918-2006), escritor estadounidense de cómics y novela negra (N. del T.)

complicado de lo que habría podido imaginar al principio. Su vida anterior, en la que todo lo que tenía que hacer era rastrear y matar replicantes huidos, ahora parecía como un paraíso desaparecido, agraciado con un encanto inocente y relajado—. Pero estoy pegada a él. De momento.

—¿Cuánto tiempo es eso?

Algo en la pregunta del charlas le erizó el vello de los antebrazos.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes —el charlas retrocedió desde su pecho para poder mirarla a cara completa—. Hasta que suceda algo —inclinó su cabeza redonda a un lado, los pequeños ojos de botón pareciendo más astutos—. ¿Más invitados?

De vez en cuando, los circuitos del cerebro más simple del charlas daban justo en el clavo, pillando algo que ella había pasado por alto. *Por supuesto*, pensó Iris. La base debajo de su tripa pareció desvanecerse. *Algo va a suceder. Y pronto.* Los invitados vendrían, y su visita, aunque corta, no era probable que fuese agradable. Iris maldijo su propia estupidez, la cantidad de tiempo que había malgastado inquietándose y agitándose, justo allí donde cualquiera que la buscase estaría seguro de encontrarla. Y habría gente buscando; había demasiadas conexiones posibles entre ella y lo que había pasado en la sala sobre el cine para que ella se fuese impune. Meyer sabía que algo iba a suceder en cuanto le entregó el equipo de la armería; cuando ella no volvió en un período razonable de tiempo, él habría iniciado su propia investigación. Podía no saber dónde había sido la acción, pero para averiguar si ella aún estaba siquiera viva, el primer lugar al que vendría a mirar sería justo allí, a su apartamento. Las múltiples cerraduras codificadas de la puerta no lo retardarían; por reglamento departamental, cada poli tenía que apuntar su registro de código en la base de datos de personal de la estación de policía, para facilitar las inspecciones sorpresa por contrabando y/o violaciones del uso de drogas en curso. Con su rango, Meyer podría sacar esos códigos y entrar allí bailando vals cuando le diese la gana. ¿Y estaría contento de encontrar el búho deseado allí posado, en vez de habiéndole sido ya entregado en la comisaría? Probablemente no, y era lo bastante inteligente para caer en la explicación más simple para esa no-entrega, que era que Iris ya no confiaba en él. En una situación tan horrible como en la que se estaba convirtiendo ésa, los problemas personales como aquél probablemente se resolverían por sencilla eliminación. No del trabajo, sino de la vida de una.

Y Meyer no era el único del que tenía que preocuparle que cayese sobre ella inesperadamente. Los hombres armados y feos a los que les había levantado el búho indudablemente trabajaban para alguien más; tenían la apariencia de rottweiler de los mercenarios, los altamente cualificados y equipados, pero que todavía operaban a las órdenes de otro. Alguien que muy probablemente podría permitirse otros matones a sueldo, quienes a su vez podrían hacer su trabajo más eficientemente que la última hornada, ya que Iris ya no tendría el elemento sorpresa de su lado. Por todo lo que sabía, ya estarían en camino; el búho podría tener alguna clase de microelemento rastreador plantado en él o sobre él, que ella no tendría manera de detectar sin usar los escáneres

mediante pulso en los laboratorios de seguridad de la estación de policía. Su apartamento podía estar ya en el centro de un círculo rojo brillante en una pantalla de seguimiento en progreso, con otros ominosos puntos rojos moviéndose en ella…

—Mierda. —Iris se quitó el charlas de encima y lo soltó, quejándose en protesta, sobre el suelo. Se apresuró al módulo de cocina y apartó su dañada chaqueta de cuero sintético de encima de la pistolera de hombro que previamente había dejado sobre la mesa plegable. De la pistolera extrajo su arma; su peso en las manos proporcionaba más comodidad en el momento de la que podrían todas las exudaciones del charlas.

Iris caminó de vuelta al cuarto de estar del apartamento, con ambas manos envolviendo el asa comprobada del arma, su boca apuntada abajo pero lista para ser levantada al primer objetivo que se presentase. Desde su percha al otro lado de la habitación, el búho la observaba con impasibilidad de ojos redondos, mientras ella aplanaba su espinazo contra la pared junto a la ventana. Quitó una mano del arma y separó los listones de las persianas lo suficiente para asomarse por la ventana atrancada a la calle de abajo. Tentáculos de neón activo ataban sus reflejos a través de los espejos negro azulado del pavimento, manchado de lluvia; una formación de ciclistas nocturnos, enmascarados y envueltos, salpicaron y desaparecieron en la distancia, con la intención en su misterioso recado grupal u observación religiosa. Después la calle estaba vacía, excepto por las sombras de sus miedos, invisibles pero sentidas mientras se reunían más cerca.

Estás siendo una idiota, se dijo Iris a sí misma. *Como si fuesen a venir caminando por la calle y a tocar tu timbre en el vestíbulo del edificio.* Más probablemente, dados los recursos que los patrones de los matones parecían tener a su disposición, un rotador de nivel policial sin licencia aterrizaría silenciosamente en el tejado, los hombres con las armas atravesarían igual de silenciosamente las cerraduras de la puerta de acceso, y descenderían por los huecos de las escaleras y los pasillos como el calor inevitable de un viento de Santa Ana de la estación seca de Los Ángeles. Uno que no sabías que venía hasta que te golpeaba en la cara y te succionaba el aliento de los pulmones.

Una pequeña voz habló desde abajo, junto a sus tobillos.

—Me estás asustando —dijo el charlas a su manera más frágil, pareciendo más pequeño. Rara vez había visto su arma dentro del apartamento, y nunca en su mano; Iris sabía que la vista del frío metal tendía a perturbar las sensibilidades delicadamente afinadas de la criatura.

—Lo siento, cariño —con la mano libre, Iris recogió al charlas; lo besó en su frente redonda, después lo colocó otra vez en el suelo—. Pero esto es una cosa de trabajo, ¿vale? No sólo por asustar. Así que tengo que hacerlo. ¿Entiendes?

—No —el charlas sacudió la cabeza—. No entiendo.

—No tienes que hacerlo. Te diré una cosa. ¿Por qué no tomas tu cesta y la arrastras al armario? Hora de la siesta. Agradable y silencioso y oscuro. Estarás más contento así. —*No importa lo que suceda*, se dijo Iris sombríamente—. Adelante —señaló la cesta acolchada con espuma en el rincón de la estancia—. Venga, venga.

El charlas continuó mirándola.

—¿Pero qué pasa contigo?

—No te preocupes por mí —dijo Iris. *Yo me encargaré de eso*—. Ve a acostarte —hizo que su voz tomase un corte severo—. Ahora mismo. Muévete.

De mala gana, el charlas hizo lo que se le ordenaba. Cuando Iris estuvo sola otra vez en la habitación frontal del apartamento (sola excepto por el búho, parpadeando sus redondos ojos dorados, la fuente de todos sus problemas recientes), calmó su respiración y sus latidos todo lo posible, escuchando en el silencio resultante el sonido más leve de intrusos en cualquier lugar en el edificio. No oyó nada sino el casi subliminal inhalar y exhalar de la misma estructura, los indicadores mezclados de las cosas vivas, soñando o despiertas, en el resto de sus pequeñas habitaciones.

Iris estaba tan atenta a la escucha, como si hubiese sido transformada en una de las pequeñas criaturas perseguidas a través de los bosques nocturnos por búhos y otros depredadores, que brincó de puros nervios cuando una voz ya familiar habló otra vez.

—Abrazo —solicitó el charlas.

—Por el amor de Cristo. —Se había girado con el arma apretada en ambas manos, apuntándola directamente hacia el charlas en la entrada del dormitorio del apartamento. Sus brazos y hombros se destensaron al tiempo que bajaba el arma—. Te he *mandado* ir al armario y echar una siesta. Vas a estar en mi camino si merodeas por aquí.

—No lo haré —dijo el charlas tercamente.

—No te quiero por aquí. ¿Vale? Es una orden. —Iris tenía otra razón para querer que la criatura artificial se fuese a dormir. Su plan alternativo, formándose rápidamente en sus pensamientos, era salir completamente del apartamento, llevando el búho con ella de alguna manera, e ir a la carrera. Cualquier lugar fuera en las calles sería preferible a un sitio donde podía ser encontrada tan fácilmente. Si partía (y esa opción parecía cada vez más sensata para ella), no quería que el charlas armase un escándalo cuando saliese por la puerta. Sus manos ya estarían llenas con el búho ensacado y arropado bajo su brazo otra vez, del modo en que lo había traído al apartamento en primer lugar—. Ve.

El charlas sacudió la cabeza.

—Me necesitas.

Iris dejó colgar el arma a un lado mientras miraba con exasperación a la pequeña criatura. Su persistencia, linda en ocasiones de menos presión, ahora la estaba enojando seriamente.

—¿Cómo te figuras eso?

—Vamos —el charlas cambiaba su pequeño peso de un lado a otro, como exhibiendo su propia impaciencia—. Estás estresada. Puedo decirlo. Contrarrestar el estrés perjudicial y sus efectos degradantes del rendimiento es por lo que me tienes. Es *para* lo que soy.

La criatura tenía razón. No era la misma clase de equipo obligatorio que su envolvesper mejorado de la edición estándar, pero al mismo tiempo sabía que muchos policías, particularmente los de la división de blade runners, tenían compañeros

artificiales similares o idénticos al charlas en los lugares que llamasen hogar. Una práctica altamente recomendada; un policía podía recibir, si no una marca negra, entonces un gris definido en su carpeta personal de los psiquiatras departamentales por no tener un amigo como el charlas en el que descargar sus aflicciones y tensiones. La vida de policía era dura con las relaciones humanas normales; los matrimonios eran raros, los divorcios frecuentes, los homicidios domésticos lo bastante comunes para haber merecido su propia referencia en jerga: «retiro en casa». Los charlas y otros sustitutos de la interacción social de tipo civil tenían una gran ventaja sobre las de tipo humano, en que un compañero de conversación artificial, si ponía a uno demasiado de los nervios crispados, podía eliminarse sin enredos legales. Lo que podía ser una experiencia satisfactoria, hasta terapéutica a su propia manera; aún había una oscura marca chamuscada junto a los rodapiés de la pared del cuarto de estar del apartamento, donde el predecesor inmediato de este charlas había explotado en maloliente metralla de plástico cuando Iris, malhumoradamente exasperada por su pequeña plática, había vaciado su arma en su barriga redonda. Eso había sido antes de que hubiese dominado al menos parcialmente su temperamento. Ya no participaba en esa clase de catarsis emocional; aunque legal, los charlas eran una práctica de tiro cara.

—Estás de los nervios —continuó el charlas actual—. Manos temblorosas; ¡podrías hacerte daño!

—No te preocupes por mí —Iris apretó su agarre sobre el arma que colgaba a su lado—. Estaré bien.

—Sí, pero ¿qué pasa *conmigo*? —el charlas se balanceó arriba y abajo en la entrada de la cocina—. Es un universo pe-pe-perverso en el que vivimos. ¡Lleno de cosas malas! Hay que proteger a los que se quiere.

A Iris le pareció que la situación debía de ser tan grave como ella mismo había percibido. Nunca antes había oído al charlas hablar tan extensamente.

—¿Qué propones, compañero?

—Toma un tiro —el charlas caminó precipitadamente hasta ella y se estiró sobre sus patas rechonchas hacia su mano libre—. Te calmará. Entonces podrás disparar *recto de verdad*. Pillar a los malos. Te lo prometo.

Ella consideró la oferta de la pequeña criatura. A su propia manera, estaba exhibiendo más valentía que ella, dado lo aterrorizado que estaba por el búho posado al otro lado de la habitación.

—Sólo un poco —engatusó el charlas—. Lo atenuaré. ¡Lo haré, lo haré! Ligero y suave, garantizado para hacerte una mejor agente letal, más productiva. Vamos… *sabes* que quieres…

—Está bien, está bien. Jesús —dijo Iris, cediendo—. Pesado, pesado, pesado. —Alargó abajo la mano en la que no tenía el arma y arrastró las puntas de los dedos por la parte superior de la cabeza del charlas, ya brillando con sus exudaciones químicas.

La sacudida subió por su brazo como un relámpago, un tiro directo a lo alto de su cráneo. Donde explotó en un blanco resplandor deslumbrador, cegando y derribando. La

última sensación que tuvo antes de que sus rodillas se volviesen líquidas y se doblasen debajo de ella fueron sus dedos separándose unos de otros, rígidos y espásticos, el entibiado metal negro del arma cayendo como una inerte piedra muerta.

Un micro-hueco en la consciencia terminó cuando el lateral de su cara golpeó el suelo. Iris podía sentir el corazón trabajando dentro del pecho, y pudo fijarse en la puerta al otro lado de la habitación, pero nada más que eso.

Fuera de su córtex sobrecargado bailaban chispas mientras la fila vertical de cerraduras se derretía y cedían paso, una tras otra. Algunos puntos de luz aún crepitaban y se apagaban de blanco a rojo, a pulgadas de su temblorosa mano paralizada, cuando la puerta se abrió. Las partes de su cerebro que aún funcionaban esperaban que pasasen varios intrusos, pero en su lugar sólo fue visible un par de piernas con vaqueros oscuros, dando zancadas sin prisa hacia donde ella yacía postrada.

—Cosas útiles —dijo una voz desconocida. Iris no podía ver la cara del hombre—. Si sabes lo que hay dentro de ellas —una mano y un brazo se hicieron visibles, alcanzando y recogiendo al charlas del suelo. La criatura ya no estaba activa; sus ojos de botón estaban apagados y grises, como si la carga que había entregado también hubiese quemado los delicados circuitos de dentro—. Pero tú no lo sabías. No de éste, en cualquier caso.

Un doble, pensó Iris. El tono divertido en la voz del hombre la irritaba, pero no lo suficiente para superar la parálisis residual en sus piernas. *Alguien... debe de haberlo colado...*

El hombre pasó por encima de ella. Por un momento, Iris esperó sentir algo más, el liso y circular extremo de uso de la boca de un arma siendo colocado detrás de su oreja. Lo que sería lo último que sentiría.

No sucedió. En su lugar, oyó un ruido desde el otro lado de la estancia, como metal pequeño rompiéndose; después el lamento ululante del búho y el batir sordo de sus alas abiertas.

—Gracias —llegó una vez más la voz del hombre—. Aprecio tu duro trabajo. Me has ahorrado mucha dificultad. Recuperar esta valiosa mercancía no habría sido tan fácil para mí como aparentemente ha sido para ti.

Con un convulso espasmo de voluntad, Iris se las arregló para moverse sobre su espalda. Sólo tuvo un breve vistazo del búho, acurrucado dentro del saco flexible en el que lo había traído al apartamento, y nada de la cara del hombre, antes de encontrarse mirando arriba al techo manchado de agua.

—¿Para quién… trabajas? —las palabras rechinaron y trastabillaron desde la boca seca de Iris—. ¿Quién… te envía?

—¿De verdad necesitas saberlo? —una sonrisa fue audible en la suave voz del hombre—. Piénsalo. Te he dado un pequeño regalo. El más valioso posible: tiempo. Piensa en lo que necesitas. Porque ahora mismo… realmente no lo sabes.

Cualquier tiempo que existiese, no fue suficiente para que ella intentase hacer otra pregunta. Con las puntas de los dedos todavía estremeciéndose contra el suelo junto a

ella, Iris oyó abrirse la puerta principal del apartamento. Y después los pasos del hombre, llevando su premio con él, esfumándose en el pasillo más allá.

9

—Deberías habérmelo traído —con las manos apretadas entre las rodillas, Meyer se inclinó hacia delante en la silla junto a la cama del hospital—. Directamente. Podría haberte ayudado.

Todavía era difícil hablar para Iris. Su lengua se sentía como una parte anteriormente viva, que hubiese sido extraída y embalsamada, y después cosida de nuevo en su boca.

—Ahora… —demasiado sensibilizada, pudo sentir los músculos de su nuca contraerse y soltarse contra la tiesa almohada blanca mientras forzaba una palabra tras otra—. Ahora cuénta… me…

—Por el amor de Cristo —Meyer sonó tan enfadado como disgustado. Recogió el vaso de papel de la mesa, pescó una astilla descongelada de hielo entre el pulgar y el índice y la colocó entre los labios de Iris—. Como si no lo supieses ya, o deberías, si no hubieses intentado ser tan jodidamente lista.

—Tienes razón… —agradecida, Iris dejó que el líquido frío gotease en su garganta, aún con sensación cruda por el tubo de paso de aire que los médicos le habían metido, como un encuentro sexual desagradable—. Ése es… mi problema…

—Tu *problema* —dijo Meyer— es no confiar en la gente. O al menos en los que *deberías* confiar. Como yo. No, en su lugar tienes el cerebro a toda marcha todo el tiempo, dando vueltas a cada pequeña cosa una y otra vez como un mono con una nuez, buscando la manera de quebrarla y descubrir qué hay dentro —sacudió la cabeza—. No puedes sólo tratar las cosas superficialmente; todo tiene que ser un gran misterio que resolver.

—Venga… dame un respiro. —Iris se sentía ahora peor que cuando el rotador de paramédicos de emergencia la había dejado encima de la torre del hospital del DPLA. Entonces había sido dopada, un gotero intravenoso de morfina gordo como un bebé anaconda pinchado en su muñeca por uno de los ángeles en vestimenta quirúrgica de reserva verde lima salpicada de sangre; el anestésico se había sumado a que la mayor parte de su córtex cerebral hubiese sido apagado por la descarga que había recibido del charlas trampa—. Ya me… siento como una mierda…

—Es lo que te mereces —refunfuñó Meyer.

—Eres muy… comprensivo…

—No es mi trabajo serlo. Como no era tu trabajo llevar ese búho a casa y hacer de canguro de la maldita cosa. Lo que era tu trabajo era conseguirlo y traérmelo. Y eso es todo.

—Lo siento. —Iris apenas abrió un ojo, y miró mientras Meyer se levantaba de la silla y empezaba a caminar adelante y atrás en la pequeña habitación atestada de equipo—. La he cagado…

—No jodas —Meyer parecía tan enfadado como siempre lo había visto—. Ésta nos va a costar mucho a ambos. Mi culo está en riesgo en unos doce lugares diferentes, mayormente escaleras arriba en la estación de policía. Gran emoción, ¿y para qué? —Ya

había cruzado la sala media docena de veces; ahora se detuvo y movió su oscura mirada otra vez hacia ella—. ¿Y qué has conseguido con tu paranoico raciocinio volteado? *Nada*.

—Menos que eso. —Se preguntó cuánto tiempo iba a continuar machacándola—. Coincido.

—Por el amor de Cristo, Iris, tenías el maldito pájaro en tus manos —con los dientes apretados, Meyer dejó que sus propias manos se enroscasen en puños, como si estuviese agarrando el objeto bajo discusión—. En el *saco*. Todo lo que habrías tenido que hacer era dejarlo en mi regazo, sólo eso, y tú y yo seríamos ambos de oro en el departamento, sin importar lo que hubiésemos hecho para conseguirlo. Podíamos haber limpiado la armería y haberla vendido a traficantes de armas uzbekos, y a nadie le habría importado. ¿No te lo dejé claro al principio? ¿Lo importante que es ese estúpido búho? ¿O sólo estaba hablando conmigo mismo?

—Te oí —Iris logró un pequeño asentimiento—. La primera vez.

—No me oíste lo suficiente, entonces —Meyer sacudió lentamente la cabeza, el enfado drenándose visiblemente de él, como si su pellejo colérico no fuese más que un balón pinchado—. No lo suficiente —se sentó pesadamente en la esquina de la alta cama del hospital, apenas despejando los cables de monitorización y los tubos de las bolsas de plástico colgantes—. Tengo que decirte, Iris, que no veo la salida de ésta —sus hombros se hundieron hacia delante, llevando el peso de sus penas—. No hay muchos favores que me queden por reclamar. Tú y yo estábamos ambos bastante descubiertos en esas cuentas, antes incluso de que nos metiésemos en este lío.

—Espera un minuto —Iris se las arregló para bregar un poco más arriba sobre las almohadas apiladas detrás de ella—. ¿De qué… estás hablando? —Sus movimientos enviaron burbujas microscópicas a través de la costosa solución de Ringer[22] que se filtraba en su cuerpo—. Pensaba… que era la número uno. De toda la división.

—Sí, claro; la chica de pelo bonito. Las máquinas de matar como tú siempre sois populares con los oficiales de alto rango —el disgusto de Meyer era audible en cada palabra escupida—. Por un tiempo, al menos. Pero en cualquier momento alguien continúa demasiado tiempo, siendo un poco demasiado buena en lo que hace, y entonces los tipos supervisores empiezan a ponerse nerviosos. Se supone que debes quemarte, golpear el extremo bajo de la Curva de Wambaugh, abandonar la división o matarte, o encontrar una manera de que te maten en el trabajo. Si no hace otra cosa, ahorra al departamento montones de dinero que de otra manera tendría que pagar en prestaciones de retiro; quiero decir la clase de retiro en que sigues viviendo y respirando. Esa clase es cara, comparada con un buen suicidio limpio; costaría mucho dinero mantener a todos los blade runners del ayer en algún hogar de viejos, surtidos de suficiente bebercio barato y ropa interior para incontinencia adulta para que no salgan otra vez a las calles, agitando sus armas por ahí y avergonzando a todo el mundo.

---

[22] Solución de varias sales disueltas en agua con el propósito de crear una solución isotónica en relación con los fluidos corporales de un animal (N. del T.)

—Seguro… —La imagen evocó una débil sonrisa torcida de Iris—. Dame un respiro, Meyer. No creo… que el departamento esté realmente preocupado por cómo seré… cuando tenga ochenta. Si llego tan lejos.

—No lo harás, a este paso. —El enfado de Meyer había disminuido hasta el punto en que la expresión de su cara era casi de lástima—. La estupidez tiene un valor de supervivencia bajo. Especialmente en esta profesión.

El tejido fino de la toga del hospital se movió por su cuerpo cuando los hombros de ella se levantaron en un encogimiento.

—Lo he hecho bien.

—Hasta ahora —dijo Meyer—. Pero eso se ha acabado.

Sus palabras produjeron un arrastramiento escalofriante de carne bajo los vendajes que mantenían los tubos en su sitio.

—¿Qué quieres decir?

—Acabado… para ti. Has terminado. *Finito.*

—Muy bien… —Iris asintió—. Lo que sea. No me importaba todo este asunto del búho, de todos modos. Preferiría estar fuera en las calles, ocupándome de auténticos asuntos de blade runner.

—No lo entiendes, ¿verdad? —la lástima en los ojos de Meyer ahora era aún más obvia—. Cuando digo «acabado», me refiero a acabado del todo. No sólo has terminado, estás fuera. Como en el adiós. ¿Ves el cuadro?

Iris no podía creer lo que oía.

—¿Quieres decir fuera de la división?

—La división, el departamento, la profesión de policía; las nueve yardas completas —Meyer se estiró y le dio palmaditas tiernamente en la rodilla, por debajo de la manta de la cama del hospital—. Has fracasado, encanto. Tú y tu dulce culo. Volverás a salir a las calles, está bien (los enfermeros me han dicho que estarás otra vez de pie en un par de días), pero no saldrás ahí fuera como ninguna clase de policía. Es hora de ser civil otra vez para ti. Gente pequeña… —la ternura se esfumó de la voz de Meyer, y su mano estrujó viciosamente su pierna—. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí —dijo Iris—, vaya que sí. —La ira que surgía de su tripa produjo fuerza suficiente para un movimiento revertido de un puño, conectando contra la mandíbula de Meyer lo bastante fuerte para golpearlo contra la barandilla de metal del extremo de la cama. Uno de los tubos de rehidratación se desprendió de la aguja insertada en la muñeca de Iris, rociando fluido transparente por la manta superior; un reguero de sangre rezumó de debajo del vendaje suelto y por sus nudillos—. Hijoputa. Me has vendido, o me has manipulado; no sé qué es peor. —La furia volvió rojos los límites de su visión, como si la sangre hubiese llegado a sus ojos—. Todo esto era una jodienda desde el principio.

—Ey, si quieres pensar eso, vale. —Meyer se frotó el moratón a un lado de su mandíbula—. Me alegro si hace que te sientas mejor. Porque no va a haber muchos momentos luminosos en tu vida después de esto. Y apuesto a que sabes qué quiero decir con *eso*, también. Nadie trabaja de policía mucho tiempo, al menos en una ciudad como

Los Ángeles, sin hacer más enemigos que amigos, tanto en las calles como dentro del departamento. Créeme; debería saberlo —se apartó la mano de la cara y la usó para poner un dedo en la solapa de su chaqueta a medida—. Pero ahora hay una diferencia entre tú y yo —el dedo señaló en la dirección de Iris—. Aún soy policía, y tú no. Todavía tengo alguna protección, al menos mientras el departamento sepa que es un introductor de moral negativa para las tropas ver a otro poli ser lanzado a los lobos callejeros. Podrían desgarrarme bastante bien por este fiasco del búho, pero sigo dentro, fuera de la lluvia; y en la lluvia es donde vas a estar, cuando el hospital finalmente te eche. Y es un frío lugar húmedo en el que estar —Meyer sonrió sin humor—. Pero no te preocupes. Los ex-policías no duran mucho ahí. Tu sufrimiento habrá terminado relativamente deprisa.

Los ojos de ella se entrecerraron en rendijas mientras miraba a su ex-jefe.

—Lo haré bien —dijo Iris—. Digamos sólo que mis habilidades laborales son transferibles.

—Seguro que lo son. Y estarás bien —Meyer se encogió de hombros—. Si quieres mentirte a ti misma sobre tus opciones de supervivencia, entonces me alegro de ayudarte. Es lo menos que puedo hacer… por los viejos tiempos —su sonrisa se volvió genuina y arrepentida—. Hicimos un buen trabajo juntos, Iris; exterminamos a un montón de cosas que parecían exactamente como tú y yo, o al menos lo bastante para pasar por humanos. Eso tiene que contar para algo, estos días.

—Ahórramelo —Iris cruzó los brazos, arrastrando con ellos los tubos aún sujetos por delante de la toga del hospital—. Si significase tanto para ti —dijo amargamente—, no estaría siendo tirada como el condón de anoche.

—Bueno… son negocios —con un suspiro, Meyer se levantó de la esquina de la cama. Dio un paso hacia la puerta de la habitación (no lejos) y puso la mano en el pomo de metal; entonces volvió a mirarla—. No confiaste en mí, Iris. Y deberías haberlo hecho. La única vez que realmente debías, por el bien de ambos, y no lo hiciste.

Observándolo mientras estaba de pie en la puerta, Iris se encontró sin nada que decir.

—Cuídate. —Meyer abrió la puerta, revelando el pasillo brillantemente iluminado más allá, y el murmurante silencio intranquilo de las máquinas que chasqueaban y los monitores forrados de verde dentro de otras habitaciones, junto a otras camas—. Aunque, ¿qué tal hacerme un favor? El último.

Iris vaciló un momento; después asintió.

—Nómbralo.

—Te suceda lo que te suceda ahí fuera… —señaló la ciudad más allá de la pared vacía de la habitación—. Asegúrate de que no oigo sobre ello.

—Muy bien —ella dio otro asentimiento. Iris pensó que significaba que realmente le importaba. Valiese lo que valiese—. Es un trato. Supongo que te debo eso.

—Lo aprecio. —Meyer empezó a cruzar la puerta abierta; luego se detuvo y se volvió otra vez hacia la cama—. Tengo algo para ti —metió una mano en el bolsillo exterior de su chaqueta—. Un recuerdo. Algo por lo que acordarte de tu último trabajo policial oficial.

—¿Como si quisiera hacerlo?

—Decisión tuya —Meyer se encogió de hombros—. Con esto, sin embargo, podrás decir al menos que tienes las manos en ello —le lanzó un objeto pequeño—. Es algo, dadas las circunstancias.

Ella lo atrapó entre sus palmas; después las abrió de lado a lado para ver lo que era. Por un momento, tuvo la extraña noción de que su antiguo jefe le estaba proponiendo matrimonio: un anillo de metal descansaba en sus manos. Pero era demasiado pequeño, y estaba hecho de un metal mate parecido al plomo, en vez de oro. Como si fuese parte de un equipo de esclavitud en miniatura, una cadena de eslabones aún más pequeños colgaba del metal.

Entonces Iris se dio cuenta de que lo había visto antes, en la pata del búho. La banda que había mantenido a la criatura atada a su percha había sido abierta por un lado, presumiblemente por su captor actual, el que se lo había arrebatado a ella.

—Todo lo que queda —dijo Meyer—. Dejado atrás. Ahora tuyo para que lo guardes por siempre jamás. O quizá un poco menos que eso.

Si estaba destinado a ser cruel o tierno, Iris no lo sabía. Y él no lo sabe, pensó. No la intención del regalo, sino la pista que contenía, que sintió cuando frotó el pulgar dentro de la banda rota. Algo que interrumpía la suavidad del metal, como pequeños arañazos microscópicos; Meyer podría haber arrastrado el pulgar a través de ellos, y probablemente lo había hecho, pero no los había notado. El tacto de una mujer, pensó Iris. *Eso es lo que se necesita.*

No dijo nada de ello, sino que encerró la banda y su cadena colgante dentro del puño.

—Gracias. Lo atesoraré. Siempre —un lento asentimiento de la cabeza—. No sabes cuánto significa.

—No exageres —dijo Meyer—. Y el sarcasmo se desperdicia conmigo. Como todo lo demás. —Salió al pasillo y cerró la puerta tras él.

En cuanto el sonido de sus pasos se hubo apagado, Iris salió de la cama, la manta y las sábanas vueltas, los tubos y cables arrancados de su piel. Descalza, abrió de golpe el armario escondido en el rincón de la pequeña habitación, debajo de la televisión apagada en su soporte de pared, y encontró sus ropas colgando dentro. Hasta su chaqueta de cuero sintético, con su manga rasgada por una bala; los paramédicos debían de haberla recogido junto con su cuerpo inconsciente. Fue un cambio afortunado, el único de verdad que había tenido en mucho tiempo.

La adrenalina y el esfuerzo de vestirse antes de que nadie descubriese lo que estaba haciendo la dejaron mareada; tuvo que apoyar el hombro contra la pared hasta que los puntos negros danzantes desaparecieron de delante de sus ojos. Después salió por la puerta, y bajó el pasillo tan silenciosamente como le fue posible, por delante de las camas. Nadie en el puesto de enfermeros levantó la mirada cuando pasó junto a ellos.

En el ascensor, a Iris le quedaba justo la fuerza suficiente para golpear el botón de la planta baja; entonces se mantuvo de pie, desplomada contra una esquina, mientras la máquina descendía a las oscuras calles de la ciudad.

10

Cuando fue mirando, encontró ruinas.

Jesucristo, pensó Iris, impresionada a pesar de sí misma. Uno nunca tenía que ir lejos en una ciudad como Los Ángeles para topar con la evidencia rota y monumental del pasado; la presente encarnación de la ciudad era una modernización infructuosa, cableado expuesto y conductos de ventilación serpenteando por los exteriores de los edificios en mal estado, como tantos tendones y tráqueas expuestos por los escalpelos de Dios el Viviseccionista. En cierto punto (Iris no sabía cuándo; no era la clase de cosas en las que pensaba), la noción del futuro, de que las cosas fuesen nuevas, había sido abandonada. En Los Ángeles, el futuro y el pasado se habían convertido en una sustancia entretejida, como las raíces nudosas de los árboles muertos.

Pero lo que ahora veía era diferente. Y peor, porque nunca antes había visto nada así.

El oscuro cielo nocturno nublado rodaba sobre ella mientras estaba de pie en el límite del espacio despejado, metralla de cemento roto y pequeños trozos de metal chamuscado por el calor bajo las suelas de sus botas, que rodeaba las ruinas. Edificios intactos se elevaban detrás de ella, separados por las calles y carriles de tránsito por los que había alcanzado ese punto; antes incluso de que hubiese llegado a su destino, había podido ver el agujero en el horizonte, la ausencia de una estructura hecha por el hombre siendo de alguna manera más imponente de lo que podría haber sido cualquier forma física. Lo otro que Iris había observado mientras se aproximaba al lugar fueron las multitudes de la calle menguando, la densidad de formas humanas concentradas dispersándose como moléculas de oxígeno en un vacío. Tanto que en los últimos bloques había estado sola, caminando en las sombras nocturnas del edificio, algunos recortes de amarillento papel mojado arrastrados por el viento contra sus tobillos, después volteando y muriendo en los desagües obstruidos por escombros. Algunos rectángulos sesgados de luz, empañados de gris por nieblas bajas, habían caído sobre ella desde arriba; había alzado la mirada y había visto siluetas sin rostro observándola en silencio anónimo. Entonces se habían apartado, como ya lamentando su paso, y las altas ventanas habían quedado vacías.

El terror había vaciado las calles alrededor de las ruinas, el miedo primitivo a aquellos lugares donde la violencia sagrada había sido visitada en la tierra. Las lluvias monzónicas, calientes y nocturnas, comenzaban otra vez; las gotas se juntaban y goteaban en la mandíbula y el cuello de Iris mientras estaba de pie y levantaba la vista a la masa todavía imponente de muros destrozados y la retorcida red interna de vigas de acero oxidado. Debía de ser grande, pensó Iris, ya dándose cuenta de lo tonta que era esa reflexión. La grandeza de lo que hubiese sido la estructura era obvia; hasta en ese estado de pos-destrucción, los restos se elevaban casi tan alto como los edificios circundantes. Si la estructura no hubiese sido diseñada o forzada para derrumbarse hacia dentro de sí misma (Iris tenía suficiente experiencia y entrenamiento departamental para reconocer las señales delatoras de cargas centrales de alta potencia), también lo habría eliminado y arrasado todo a su alrededor, quizá hasta media milla.

—Bastante impresionante, ¿eh?

La voz la asustó; Iris se volvió y vio una cara familiar sonriéndole. *Demasiado familiar*, pensó.

—¿Por qué —dijo Iris llanamente— no me sorprende verte aquí?

Vogel se encogió de hombros, de una manera torpe con un hombro; su otro brazo estaba sujeto a su pecho por un cabestrillo.

—Tenemos un destino común, encanto —la sonrisa en su cara angulosa se amplió—. Al menos de momento. Adonde fueres, iré yo.

—Genial —Iris sacudió la cabeza con disgusto—. Pensé que me había librado de ti. —Esta vez, Vogel rió en voz alta.

—Casi lo hiciste. Y después de toda la ayuda que te he dado.

—Es la clase de chica que soy. No puedes confiar en mí —Iris señaló su brazo inmovilizado—. Quizá sería mejor que te fueras antes de que te suceda algo peor.

—¿Qué? —La lluvia oscurecía el cuero cabelludo cortado de Vogel y la parte superior de su mediocre abrigo—. ¿Y perderme la diversión?

—Créeme, quisiera poder. —El humor de Iris se tornó aún más desolado—. Casi todo lo que consiguió tu «ayuda» fue estar cerca de hacer que me matasen. Y después *sí* que hizo que mi culo fuese despedido del departamento de policía.

—Sí… —asintió Vogel—. He oído sobre eso.

Iris le echó una mirada más dura, pero no se molestó en preguntar cómo lo habría sabido. O él mentiría sobre ello, o ella no lo creería. ¿Cuál era la diferencia?

—Pero ésa no me la vas a cargar —continuó Vogel—. Hay algunas cosas que te están haciendo, y después otras que te has causado tú misma. Como ahora. Todavía sería tan simpático y amable como antes si no me hubieses abandonado para que me matasen en aquel cine.

—No parece haber sucedido, sin embargo —ella cabeceó hacia el brazo en el cabestrillo—. Excepto por esa pequeña parte.

—Es la idea la que cuenta, encanto. Y créeme… —Vogel meneó levemente el brazo, como un ala cortada—. Costó algo de trabajo escapar con sólo este daño. Bueno para mí que tengo reflejos rápidos. Habría odiado perderme este momento especial contigo. Justo aquí y justo ahora —su sonrisa se mostró otra vez, vagamente insinuante—. Pero… era el destino.

En la distancia, arriba en el cielo nocturno y a través de la continua lluvia a la temperatura de la sangre, era audible el suave chillido de un vehículo rotador de la policía. Iris se giró y miró por encima del hombro la racha de luz, convergiendo con otras como ella en algún punto en las afueras de la ciudad. Luces de búsqueda, borrosas por las capas de niebla, barrían hacia abajo como las atenciones de las aves depredadoras. *Algún otro pobre bastardo*, pensó Iris, *está en problemas*. Era como el tiempo de la estación del monzón en Los Ángeles, siempre listo para descender sobre alguien y envolverlo.

Iris se volvió de nuevo hacia Vogel, de pie junto a ella.

—¿Cómo me has encontrado?

—Siempre puedo encontrarte —respondió Vogel—. Mejor pregunta: ¿cómo sabías venir aquí?

—Esto —buscó en el bolsillo de su chaqueta, por debajo de la manga rasgada por una bala, y extrajo un trozo de metal entrelazado—. Mi jefe, mi antiguo jefe, me lo dio —lo sostuvo en la palma de la mano.

—¿Meyer? —Con un dedo, Vogel empujó la banda de metal y la parte de cadena que una vez estuvieron fijados a la pata del búho—. ¿Por qué haría eso?

—Ninguna buena razón. No realmente —Iris hizo un encogimiento de hombros—. Quería que tuviese un recuerdo; así es como lo llamó. No sabía lo que tenía dentro.

—¿Qué es?

Algo en el tono de las palabras de Vogel la molestó, incluso más que el mero hecho de su presencia física. A Iris le pareció que sus preguntas eran todas sobre cosas de las que de alguna manera ya conocía las respuestas; lo sabía, pero tenía que preguntarle a ella de todos modos, como si fuese parte de algún ritual apenas perceptible a través del que la estaba guiando. Adónde, no tenía ni idea.

—Datos. Información. —Iris decidió seguir la corriente otra vez, en el juego que esa misteriosa figura hubiese iniciado—. Nada demasiado esotérico; había una codificación GPS micro-grabada en el interior de la banda de la pata del búho. Imaginé que debía de haber sido puesta ahí por los dueños originales del búho: o la Corporación Tyrell, cuando aún marchaba, o quizá el Dr. Eldon Tyrell. Como un mensaje de «devolver si se encuentra», sólo que con las coordenadas de la localización geofísica en vez de una dirección.

—¿Y por eso has venido aquí? —apareció diversión genuina en la sonrisa de Vogel—. No tienes nada que devolver a nadie. Lo perdiste, ¿recuerdas? Y —miró por encima las monumentales ruinas delante de él, y después otra vez a ella— no hay nadie aquí a quien devolvérselo. ¿Lo hay?

—Correcto —dijo Iris irritada—. Hasta ahí puedo ver. —El tipo la estaba poniendo de los nervios otra vez, con su actitud burlonamente petulante. Su único pesar por abandonarlo para que lo matasen los mercenarios en el cine era que los estúpidos no habían podido conseguirlo—. No estoy ciega, ¿sabes?

—Puede que no —Vogel dio un lento asentimiento juicioso—. Pero sin embargo estás más o menos en la oscuridad. Ni siquiera sabes *por qué* has venido aquí. ¿Lo sabes?

—Era un indicio. Una pista —su propia voz le sonó hosca—. Claro, no sabía qué encontraría, pero tenía que venir aquí y mirar. Es mi trabajo.

—No, no lo es. Sigues olvidando cosas. Ya no *tienes* un trabajo. Ahora no eres una blade runner; Meyer te ha despedido. Estás sola —el filo de la mirada penetrante de Vogel pareció pelar una capa de su piel—. Así que, hagas lo que hagas, lo haces por tus propias razones. Simplemente todavía no sabes cuáles son.

—¿Y tú sí?

—Quizá —dijo Vogel—. Después de todo, hay toda clase de cosas que sé que tú no. Cosas importantes. Y no sólo sobre búhos y eso —la mano que aún podía utilizar se estiró y colocó la punta de un dedo sobre su frente mojada por la lluvia—. Cosas sobre *ti*.

—Demuéstralo. —Iris apartó la mano de él de su cara de un manotazo—. Si no, tengo cosas que hacer.

—No tienes nada más importante que *esto* —la mano de Vogel hizo un ademán, con gracia exageradamente lenta, hacia las ruinas—. Esto significa *todo* para ti.

—¿Bromeas? —se burló tanto de él como de las montañas de escombros—. Ni siquiera sé qué es este lugar.

—Exacto —dijo Vogel. Inclinó la cabeza levemente, mirándola más de cerca—. ¿No crees que es extraño? Quiero decir, que no sepas de este lugar. Es una gran sorpresa para ti, ¿no lo es? Nunca antes lo has visto.

—No —Iris sacudió la cabeza—. No lo he hecho.

—Pero mira su tamaño —Vogel se volvió y gesticuló expansivamente con su mano buena—. Es enorme. Antes de su caída, debió de ser el complejo de edificios más grande en toda Los Ángeles.

—Tal vez.

—Confía en mí en ésta. Lo fue. Y aquí está lo que queda de él, justo en el corazón de Los Ángeles, y tú no sabes nada de ello.

—Es una ciudad grande. No puede esperarse que conozca cada pie cuadrado de ella.

—Para ser una chica de ciudad, tienes algunas lagunas interesantes en tu geografía —dijo Vogel—. Pero no importa. Venga. Te mostraré los alrededores —empezó a caminar hacia los témpanos dentados de cemento reforzado por acero, como un explorador del Ártico dirigiéndose hacia el confuso borde delantero del hielo glacial. Cuando Iris no lo siguió, se detuvo y la miró por encima del hombro—. ¿Qué pasa? Sacaste mucho de la última ocasión. ¿Por qué ahora estás asustada?

No lo sabía. *Pero tiene razón*, pensó. *Estoy aterrorizada*. Era una emoción nueva para ella, una tan intrigante que sintió que casi podía salir de su propia piel y estudiarla, como el examen cercano de su imagen en un espejo. Quitó su atención de su alma temblorosa y la puso en las ruinas montadas más allá del burlón Vogel. La lluvia había incrementado su furia inclinada, habiendo dado paso el frente del monzón al corazón de la tormenta; tanto ella como Vogel estaban empapados hasta los huesos. Sus ojos se habían ajustado a la fraccionada luz azul de la calle que se filtraba de entre los edificios intactos tras ella; relucía sobre los bordes desmenuzados de la masa fracturada, riachuelos reuniéndose y chorreando de una forma irregular a la siguiente, cayendo en espiral por curvas estriadas de armazón y cables de teléfono y eléctricos rotos. Las sombras profundizaban en los resquicios de las ruinas, con menos luz que el cielo nocturno teñido de naranja por las súbitas gotas de llamas, en lo alto.

Contemplando las ruinas azotadas por la tormenta, Iris entendió al menos una razón por la que la asustaban tanto. Era el primer lugar vacío que había visto jamás en Los Ángeles; vacío como desocupado por cualquier presencia humana, real o artificial. En

todas las demás partes de la ciudad podía percibirse alguien, aun no visible: alguna reacción empática de bajo nivel captaba los leves ruidos de respiración, aliento y latido de corazón, tan silenciosos para estar bajo el umbral de la audición normal, o en las suaves corrientes eléctricas de catecolaminas dentro del cráneo. Pero siempre había alguien, observando o escuchando por turnos. *Excepto aquí*, pensó Iris. Hasta en un sitio tan concurrido como Los Ángeles, con sus calles abarrotadas y exhalaciones humanas mezcladas, con cada agujero posible habitado, de alguna manera esas ruinas habían sido abandonadas. Cualquiera que fuese la razón, probablemente no era una buena.

—Así que, ¿qué va a ser?

Las palabras de Vogel la sacaron del oscuro ensimismamiento en que había caído. Levantó la vista, tomándose un momento para reensamblar la imagen de su cara en algo reconocible.

—Vas a tener que decidirte —su voz se volvió más brusca—. No tengo toda la noche. ¿Sabes?, no eres la única con cosas que hacer. Si no atiendo mis asuntos contigo implicada, entonces tengo que ocuparme en encontrar a algún otro.

No era la primera vez que algo dicho por Vogel le hacía preguntarse cuál era exactamente su agenda. La golpeó la misma percepción perturbadora de preguntas y respuestas planeadas con antelación, como el catecismo de alguna oscura religión vagamente amenazante; más todos los otros pasos rituales por los que había que pasar, como si las ruinas ante las que estaban fuesen sólo un punto más en las estaciones de la cruz que había sido colocada sobre las calles nocturnas de Los Ángeles.

—Muy bien —dijo Iris—. Tienes razón; en realidad no tengo nada más en marcha ahora mismo. —Dio un paso adelante cerrando los ojos un momento, como no queriendo ver el borde del acantilado delante de ella—. Dirige.

La última iluminación azul de las luces de la calle disminuyó tras ellos cuando Vogel la llevó a un punto aproximadamente a unos cincuenta metros del margen de las ruinas. Allí, un par de inmensas losas de piedra y metal se habían apiñado una con otra, formando una caverna triangular con el terreno. Con la mano no impedida, Vogel levantó de la boca sin iluminar del espacio una maraña de cables como una red; después agachó la cabeza y entró.

—Venga —sostuvo los cables en alto para Iris—. No puedo mostrarte lo que necesitas ver si sólo pasas el rato ahí fuera.

Con la mente decidida, fatal o de otra manera, Iris no necesitó más incitación. Ya lo había seguido dentro de un local destruido y decadente, aunque el dirigible publicitario derribado de Naciones Unidas no era sino la fracción más pequeña de la inmensidad de estas ruinas; quizá este lugar contendría las respuestas a las preguntas evocadas por el otro.

—No me importa tu gusto en hábitats. —Con la cabeza y los hombros bajados por debajo del techo anguloso de la caverna, Iris siguió el haz lanzado por la pequeña linterna que Vogel había tomado del bolsillo de su abrigo. El suelo bajo sus pies tenía una

pulgada de profundidad de agua turbia que se filtraba de arriba—. ¿Por qué no te consigues un apartamento normal?

—¿Qué tendría eso de divertido? —Vogel miró atrás hacia ella, su sonrisa maliciosa—. Además, el dirigible era simulación; esto es serio. Aquí es donde *tienes* que estar.

Qué te apuestas, pensó Iris sombríamente. El tosco techo del túnel había bajado aún más, forzándolos tanto a ella como a Vogel a agacharse con las rodillas dobladas mientras avanzaban en los confines oscuros. El aire olía a mohoso y mojado, y ella se había equivocado, técnicamente, sobre que el complejo de ruinas estuviese desocupado: las alimañas ubicuas de la ciudad, con ojos que rutilaban como puntos amarillos en el haz de la linterna de Vogel, se escabullían por delante, sus pequeñas garras afiladas tamborileando contra los pedazos más pequeños de escombros.

Ruidos más inquietantes, más bajos en tono, llegaban de las mismas ruinas: gemidos y rechinidos suaves, como si las losas melladas de cemento y acero retorcido estuviesen a punto de pasar por un reordenamiento sísmico retardado, y de caer derrumbándose sobre las cabezas de ella y de Vogel.

—Ey… —estalló en ecos la voz de Iris y desapareció—. ¿Este sitio es seguro?

—Todo es relativo —Vogel miró atrás hacia ella—. Considerando lo cerca que has estado de que te maten ahí fuera.

Su progreso agachado hizo que Iris perdiese la pista de la distancia recorrida; no podía estar segura de si habían entrado cien metros en las ruinas caídas, cambiando de un pasaje estrecho a otro, o una acumulación de millas. Las pequeñas reservas de fuerza que había conseguido reunir cuando se había deslizado fuera del hospital ahora estaban cerca de una decaída final; su corazón trabajaba en su pecho mientras se estabilizaba, agarrando asideros en la superficie desigual del muro del túnel con una mano.

Ciega de agotamiento, Iris chocó contra Vogel; él se había detenido en el estrecho pasaje sin que ella lo notase.

—Cuidado… —con una mano cerrada sobre el brazo de ella, evitó que se cayese—. Estamos justo en el borde.

Iris descubrió que podía ponerse de pie. En cierto punto habían emergido del túnel a un espacio más grande, aunque todavía techado con las losas gigantes de cemento y acero; podía percibir su tonelaje por encima, ocultando el cielo nocturno. Se sacudió la mano de Vogel.

—¿El borde de qué?

—Lo comprenderás. —Vogel arropó el extremo trasero de la linterna en su cabestrillo, de modo que pudiese ajustar el haz de estrecho a amplio—. Merece la pena verlo.

Ella observó mientras él manipulaba la luz a un lado. Las superficies en las que pegó estaban tan lejos que pareció por un momento que ella y Vogel estaban en alguna clase de catedral subterránea, sus bóvedas y pilares construidos a la manera puramente bruta. Lo único que faltaba era cualquier semblanza de suelo o terreno de tierra desnuda a unos pies

de donde estaban. Un enorme abismo se había abierto, casi sin fondo en apariencia cuando el haz encendido de luz se inclinó hacia él.

—¿Qué demonios es esto? —Iris podía ver otras figuras, complicadas formas transparentes y de metal, todas aún entrelazadas, aun cuando la destrucción del complejo de edificios de arriba obviamente había causado daños mayores sobre ellas—. ¿Algún tipo de fábrica?

—Lo has entendido, encanto. —Vogel utilizó el haz de la linterna para resaltar algunas de las piezas más grandes de equipo de fabricación roto—. Éste es el verdadero corazón de la antigua Corporación Tyrell, o alguna clase de órgano importante, al menos. Aquí es donde ocurría la acción, a nivel de producción. Todas las líneas de ensamblaje para los diversos modelos de replicante de la Corporación Tyrell estaban aquí mismo. Hablamos de procesos de bioingeniería superiores, de construir unidades listas para enviar a partir de cultivos de células, hasta piel y pelo; incluso uñas de pies. Todo excepto algunas partes y piezas que la Corporación Tyrell contrataba a especialistas desarrolladores de prototipos, como los ojos. Echa un vistazo.

Iris se acercó al borde del abismo y miró abajo hacia donde el haz de la linterna se deslizaba por el revoltijo de equipo de fabricación. Algunas de las piezas transparentes de maquinaria revelaban su contenido: formas humanoides, algunas solamente esqueléticas, otras con órganos internos reconocibles unidos a los esqueletos blancos. Figuras adultas, sin niños o infantes; todos estaban muertos, pero obviamente algunos habían estado más cerca del nacimiento y la vida que otros. Para Iris, el contenido del abismo se parecía a una tumba masiva, abierta y expuesta por los explosivos que hubiesen arrasado los edificios de arriba.

—Por supuesto —continuó Vogel—, aquí es sólo donde ensamblaban la carne y los huesos, la parte física del producto. Hay mucho más que eso en la fabricación de replicantes. De hecho, antes de que Tyrell consiguiese un monopolio en la industria, había otras compañías produciendo replicantes. No aquí en Los Ángeles; la mayoría de las otras estaban en Europa. Lo que permitió a la Corporación Tyrell lanzarse sobre la franquicia para el programa de emigración fuera del planeta de Naciones Unidas (que era donde estaba el dinero) fueron los pequeños suplementos, las cosas no físicas que ponían en sus productos. La programación; las cosas en las *cabezas* de los replicantes.

Algo en la vista oscura delante de Iris, iluminada una pieza cada vez por el haz cambiante de la linterna, la enfadó. Pudo sentir una oleada de sangre en el centro de su cráneo cuando el pequeño óvalo brillante convocó un terreno profundamente cóncavo de equipo de producción roto y formas humanas pálidas, desecadas y convertidas por el calor de las explosiones en cuero retorcido y astillas salientes de marfil, todas las cuales no se deteriorarían más. Llegó a sus pensamientos una imagen de la línea de producción de la Corporación Tyrell como fue una vez, brillantemente iluminada, estéril y eficiente como una sala de operaciones de hospital a una escala más grande. Iris podía verlo todo tan claramente como si la otra imagen, la producida por la linterna de Vogel curioseando en la oscuridad, fuese algo evocado en una pantalla de puntos de fósforo, píxeles sin

sustancia ni significado. *Ésta es la ilusión*, pensó Iris cerrando los ojos al mundo delante de ella, observando en su lugar el que había brotado detrás del muro de su frente. Éste parecía más real y más vivo, con las formas humanoides moviendo las piernas, despiertas y completamente formadas, hasta los recuerdos dentro de ellos; un nacimiento industrial, pero no obstante uno real. El regalo del Dr. Eldon Tyrell, sin importar lo limitado u oscuro que fuese su propósito. Una esperanza de vida de cuatro años aún era vida.

Las palabras de Vogel interrumpieron sus pensamientos.

—La mayoría de esas cosas de diseño del contenido cerebral tenía lugar escaleras arriba —sonaba como un guía turístico desapasionado—. El proceso real de carga de fuerza era uno de los últimos pasos antes de la maduración…

—Vale, vale —Iris retrocedió desde el borde del abismo—. He visto suficiente. Si esto es lo que querías enseñarme, genial, lo has hecho. Pero ahora estoy lista para marcharme.

—No, no lo estás. —El haz de la linterna de Vogel se balanceó hacia atrás por el túnel en el que estaban—. El espectáculo sólo ha comenzado. —Empezó a bajar otro ramal—. Vamos.

El nuevo camino conducía hacia arriba, a veces tan abruptamente que Iris tenía que trepar losas inclinadas y montones de escombros para mantener a Vogel a la vista. A pesar de los esfuerzos necesarios, el aliento le llegaba más fácilmente, el aire en los espacios más altos menos confinado y maloliente; a través de algunas grietas en lo alto, Iris consiguió captar vistazos fragmentados del cielo nocturno.

—Aquí vamos. —Vogel se detuvo en una sección llana—. Esto es por lo que has venido.

La linterna reveló una yuxtaposición surrealista, una puerta ordinaria colocada en un ángulo torcido en un muro de cemento y extremos de vigas expuestos, desmoronado y con cicatrices. Por un momento, Iris se sintió como la heroína de alguna historia de niños vagamente recordada, quien había seguido a un conejo con chaleco por un agujero en la tierra; sólo para encontrar un mobiliario tan girado y prosaico.

—¿Qué hay al otro lado? —Iris pudo ver que la puerta estaba hecha de madera ricamente pulida, sus dimensiones más altas y anchas que las puertas que había encontrado en ese otro mundo, fuera de las ruinas.

—Velo tú misma. —Vogel asió el vistoso pomo de cobre, lo giró y empujó; después dio un paso atrás para que Iris pudiese ir delante de él—. Siéntete como en casa.

Ella entró en la oscuridad de más allá, sintiendo la suave diferencia de su suelo, cubierto sólo de polvo, comparado con los túneles sembrados de escombros por los que ella y Vogel habían caminado. Como la puerta, la misma habitación estaba inclinada en un ángulo, como si fuese un antiguo barco navegante encallado en un arrecife costero; sin una pared inmediatamente a mano, para tocarla y contra la que estabilizarse, Iris tuvo que echarse un poco hacia atrás para mantener el equilibrio. Mientras observaba, la estancia tomó forma perceptible lentamente, en vacilante luz de velas concentrada. Con la linterna

apagada, Vogel encendió las filas de cirios en varios candelabros elaborados, de pie y montados en la pared.

—Observa —dijo Vogel, terminada su tarea autofijada. Se libró de la vela suelta que había estado usando como mechero, su mano buena presionando la mecha contra la parte frontal de su abrigo—. ¿Parece familiar?

He estado aquí antes, supo Iris. No en persona, de la manera en que estaba ahora, respirando el aire capturado en la sala y viendo las verdaderas paredes con caros paneles de madera detrás de franjas de pesado tejido de color marfil que iban del suelo al techo. Pero como si hubiese estado; el dispositivo envolvesper en su apartamento había evocado una ilusión de esa habitación, completa con la luz cambiante de las velas, de los datos que Meyer le había dado al principio. Habiendo caminado a través de esa ilusión, superpuesta sobre el cuarto de estar de su apartamento, ya conocía su camino en la realidad. Echó un vistazo a la pared a un lado, más alejada de las filas de velas encendidas, y vio, como esperaba, la percha vacía que el búho había envuelto con sus garras, los ojos dorados parpadeando y observando todo lo que pasaba.

—Así que entiendo —dijo Iris en voz alta— que estos son los alojamientos privados del difunto Dr. Eldon Tyrell. —Hasta en la condición precariamente inclinada de la habitación, con polvo de los escombros circundantes habiendo sido esparcido por cada superficie, el lujo caro era evidente—. Supongo que tenía plata de verdad.

—Bastante —Vogel dio un asentimiento apreciativo, inspeccionando la rica serie de habitaciones a la manera propietaria de un explorador, como si descubriéndolas le hubiese quitado la posesión a su dueño original—. Digamos sólo que el Dr. Tyrell tenía gusto por las mejores cosas de la vida, y no le importaba gastar lo necesario para obtenerlas. Siendo el caso en cuestión un búho vivo auténtico, por supuesto. Además… —un ademán de la mano buena de Vogel abarcó la sala y las de más allá—. Todo libre de impuestos; haría que la Corporación Tyrell pagase por lo que quería. No sólo lujos, claro —con un dedo, Vogel señaló hacia el techo intrincadamente elaborado—. La corporación también pagaba para tener el alojamiento privado del buen doctor estructuralmente reforzado, para resistir cualquier clase de evento sísmico o destructivo. Hasta las explosiones que tuvieron lugar dentro del mismo complejo de edificios no podrían tocar esta área. Si vas más allá de esa madera cara en las paredes, hay suficiente jaula de acero envolviendo esas habitaciones, toda ensartada en juntas conectoras separables, para haber resistido cualquier cosa inferior a las cabezas termonucleares de los viejos tiempos. Hasta las ventanas —otro ademán a la pared opuesta—. Tenían barreras de acero, de casi medio metro de grosor, que cayeron de golpe como hojas de guillotina cuando el complejo fue destruido. Había un suministro autónomo de oxígeno que entró en acción, agotando las fuentes de energía separadas de la red principal de los edificios. Sin embargo, ahora ese subsistema ha muerto; los sellos herméticos se han retraído. Pero básicamente, si Eldon Tyrell aún hubiese estado vivo cuando su corporación estalló, podría haber salido de las explosiones sin nada más que algunas magulladuras.

—¿Qué le sucedió? —Iris miró alrededor, a los espacios iluminados por velas—. ¿Por qué ya estaba muerto cuando sucedió esto? Quiero decir… a menos que muriese por edad avanzada o un ataque de corazón o algo así.

—Difícilmente —Vogel sacudió la cabeza—. Alguien como Tyrell no muere como la gente ordinaria; no era una persona ordinaria. Afrontémoslo; hay cierta cantidad de violencia (quizá hasta lo que la gente solía llamar «maldad») inherente en la forma en que la Corporación Tyrell hacía dinero. Hablamos de un producto comercial: replicantes que están perfectamente dispuestos a matar para obtener su libertad, y a los que matan si lo intentan. De uno u otro modo, alguien, o algo, va a lastimarse. Sólo que fuese legal que tú hicieras el daño cuando aún eras una blade runner no cambia nada.

—Ahórrame el sermón —dijo Iris—. Cuéntame qué le sucedió a Tyrell.

—Justicia poética. O karma, ¿cuál es la diferencia? —Vogel levantó los hombros en un encogimiento—. Uno de sus replicantes, que había salido de las líneas de ensamblaje justo aquí en este edificio, vino a casa desde las colonias lejanas para tener una pequeña charla con su creador. El nombre del replicante era Roy Batty, y le dijo al Dr. Tyrell que quería más vida. Que cuatro años no eran tiempo suficiente para una criatura como él, que estaba tan hambriento de sobrevivir y saborear la vida. Y entonces, cuando Tyrell no pudo darle más, las cosas se pusieron feas. Feas y fatales: el replicante Roy Batty aplastó la cabeza del Dr. Tyrell entre sus manos como un gran huevo. Justo aquí, en esta habitación —Vogel había comunicado los detalles en un tono llano sin inflexiones—. Así es como funciona, ¿verdad? Recoges lo que siembras. Toda esa violencia incorporada reprimida entró por la puerta, y se comportó como en su casa.

—Pareces saber mucho de eso —Iris lo miró con aún más sospechas que antes—. Como si lo hubieses visto suceder, o algo.

—En cierto modo, podría decirse que lo hice —el brillo de las velas reunidas osciló a través de la cara de Vogel cuando le sonrió levemente—. Lo gracioso es que mucha gente lo vio. Quizá seas la única, la única en toda Los Ángeles, que no lo hizo.

—¿De qué estás hablando? —Le vino la misma inquietud que antes, cuando ella y Vogel estaban fuera de las ruinas en las que ahora habían penetrado, y él señaló su ignorancia del lugar y lo que hubiese sucedido para derribarlo. Había sido el trabajo de ella saber cosas que otra gente no sabía (no se podía rastrear replicantes huidos a menos que se estuviese al tanto de las cosas), y aun con todo parecía haber mundos enteros de los que no sabía absolutamente nada—. ¿Cuánta gente pudo estar aquí en los alojamientos privados de Tyrell para presenciar cómo lo mataban?

—Nadie estaba aquí —dijo Vogel, aún sonriendo—. O casi: el único testigo real fue un pequeño cerebrito de ingeniero genético llamado J. R. Sebastian, quien anteriormente trabajó para Tyrell por cuenta libre. Y también fue malherido por Roy Batty; el informe policial inicial también lo daba por muerto, aunque esa parte resultó ser incorrecta. Así que aparte de él, aquí en la habitación sólo estaban el Dr. Tyrell y el replicante huido Batty cuando todo terminó.

—Muy bien, entonces —habló Iris con elaborada paciencia apenas mantenida—. ¿Y cómo pudo todo el mundo en Los Ángeles (excepto yo, claro) ver a ese rep Batty matar a Eldon Tyrell? —hizo un gesto a las paredes con paneles de madera—. No creo precisamente que el jefe de una organización poderosa como la Corporación Tyrell permitiese cámaras de video ocultas en sus alojamientos privados. Los ejecutivos como él normalmente tienen más gusto por la privacidad.

—Lo tienen —coincidió Vogel—. Y Tyrell era más privado que la mayoría. De modo que no fue aquí en esta habitación donde la gente llegó a ver la espantosa muerte de Tyrell. Digamos que fue casi aquí.

Iris suspiró cansada. El juego de Vogel la agotaba más que la excursión por las ruinas de los edificios.

—No te sigo.

—Fue en el estudio; allí es donde sucedió. O al menos lo que todo el mundo vio. No la verdadera muerte de Tyrell, pero casi. Más real que la real, como algunos dirían. La *re-creación* de la muerte de Tyrell. En cinta.

—Espera un minuto —Iris alzó la palma para detener la llegada de cualquier otra palabra—. ¿Estás diciendo que alguien hizo una producción de vídeo, después del hecho, de ese Eldon Tyrell siendo asesinado?

—Puedes apostarlo —Vogel dio un solo asentimiento—. De eso y de mucho más, también. Una epopeya, como lo fue, sobre ese puñado de replicantes huidos del que era parte Roy Batty, y el policía al que asignaron el trabajo de buscarlos y retirarlos. Sabes quién; el blade runner llamado Rick Deckard.

—He oído el nombre —Iris se encogió de hombros—. Sin embargo, eso es todo.

—Ahora, eso es de lo que hablaba antes. Hay algunos verdaderos agujeros en tu conocimiento de lo que ha estado sucediendo aquí en Los Ángeles. O más allá; esa cosa fue emitida por todo el mundo, y a las colonias exteriores. ¿No crees que es un poco curioso que no estés al corriente de eso?

—¿Cómo se llamaba?

—*Blade Runner* —dijo Vogel—. Eso es todo. *Blade Runner*.

—Título pegadizo. —Iris buscó en su memoria un par de segundos; después sacudió la cabeza—. No. Completamente en blanco sobre algo así.

Vogel la miró más de cerca.

—¿Y no lo encuentras extraño? Sé a ciencia cierta que fue bastante popular entre muchas de las tropas del DPLA.

—No —dijo Iris—. No en realidad. No veo muchas cosas de vídeo, emitidas o de otra manera. No tengo tiempo para ello.

—Aún deberías saber de ésta. Fue un gran éxito casi en todas partes; obtuvo valoraciones muy altas. Y más; todavía tiene todo un seguimiento de culto.

—Te lo he dicho. Nunca he oído de ella.

—Ya veo —la mirada de Vogel se paseó por la habitación iluminada por velas durante unos segundos; después volvió a Iris—. Quizá deberías verla alguna vez. Podrías aprender mucho de eso.

Ella podía decir adónde iba aquello.

—Quizá debería.

La sonrisa de Vogel se amplió.

—Ahora es una buena ocasión. —Sus dientes parecían antiguo marfil amarillento en la oscilante luz de las velas—. Muy buena.

—¿Sabes?, en verdad estás perdiendo la capacidad de sorprenderme —Iris se puso las manos en las caderas—. Ya he visto una de tus películas. Ahí en el dirigible, aquel otro sucio lugar tuyo. Sólo porque me hayas arrastrado a este montón no significa que esté de humor para otra.

—Ah, pero esa otra era una transmisión en directo. Eso fue para que supieses qué sucedía con el búho, y quién lo tenía entonces. Lo que tengo aquí para ti es cine auténtico, algo histórico. Valores de producción más altos. Así que es mucho mejor que la mera realidad.

Como si yo supiese cualquier cosa sobre eso, pensó Iris, *todavía*. La sensación de madriguera de conejo se adhirió a ella otra vez; sintió el peso de los escombros de la Corporación Tyrell presionando hacia abajo sobre ella, como si las ruinas estuviesen preparadas para extinguir la pequeña burbuja encantada de existencia dentro de ellas. En alguna parte, en el vagabundeo a través del laberinto que la había conducido allí, el hilo que dirigía de vuelta al mundo exterior se había roto; no sabía si alguna vez volvería a encontrar la salida. O si ese mundo allí fuera siquiera existía todavía. O si alguna vez lo había hecho.

—Tú ganas —dijo Iris. Sabía que no tenía elección sobre el asunto. Hasta si emergía de las profundidades de las ruinas, al final volvería a arrastrarse dentro de ellas, sólo para descubrir lo que fuese que Vogel quería mostrarle. No por curiosidad, sino por el miedo a no saber—. ¿Adónde vamos para… esa película tuya?

—Sígueme. —Vogel recogió uno de los candeleros de pie y llevó su charco de luz con él a una sección más alejada de las habitaciones—. Ahí vamos. —Abrió una puerta oculta en los paneles de madera, revelando otra cámara cubierta de polvo y costosamente amueblada—. El teatro privado de Eldon Tyrell. No lo utilizaba mucho (era más un tío de libros, ¿sabes?), pero tenía todas las comodidades. O al menos las suficientes para nuestros propósitos —Vogel hizo un ademán hacia un par de sillones orejeros antiguos de cuero—. Toma asiento.

Cuero auténtico; Iris pudo reconocer la diferencia entre la materia y su propia chaqueta cuando se reclinó en el sillón y frotó las manos a lo largo de los brazos acolchados. De la forma en que Tyrell había pasado por las especies en peligro del mundo, convirtiendo desechos de ellas en lujos personales, finalmente no habría quedado nada vivo en el planeta, excepto ratas y replicantes.

Detrás de ella, Vogel se afanaba con una máquina de aspecto antiguo sobre un soporte rodante. Inclinándose a un lado del sillón orejero, Iris lo observó ensartando una tira fina de algo negro y brillante a través de dientes y engranajes, de una rueda doble radiada a otra encima.

—¿Qué demonios es eso?

—Película —dijo Vogel—. Tecnología pre-digital. Como la que usan en ese cine, donde tuvimos nuestra pequeña fiesta.

—Vale… —Ahora Iris reconoció la cosa; había montones enrollados en el suelo de la cabina de proyección del teatro—. Pero ésas eran películas viejas. Ya nadie produce nada así. Y has dicho que esto era algo reciente.

—Muy reciente. Pero Tyrell tenía gustos discriminatorios; nada salvo lo mejor. Lo que para él significaba ninguna masa digitalizada de píxeles barata, como todos los demás en el mundo se han acostumbrado a ver; mayormente porque no conocen nada mejor. Así que si lo que quería ver no estaba en película con la que empezar, haría que sus tipos en el laboratorio le hiciesen una conversión de medios cruzados, utilizando el viejo equipo y la provisión de película que había escondido. Entonces impresionarían una única copia como ésta, sólo para sus ojos. Aunque ésta es una película que Tyrell nunca llegó a ver. Como lo matan en ella (realmente lo matan), no estaba para ver la edición final, y todo el trabajo técnico de alta calidad que sus empleados hicieron en ella. Lo cual es una lástima, desde un punto de vista cinéfilo, porque de verdad hicieron un buen trabajo, a la altura del resto de ellas.

—¿El resto?

—En el archivo privado de Tyrell. En la sala junto a este teatro hay estanterías de bobinas de películas almacenadas. Esta película en particular fue la última en ser registrada, después del, podríamos decir, fallecimiento *repentino* de Tyrell. Pero como he dicho, todas son de máxima calidad. Aunque sea película para ti; la mayoría de la gente no puede reconocer la diferencia: los sistemas perceptores de sus cerebros se han degradado hasta el punto en que creen que un puñado de puntos es lo mismo que la realidad. Así que un medio analógico como éste simplemente no es gran cosa para ellos. Sin embargo, quizá tú puedas distinguirlo.

No pudo. Cuando Vogel apagó las luces y puso en marcha la máquina estruendosa, un cono de luz horizontal saltó de su lente brillante, llenando la pantalla delante de ella. Aparecieron puntos de luz, una vista de pesadilla de alguna ciudad extensa. Cuando gotas de llamas estallaron hacia el cielo y pasó un rotador de policía, se dio cuenta de que la ciudad era la misma Los Ángeles. Le pareció suficientemente real, pero no diferente de cualquier representación digital. El saberlo la incomodó, como si le hubiesen puesto delante alguna prueba sutil, como las preguntas con truco utilizadas con la máquina Voigt-Kampff de edición estándar. Y había fallado la prueba.

—¿Cuándo empieza lo bueno? —La incomodidad se había convertido en irritación—. Hasta ahora parece bastante artística, pero no importante. Al menos, no para mí.

—Tranquilízate. —Vogel se había puesto cómodo en el sillón a juego—. Merecerá la pena. Lo prometo.

Con el proyector chasqueando suavemente al fondo, el ángulo de la película cambió de su elevación por encima de la ciudad a un plano de seguimiento, acercándose a un edificio vagamente piramidal. Vogel se inclinó sobre el brazo de su sillón y señaló la imagen en la pantalla.

—Ésa es la sede de la Corporación Tyrell —susurró—. Dentro de lo que estás sentada ahora mismo. Antes de que explotase.

Luego una sala dentro del edificio, con un ventilador de techo removiendo perezosamente el humo de un cigarrillo sujetado por un policía; Iris no lo reconoció, aunque estaba claro que se suponía que era parte de la división de blade runners. No le gustó el estilo del tío, demasiado despectivo y frío; no le sorprendió cuando la entrevista, con un tipo grueso de poca inteligencia, no fue bien, y el policía acabó recibiendo un disparo de debajo de la mesa. La fuerza de la bala lo aplastó a través de la pared de detrás, como si fuese un panel prefabricado.

—¿Quién es ése? —Iris cabeceó hacia la pantalla. La claustrofóbica oficina del edificio pre-ruinas de la Corporación Tyrell había sido reemplazada por un plano de exteriores nocturno, la constante lluvia de la estación monzónica de la ciudad azotando un bar de fideos callejero. Un *gaijin*[23] con oscuro cabello recortado, no tan rapado como el de Vogel, pasaba un mal rato para obtener su pedido; mucho chapurreo irritado y lenguaje de señas se sucedía entre él y el *fideísta* detrás del mostrador—. ¿Alguien más a quien debería reconocer?

—Quizá no —dijo Vogel—. Pero has oído su nombre antes. Es Rick Deckard. Así que ahora sabes qué aspecto tiene.

—No —Iris miró por encima a Vogel—. Es un actor interpretando a Deckard. Según lo que me has contado, al menos, de que esto es una reconstrucción en vídeo. ¿Cierto? De modo que aún no he visto su cara.

—Error. *Es* la cara de Deckard ahí arriba. Tal como van las reconstrucciones en docudrama, es un trabajo de clase alta; muy exhaustivo. El productor y director, alguien llamado Urbenton, es un verdadero fanático del detalle. Así que hizo que su equipo de efectos especiales hiciese algo de cartografía básica de texturas generadas por ordenador y rastreo animado en tiempo real; doblaron las caras de todos los personajes principales (la gente real implicada; no fue gran cosa conseguir esa clase de datos de identidad) sobre las caras de los actores de fisiología parecida que Urbenton utilizó. De modo que con lo que terminas en la pantalla es indistinguible de lo que habrías obtenido si hubieses estado justo allí en el lugar, grabando mientras sucedían los eventos reales. Y en algunos aspectos… —Vogel se encogió de hombros—. Es mejor de lo que habría sido la mera realidad. Ya que contiene toda la información disponible en la realidad (las caras, los lugares) pero de una forma realzada, editable.

---

[23] Término dado por los japoneses a los extranjeros (N. del T.)

Realzada, y un huevo. Iris se desplomó en su sillón orejero, viendo la continuar la película. No sentía que su vida hubiese mejorado por poder ver la verdadera cara de esa persona, Deckard; no se veía tan interesante. Además, mientras observaba al personaje de Deckard en la película ser presionado para salir a perseguir replicantes huidos otra vez, ya tenía la sensación de que iba a joder el trabajo. A lo grande, pensó Iris. Buscar y retirar replicantes no era una carrera para los renuentes; como ella lo representaba, o ponías el corazón en ello, o bien podías «retirarte» a ti mismo.

Transcurrieron algunos minutos más de tiempo de pantalla. Y supo que tenía razón.

Muy a lo grande. Iris sacudió la cabeza mientras las imágenes continuaban pasando. Sintió asco y pena viendo a Deckard emprender su caza chapucera. Si estaba vivo al final de la película, se quedaría atónita.

11

Resultó que estaba equivocada.

—¿Por qué pareces tan molesta? —Vogel se había levantado de su sillón orejero para apagar el proyector de cine y volver a encender las velas en el soporte que había llevado al teatro privado. El brillante rectángulo vacío desapareció de la pantalla—. No ha sido una película *tan* mala.

—Ha estado bien, supongo —Iris se desplomó en el sillón orejero, todavía sintiéndose irritada consigo misma—. Pero normalmente puedo decir que son mejores que esto. Tenía una apuesta conmigo misma de que Deckard estaría tieso al final. Y he perdido.

—Así lo has hecho. Podría haberte dicho que Deckard está vivo. Tanto en la película como en la realidad. Esto es, la realidad real. —Vogel se afanaba con la máquina otra vez, extrayendo el extremo de la película y enrollándolo en la bobina de toma—. Ya no está aquí en Los Ángeles, pero está vivo. Sólo que muy, muy lejos, eso es todo.

Iris no estaba segura de cómo se sentía por eso. Siguió mirando la pantalla en la pared, oscura ahora, donde las últimas imágenes habían sido de Rick Deckard y el personaje de Rachael, la replicante que pensó que era humana, saliendo furtivamente del apartamento de Deckard y metiéndose en el ascensor del edificio. Lo que sucedió a la pareja después de eso, si habían huido de sus perseguidores, tanto reales como sólo temidos, había sido dejado a la imaginación. Si Vogel quería que pensase que Deckard y la replicante de la que se había enamorado seguían vivos, a la carrera en alguna parte, estaba bien para ella. *Tenía razón a medias*, decidió Iris. *Sí que jodió el trabajo.* Por la manera en que Deckard había emprendido operaciones de blade runner normales, fue cuestión de pura suerte que algún replicante escapado fuese atrapado y retirado. Si alguna vez había tenido dudas sobre ser la mejor en la profesión, estaban disipadas. La cara generada por ordenador del Capitán Bryant, hasta sus feos dientes amarillos, había sido completamente precisa; haberle visto engatusando y amenazando a un perdedor como Deckard para volver a hacerlo trabajar como blade runner había sido de alguna manera desconcertante. Bryant podía haberle llevado a ella el trabajo, todo el asunto con el grupo de replicantes huidos liderado por el carismático Roy Batty; habría tenido una oportunidad mucho mejor de que se ocupasen de ello, eficientemente y sin tanto sinsentido del reticente Deckard. A ese nivel de incompetencia, no era muy de extrañar que Bryant se las hubiese arreglado para que lo matasen, en su propia oficina, la que Meyer había estado limpiando cuando le dio a ella la misión de rastrear el búho.

—No sé —reflexionó Iris en voz alta— cuánto ha sido explicado. Quiero decir, sé cómo mataron al Dr. Tyrell (no es que sus medidas de seguridad personal fuesen algo de lo que alardear), pero ahí no había nada sobre cómo fueron volados estos edificios.

—Oh, ésta sólo era la *primera* película. —Vogel extrajo el cable eléctrico del proyector de su enchufe y lo enrolló—. En realidad hubo una secuela, llamada *El Límite de lo Humano*. Explicaba mucho más.

—Que Dios nos asista.

—No es tan mala; técnicamente muy buena, en realidad. El mismo tío, Urbenton, la hizo.

—No vas a ponerla ahora, ¿verdad? —Iris miró con cautela a Vogel—. Quiero decir… no sé si tengo tiempo para ello. No en esta vida, al menos.

—No ahora mismo, no. —Vogel colocó el rollo de cable eléctrico en el estante de metal debajo del proyector—. Finalmente, sin embargo, tendrás que ponerte al día. Hay muchas cosas que aún no conoces que vas a tener que saber. O si no…

La forma en que las palabras de Vogel se desvanecieron no le sonó bien a Iris.

—¿O si no qué?

—O si no las cosas no te irán mejor que a Rick Deckard. Posiblemente, hasta te vayan peor —Vogel se sentó en el brazo del sillón orejero vacío, de cara a Iris—. Por supuesto, depende de cuán lejos quieras ir con esto. Todavía tienes la opción de abandonar ahora, de cortar tus pérdidas. Ser botada de la división de blade runners no es el fin del mundo. Estás viva, después de todo. Eso cuenta para mucho, incluso en una ciudad como Los Ángeles —su fina sonrisa sin humor se mostró otra vez—. O mejor aún, fuera de ella. Podrías irte a la carrera, como hicieron ellos —Vogel señaló la pantalla vacía—. Si te preocupa seguir viva (y alguien en tu posición debería preocuparse, dado que ya no estás protegida de tus enemigos por el DPLA), tus posibilidades aumentarían en cualquier otro lugar.

—Puede que tú creas que es una opción… —las palabras de Iris rechinaron en su garganta—. Pero yo no. Moriría si alguna vez me fuese de Los Ángeles. Igualmente podrías cortar mi suministro de aire.

—Eso o es una recomendable lealtad al lugar, o simple miedo. De lo que hay fuera.

—No —Iris sacudió la cabeza—. Sólo soy yo.

—Entonces no te queda mucha elección. Que es por lo que estás aquí, ¿no es así?

—Ahora mismo —dijo Iris—, no estoy realmente segura de por qué estoy. Seguía una pista, eso es todo.

La sonrisa de Vogel se amplió.

—¿Todavía buscando el búho? Pero te han quitado esa misión, ¿no lo han hecho? Ya no es tu problema. Hay cierto lujo que viene con joder un trabajo tan concienzudamente como tú lo has hecho. Ahora tienes todo el tiempo del mundo, o al menos hasta que lo que te asusta te suceda realmente.

—Ya lo ha hecho —dijo Iris sombríamente—. Me *gustaba* ser una blade runner. Me iba como anillo al dedo. —Su humor se oscureció rápidamente, ya no bajo su control; se sintió como si el puro tonelaje de cemento roto y acero concentrado sobre ella hubiese cedido, enterrándola en una tumba sin luz ni aire—. Por eso buscaba ese estúpido búho. Y seguía cualquier pista sin valor que pudiese raspar. Imaginaba que quizá si lo encontraba…

—¿Podrías comprar tu regreso a los favores del departamento con él? Una esperanza vana, encanto —Vogel la miró con auténtica lástima—. Sabes que el DPLA no funciona

así. Tienes una oportunidad, y sólo una. Eso es lo que fue tan sospechoso, por usar la jerga policial, de que Bryant le cargase a Deckard volver a la división y asumir el trabajo con el grupo de Roy Batty de replicantes huidos. Deckard debería haber sabido que era una maquinación, que sucedía más de lo que Bryant le había contado; pero todavía no conoces esa parte. Está en la secuela que no has visto. Pero hay muchas pistas de ello en la primera película. Quiero decir, todo ese asunto con el primer policía que ves, el llamado Holden, el que interroga al gran replicante feo llamado Leon; cuando Holden acaba siendo volado, es obvio que estaba preparado que recibiese el tiro. Bryant tenía fotos identificadoras de todos los replicantes huidos en el grupo de Batty; ¿por qué no se las dio a Holden en primer lugar, en vez de enviarlo aquí para que lo matasen?

—Tienes razón —dijo Iris—. Eso me ha parecido precisamente sospechoso mientras lo estaba viendo.

—Lo que confirma mi posición, entre otras cosas, de que el departamento no reparte segundas oportunidades, ni siquiera cuando dice que lo está haciendo. La gente como Bryant y tu ex-jefe Meyer… todos son mentirosos —la sonrisa de Vogel hacía rato que había desaparecido—. Créeme, lo sé. Así que cuando te digo que no tienes la más mínima posibilidad de volver a entrar en el departamento, aunque sí lograses encontrar el búho para ellos, puedes creerlo. No van a confiar en ti otra vez, ahora que has demostrado que en realidad no confías en ellos, que es lo que demostraste cuando no le llevaste el búho directamente a Meyer cuando lo tuviste. ¿Ves lo que sucedió? ¿Lo que te hiciste a ti misma? —la mirada penetrante de Vogel se afiló como la punta de un cuchillo—. Te convertiste en uno de ellos. Tan furtiva y suspicaz e hipócrita como cualquier otro en el departamento.

—Pero no tuve elección en eso —la protesta de Iris elevó su voz un punto—. Como has dicho, son todos mentirosos y tramposos. Todos en el mundo lo son, o al menos en Los Ángeles. Estás frito si no los igualas en su propio juego.

—Sí, pero no lo hiciste, encanto. Ni siquiera habrías estado en el juego si no hubiese sido por mí —Vogel se golpeó el pecho con el índice de la mano buena—. Aún estarías deambulando por el *zoco*, haciendo preguntas tontas, si yo no hubiese entrado y te hubiese sacado del apuro. ¿Y qué hiciste entonces? Me jodiste, después te resististe a tu jefe y acabaste con tu dulce culo despedido del departamento de policía. Y ni siquiera *obtuviste* nada de ello —su mano hizo un amplio ademán—. ¿Dónde está el búho? ¿Eh? Dímelo, si eres tan lista.

—No lo sé —derrotada, Iris se hundió más en el sillón orejero—. Si lo supiese, obviamente no estaría aquí, siendo taladrada por ti. —La sensación de enterrada se apoderó de ella otra vez; el teatro privado del difunto Dr. Eldon Tyrell era como una burbuja iluminada por velas en un océano de piedra, la versión más grande del que había encerrado su corazón—. No sé *nada*. —El autocastigo raramente le sucedía, pero una vez iniciado no podía pararse; la forma entera de su personalidad normalmente confiada cambió su polaridad—. Las cosas más básicas de la misión; no es de extrañar que acabase

reventándola. Ni siquiera sé todavía por qué alguien quiere tanto el maldito pájaro. Quiero decir… es un búho. ¿Y qué?

—Quizá —insinuó Vogel misteriosamente— sea un poco más que eso.

—Sí, probablemente, pero si es así, no sé qué es *eso*. Quizá si hubiese descifrado qué hace tan valioso ese búho, no hubiese sido pillada por sorpresa por quienquiera que me lo quitase. Despertar en el hospital con el sistema nervioso frito no fue exactamente un tratamiento, ¿sabes? Pero me preocupaba que Meyer y algunos matones del DPLA apareciesen, y acabé aporreada por alguien, sólo Dios sabe quién era, que obviamente estaba por delante de mí, con un charlas falso ya insertado en mi apartamento y listo para estallarme en la cara.

—Ahora te estás volviendo lista —Vogel asintió con aprobación—. No es suficiente sólo ir buscando algo; tienes que saber por qué lo estás buscando. Por qué alguien lo quiere. Si no sabes eso, entonces das vueltas en la oscuridad. Cualquiera que haga eso en Los Ángeles va a encontrar algunos lugares bastante oscuros, muy bien. Y después deseará no haberlo hecho.

—Es tarde —dijo Iris—. Al menos para mí. —Ahora se sentía peor, y más cerca de la muerte, que cuando se había deslizado fuera del hospital, arrastrando tubos y cables tras ella—. Demasiado tarde.

—No, no lo es —Vogel extendió el brazo y puso ligeramente las puntas de los dedos de su mano buena sobre la rodilla de ella—. Eres demasiado dura contigo misma. Estás haciendo más progresos de los que te das cuenta —se reclinó, apartando la mano—. Ya has descubierto algunas cosas que antes no sabías.

—Sí, genial —Iris sacudió la cabeza con autodesprecio—. Ahora sé qué aspecto tiene otro blade runner fracasado llamado Rick Deckard. Eso realmente va a ayudarme.

—Como decía, eres demasiado dura contigo misma. Ahora tienes una idea de qué es lo que no sabes, y lo importante que es. Mientras que antes avanzabas sin ni siquiera preocuparte por tu propia ignorancia, y así es como acabaste en tantos problemas.

—Ahórrame el sermón —Iris cerró los ojos. El tonelaje de ruinas pesando sobre sus hombros no se había movido—. Ya me siento bastante mal.

—El autoconocimiento siempre es doloroso —dijo Vogel—. Tienes que morir para alcanzarlo; esto es, morir como tu antiguo yo. De modo que puedas vivir de nuevo.

Ella abrió un ojo sólo lo suficiente para intentar ver si él bromeaba.

—¿De qué demonios hablas?

—Aún no estás allí, pero estarás. Quieras o no. De eso trata todo esto —Vogel cabeceó hacia la oscura pantalla vacía en la que las imágenes de la película habían pasado—. ¿No te has dado cuenta?

—¿Darme cuenta de qué?

—Otra cosa un poco misteriosa —Vogel inclinó la cabeza, estudiando alerta las reacciones de ella—. Algo que *tú* deberías haber notado en particular. No el asunto con Deckard y el otro policía siendo manipulados. Algo en la mujer; de la que Deckard se enamoró.

—¿Te refieres a la replicante? —la frente de Iris se arrugó con perplejidad—. ¿La llamada Rachael? —sacudió la cabeza lentamente—. No… no he visto nada. ¿Qué pasa con ella?

—¿No te has dado cuenta? —Vogel bajó la cabeza, como un ave de rapiña concentrándose en alguna criatura pequeña—. ¿Su cara? Así era como se veía, en la realidad, cuando todo eso sucedió de verdad.

—¿Y qué pasa con su cara?

Vogel se reclinó.

—Es exactamente como tú —dijo simplemente.

La roca que encerraba el corazón de Iris se heló, como si súbitamente hubiese sido expuesta al vacío entre los cielos nocturnos de Los Ángeles.

—Mientes. —Podía sentir su pulso latiendo más deprisa—. Ahora tú también estás mintiendo.

—¿Sobre qué mentir? Estaba ahí en la pantalla, donde podías verlo. Donde deberías haberlo visto —con la mano libre, Vogel buscó en uno de los bolsillos de su abrigo—. Me temía que podrías reaccionar así. Aún tienes mucho camino que recorrer. Así que echa un vistazo a éstas.

Iris tomó media docena de impresiones de fotos brillantes de la mano de él. Su propia mano temblaba cuando les dio la vuelta a las fotos para mirarlas.

—¿Qué son?

—Fotogramas. De la película que acabas de ver. Echa un buen vistazo. Y dime lo que ves.

Ella tuvo que sostenerlas apretadamente con ambas manos para evitar que se sacudiesen. El miedo estaba fuertemente alojado en su garganta cuando bajó la mirada a las imágenes inmóviles. Iris hasta podía recordar la escena en la película de la que había sido extraído el fotograma en la parte superior del paquete. Había sido justo al principio, cuando el personaje de Rick Deckard se había encontrado por primera vez con la enigmática Rachael, y el Dr. Tyrell le había solicitado ejecutar la prueba de detección de replicantes de Voigt- Kampff en ella. La cual había fallado, por supuesto. Pero mientras tanto, se había sentado en la mesa frente a Deckard, con la máquina V-K respirando suavemente entre ellos, en la reconstrucción de estudio de la sala de oficina de Tyrell en la que Iris se había encontrado; fumando un cigarrillo y contestando las preguntas de rutina de Deckard, de una manera seca y abrasiva, su aversión por el policía delante de ella fácilmente evidente.

Por un momento, Iris no vio las fotos fijas en su mano; en su lugar, un fogonazo de memoria de la película se abrió dentro de su mente, la primera escena entre Rick Deckard y la replicante Rachael reproduciéndose en cámara infinitamente lenta en la pantalla aún más privada detrás de su frente. Pudo ver a la replicante femenina llamada Rachael, con su actitud glacial y su maquillaje y peinado fuertemente retros, como una tentadora de cine negro antiguo, un rastro de humo de cigarrillo azul rizándose en el aire sobre ella, su ropa más cara y entallada que cualquiera de los toscos trajes de calle que Iris vestía…

Y entonces se dio cuenta de que Vogel tenía razón.

Las fotos fijas se dispersaron por el suelo cuando Iris saltó del sillón orejero, los puños temblando convulsivamente a los lados.

—¡Te equivocas! —No sabía de dónde habían venido el miedo y la ira dentro de ella—. ¡Mientes, hijoputa! —La furia surgió a lo largo de su espinazo y consumió cualquier otro pensamiento—. ¡No se parece a mí en absoluto! —Dejando sólo la negación de lo que ya sabía que era verdad—. *¡No se parece!*

Entonces su visión se aclaró de la cara que había visto en la película a la de Vogel, mirándola con tranquila paciencia triste. Esperando a que lo admitiese.

Es exactamente como tú.

Iris se derrumbó en el sillón orejero, presionando la cara contra su suave cuero, mojado con sus lágrimas. Ahora sabía, acababa de empezar a saber, por qué había ido allí.

Interludio

—Maldición —el director se inclinó hacia delante, sacudiendo la cabeza mientras miraba la pantalla del monitor—. Se suponía que no tenía que decirle eso.

El operador de cámara miró por encima a la figura junto a él.

—¿Por qué no? ¿No lo habría descifrado ella sola?

12

Cálmate.

Escuchó la voz dentro de su cabeza. Su propia voz, severa e inflexible, y sin compasión. Por su dolor, o el de cualquiera.

—Muy bien —dijo Iris. Se apartó de la suave tapicería de cuero del sillón orejero, en el que había presionado la cara en un vano esfuerzo por excluir tanto las palabras de Vogel como las imágenes que seguían reproduciéndose una y otra vez en la pantalla de detrás de sus ojos. Con las palmas de las manos limpió las lágrimas que habían humedecido tanto su piel como la del sillón—. Dime lo que quieres.

—¿Lo que *yo* quiero? —Vogel la miró con aire de suficiencia—. Quizá sea hora de hacer esa pregunta sobre ti misma.

—Sólo quiero salir de aquí —Iris se levantó del sillón, secándose las manos en la parte delantera de sus pantalones—. Todo esto es una locura. Ni siquiera sé por qué estoy en este lugar. —El momento de revelación que había experimentado, precipitado por la imagen en pantalla de la cara de la mujer replicante Rachael, la imagen en el espejo de la suya, ya se había esfumado. Sus hombros se encorvaron con profunda repugnancia física mientras miraba por el espacio oscuro, el brillo de las velas apenas capaz de hacer retroceder el tonelaje de ruinas que sentía pesando sobre su cabeza—. Tú eres el que me ha arrastrado aquí por alguna horrible razón idiota. Ya no me importa cuál es tu agenda —la ira tensaba su voz; la humillación de haberse derrumbado delante de Vogel, llorando como una niña mientras la miraba en silencio, subió su resentimiento otro nivel—. No me importa un jodido búho estúpido, no me importa quién lo quiere, o por qué; no me importa lo que nadie vaya a hacerme si no puedo encontrarlo…

—Debería importarte. Hay alguna gente seria implicada.

—Estoy más allá de que me importe —dijo Iris francamente—. No sé si es lo que querías conseguir, si estaba en tu lista de objetivos personales, pero has logrado eso, al menos. Voy a salir de aquí…

—No podrías encontrar el camino —dijo Vogel.

—Saldré *excavando*, entonces. Recto hacia arriba y fuera de este revoltijo —sus manos temblorosas se apretaron casi en puños, como si las uñas estuviesen listas para empezar a hacer palanca con los escombros amontonados por encima de ella. Se dirigió a la puerta del teatro privado, haciendo un rápido ademán desdeñoso a la pantalla vacía en la pared opuesta—. De una manera u otra. No tengo tiempo para esto.

—Es todo para lo que tienes tiempo —Vogel la siguió a la otra habitación, más iluminada con sus filas de velas—. No te engañes, ahora que has llegado tan cerca —alargó la mano buena, agarrando su hombro para detenerla y darle la vuelta para que lo encarase—. ¿Por qué crees que estás reaccionando de esta manera? Después de todo lo que has pasado, ¿cuál es el problema de ver a alguien que tiene la misma cara que tú? —bajando la cabeza, la miró a los ojos más de cerca—. *Eso es* lo que tienes que preguntarte a ti misma.

—Y eso es lo que te he dicho que no me importa una mierda —Iris le empujó furiosamente la mano—. Me voy de aquí. No estoy interesada en ninguna más de tus películas caseras. Enséñaselas a alguien a quien le importen.

—Muy bien —dijo Vogel apaciblemente. Se apartó de ella y sonrió, irradiando una actitud superior que enfureció aún más a Iris—. Quizá se las enseñe a esa otra mujer. La llamada Rachael —con una inclinación de cabeza, señaló el teatro privado y su vacía pantalla en blanco—. A la que realmente pertenece tu cara.

—Sí, vale. —La repugnancia brotó en Iris, suficientemente pesada para sentirse en la lengua—. ¿Vas a hacer ese viejo chiste conmigo? Es el más chirriante del libro —se quedó con ambas manos en las caderas, sacudiendo la cabeza mientras lo miraba—. Toda esa cuestión, «¿y si en realidad los blade runners son replicantes ellos mismos?», es tan tonta como ella sola.

—¿De verdad? —Vogel parecía tan divertido como antes—. ¿Qué tiene que sea tan «tonto»?

—Todo —chasqueó Iris—. Por ejemplo, ya he oído ese chiste; quizá fue gracioso las primeras cien veces que lo oí. Por el amor de Cristo, es uno que los blade runners se cuentan unos a otros; es como bromas básicas de vestuario de comisaría. «Ey, ¿y si somos los replicantes? ¿No sería desternillante?» Concedido, de vez en cuando alguien en la división tiene alguna clase de colapso mental y empieza a creer que es verdad. Pero para entonces, normalmente están tan lejos en la Curva de autodesprecio de Wambaugh que están casi listos para comerse las bocas de sus armas, de todos modos. Así que no es una gran pérdida. Y eso no hace el chiste más gracioso, ni menos chirriante.

—¿Y si no es un chiste?

—Sé realista —dijo Iris—. *Es* un chiste. No es nada más que la teoría modelo de «pon un gato viejo a atrapar una rata vieja». Qué mejor manera de capturar replicantes que con algún otro replicante, ¿cierto? Como si hubiese alguna longitud de onda especial en la que están todos juntos. El único problema es que hay una prueba fisiológica definitiva para replicantes, el examen de médula ósea. Los replicantes tienen una regularidad distintiva en su estructura ósea que sólo es visible bajo inventario exhaustivo usando un microscopio de barrido electrónico. Los cuales todavía son sólo un poco demasiado pesados para que los agentes de campo los lleven a todas partes con ellos, cuando están intentando localizar y retirar algunos reps huidos; más la cantidad de baterías que se gastarían, manteniendo algo así encendido. Por no mencionar que cuesta unos dos días obtener los resultados. Eso es mucho tiempo para pedirle a un sospechoso de replicante que se quede cerca y espere a ver si vas a atravesarle la cabeza con una bala o no. Bastardos impacientes que son.

—Considerando que estás a punto de dejarlos tiesos —dijo Vogel—, quizá tengan derecho a tener sobre ellos algo más preciso que el recorrido Voigt-Kampff.

—El Voigt-Kampff es suficientemente preciso. Nadie se queja de él después, ¿no? Pero eso está aparte de la cuestión. ¿Quieres saber si los blade runners son un cien por cien humanos o no? Bien, por eso cuando te unes al departamento de policía te hacen uno

de esos exámenes de médula ósea. Todavía tengo la cicatriz donde los médicos del DPLA pincharon para la muestra —Iris se subió la manga rota de su chaqueta más allá del codo, volviendo el brazo para exponer una marca descolorida del tamaño de una moneda en su bíceps—. También duele como un hijoputa, puedo decírtelo. Pero cuando los resultados vuelven del laboratorio dos días más tarde, y apruebas, y estás dentro, entonces ya no tienes que preguntarte por mierda como ésa.

—No, no tienes —la fina sonrisa de Vogel era más desagradable de lo que había sido nunca—. Sólo tienes que preguntarte si el DPLA te daría los resultados reales del examen de médula ósea, o si simplemente te diría lo que quisiera que escuchases.

—Mierda —el puño derecho de Iris se apretó más, como si estuviese a punto de lanzarlo directamente a la sonrisa insinuante de Vogel. Lo que sabía que significaba que no tenía una respuesta en palabras que pudiese dispararle de vuelta—. Mira —dijo finalmente—, olvida lo de demostrar si los blade runners son humanos o no. ¿Sabes por qué? *Porque no importa.* Hacen el trabajo; eso es lo importante. *Yo* hacía el trabajo, cuando era una blade runner. Así que, ¿qué importaría si fuese una replicante?

—Dímelo tú —dijo Vogel—. Tú eres la que ha estallado en lágrimas cuando por fin te has dado cuenta de que otra mujer, supuestamente una replicante, tiene exactamente la misma cara que tú. Una de vosotras tiene un problema.

—Sí, bueno, no soy yo —Iris desvió la mirada, oteando la habitación iluminada con velas e intentando reconstruir la ruta por la que había llegado allí—. He estado bajo mucho estrés últimamente, ¿vale? Y me has tomado por sorpresa con ésa. —Parecía haber un número confuso de puertas disponibles, cualquiera de las cuales podría abrirse al túnel a través de la masa apilada de ruinas—. Así que he tenido una pequeña descomposición nerviosa. No sé por qué, pero ya ha terminado. Si quieres ir por ahí pensando que esa persona, Rachael, o el que fuese su nombre, es el ser humano real y yo soy la replicante, bien. Lo que sea. Pero no estoy precisamente preocupada por que mi ex-jefe Meyer mande las tropas de la división de blade runners detrás de mí. —La idea, una réplica tardía a las insinuaciones de Vogel, se le acababa de ocurrir—. Si se supone que soy una replicante, ¿por qué Meyer no hizo que uno de los otros blade runners me retirase en cuanto me despidieron del departamento de policía? Demonios, Meyer podía haberlo hecho él mismo, justo allí en el lugar; lleva una pieza con él. Y de la manera en que le están yendo las cosas ahora mismo, podría haber utilizado el dinero. De modo que dime, chico listo, si soy una replicante, ¿por qué todavía estoy…?

—Cállate.

—¿Qué? —Iris estaba más complacida que ofendida por cualquier evidencia de haber molestado al presuntuoso Vogel—. ¿Qué has…?

—He dicho que te calles —Vogel levantó la mano buena e hizo un gesto de silencio—. Escucha.

—No oigo nada —dijo Iris después de un momento.

La mirada de Vogel se elevó hacia los espacios oscuros en el alto techo de la estancia, más allá del alcance de la luz de las velas.

—Eso es porque no sabes qué escuchar —su voz había descendido a un susurro tenso—. No conoces este lugar; nunca has estado aquí antes.

—Sí, y no quiero volver a estar aquí… —Iris se interrumpió cuando oyó un ruido distante, un débil raspado y un golpe sordo de metal contra cemento, en algún lugar por encima de sus cabezas—. Eso no es bueno —dijo, su propio susurro igualando el de Vogel—. ¿Qué ocurre? —Su pulso latía más deprisa—. ¿Se está viniendo abajo este sitio?

Vogel permaneció en silencio mientras escuchaba atentamente lo que estuviese sucediendo arriba.

—Mira, no me interesa la idea de ser enterrada viva aquí dentro. O incluso muerta. —Dada la masa de escombros y el puro tonelaje implicados, si las ruinas iban a asentarse más y a aspirar los alojamientos privados de Eldon Tyrell fuera de la existencia, ellos dos estarían aplastados sin vida en cuestión de segundos—. Vámonos.

—No te muevas. Te oirán. Entonces podrán decir exactamente dónde estamos.

—¿«Ellos»? —Iris levantó la vista al techo; los ruidos habían parado un momento, después empezaron otra vez, más vagamente pero perceptiblemente más cerca—. ¿Quiénes son? —De las posibilidades que corrían por sus pensamientos, ninguna era agradable. *Quizá*, pensó, *Meyer sí ha decidido retirarme.* No sólo del departamento de policía, sino permanentemente—. ¿Cómo han sabido que estábamos aquí?

—Siempre lo saben —dijo Vogel—. Lo saben antes que tú. O al menos él.

—¿«Él»? —Iris frunció el ceño con perplejidad—. ¿De qué «él» estás hablando?

Vogel no parecía haberla oído.

—Se supone que esto no debe estar sucediendo —murmuró. La expresión de su cara angulosa se oscureció mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, los ojos como rendijas enfocándose en algún punto más allá del techo de la habitación—. No está en el guión.

—¿Hay un guión? —Iris lo miró más de cerca—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Ahora mismo —la atención distraída de Vogel regresó a ella—, no necesitas saberlo. Y no hay tiempo para que te lo cuente. Tenemos que salir de aquí.

—Me alegra que estés de acuerdo —dijo Iris—. Eso es lo que ya llevo un rato haciendo —cabeceó hacia las altas puertas equipadas de cobre de la sala—. ¿Por cuál de ellas entramos?

—Olvida eso —dijo Vogel—. No podemos salir por el mismo camino por el que entramos. Ya deberías saberlo. Nadie puede volver nunca; sólo hay adelante, incluso si no sabes adónde vas.

Genial, pensó Iris asqueada. Siempre con el comentario profundo.

—Sí, pero si es la salida más rápida de aquí…

—He dicho que lo olvides —el ceño de Vogel se arrugó con furiosa concentración—. He trabajado con el tipo tiempo suficiente para saber cómo funciona su mente. Especialmente, cómo imagina que otra gente va a reaccionar —un resentimiento fermentado mucho tiempo tiñó las palabras de Vogel—. Siempre subestima a todos los demás. Tiene esa perspectiva superior endiosada en los asuntos humanos.

—¿Quién? —Para Iris, la descripción del otro sonaba como si fuese algo personal—. ¿Es la persona que me levantó el búho en mi apartamento? Así que ahora entiendo que tiene todo un equipo con él. —Los sonidos de excavación y raspado de encima se habían vuelto notablemente más fuertes, indicando un número de visitantes no deseados. *Quizá*, pensó Iris, *son los del cine, o lo que queda de ellos.* Lo cual no era bueno; probablemente no estarían de buen humor cuando la encontrasen allí—. ¿Quién es ese tío?

—Suposición errónea —dijo Vogel—. Clase completamente diferente de problema. Pero definitivamente problema; cuando empieza a desviarse del guión, es porque cree que tiene que hacerlo. Eso significa que va a estar preocupado por haber perdido el control del proyecto —Vogel se mordió el rincón del labio inferior—. Lo que también significa es que debe de haberme pillado saliéndome del guión. Mierda —miró por los rincones de la habitación, cerca del techo radiante—. No imaginé que también tendría este sitio conectado; se suponía que toda esta secuencia debía ser fuera de cámara —la expresión de Vogel se volvió aún más amarga y melancólica—. Que era lo que estaba en el guión. Así que si ha podido pillarme desviándome, eso significa que no confiaba en mí desde el principio.

—¿Por qué demonios debería nadie confiar en ti? —Iris levantó las manos con exasperación—. Has dicho que te has salido de un guión que se suponía que debías estar siguiendo. Y te ha pillado… espera un minuto —se detuvo en seco, encontrándose en el bucle mental en espiral de Vogel—. Ni siquiera sé de quién estamos hablando.

—Dedúcelo —chasqueó Vogel. Agarró el antebrazo de Iris con la mano buena, y la atrajo hacia las distancias más oscuras de los alojamientos privados de Tyrell—. ¡Es el director!

—¿Director? —Iris se dejó guiar más allá del alcance de la luz de las velas, tanto para descubrir qué quería decir Vogel como para encontrar una salida de las ruinas de los edificios—. ¿Te refieres… al director de la *película*? —señaló con el pulgar hacia el teatro—. ¿Esa cosa de *Blade Runner* que acabo de ver?

—Ése es. —Vogel soltó el brazo de ella para poder pescar su linterna dentro del bolsillo de su mono. Con su haz encendido por delante, siguió caminando a un ritmo suficientemente rápido para que Iris tuviese que apresurarse para ir a su paso—. Venga. Muy pronto van a estar sobre nosotros, si no nos damos prisa.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Como decía, conozco cómo funciona su mente. Urbenton se figurará que somos lo bastante estúpidos para salir corriendo por el camino por el que entramos aquí, y tendrá a parte de su equipo de producción, la parte matona, esperándonos. Así que vamos por otro lado.

—Si lo hay —dijo Iris.

—No te preocupes. —Vogel mantenía la linterna apuntada por delante de ellos—. Conozco mi camino por este vertedero bastante bien.

Empiezo a tener mis dudas, pensó Iris. El suelo por debajo de las suelas de sus botas se había vuelto roto, con los extremos de vigas de acero dobladas asomando a través de

las tablas una vez pulidas, y pronunciadamente inclinado hacia un lado. Del haz de la linterna alcanzando las paredes rebotaba suficiente luz para revelar vagamente la condición del techo por encima. El peso de los escombros de los edificios derrumbados había golpeado obviamente esa sección de los alojamientos privados de Eldon Tyrell con bastante fuerza para deformar el armazón reforzado que había protegido las otras secciones, retorciéndolo y aplanándolo como la jaula de alambre de una rata de laboratorio. Iris y Vogel tuvieron que agacharse bajo las vigas combadas del techo, apartando a un lado marañas colgantes de cableado eléctrico apagado y conductos de datos; el hedor a envolturas aislantes carbonizadas aún era lo bastante fuerte para asfixiar la garganta de Iris.

Los alojamientos privados llegaron a su fin en un escarpado acantilado de escombros de cemento, erizados con longitudes de varillas corroídas. Agachándose, con la parte superior de la cabeza apenas a una pulgada del techo doblado, Vogel señaló arriba.

—Escalamos —dijo.

—¿Escalamos adónde? —Iris se arrodilló junto a él, en el brillo intermitente de la linterna. El suelo debajo de ella ahora estaba tan inclinado que tuvo que hincar las uñas para evitar deslizarse hacia Vogel.

—Eres suficientemente flaca —dijo Vogel—. No debería ser un problema para ti —balanceó la linterna hacia arriba, revelando un hueco estrecho entre los escombros verticales y donde el techo había sido cortado—. Sólo es apretado durante quizá veinte yardas o así, después se abre. Es fácil; muchos asideros.

—Fácil para mí, quizá. ¿Pero qué hay de ti? —Iris estaba suficientemente cerca para poder dar un toque al cabestrillo sobre el pecho de él sin siquiera desdoblar el codo—. ¿Qué vas a hacer, quedarte aquí abajo y retenerlos?

—Al infierno con ello —Vogel arrancó el cabestrillo, ahora roto y sucio, lo hizo una bola con la mano y lo tiró en los escombros sueltos detrás de ellos. Flexionando los dedos, extendió el brazo que había estado ligado a la parte frontal de su mono—. Me estaba dando un calambre, de todos modos.

—Ey… —Iris frunció el ceño ante la vista—. ¡No estabas herido en absoluto!

—No físicamente, no —una sonrisa rápida destelló en la cara de Vogel—. Pero que me dejases allí, con esos tíos… eso me dolió de verdad.

Bien, pensó con aversión. Cuando hubiese tiempo, tendría que reconsiderar sus suposiciones sobre lo que había pasado en el cine donde había conseguido echarle la mano al búho. Si Vogel había estado fingiendo cualquier detalle sobre lo que le había sucedido, entonces eran muchas las posibilidades de que muchos otros detalles también fuesen falsos. *Quizá hasta todo el tinglado*; aunque tenía que preguntarse qué sentido tendría eso, qué habría estado tratando de conseguir Vogel o quienquiera que estuviese detrás de él con esa clase de ardid elaborado. Pero por todo lo que sabía ahora, en el momento en que se había deslizado fuera del cine, Vogel y los otros hombres habían roto su tiroteo mutuo y se habían quedado por allí, fumando e intercambiando charlas.

—Hijoputa mentiroso —Iris dijo las palabras casi sin enfado, excepto por el que dirigía hacia sí misma por haber caído en cualquier cosa que Vogel le hubiese contado alguna vez—. ¿Sabes?, en vez de trepar este agujero de chimenea, tengo la idea de que quizá debería quedarme justo aquí. Y tener una pequeña conversación con quienquiera que esté cayendo sobre nosotros.

—No quieres hacer eso —Vogel sacudió empáticamente la cabeza—. Es una muy mala idea.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Mira, sé que en este momento estás pasando por un acceso de desconfianza —Vogel habló con elaborada paciencia mientras se agachaba debajo del techo doblado, con sus lazos colgantes de alambre y cable tapando el resto de lo que fueron los alojamientos privados de Tyrell—. Puedo entender eso. Y hasta puedo admitir que es merecido de alguna manera; no he sido totalmente sincero contigo sobre todo lo que ha estado pasando…

—O sobre cualquier cosa.

—En realidad no tenemos tiempo para discutir ahora mismo —Vogel levantó una mano apaciguadora, palma hacia fuera—. Puedes despellejarme el culo cuando salgamos de aquí, ¿vale? Lo que tienes que entender es que estás en graves, graves problemas.

—He estado ahí —dijo Iris—. He hecho eso.

—Es peor esta vez; te lo prometo. Si Urbenton se ha salido del guión, no hay forma de decir qué podría sucederte. Si no quieres confiar en mí sobre eso, bueno. Pero míralo de esta manera —acercó su cara a la de ella, de modo que en el sombrío resplandor de la linterna ella podía ver su propio reflejo en los centros oscuros de los ojos de él—. Tanto como te has acercado a lo que has estado intentando conseguir (apoderarte de ese búho), todo ha sido posible por mí. Para bien o para mal.

—Mayormente para mal.

—A pesar de todo —dijo Vogel—. No *tienes* a nadie más en quien confiar, aparte de ti misma; y no puedes decir que haya ido mejor. Así que o soy yo o nadie.

—Quizá no —Iris miró arriba, al techo del espacio estrecho, y después otra vez a Vogel—. Siempre está ese tío director y sus amigos que están a punto de caer sobre nosotros.

—Claro. Tienes esa opción. No tengo ningún modo de forzarte a salir de aquí. Pero sólo considéralo —su voz bajó en tono y volumen—. ¿Y si te equivocas? Sobre en quién quieres confiar y de quién desconfiar. Si te digo que no sería exactamente agradable para ti reunirte con Urbenton y su equipo, y no me crees, podría ponerse realmente feo para ti si te equivocas en eso. Afrontémoslo: la gente no ha jugado a sófbol contigo últimamente.

Al menos eso era cierto.

—Muy bien —dijo Iris. Suspiró—. ¿Así que yo voy primero? ¿Tobogán arriba, quiero decir?

—Correcto —la fina sonrisa de Vogel apareció otra vez—. Así sabré dónde estás.

—Tú eres el jefe. —Se volvió y avanzó lentamente, alzando la cabeza cuidadosamente por el espacio abierto donde el techo roto terminaba. Como Vogel había prometido, el muro de escombros tenía muchos resquicios dentados en los que podía clavar los dedos. El borde del techo raspó por sus omóplatos y espinazo cuando presionó las punteras de sus botas en los peñascos de debajo y empezó a trepar en la angosta oscuridad.

Aun sin el destello ocasional de la linterna de Vogel, con una fracción de su haz deslizándose más allá de su cara y manos, podía percibirlo debajo, escalando tras ella. Algunos de los asideros que encontró estaban fracturados y desmenuzándose, como si el cemento hubiese sido casi desintegrado por la fuerza de las explosiones que habían derrumbado la sede de la Corporación Tyrell. Trozos de grava afilada se deslizaban bajo sus palmas y más allá de sus muñecas; obtuvo cierta satisfacción perversa imaginando que llovían sobre la cara vuelta hacia arriba de Vogel.

El hueco a través del que se arrastraban como hormigas se abrió, después de lo que pareció como una milla de esfuerzo escarbando; Iris sintió que la espalda de su chaqueta de cuero sintético ya no raspaba a lo largo de la pared detrás de ella. Pudo hasta respirar, tomando una bocanada completa del aire con olor a quemado cargado de polvo.

De repente Iris notó algo agarrando su tobillo, y se dio cuenta de que era una de las manos de Vogel, alcanzando a engancharse a ella.

—Para. —Vogel había apagado la linterna; su susurro se filtró hasta ella a través de la oscuridad—. No digas nada.

Ella escuchó, y en una fracción de segundo oyó los mismos ruidos tenues pero inconfundibles que Vogel debía de haber detectado. Quienquiera que estuviese excavando a través de las ruinas, hacia los alojamientos privados de Tyrell de los que ella y Vogel acababan de huir, el grupo estaba evidentemente a unos pocos metros de su propia posición. Iris podía oír los sonidos de raspado de trozos más pequeños de escombros siendo apartados a un lado, despejando un pozo vertical paralelo hacia abajo.

El espacio en el que Iris se aferraba al muro de escombros era lo bastante abierto para que Vogel pudiese trepar parcialmente a su lado. Ella miró abajo y sólo pudo distinguir los ángulos agudos de su cara, cerca de su codo.

—Deben de creer que todavía estamos ahí abajo —susurró Vogel—. Probablemente Urbenton no cableó del todo los alojamientos privados; debió de figurarse que no había necesidad de hacer el extremo aplastado, por donde hemos salido.

Entonces ella se dio cuenta de que el resplandor mortecino por el que distinguía la cara de Vogel no era de su linterna, sino de las luces de trabajo del otro grupo filtrándose a través de la red de resquicios y fisuras entre ella misma y ellos. Conteniendo la respiración, esperó hasta que las partes de luz errante fueron tragadas otra vez por la oscuridad, y los ruidos de raspado y escarbado se hubieron apagado un poco, viniendo ahora de un punto unos metros por debajo.

—No tenemos mucho tiempo —Iris mantuvo la voz tan baja como la de Vogel—. Cuando lleguen ahí abajo, no les llevará mucho tiempo deducir que los hemos engañado.

—Miró hacia arriba a lo largo del muro de escombros, intentando discernir cualquier indicador de su altura restante; después volvió a bajar la vista hacia Vogel—. ¿Cuánto más hasta que estemos en la superficie?

—Todavía queda un trecho. —Vogel estaba completamente oculto en la oscuridad del hueco—. Muévete.

Sin ayuda de la linterna de Vogel, Iris se vio forzada a buscar a tientas cada nuevo asidero. La cara escarpada de cemento desmoronándose terminó, dando lugar a una maraña de barras de metal de refuerzo, liadas y retorcidas en la madriguera de una rata de acero. Alcanzó y agarró una sección curva de armazón y subió, doblando las rodillas para poner las suelas de sus botas planas contra los escombros de cemento.

Inmediatamente se dio cuenta de que eso fue un error, cuando el cemento se rompió, sus botas empujando a través de una capa fina hasta un espacio hueco más allá. Su peso entero tiró con fuerza de la sección de armazón a la que se sujetaba, los brazos rectos extendidos por encima de su cabeza. Con un chirrido de metal rechinando contra metal, la sección se extendió desde el resto del armazón enmarañado, dejando caer a Iris varios pies. Colgó por un momento, retorciéndose contra el muro de escombros escarpado, como adherida a una inmensa banda elástica; el movimiento inestable, combinado con la oscuridad circundante, le dio náuseas.

Iris vio el haz de la linterna encenderse, cortando a través del hueco y captando en primer lugar sus piernas que pataleaban salvajemente, y después lanzándose a su cara, deslumbrándola y cegándola momentáneamente.

—Aguanta —llamó Vogel. Ya no tenía sentido susurrar; el chirrido inicial del armazón cediendo habría penetrado en cada pulgada del revoltijo de ruinas, alertando a los otros de su paradero—. Te tengo…

Aferrándose al muro de escombros con una mano, Vogel se asomó y la alcanzó. Iris quitó la mano de la sección de armazón y agarró con fuerza el antebrazo de Vogel. Incluso mientras la atraía hacia él, eran audibles gritos, como debilitados y resonando confusos por la distancia intermedia y por los giros y vueltas que conducían abajo, a los restos de los alojamientos privados de Tyrell.

Con un súbito tambaleo, más del armazón enredado se soltó de arriba, dejando caer instantáneamente a Iris otro par de metros. Su agarrón se apretó instintivamente en el brazo de Vogel cuando cayó; fue suficiente para arrancarlo del muro de escombros. Su otro brazo rodeó rápidamente las piernas de Iris, deteniendo su propia caída. Iris soltó la muñeca de él extendida hacia arriba, dejándose abrazar como un oso por Vogel alrededor de las rodillas, la cabeza de él al nivel del estómago de ella.

—No es… bueno —jadeó Vogel innecesariamente. Junto con una cantidad de grava de cemento suelta del muro de escombros, la linterna había caído traqueteando por el hueco debajo de ellos. Su haz apuntó arriba a sus ojos; después se extinguió cuando la lente y la bombilla se destrozaron contra un afloramiento de cemento dentado—. Podría haber… ido mejor…

Ella no se molestó en responder. Sus brazos rectos bloqueados, soportando tanto su propio peso como el de Vogel, ya empezaban a doler. Mientras ella y Vogel se balanceaban en la oscuridad, con la sección de armazón que ella agarraba extendiéndose y contrayéndose con una elasticidad que daba náuseas, pudo oír a los otros en algún lugar directamente debajo de ellos. Eso significaba que el personal del director Urbenton (si eso era quienes eran; todavía no tenía manera de saberlo seguro) había alcanzado los alojamientos privados de Tyrell, y específicamente el extremo aplastado de las habitaciones desde el que ella y Vogel habían ascendido. No pasaría mucho rato antes de que esos otros llegasen trepando por el hueco, a través de su estrecha sección inicial y después donde se abría a lo largo del muro de escombros, y los encontrasen a los dos colgando ahí.

—No voy a esperar —anunció Iris—. Mira, éste es el trato. Puedo tirar de nosotros al menos un poco más. Entonces podrás agarrarte a esta barra tú mismo. —Sus brazos empezaban a notarse como si se estuviesen desencajando—. Luego ambos podemos subir por separado.

—No sé —Vogel miró hacia arriba, más allá de la cara de Iris—. Esta cosa de metal podría no estar bien sujeta —sonaba extrañamente tranquilo y analítico, dada la situación—. Vamos hacia la superficie, de modo que muchos de los escombros no están tan comprimidos por el peso como los estratos más bajos. Si empezamos a zarandear esto con demasiado movimiento corporal, podría venirse abajo realmente deprisa.

—¿Y qué sugieres? —Intentó mantener su propia irritación, provocada por las objeciones de Vogel, fríamente bajo control.

—Bueno —dijo Vogel—, lo inteligente sería que uno de nosotros se soltase y se dejase caer. De ese modo, habría menos masa y peso tirando de esa cosa de metal, y la otra persona tendría una mejor oportunidad de salir de aquí.

—Sí, bien; *ésa es* una gran idea. Y la persona que se deje caer, o se mata en la caída, o recibe lo que ese grupo de abajo crea que debería llegarle a él… o a ella. ¿Te ofreces como voluntario?

—En realidad no —admitió Vogel.

—Bien. Entonces lo haremos a mi manera —con los brazos de Vogel envolviéndole las piernas, Iris alcanzó y se agarró más arriba en la sección de armazón, elevándose. No tenía ningún deseo de esperar más, hasta que sus perseguidores los alcanzasen; ya podía oír voces desde abajo, en el extremo aplastado de los alojamientos privados de Tyrell. Los salientes como cuchillos del armazón cortaban en sus palmas y en los nudillos doblados de sus dedos mientras se esforzaba por arrastrarse a sí misma y a Vogel algunas pulgadas más arriba. Otro agarre, tomando un ángulo retorcido en el metal, le dio un asidero suficientemente cerrado para poder calzar la parte inclinada horizontalmente debajo de un brazo; usando los músculos de la espalda y de los hombros, Iris se enderezó sobre la pieza, inclinándose adelante de modo que le cruzase el estómago—. Ahí… justo delante de ti… —sin aliento, jadeó las palabras—. Agárrala, por el amor de Cristo…

Sintió que uno de los brazos de Vogel se soltaba, y después un tirón hacia abajo en la sección de armazón a la que se aferraba cuando él transfirió su peso a su sección vertical. La circulación en sus piernas comenzó otra vez, ya no cortada por su apretón como de tornillo.

—¿Estás bien? —la llamó Vogel.

—Sí —Iris asintió, aunque sabía que la oscuridad ocultaba cualquier movimiento semejante. No se molestó en preguntar cómo estaba él; no le importaba, al menos ahora que sus brazos ya no se sentían como si estuviesen siendo arrancados de su sitio por su peso añadido—. Vamos…

Cambiando de posición al asir la sección de armazón casi horizontal con ambas manos, y después levantándose y poniendo una rodilla encima, Iris trepó más arriba sobre el metal enmarañado. Antes de que se moviese otra vez, sintió una de las manos de Vogel frotando su rodilla mientras agarraba la sección encima de él…

El espacio oscuro en el que ambos colgaban suspendidos fue iluminado súbitamente con rayos destellantes de luz. Iris vio su propia sombra alargada y la de Vogel saltar hacia arriba, fracturándose a través de los segmentos de la maraña enredada de armazón a la que se aferraban. Las sombras rotas bailaron un momento, y después se congelaron en el lugar cuando los haces de los proyectores, apuntados desde justo debajo, los encontraron y se fijaron en los dos, deslumbrando y cegando sus ojos conmocionados.

Iris se dio cuenta inmediatamente de lo que había sucedido. Los sonidos y voces que ella y Vogel habían oído viniendo de los alojamientos privados de Tyrell habían sido sólo una distracción para hacerles creer que sus perseguidores estaban allí abajo. Cuando de hecho un número considerable del personal del director Urbenton había estado arrastrándose silenciosamente, subiendo el hueco estrecho y después a lo largo del muro de escombros, acercándose a ellos.

Levantando el hombro en un vano intento de proteger sus ojos, Iris apenas pudo distinguir las formas oscuras detrás del resplandor superpuesto de los proyectores. Pero pudo ver que se movían, aproximándose lo más rápido posible, todo sigilo descartado.

No se molestó en decirle nada a Vogel; él también estaba ya en movimiento, trepando a la sección horizontal de armazón junto a ella, alcanzando al mismo tiempo que ella la siguiente pieza que podía ser agarrada y utilizada para subirse más sobre el metal enmarañado. Su movimiento paralelo produjo un afilado chirrido del armazón que taladraba los oídos cuando sus tramos oxidados rasparon unos con otros, tensados por el peso de Iris y de Vogel. El chirrido creció, un coro rebotando y resonando desde los ángulos de las ruinas, cuando uno de los perseguidores se agarró a la parte baja del metal colgante y se columpió sobre él.

Mala jugada. Eso fue todo lo que Iris tuvo tiempo de pensar antes de que la masa enredada del armazón se soltase del ancla parcial que había tenido en los afloramientos de cemento roto y en las vigas de acero retorcidas de arriba. *Muy mala jugada.* El peso adicional del perseguidor, junto con la fuerza de su salto sobre el armazón colgante, produjo un rugido ensordecedor de metal rascando en metal; copos de óxido del tamaño

de una moneda se arremolinaron y se espolvorearon sobre las caras de Iris y Vogel. Ella se encontró cayendo hacia atrás, todavía aferrada al armazón enmarañado.

—¡Vamos!

El grito de Vogel cortó a través del estrépito y el chirrido que dañaban los oídos, devolviéndola a la atención completa. Miró arriba y se esforzó por concentrar la vista a través de los ejes confusos de oscuridad y los haces de proyector entrecruzados, finalmente logrando discernir a Vogel por encima de ella y subiendo aún más arriba en el metal entrelazado; o al menos permaneciendo en el mismo lugar en lo alto de la masa hueca, como si fuese algún animalillo corriendo por la superficie de una pelota de alambre, cayendo por una hendidura aún más ancha en la tierra.

Tan precaria como era su posición, Vogel aún pudo, entre agarrar y subirse a la siguiente sección de armazón, mirar por encima del hombro y gritar a Iris.

—¡Venga! —su cara angulosa se torció con el esfuerzo de hacerse oír por encima del ruido del metal—. ¡Muévete!

Antes de que Iris pudiese reaccionar, se le quitó la respiración por un ángulo vertical de escombros de cemento golpeando contra su espinazo y sus omóplatos. Apuntalada por la masa enmarañada de armazón contra un lado del hueco en el que había caído, se las arregló para liberarse parcialmente presionando desesperadamente las secciones de metal. Había liberado la parte superior de su torso, pero no pudo ir más lejos: el armazón, detenida su caída hueco abajo, se había movido con sus esfuerzos, con una pieza diagonal presionando firmemente contra su abdomen. Haciendo una mueca de dolor, Iris empujó contra el metal, sintiendo sus bordes afilados cortar su chaqueta en cintas andrajosas y dibujando rayas paralelas de sangre a través de su carne.

Una mano la agarró por debajo de un hombro y tiró; supo sin mirar que era Vogel, habiendo vuelto a bajar algunos metros en el armazón enredado, adhiriéndose con una mano mientras la alcanzaba con la otra. En vez de empujar hacia abajo la sección de metal contra su tripa, ahora ella podía empujar sin miedo a caer; su respiración se precipitó en sus pulmones cuando la barra de metal se retiró una preciosa pulgada. Dejó que Vogel la arrastrase hacia arriba, hasta que la sección de armazón estuvo contra la parte delantera de sus caderas, demasiado abajo para seguir empujando contra ello. Sin embargo, eso ya no importaba; podía agarrarse a las secciones cerca de Vogel y ayudar a liberarse.

Justo cuando la presión atascada del metal se flexibilizó y despejó sus piernas, Iris sintió otra mano sobre su cuerpo, un agarrón fuerte apoderándose de un tobillo desde debajo. Bajó la vista, captando uno de los haces de proyector directamente en los ojos deslumbrados, y después logrando distinguir la silueta sin rostro del perseguidor que había saltado desde el muro de escombros al armazón. El hombre se había estirado a través de las secciones de metal y la había atrapado; la áspera esfera hueca vibraba peligrosamente, amenazando con desalojarse de donde se había detenido momentáneamente en el hueco vertical de las ruinas, mientras él cerraba el puño más fuertemente sobre su bota y tiraba de ella hacia él.

Sabía que le quedaba una oportunidad. Ya libre del agarre de Vogel, Iris dejó que sus brazos se pusiesen rectos, volviendo a dejarse caer por la masa de armazón. Eso tomó al perseguidor por sorpresa; estuvo aún más sorprendido cuando ella se soltó el tobillo del agarrón y, en vez de intentar volver a alejarse de él, bajó fuertemente el talón de su bota sobre su cara. Incluso a través de los ruidos superpuestos de metal rascando contra metal y los gritos de Vogel y del resto de perseguidores, Iris pudo oír un satisfactorio crujido de hueso astillándose; una húmeda flor roja floreció donde había estado el puente de la nariz del hombre, y sus ojos se desenfocaron mientras su boca se abría de par en par de la conmoción y el dolor. Sus manos que aferraban se separaron, y después se agarraron al aire vacío cuando cayó lejos de ella.

No molestándose en observar lo que le sucedía, Iris ya estaba trepando otra vez junto a Vogel. Cuando ella alcanzó ese punto, la maraña de armazón se volvió a tambalear, girando y rodando en el oscuro hueco, y llevando a ambos a lo que ahora era su superficie más elevada. Iris bajó la mirada a través del centro de la forma hueca y vio que el perseguidor ensangrentado se las había arreglado para interrumpir su caída en el último momento posible, con una mano habiéndose agarrado a la sección de metal del mismo fondo de la masa.

—Se va. —Vogel, junto a Iris, también había visto lo que había sucedido abajo, y después había mirado rápidamente hacia donde la circunferencia mellada del armazón raspaba los lados verticales del hueco. El ángulo de cemento contra el que la masa había estado atascada empezaba a astillarse y desmenuzarse, un recodo de armazón actuando como una punta de cincel horizontal, empujado más fuerte por los esfuerzos de la figura de abajo—. ¡Salta!

Iris sintió un momento de ingravidez, como si la misma gravedad hubiese sido apagada, cuando vio el afloramiento de cemento explotar en polvo y fragmentos pulverizados, y el armazón se desprendió debajo de sus rodillas y manos arañadas. Sus reacciones irreflexivas de animal tomaron el control; las suelas de sus botas se impulsaron contra la última sección de armazón restante mientras las puntas de sus dedos se estiraban hacia el muro de escombros de enfrente. Con las uñas arañando los resquicios del muro, y las punteras de sus botas pateando para introducirse también, Iris se adhirió a la superficie no iluminada, los dientes rechinando mientras se presionaba contra ella.

—¿Estás bien? —dijo Vogel silenciosamente desde algún lugar cerca de ella. El hueco vertical en las ruinas de la sede de la Corporación Tyrell se había oscurecido completamente otra vez, los haces de proyector que se lanzaban desde abajo habiendo sido extinguidos por la caída agitada de la masa de armazón—. Sube aquí.

Guiada por su voz, Iris trepó a un saliente estrecho de cemento quebrado, relativamente liso y nivelado, y se agazapó allí, dejando que su pulso y respiración se ralentizasen una vez más. Manteniéndose detrás del borde desmenuzado, miró abajo y no vio nada. El armazón enmarañado había caído con suficiente velocidad para devolver a los perseguidores abajo, hacia los alojamientos privados de Tyrell; si el armazón se había

introducido bien y ajustadamente en el pozo forrado de escombros, les llevaría un tiempo encontrar un camino alrededor de él.

Volvió la cara hacia arriba, y sintió algo frío y húmedo sobre ella. Por un segundo, Iris se preguntó si en algún punto se había rasgado la piel, quizá un borde afilado de una de las secciones de armazón a través de su frente, y no lo había sentido durante el caos y la desorientación en las ruinas mal iluminadas. Todavía arrodillada en el saliente, levantó una mano y se tocó la frente, después retiró las puntas de los dedos y las frotó. La humedad no era lo suficientemente pegajosa para ser sangre, y no supo salada cuando se llevó la punta de un dedo a la lengua. *Pero si sólo es agua*, pensó Iris, *entonces quizá…*

—Es lluvia —dijo en voz alta. Ahora reconocía el sabor, sólo ligeramente acre y químico de su descenso a través de la constante polución atmosférica de la ciudad. Otra sensación de mojado y frío, filtrándose tanto desde el saliente como de los escombros circundantes, y el leve ruido de gotas cayendo sobre las superficies duras, indicaron que el agua de lluvia estaba goteando todo alrededor de ella y Vogel—. Mira… —Iris buscó a tientas de donde la voz de él había venido, encontró su brazo y tiró de él hacia ella. Se levantó, arrastrándolo con ella, y estiró el cuello para mirar más allá del afloramiento de cemento mellado por encima de ellos. A través de un estrecho agujero triangular, pudo distinguir una porción de los vientres iluminados por llamas de las nubes de tormenta que se movían a través del cielo nocturno de Los Ángeles—. Lo hicimos —dijo Iris, soltando a Vogel y secándose la lluvia de la cara—. Estamos en la superficie.

—Por supuesto —Vogel sonaba divertido—. Esto es lo que pasa cuando escalas lo suficiente. Hasta con esas otras cosas sucediendo. —Chorreaba bastante luz sombría en el espacio para que pudiese señalar una pendiente, como escaleras de trozos de escombros, ensartada por las vigas de refuerzo de metal—. Esa parte es fácil.

Bastante cierto, pensó Iris cuando salió de la boca del pozo y se puso erguida otra vez. El viento empujaba la lluvia y varios pedazos de basura empapada (periódicos con ideogramas chinos como titulares, andrajosas pancartas publicitarias aún más oscuramente codificadas) casi horizontalmente, con fuerza suficiente para que Iris tuviese que prepararse para evitar ser derribada. Mientras Vogel trepaba fuera de la angosta apertura detrás de ella, se protegió los ojos y miró el paisaje urbano circundante.

Como una montaña, pensó Iris. Rodeada por otras montañas más altas y puntiagudas. Ella y Vogel habían emergido en lo que parecía ser el punto más alto de las ruinas de la Corporación Tyrell, un túmulo de lados escarpados de escombros de cemento y vigas de acero retorcidas asomando de ellos como los huesos de los dedos del cadáver de un gigante mal enterrado. Abajo en el pozo que serpenteaba verticalmente a través de las ruinas, por el que habían huido de los alojamientos privados de Eldon Tyrell, sus pulmones y tráqueas habían llegado a estar tan recubiertos de ceniza inhalada y de otros subproductos de la combustión explosiva que ya no habían sido capaces de olerlos o saborearlos. Algunas inhalaciones profundas del aire nocturno húmedo por la lluvia, aunque contaminado, llevaron un tapón negro a la lengua de Iris, que tuvo que escupir para evitar atragantarse con él. Se limpió la boca con el dorso de la mano mientras sus

ojos se ajustaban a poder ver una vez más, por los brillantes puntos de luz de los edificios imponentes y las gotas de llamas intermitentes que estallaban encima de ellos.

—Genial —dijo Iris. Vogel estaba junto a ella sobre el desigual pináculo movedizo, cepillándose inútilmente las mangas y la parte delantera de su mono ahora andrajoso—. Tomamos la salida larga. —Había perdido todo sentido de la orientación, al menos en lo que se refería a los puntos cardinales; el rumbo por el que se había aproximado en primer lugar a las ruinas de la sede de la Corporación Tyrell, en los bordes de las calles circundantes, estaba extinguido de su memoria física—. ¿Cómo salimos de este revoltijo? Parece una larga caminata, sin importar por qué trayecto vayamos.

—No creo —dijo Vogel sobriamente— que vayamos a tener que tomar esa decisión.

Ella vio que estaba señalando al cielo; se volvió y miró en la dirección de su mano levantada y su dedo índice extendido. Un grupo de luces, que había confundido con estrellas abriéndose paso vagamente al tiempo que las nubes agotadas de lluvia disminuían y se dispersaban, de pronto brillaron más y se hicieron ágiles, descendiendo en picado desde arriba. Antes incluso de que Iris distinguiese los rastros cortando a través de la oscuridad nocturna, las líneas llameantes dispuestas más cerca y visiblemente más calientes que los rotadores de policía reglamentarios, supo que no eran del DPLA. Cuando se precipitaron más abajo y más cerca, los ruidos de motor los alcanzaron, gruñendo más bajos en tono que cualquier vehículo policial, como si los depredadores ya estuviesen exultantes en la captura hacia la que sus garras se estiraban.

—¿Ésos son de Urbenton? —Iris echó un vistazo rápido a Vogel—. ¿Cómo de grande es el equipo que tiene trabajando para él, por el amor de Cristo?

—No lo sé —murmuró Vogel. La expresión en su cara, iluminada por el brillo de los rastros de rotador, era una de consternación desconcertada—. He debido de equivocarme… abajo… —una mano bajada hizo un ademán hacia el agujero de salida detrás de él, y los alojamientos privados de Tyrell al fondo—. Los de ahí abajo no eran el único grupo detrás de nosotros; alguien tenía a éstos esperando aquí arriba, también. Pero éstos no pueden ser de Urbenton. No tiene nada como esto…

—Bien, no voy a esperar para descubrirlo. —Liberada de la claustrofobia desalentadora de las habitaciones decoradas enterradas en algún lugar por debajo de ella, así como de la presión aún más cerrada de la ruta de salida por la que acababa de arrastrarse, el mal genio normal de Iris se encendió. Si hubiese tenido la ocasión, habría derribado a Vogel con un puño en la mandíbula por arrastrarla innecesariamente a través de todo aquel túnel vertical, y casi hacer que la matasen en el proceso. *Podríamos habernos quedado aquí mismo*, pensó Iris mientras empezaba a correr, *y ahorrarnos el problema.*

La pendiente de las ruinas incrementó su velocidad. Se retenía con ambas manos contra cualquier afloramiento de cemento y acero rotos que bloquease su camino, giraba y mantenía sus pies sobre los deslizantes escombros sueltos, y seguía corriendo. Los rotadores, pertenecieran a quien perteneciesen, estaban justo encima; Iris podía oír el

gruñido más fuerte de sus motores mientras arremetían y se ladeaban sólo un par de metros sobre su cabeza.

Haces de proyector se lanzaron alrededor de ella, corriendo con el movimiento de los rotadores, adelante y atrás, después bloqueándose estrechamente sobre ella, cambiando los escombros a un frío blanco azulado, cegador en su destello reflejado. Su sombra rota saltaba a través de los témpanos de cemento parecidos a glaciares.

Entonces su carrera se detuvo, cuando patinó hasta pararse al borde de un precipicio delante de ella; tuvo que retroceder y agarrarse a los escombros detrás de ella para evitar pasarse. La puntera de su bota desalojó un trozo de cemento pequeño como un guijarro; no oyó nada durante varios segundos, y después muy abajo el pequeño sonido de ello traqueteando contra el estrato de ruinas a nivel de calle.

Valía la pena el intento, se dijo Iris; aunque ya había sabido que no iba a escapar. *Simplemente no ha sido posible.*

En la distancia, borrosas por lo último de la lluvia, las luces de la ciudad se amontonaban hasta el cielo, todas ellas más allá de su alcance. Entonces fueron borradas por el destello más brillante y más cercano de los proyectores cuando los rotadores anónimos bajaron delante de ella y enfocaron su mirada sobre la figura sombreada clavada contra las rocas, que protegía sus ojos del deslumbramiento.

13

—Entonces, ¿cuándo voy a encontrarme con ese tipo, Urbenton?

—¿Quién?

Al principio, Iris pensó que se suponía que era alguna clase de chiste. La otra persona sentada en una silla plegable en el cobertizo de metal galvanizado era uno del equipo que la había capturado en lo alto de las ruinas de la Corporación Tyrell; lo reconoció, aunque había estado oscuro entonces, sin nada más que las frías estrellas atravesando las nubes y los haces de los proyectores que deslumbraban sus ojos. La suya había sido una de las voces que gritaban a los otros que esa etapa de las operaciones había sido completada y el objetivo asegurado.

—No me hagas ruidos de búho —chasqueó Iris. Parecía que todos estaban en ello, cada uno de ellos, desde el principio. *La única persona que no conoce toda la historia*, pensó irritada, *soy yo*. Qué suerte la suya; la cual, cuando pensaba en ello, nunca había sido realmente la misma desde que había retirado al replicante Enesco, como si ese trabajo hubiese puesto alguna especie de compleja maldición *Nacht und Nebel*[24] sobre ella—. No tienes que restregarlo —fulminó con la mirada al hombre que la vigilaba—. Quiero saber cuándo vamos a pasar a la siguiente tonada, y voy a llegar a hablar con el tío al mando.

El guardia la miró como a un espécimen biológico inesperado que hubiese salido gateando de la desolada área circundante y hubiese entrado en la choza.

—Y ése sería…

—Jesucristo —dijo Iris—. No, no sigas con eso; no quiero confundirte. Quiero decir Urbenton. El director, o lo que demonios se suponga que es. —Podía decir, por la mirada perpleja en los ojos del hombre, que no la comprendía—. Lee mis labios. Ur… ben… ton.

—No sé de quién demonios estás hablando —el guardia se reclinó en su silla, levantando las patas delanteras de ésta de las tablas de madera astilladas del suelo, los brazos cruzados delante del pecho—. Nunca he oído de nadie llamado Bourbonton.

Iris no se molestó en corregirlo. *Inútil*, pensó. Había manejado suficientes interrogatorios durante su carrera de policía, con sospechosos y perpetradores más tontos y más listos que ese tipo, para saber cuándo las cosas habían alcanzado un callejón sin salida. O el tío en verdad no sabía, en cuyo caso estaba perdiendo el tiempo hasta por preguntar, o había sido tan bien entrenado como para levantar una fachada convincente, una que llevaría mucho tiempo agrietar. Más la capacidad para darle una paliza, que era más o menos el procedimiento modelo del DPLA en situaciones como ésa. Dudaba si tenía tanto tiempo disponible, y estaba segura de que la otra parte no, dado que el tipo tenía atada una gran pieza inquietante en una pistolera de hombro, y ella estaba

---

[24] El conocido como Decreto Nacht und Nebel («Noche y Niebla» en alemán) del Tercer Reich, firmado el 7 de diciembre de 1941, fue desarrollado para la desaparición forzada de oponentes políticos al nazismo (N. del T.)

desarmada. Su silla y la de él estaban lo bastante lejos para que, si ella intentaba cualquier cosa linda, él tuviese mucho tiempo para descruzar los brazos, sacar el arma y ponerle su boca en la cara antes de que su trasero estuviese siquiera separado del asiento de metal curvo debajo de ella.

Prueba a esperar, se dijo Iris. Para ella, era una novedad, pero no podía ver que hubiese alguna otra opción disponible en ese momento.

—¿Sedienta? —el guardia, no agitado por su intercambio, empujó una botella de agua de plástico hacia ella con la puntera de la bota.

—Te lo haré saber.

Para lo que no pasaría mucho tiempo. La choza de metal ya empezaba a calentarse por el sol como de desierto martilleando sobre ella. Cuando la habían cargado en uno de los rotadores que habían llegado flotando sobre ella, la primera luz rojo sangre del amanecer empezaba a filtrarse alrededor de las bases de los edificios circundantes. Cuando el rotador hubo ascendido y volado hacia el este, lejos del océano moteado de negro, la radiación había cambiado a un naranja más brillante y sucio, texturizada y tiznada por la polución constante que abrazaba el suelo y encenagaba los pulmones de cada angelino. Iris había escupido suficiente de eso para saber cómo era el sabor, despertando en medio de la noche con la sensación de que un compañero de cama invisible estaba sentado sobre su pecho, las manos apretándole la garganta; era la clase de sueño recurrente que venía con el territorio urbano. Así que no le sorprendió ver los inhalantes marrón negruzco tropezando contra las montañas bajas que rodeaban la densa cuenca de la ciudad como la marea de petroleros abandonados.

Se volvió y miró por la única pequeña ventana a un lado de la choza, su vidrio inferior izquierdo roto, dejando un triángulo mellado clavado como un diente. El resto de la ventana estaba demasiado oscurecido con polvo para ver mucho, pero a través del agujero pudo distinguir una larga vista de arena y desaliñados cardos marrón seco aferrándose precariamente a las pendientes cóncavas de las dunas. Maquinaria rota poblaba el área, hasta los límites distantes de una valla baja coronada con rollos oxidados de alambre de espinas. La mayor parte del equipo parecían antiguos aparatos de mover la tierra: excavadoras con sus morros como palas raspadas en la roca seca debajo de la arena, orugas rotas y quitadas de los engranajes de metal gigantes, grúas saurias cuyos cuellos habían sido liberados de sus tendones, sus cucharones dentados estrellados sobre las cabinas de ventanas de plástico donde los operadores humanos una vez se sentaron, hacía mucho tiempo; apisonadoras cuyas enormes ruedas cilíndricas habían sido picadas por la grava llevada por el viento. Iris imaginó que las máquinas debían de haber sido usadas para construcción de calzadas, no calles de ciudad sino carreteras y autopistas, cuando todavía había espacios abiertos en algún lugar cerca de Los Ángeles, antes de que la metástasis de la ciudad los hubiese engullido, rezumando sobre ellos como un organismo unicelular que se autorreplicaba lenta e interminablemente.

Curiosa, pasando tiempo en el aire caliente y silencioso de la choza, se inclinó a un lado para poder mirar más lejos a lo largo de las filas de equipo difunto. Su suposición

había sido correcta, confirmada por pilas de mezcolanza de lo que habían sido señales montadas en las autopistas: había visto fotos de ellas en algún vídeo documental histórico, parte de su trabajo superficial de civismo en la academia de entrenamiento del DPLA. Fondos verde oscuro, con letras blancas reflectantes, luminosas en el brillo del desierto; le dolían los ojos sólo de mirarlas. Bizqueando, con los rabillos de los ojos humedeciéndose, Iris pudo descifrar los destinos deletreados en las viejas señales: lugares como Pomona y Glendale, Riverside y más al oeste a San Bernardino, más al norte a Ventura y Oxnard. Ahora nada más que nombres, sin significado ni referencia; aquellos lugares habían sido enterrados hacía mucho tiempo debajo de la ciudad hambrienta de espacio.

Lo que no dejaba ningún sitio al que ir; no en realidad. Era la auténtica característica distintiva de Los Ángeles: cada lugar en ella era igual que todos los demás. Algo como la muy esperada y hasta deseada muerte del universo se había logrado; sin ningún sitio al que ir que fuese diferente a desde donde alguien había empezado, ¿por qué ir? En su lugar, estaba la constante circulación de las multitudes de las calles de Los Ángeles, como el movimiento aleatorio browniano de las moléculas en suspensión, sin propósito ni orden, ni siquiera sensación. Iris suponía que era una gran parte de la razón para la apatía de cara en blanco característica de los ciudadanos de Los Ángeles, y por lo que ella y otros blade runners siempre habían podido correr por las calles con armas del tamaño de un cañón sostenidas en alto, y volar cosas que parecían personas reales, y que morían igual de horriblemente, sin que ninguno de los presentes se perturbase al menos un poco por lo que estaba presenciando. *Algún día*, reflexionó Iris mientras miraba fuera al desierto más allá de la maquinaria oxidada, *algún día inventarán una prueba Voigt-Kampff masiva, una que alguien pueda ejecutar en una ciudad entera de una vez. Y Los Ángeles la suspenderá.*

Alcanzó y recogió la botella de agua de plástico, desenroscó el tapón y bebió, inclinando la cabeza para dejar que el líquido tibio se deslizase por su garganta. Colocó la botella abajo entre ella y el guardia.

—Entonces, ¿dónde está Vogel?

El guardia la miró sin reaccionar.

—¿Quién?

Iris movió los ojos hacia el techo de chapa de metal de la choza.

—Ya sabes —dijo con paciencia forzada—. Vogel. El tipo que recogisteis conmigo.

—¿Ése es su nombre? —el guardia sacudió la cabeza—. No trajimos a nadie de vuelta aquí excepto a ti. Esa otra persona con la que estabas se escapó. Y no nos molestamos en perseguirlo.

—Sí, bien. —Iris consideró la declaración del guardia con amarga incredulidad. *¿Esperas que me crea eso?*—. Entonces, ¿por qué no fuisteis tras él?

El guardia se encogió de hombros.

—No es importante —con un cabeceo, el guardia señaló a Iris sentada delante de él—. *Tú eres* importante.

—Gracias. Eso me hace sentir mejor, muy bien. —Se volvió otra vez hacia la vista desolada fuera de la chabola.

Un teléfono celular hizo sonar su trino característico, amortiguado sólo por el cuero de la pistolera de hombro del guardia. Mientras Iris observaba, buscó detrás de la pistolera y extrajo el pequeño dispositivo del bolsillo de su camisa.

—Aquí Bolcom —escuchó un momento, después asintió—. Entendido. —El teléfono volvió al sitio de donde había venido—. Vamos.

Iris permaneció sentada mientras el guardia se levantaba.

—¿Vamos adónde?

—Sala de conferencias —el guardia hizo un ademán hacia la puerta del cobertizo, señalando algún lugar más allá—. Créeme, te gustará más. Tiene aire acondicionado.

—Tienes razón en eso. —Su camisa de vaquero, sucia y rasgada de arrastrarse a través de los diversos pasajes de las ruinas de la Corporación Tyrell, empezaba a pegarse a la piel sobre sus costillas—. Tú primero, amigo.

Mientras iban caminando por el complejo vallado, hacia un conjunto distante de edificios más grandes que brillaban en el calor, el guardia buscó en el bolsillo de su chaqueta y ofreció algo a Iris.

—Toma —dijo—. Me han dicho que ahora podías tener esto de vuelta.

Iris miró el objeto conocido en la mano del guardia.

—¿De verdad? —No estaba impresionada—. ¿De qué me sirve un arma descargada?

El guardia alzó una ceja, y después se detuvo. Levantó el arma y la apuntó hacia una de las antiguas excavadoras medio enterradas a varios metros, y entonces apretó el gatillo. El sonido del disparo rodó hacia las distantes colinas color pizarra, seguido inmediatamente por la bala picando contra la pala cóncava de la excavadora. Apareció brillante metal fresco donde la bala había golpeado, sacando capas de óxido.

—Está cargada —dijo el guardia tranquilamente, alargándole el arma a Iris otra vez.

Que me aspen. Iris miró el arma, su negra empuñadura apuntando hacia ella; después se la quitó. El aliviador peso del arma llenó su mano, como una porción de su propia anatomía que le hubiese sido devuelta mágicamente. Podía decir que había un cargador completo dentro, menos el tiro que acababa de ser disparado.

El guardia continuó caminando, exponiendo su espalda de hombros anchos; una mancha de sudor oscurecía el área alrededor de su espinazo.

—Espera un minuto —lo llamó Iris.

—¿Ahora qué? —el guardia se paró y le devolvió la mirada—. Nos están esperando.

Iris le apuntó con el arma.

—¿Qué me impide volarte la cabeza, encontrar un rotador y dejar atrás este puesto de palas baratas?

—¿Por qué querrías hacer eso? —el guardia parecía sinceramente perplejo—. Estás entre amigos.

Empezó a caminar otra vez sin mirar atrás. Tras un momento, Iris bajó el arma y lo siguió.

—Aquí tienes —el guardia abrió una puerta de acero abollada en la parte delantera del edificio más grande del complejo. Se filtraba aire fuera, varios grados más fresco que la materia que se levantaba del suelo del desierto—. Ponte cómoda.

—Lo he estado intentando —entró en la estancia vacía. Oyendo la puerta cerrarse detrás de ella, miró por encima del hombro y vio que el guardia no la había seguido adentro.

Le llevó un momento caer en la cuenta de que no estaba sola en el espacio vacío. Y de que había otros ojos observándola. Tenía sus sentidos adaptados para presencias humanas, alguien que quisiese hablar con ella, que quisiese respuestas de ella, y de quien podría (siempre era posible) obtener respuestas.

Así que no estaba preparada para los búhos.

La sorpresa fue bastante para que su mano se lanzase realmente hacia el arma que tenía escondida en el bolsillo de la chaqueta, agarrando la empuñadura metálica y sacando parcialmente el metal frío antes de darse cuenta de lo que eran. Ojos dorados, al menos una docena de pares, parpadeaban y la miraban fijamente. Iris dio un paso atrás, para poder tenerlos a todos a la vista. Ahora veía que una pared de la habitación estaba tachonada de perchas de metal descubierto, un poco más elevadas que su propia cabeza, sobre las que los animales estaban posados. Había variedad de tamaños y apariencias, como si una pajarera al por menor hubiese sido transferida intacta desde el zoco en el centro de Los Ángeles. Un par de búhos era de una raza pigmea, de la mitad de tamaño que los otros, pero con las mismas garras afiladas y avidez depredadora; una pareja tenía caras redondas, diferentes en plumaje del resto de sus cuerpos; uno era casi blanco puro, con algunas motas negras en el pecho. La mayoría de ellos eran del mismo marrón dorado, con plumas negras como cuernos, como el que ella había estado persiguiendo tanto tiempo. Por todo lo que sabía, uno de los búhos delante de ella en ese momento podría ser aquel objetivo esquivo.

—¿Te gustan?

Iris se giró y vio que alguien más, tan humano como ella misma, había entrado en la habitación. De cara redonda, lo bastante mayor para que el fleco delgado de pelo peinado por detrás de sus orejas fuese completamente blanco, lo bastante enclenque para que se moviese con la ayuda del tipo de bastón de aluminio cuyo extremo inferior hacía brotar un conjunto de puntas de goma ampliamente espaciadas. Equilibrándose cuidadosamente, cerró la puerta, dejando fuera el duro deslumbramiento que rebotaba de la extensión de arena; después volvió su sonrisa hacia ella de nuevo.

—Están bien, supongo. —Una extraña idea mal formada tiró de sus pensamientos; llevó unos segundos recordar exactamente qué era. Nada que le hubiese sucedido cuando estuvo haciendo preguntas en el *zoco*, ni nada que le hubiese sucedido realmente a ella en absoluto; en su lugar, era algo de la película que Vogel le había mostrado dentro de las ruinas de la antigua sede de la Corporación Tyrell. La parte en que el policía Deckard conocía a la replicante Rachael; lo primero que ella le había dicho a él era preguntarle si le gustaba el búho de la compañía, posado sobre su percha en la sala ejecutiva de Eldon

Tyrell. ¿Y qué le había dicho Deckard? Iris no podía recordar las palabras exactas; alguna pregunta estúpida sobre si el búho era real o no. Como si eso importase. Iris volvió a mirar la colección de búhos; algunos de ellos estaban colocando sus alas a su alrededor otra vez, como si el sonido de voces humanas los hubiese sobresaltado de su sueño—. Pero no distinguiría una clase de otra —hizo un pequeño encogimiento de hombros—. No es exactamente un tema en el que esté interesada.

—Así entiendo —el anciano se abrió camino más adentro de la habitación, extendiendo el bastón de múltiples pies y después arrastrándose detrás de él—. Lo sabemos todo sobre ti… Iris, ¿no es así? —le sonrió con dientes traslúcidos por la edad cuando pasó lentamente por delante de ella—. Puedes llamarme Carsten, si quieres.

—¿Por qué? —se quedó con las manos en las caderas, observándolo—. ¿Es su nombre?

—Ho, ho. Muy policial por tu parte, estoy seguro —irradiaba una centelleante personalidad de abuelo—. Las mujeres jóvenes no deberían entrar en tu línea de trabajo. Las vuelve cínicas.

—Incorrecto. Era cínica antes de convertirme en policía.

—Eres la excepción, entonces —Carsten no la miró, sino que se quedó directamente delante de los búhos, sus dos manos nudosas con manchas marrones plegadas sobre el asa de goma del bastón; miró hacia arriba, como admirando las aves—. Pero eso es algo más que sí sabemos, de hecho, sobre ti. Que algunas cosas, que para otras personas son opcionales (esto es, una cuestión de elección para ellas), o los resultados de sus experiencias formativas, no son así para alguien como tú —la miró por encima del hombro—. Como has indicado en más de una ocasión, comenzaste de esta manera.

—Cristo, ni siquiera sé de qué está hablando. —Iris empezaba a pensar que ése era el elemento esencial de la exasperante maldición oscura que le habían impuesto. Desde la muerte del replicante Enesco, todos con los que se encontraba parecían hablar en acertijos, extrañamente profundos en la superficie, pero vacíos como globos una vez las palabras habían sido peladas. *Como si estuviesen intentando,* pensó irritada, *joder con mi cabeza.* Con qué propósito, todavía no había podido determinarlo—. Mire, ¿por qué no me dice simplemente qué quiere de mí?

—¿*Querer* de ti? —la idea pareció divertir a la anciana figura. Su sonrisa, con sus dientes de apariencia desgastada, se ensanchó—. ¿Por qué debería nadie *querer* algo de ti? Eso indicaría que *tienes* algo. ¿Lo tienes?

—Sólo esto —tomó el arma del bolsillo de su chaqueta y la sostuvo—. Quizá no la haya usado lo suficiente. Si sabe lo que quiero decir.

—Puedo imaginarlo —sin arrugarse, Carsten volvió a admirar los búhos organizados sobre sus perchas—. Ésa es indudablemente otra característica de tu desafortunada profesión. Si no puedes descifrar lo que necesitas saber, en el sentido de determinar las respuestas a tus muchas preguntas, crees que puedes forzar que se produzcan. Puedes poner tu arma en la cabeza de alguien y entonces esa persona te contará tanto lo que es

verdad como lo que es necesario, lo cual, por supuesto, no siempre es la misma cosa, ¿lo es?

—Me contentaría con cualquiera en este punto.

—La moderación de los deseos de uno —dijo Carsten— es el punto en el que comienza la sabiduría. Ven aquí, encanto —ya no le hablaba a Iris, sino a uno de los búhos posados delante de él. Un espécimen marrón rojizo extendió las alas y las batió audiblemente hasta el brazo extendido de Carsten. Iris vio entonces que ninguno de los búhos estaba encadenado o sujeto de otra manera a la extensión de metal sobre la que se sentaba—. Buena chica —manteniendo un brazo a nivel, acarició la cabeza del búho con la otra mano. La manga de su anticuada chaqueta de tweed no tenía ningún acolchado o protección de cuero aparente; de alguna manera el búho se las arregló para impedir que sus garras afiladas penetrasen el tejido áspero y la piel de dentro, como si hasta su potencial inadvertido para dañar hubiese sido domado—. La vida no es tan mala aquí, ¿lo es? —Carsten miró a Iris, de pie detrás de él—. Pueden ser criaturas muy difíciles de mantener en cautividad. Son sensibles a toda clase de condiciones: humedad, grados de exposición a la luz, ese tipo de cosas. Pero puede hacerse.

—Si se sabe lo que se está haciendo, supongo. —Iris observó mientras el anciano tomaba del bolsillo de su chaqueta una pequeña bolsa de plástico llena de trozos de carne; transfirió la bolsa a su otra mano, y luego extrajo de ella los pedazos rojos mojados y los dio de comer uno a uno al búho en su brazo. Los otros búhos miraban el proceso con interés entusiasta, algunos de ellos batiendo parcialmente las alas, otros arrastrándose de un lado a otro sobre sus perchas de metal—. Nunca cuidé de un animal; quiero decir, como una mascota o algo así. Tuve un charlas un tiempo, hasta que alguien enredó con él, pero no es lo mismo. Están diseñados para ser de bajo mantenimiento.

—No son lo mismo en absoluto —coincidió Carsten, dando otro trozo al búho—. Además, una criatura viviente reacciona a los estímulos a su propia manera; pueden ser impredecibles, hasta las más simples. Éstos —cabeceó hacia las aves de ojos dorados— todavía son esencialmente salvajes; nunca pueden domesticarse realmente —su frágil rostro parecía tan triste como bien informado—. En el mejor de los casos, podría decirse que he alcanzado cierto entendimiento con ellos. Se abstienen de sacarme la sangre (así hacen ahora, al menos); costó un tiempo, y bastantes cicatrices, antes de que llegásemos a ese punto, y a cambio obtienen las pequeñas golosinas que desean.

—Entonces son afortunados.

—No, sólo listos —dijo Carsten—. O suficientemente listos. Más listos que los seres humanos, en cualquier caso. Más listos que tú.

—Quizá sea así. —Iris observó al búho tomar otro trozo de las puntas de los dedos del anciano—. Pero no tiene que restregármelo.

—No se pretende herir, sino motivar. Hay cosas que quieres saber, ¿por qué no hacer las preguntas?

—Hacer preguntas —dijo Iris— es lo que me ha metido en tantos problemas.

—Sólo porque no hiciste bastantes. O no las correctas. La gente muy raramente lo hace. —Carsten deslizó la bolsa de plástico en el bolsillo de su chaqueta; con un ademán arrojadizo con las manos vacías, envió al búho aleteando de vuelta a su percha—. Pero ésa es la opción que tienes ahora. Así que adelante. Lo que esté en tu mente.

—Muy bien —Iris miró de él a los búhos, y después de vuelta—. ¿Alguno de estos es Scrappy?

—¿Perdón?

—No pregunto por sus tipos. Sus nombres. Lo que quiero saber es si alguno de estos búhos se llama Scrappy.

—Ah —asintió Carsten—. Como Scrappy, el búho que una vez perteneció a la Corporación Tyrell. Y a Eldon Tyrell, en particular.

—Ése es.

—Una petición que vale la pena —dijo Carsten—, dada la cantidad de problemas por los que has pasado para encontrar ese búho en concreto. Desafortunadamente, y no sólo para ti, ninguno de los búhos que ves aquí ante ti es de hecho el que el Dr. Tyrell llamó de manera tan divertida «Scrappy». Y déjame contestar tu siguiente pregunta antes de que la hagas: el búho que has estado buscando nunca ha estado en realidad aquí en nuestra instalación. Por mucho que desearíamos que fuese de otra manera.

Iris reflexionó sobre las palabras del anciano. Por lo que podía determinar, decía la verdad. Incluso aunque al menos un par de los búhos, incluyendo el que acababa de alimentar, se parecían al que le habían mandado encontrar, no era lo bastante experta en pájaros para hacer una identificación específica; y el esquivo Scrappy no había estado en su posesión el tiempo suficiente para que ella hubiese memorizado cualquier característica clave particular. Excepto porque era salvaje, con una cadena unida a su pie atado para impedirle escapar; los de aquí estaban visiblemente libres de cualquier atadura semejante. Como Carsten había afirmado, no podían ser exactamente domesticados, pero no tenían ninguna inclinación a no merodear y que les entregasen sus convites.

—Vale… —Había al menos un objeto de interés en lo que esa persona, Carsten, le había contado—. Así que supongo que ustedes aquí fuera son los que querían encontrar el búho de Tyrell. Quiero decir, los que de verdad lo querían y no sólo una organización fachada.

—Por supuesto queríamos encontrarlo. —Carsten se limpió fastidiado las puntas enrojecidas de los dedos con el pañuelo que había tomado del bolsillo interior de su chaqueta—. Pero no es una característica exclusiva de nuestro pequeño grupo. Hay otros además de nosotros que querrían tener posesión de ese mismo animal.

Quizá, pensó Iris para sí misma; en ese punto, no estaba preparada para creer ni siquiera eso. *Por todo lo que sé, sólo hay una organización, o quizá sólo una persona, que quiere la cosa.* Y todos los demás eran fachadas para esa entidad misteriosa. Dijo sus siguientes palabras en voz alta:

—¿Como quién?

—Oh… *muchos* —los hombros frágiles de Carsten se levantaron en un encogimiento—. Te sorprenderías, estoy seguro, si te diese una lista exhaustiva de todo el que está interesado en lo mismo (el búho) que tú y yo. O de quién lo ha estado en el pasado. Es un objeto de un valor considerable. Merece la pena recorrer grandes distancias para adquirirlo, te lo aseguro.

—¿Por qué? ¿Qué es tan valioso en él?

—Ahí ya —el anciano asintió en obvio reconocimiento—. Ésa es la cuestión importante, ¿no lo es? La pregunta de cuya respuesta deberías haberte cerciorado *antes* de partir en esta búsqueda tan problemática. *Por qué* siempre es más importante que *quién* o *dónde*; ya que conocer el porqué de algo es conocer, *in potentia*, todas las otras preguntas y respuestas también.

La otra parte de la maldición: esas explicaciones raras de narices. Iris esperaba no tener que sentarse para otro sermón, como de la clase que Vogel y los otros habían tomado el hábito de soltarle.

—Muy bien —dijo Iris—. Misma pregunta, entonces: ¿qué es tan valioso en el búho de Tyrell?

Carsten dio una lenta sacudida de cabeza.

—No es una pregunta fácil de responder.

—Me lo temía. De alguna manera sabía que me iban a engañar con esto. Otra vez.

—En absoluto —el tono de Carsten era tan moderado como divertido—. Tu cinismo de tipo policial se está llevando lo mejor de ti. Aunque por supuesto, dados los eventos recientes en tu vida, puedo entender bien por qué. Con todo, deberías hacer un esfuerzo para no volverte amargada; no es una actitud que te convenga mucho, considerando las cosas notables que hay esperándote.

—¿Qué? —Iris lo miró con asombro perplejo—. Debe de estar bromeando. ¿Qué demonios se supone que significa *eso*? —Pudo oír a un par de búhos sobre sus perchas, batiendo las alas con alarma cuando su voz se alzó—. Si hay *más* esperándome, no quiero saber lo que es. Ya me han despedido del trabajo, que me *encantaba*, y no necesito que me cuente lo que estaba tan mal en ello; además, antes de eso, terminé con el cerebro frito por un charlas de cables calientes al que también era aficionada, *y* desperté en el hospital del departamento de policía, de lo que *nunca* he estado contenta. Y todo eso fue *antes* de que me arrastrasen por las ruinas de la Corporación Tyrell. —Sabía que estaba avivando su rabia, y no le importaba—. Ni siquiera entremos en lo que su grupo hizo para traerme aquí. Si todo lo que quería era tener una plática como las otras que he tenido recientemente, todas las cuales no me dijeron una maldita cosa, y alardear de su colección de pájaros, la próxima vez… —Iris punzó el dedo hacia el anciano—. *La próxima vez,* sólo *envíeme* su invitación.

—De verdad —ninguna de sus palabras enojadas había perturbado la conducta plácida de Carsten—. Y si lo hubiese hecho, ¿la habrías aceptado? Creo que no. Por favor… —extendió una pequeña mano suavemente rosada hacia ella—. ¿Por qué no

comenzamos de nuevo? Como si acabases de atravesar la puerta, habiendo venido aquí por tu propia voluntad.

—Sería el no va más.

—Quizá —Carsten hizo otro pequeño encogimiento de hombros—. Admito que eso habría requerido una cantidad presciente de sabiduría por tu parte. *Realmente* no podemos esperar eso de otra gente, ¿cierto? Así que *finjamos* que has sido tan inteligente como para haberlo hecho así —bajo sus manierismos de abuelo era discernible una capa de acero. Sus ojos pequeños no parpadearon tanto como destellaron con el filo de un instrumento lo bastante agudo para cortar a través del comportamiento duro de la otra—. Mira: aquí hay café —hizo un ademán hacia una mesa a un lado de la habitación—. Café auténtico, no cualquiera de esas cosas sucedáneas. Esos subproductos industriales que venden en esos puestos callejeros harán un agujero en tu intestino delgado.

—Tiene razón en eso —dijo Iris. Conocía a un puñado de policías retirados que habían tomado el mal hábito, cuando todavía estaban en el cuerpo, de aparcar sus rotadores junto a una de esas operaciones xeno-parlantes baratas y apurar una taza de poliestireno de un cuarto de galón[25] llena de basura hiper-cafeinada simplemente para pasar un par de turnos de principio a fin. Todos habían terminado con bolsas de colostomía además de sus cambios de humor de las grandes ligas de la Curva de Wambaugh.

—Muy caro, por supuesto; y sólo para ti. No lo haríamos por cualquiera, créeme. Tenemos que trabajar dentro de nuestras restricciones presupuestarias. A diferencia de tus antiguos patrones, tenemos que depender de nuestras propias fuentes privadas de fondos operativos. Venga —Carsten la dirigió hacia la mesa, donde sirvió una taza de una jarra térmica. Se la entregó, y luego señaló los otros artículos en la mesa—. Y seguramente debes de estar hambrienta, después de todo el gasto de energía y en el frío y la humedad, ¡pobrecita!, en las ruinas de la Corporación Tyrell. Por favor, sírvete. Para eso está.

Iris se dio cuenta de que se sentía tan hambrienta como cansada. El leve decaimiento de su ira había sido producido por la hospitalidad del anciano, aunque falsa; suficiente para exponer que la pura adrenalina y el temperamento habían estado manteniéndola en marcha. Tomó el plato que Carsten le alargaba, y después observó mientras depositaba una rosquilla de gelatina en él.

—Eso es un tópico —sacudió la cabeza.

—Mis disculpas —Carsten parecía sinceramente compungido—. No había intención de inferencias policiales simples. Pero como decía, nuestros recursos son limitados. Y esto… —se volvió, haciendo un ademán al interior del edificio—. Esto es sólo una disposición temporal. Provisional. Estaremos aquí sólo mientras lo necesitemos. A fin de terminar el trabajo. Así que no hemos establecido una cocina apropiada. No hay muchos de nosotros y podemos arreglárnoslas, de momento, sin una.

Iris tomó un bocado.

—¿Quiénes son esos «nosotros»? —Tragó—. ¿Quiénes son ustedes?

[25] Cerca de un litro (N. del T.)

—Otra buena pregunta —Carsten asintió aprobando—. Estás mejorando en esto. Algún día… —su voz se apagó, casi hasta un susurro—. Algún día sabrás… exactamente la pregunta indicada que hacer. Y entonces… —le acercó la mirada de sus pequeños ojos pálidos otra vez, desde el punto focal interior al que había caído—. Entonces tendrás que decidir si hacerla o no.

Ella se congeló en el lugar, entre latidos de corazón y los pequeños movimientos casi silenciosos del anticuado reloj numerado en la pared de la habitación. Un viscoso hilo rojo de la rosquilla medio comida bajaba lentamente por la parte interior de su muñeca.

—No estés asustada —dijo Carsten amablemente—. Quizá tengas suerte. Ese momento podría no llegar nunca.

Asustada. Podía recordar cuando el mismo miedo la había tocado antes. Entonces había traído lágrimas, un ataque de llanto, del cual ya no se avergonzaba. Porque ahora sabía que había tenido razón en estar asustada. *Sí que era exactamente como yo*, pensó Iris. El recuerdo de esa imagen, de la cara de la mujer, la replicante llamada Rachael, llenó la pantalla detrás de sus ojos. También hubo una pregunta entonces que podría haber hecho, pero no la hizo. Porque estaba demasiado atemorizada para hacerla.

Su mano fue a su boca, automáticamente, y tomó otro mordisco de la rosquilla. No quería que Carsten (quienquiera que fuese) supiese cómo las palabras de él, y la memoria de ella, la habían asustado. Su boca se había secado tanto que apenas podía tragar.

—Bébete tu café —Carsten había notado su esfuerzo, cercano al ahogo—. Ayudará.

Ella obedeció. Pudo sentir su pulso ponerse en marcha otra vez.

—¿Podrías desplegar esto por mí? —Carsten había sacado una silla metálica, como en las que se habían sentado Iris y el guardia en el otro edificio—. Las juntas están un poco oxidadas… como las mías, supongo —el centelleo simulado apareció en sus ojos otra vez, como si fuesen algún tipo de gema artificial barata—. Y la otra también. Bien podemos ponernos cómodos. Tenemos mucho de lo que hablar.

Iris colocó las sillas a cada lado de la mesa. Ella y Carsten se sentaron (crujiendo, en el caso de él) con la jarra térmica entre ellos.

—Has hecho una pregunta. —Carsten rellenó la taza de ella, y después sirvió una para sí mismo—. Y como indicaba, una de las mejores disponibles para ti. Así que me siento obligado a respondértela. No quiero que pienses que estoy malgastando tu tiempo.

—No sería el primero —dijo Iris.

—Ah. Pero con nosotros (esto es, tú y yo), es diferente. Sé cuánto tiempo tienes. Y no te sobra.

Ella apuró la taza de una vez, la cabeza echada hacia atrás; después la colocó vacía sobre la mesa.

—Continúe.

—Querías saber quiénes somos. —Carsten rodeó su propia taza con ambas manos, como intentando calentar su fría sangre anciana—. Nuestra organización, tal como es, no

tiene nombre identificador u otro identificador. Ni siquiera es una organización; más bien una amalgama, o un consejo *ad hoc*[26].

—Para un consejo, parecen tener una enorme cantidad de miembros. Era una manada de bastante buen tamaño la que tenían persiguiéndonos a mí y a Vogel a través de las ruinas de la Corporación Tyrell.

—Empleados leales —dijo Carsten—. Como la mayoría de la gente que puedas encontrar aquí. Verás, el consejo, tal como es, se compone de las otras organizaciones (compañías, algunos laboratorios de investigación) que estuvieron involucrados en el diseño y producción de los llamados «replicantes», antes de que la Corporación Tyrell estableciese su monopolio en ese campo.

Iris recogió su taza vacía.

—¿Hubo otras compañías haciendo replicantes?

—Varias. —Carsten le sirvió una recarga—. Sudermann, Grozzi… de hecho, la compañía de la que yo era el oficial técnico jefe, Derain *et Cie*, tenía varias patentes clave, sin las cuales no se podía fabricar ningún replicante viable en absoluto.

—Espere un minuto. Pensaba que Eldon Tyrell inventó la tecnología replicante.

—¿Toda por sí mismo? Es un buen chiste —la sonrisa tenue en la cara de Carsten no mostró ningún rastro de diversión—. Eldon Tyrell, y la Corporación Tyrell, ciertamente querían que otra gente lo creyese. Pusieron a muchos de sus agentes de relaciones públicas la tarea de implantar esa idea, y en gran medida tuvieron éxito. Pero tuvieron ayuda: la Corporación Tyrell no logró su monopolio en la industria del replicante sola. Esencialmente les dieron el monopolio, o más bien, fue robado para ellos.

—¿Quién hizo eso?

—Ah. Como habrían dicho los antiguos romanos, ¿*cui bono*? ¿Quién se beneficia? Una expresión excelente para ayudar a determinar la verdad, y a los culpables —Carsten sonaba tan amargo como sarcástico—. Obviamente, la Corporación Tyrell se benefició, pero ellos no fueron los que lo hicieron. Simplemente recibieron los bienes robados en sus manos; o, más bien, en las manos de Eldon Tyrell. Tendrás que perdonar mi animosidad personal hacia el hombre; digamos sólo que no derramé ninguna lágrima cuando oí que lo había matado una de sus propias creaciones, el replicante conocido como Roy Batty.

—Supongo —dijo Iris— que recibió lo que merecía.

—Podría decirse. Y se tendría razón. Las ruedas de molino de los dioses muelen despacio, pero muelen extremadamente fino —una nota de satisfacción macabra sonó en la voz de Carsten—. Algún día, ciertos burócratas de Naciones Unidas, los que están a cargo del programa de emigración, también recibirán lo que merecen. Fueron los que entregaron el monopolio del replicante a la Corporación Tyrell. Eldon Tyrell era simplemente su lacayo, siguiendo sus órdenes, haciendo lo que ellos querían. Tyrell podría haber pensado diferente, pero era un ególatra. Y uno engañado.

Iris sorbió el café. Miró por encima del borde de la taza a Carsten.

[26] Locución latina que significa «para este propósito» (N. del T.)

—¿Está diciendo que las Naciones Unidas estaban detrás de la Corporación Tyrell?

—Todo el tiempo —el mal genio del anciano se había calmado, pero todavía estaba visiblemente presente—. Hasta podría decirse que la Corporación Tyrell no era más que una organización marioneta, una subsidiaria totalmente controlada del programa de emigración de Naciones Unidas. A cambio de su completa cooperación, a Eldon Tyrell le entregaron todas las ganancias de la industria del replicante, que por supuesto fueron considerablemente aumentadas por los pedidos de producción incrementados, hechos por parte de las Naciones Unidas por esos replicantes para trabajo de esclavo dados a los emigrantes humanos. Un poco un pacto con el diablo, me temo, para el pobre Eldon; se convirtió en el amo de la industria del replicante, con todos sus competidores eliminados, más bien violentamente, también, por las unidades militares de las fuerzas especiales de élite de Naciones Unidas; recuerdo cuando los escuadrones de cascos azules llegaron a la puerta de mi compañía. No fue bonito —los pequeños ojos pálidos en la cara del anciano parecieron nublarse con la memoria—. Y no hubo muchos de nosotros que sobrevivieran: de los ejecutivos de Derain en la oficina central en Poitiers, fui el único que salió vivo. Tuve que ir a la clandestinidad y reconstruir la corporación desde nuestro personal de sucursal, o al menos a los que pude llegar antes que los cascos azules. Eso llevó mucho tiempo, y había un límite a cuánto podíamos conseguir, incluso trabajando con los otros diseñadores y fabricantes de replicantes que se las habían arreglado para sobrevivir al proceso de exterminio. Nuestro pequeño «consejo» tenía que detener su trabajo sólo para intentar permanecer entre los vivos. Y todo el tiempo, Eldon Tyrell y la Corporación Tyrell estuvieron instalados como los amos de la industria del replicante, pero como decía, a un precio. Tyrell tuvo la correa del programa de emigración de Naciones Unidas alrededor del cuello desde el principio. Y para un tipo impulsado por el ego como él, eso tuvo que ser mortificante.

—Apuesto a que sí —dijo Iris.

Una fina sonrisa apareció en la cara de Carsten.

—Quizá Eldon Tyrell cometió el error de intentar quitarse esa correa; podría haberse convencido de que él y su corporación se habían vuelto más poderosos que las Naciones Unidas, o de que de alguna manera podía protegerse del castigo por su deslealtad. Y como sabemos, en eso se equivocaba.

—Espere un minuto —Iris miró con cautela al anciano sentado al otro lado de la mesa—. ¿Está diciendo que las Naciones Unidas fueron responsables del asesinato de Eldon Tyrell? Eso significaría que el replicante Roy Batty, el que realmente aplastó el cráneo de Tyrell, operaba bajo las órdenes de Naciones Unidas.

—En absoluto. Es casi seguro que el replicante Roy Batty actuaba según su propia agenda personal cuando mató a Eldon Tyrell. Pero al mismo tiempo, hay algunas, podríamos decir, circunstancias sospechosas sobre cómo Batty y los otros replicantes en su grupo de fugitivos fueron capaces tanto de llegar a la Tierra como también de penetrar los sistemas de seguridad de la Corporación Tyrell. En cada paso del camino, las cosas fueron extrañamente *posibles* para el grupo de Batty. ¿*Cui bono*? ¿Hm? Si las autoridades

de emigración de Naciones Unidas querían eliminar a un asociado que se había vuelto demasiado problemático para mantener una relación con él, no tenían que enviar ningún escuadrón de impacto de cascos azules tras él; eso habría sido un poco demasiado evidente, hasta en un lugar como Los Ángeles. Cuánto más fácil y sigiloso, aunque no menos certero y fatal, asegurarse simplemente de que un asesino como el replicante Roy Batty pudiese obtener acceso a Tyrell.

—Sin embargo, no tiene ninguna prueba de eso.

—Cierto —otro encogimiento de los hombros de aspecto frágil—. Hasta se podría decir que podrían no ser más que ilusiones por mi parte; mi animosidad personal hacia el difunto Dr. Tyrell es sin duda evidente. Pero difícilmente estoy solo en haberlo querido muerto; se había creado muchos enemigos, tanto humanos como de otro tipo. Y Tyrell indudablemente tenía la clase de mente taimada, taimada por ser taimada, que no habría estado satisfecha con su posición privilegiada como lacayo industrial del programa de emigración de Naciones Unidas; quizá tuvieron que eliminarlo para cortocircuitar cualquier maquinación que pudiese haber tramado. ¿Pero como prueba absoluta? —Carsten sonrió—. Digamos sólo que, al igual que soy ciertamente mayor que alguien como tú, también puedo ser al menos un poco más sabio cuando se trata del mecanismo del universo.

—Quizá —era el turno de Iris de encogerse de hombros; no iba a discutir el punto con él. Y si realmente Carsten había matado él mismo a su antiguo rival Tyrell, o había organizado que sucediese, y ahora intentaba alejar la culpa hacia las Naciones Unidas, no era de su incumbencia; no había sido nada asignado a ella, ni siquiera cuando estaba con el departamento—. Así que tiene su consejo de todas las compañías que fueron jodidas por la Corporación Tyrell —hizo un gesto hacia el anciano con el borde de su taza—. ¿Qué intentan lograr ahora? ¿Volver al negocio? Parece que ahora sería un buen momento, dado que la Corporación Tyrell parece estar bastante difunta.

—No es tan sencillo —dijo Carsten sombríamente—. Nada lo es nunca. Incluso si las autoridades de emigración de Naciones Unidas fuesen conscientes de nuestra existencia (y hemos hecho muchos esfuerzos para asegurarnos de que no lo sean), sería difícilmente probable que nos devolviesen la industria del replicante. Hacerlo significaría revelar cómo intentaron aniquilarnos en primer lugar; eso es algo de lo que las mismas Naciones Unidas, los niveles administrativos *por encima* del programa de emigración, podrían no estar al corriente. Hay todo indicio de que el programa de emigración podría de hecho ser un elemento rebelde en las Naciones Unidas, operando por su propia iniciativa, fuera de la supervisión y control de cualquier otro. Sólo pueden continuar así, y evitar ser devueltos bajo disciplina administrativa, si mantienen en secreto la clase de actividades ilícitas en las que han estado comprometidos —Carsten se inclinó a través de la mesa, su voz despojada hasta la seriedad absoluta—. Las autoridades de emigración están demasiado metidas para dejar que salga la verdad sobre cómo permitieron a la Corporación Tyrell dominar la industria del replicante. Preferirían destruir esa industria, *y hasta el mismo programa de emigración*, antes que revelar eso.

Iris no dudaba del análisis del anciano. Era una perogrullada de investigación. *La tapadera*, se dijo a sí misma, *siempre es peor que el crimen original*. Especialmente en que creaba un ciclo interminable que se ponía progresivamente más violento y despiadado a medida que caía en espiral, con una tapadera sucediendo a otra para esconder un crimen original que se hacía progresivamente más pequeño e insignificante, en comparación.

—Vale —dijo Iris—, misma pregunta, entonces. ¿Cuál es la agenda? ¿Qué es lo que quieren, muchachos?

—¿En términos prácticos? Muy bien —Carsten tendió planas las pequeñas manos con manicura delicada sobre la mesa—. Queremos el búho.

Sabía que venía eso.

—El búho, ¿eh? Por lo cual, entiendo, se refiere al búho de Eldon Tyrell. El bueno y viejo Scrappy.

Carsten asintió.

—Por supuesto.

—¿Qué pasa con los que tiene? —Iris cabeceó hacia las aves de ojos dorados posadas en la pared opuesta—. ¿O intenta completar un surtido entero?

—Muy gracioso. No hay absolutamente nada malo en ellos; son, en efecto, criaturas muy valiosas. De muchas maneras, y no sólo en el mercado abierto, donde tales cosas son apreciadas por su rareza —Carsten apartó la mirada de ella y observó los búhos. Algunos de ellos habían cerrado los ojos, como durmiendo aparentemente; los otros le devolvieron la mirada sin pestañear—. Tienen un valor específico y único para el consejo del que soy parte. Pero el búho llamado Scrappy (el búho de Tyrell, que has estado persiguiendo tan asiduamente) tiene un valor aún más grande, aunque similar.

—¿Cuál es?

—Bien hecho —Carsten asintió con aprobación—. Definitivamente le estás pillando el tranquillo. Esto es, a hacer las preguntas apropiadas. Lo estás haciendo muy bien. Cuando sepas específicamente por qué el búho en cuestión es tan valioso para nosotros, habrás avanzado un largo camino hacia las respuestas de muchos de los enigmas a los que te enfrentas.

—Por eso he preguntado. —Iris se sirvió más café de la jarra; sólo quedaba suficiente para llenar a medias la taza—. No es que espere una respuesta directa o algo así.

—Ahí es donde te equivocas —dijo Carsten—. Todo ha sido organizado, con gran esfuerzo, podría decir, precisamente para que se te diese esa «respuesta directa». Tan importante como es para ti descubrir esas cosas, es igualmente importante para nosotros que te sea posible descubrirlas.

Iris había tomado suficiente café; pudo sentir el conocido y confortable zumbido nervioso de la cafeína bajándole por los brazos y a las manos cuando apartó la taza.

—Demuéstrelo —dijo.

—Como quieras —Carsten se levantó de la mesa—. Sígueme.

14

—¿Estás segura de que no quieres descansar un poco primero? —el anciano miraba solícito a Iris—. Podríamos prepararte un catre en uno de los edificios privados más pequeños; las ventanas ya están cubiertas.

—Estoy bien —Iris siguió caminando, la cabeza abajo para protegerse los ojos del deslumbramiento del sol de mediodía—. No se preocupe por mí.

Cuando hubieron salido del edificio, con su café sobre la mesa y su colección de búhos posados, la luz del día la había golpeado entre los ojos como un puño caliente. Podía sentir el sudor filtrándose en el tejido rasgado de su camisa con motivos vaqueros mientras caminaba junto a Carsten. Su presencia, y el paisaje arenoso bajo las suelas de sus botas, estaban oscurecidos por las cambiantes imágenes remanentes fundidas que habían quemado más allá de sus pupilas.

—En serio —dijo Carsten. Podía ser detectado mirándola a la cara mientras abría el camino a su destino—. Has estado en pie mucho tiempo. Podrías ni siquiera ser consciente de exactamente cuánto. Y hay asuntos de gran importancia ante ti. Necesitarás estar preparada para ellos.

Ella sabía que tenía razón; su reloj interno había perdido las manecillas, asumía que hacía mucho tiempo. Los dígitos brillantes dentro de su cabeza que seguían el curso de las horas se habían oscurecido. Había entrado en la zona de fatiga, conocida para ella de persecuciones de días de replicantes huidos, alimentadas por adrenalina más que por cualquier estimulante ilegal. Ir como una moto por el café de Carsten, genuino como era, no había ayudado en absoluto. El mundo le parecía bastante real (o demasiado real, como si los diales marcasen que la gravedad y la masa habían sido subidas a once), pero tenía dudas sobre ella misma. Iris sentía haberse desvanecido en alguna turbia insustancialidad erosionada por los nervios, como si fuese su propio fantasma, regresando para rondar algún lugar vagamente recordado de su vida real. *Como ver esa maldita película*, pensó sombríamente. Las imágenes en la pantalla habían sido la gente real; esa convicción irracional se movía inquieta por su mente.

—Estoy lista —dijo Iris. Levantó una mano, palma hacia fuera, para mantener a la imagen borrosa de Carsten a raya—. Tan lista como lo estaré nunca. —Ésa era la verdadera razón por la que no quería ir a dormir, sin importar cuán cansada y hecha un desastre se había quedado. En su condición actual, había poco que Carsten o cualquier otro pudiese decirle o mostrarle que la sorprendiese; la sensación de no existir realmente ponía una distancia cómoda entre ella y ese mundo en el que se había encontrado. Aquí, el sol del desierto martilleaba sobre ella y el oxidado equipo de mover la tierra doblado por la decadencia; pero en su cabeza, las refrescantes lluvias monzónicas de Los Ángeles continuaban escurriendo el polvo y el calor—. Dispare.

Las imágenes remanentes en sus ojos se habían desvanecido un poco; podía distinguir la expresión del anciano mientras la miraba a la cara.

—Respeto tu decisión —dijo después de un momento—. Después de todo… has recorrido un largo camino para esto.

—No de buena gana. —se limpió de los ojos las lágrimas del deslumbramiento con el dorso de la mano—. No olvide eso.

—Sabes —el anciano sonaba tan preocupado como antes— que podrías estar equivocada en eso.

—¿Y qué se supone que significa eso? —Iris se detuvo y se volvió hacia él—. Déjeme adivinar —dijo irritada—. Lo que está diciendo es que yo *quería* venir aquí. Y que de alguna manera lo he gestionado para que sucediese.

Detrás de Carsten, el desierto se extendía más allá de la maquinaria y la valla hundida, dunas rodantes superficiales y hierbajos marrones achaparrados punteando la vista todo el camino hasta las colinas grises en el horizonte. Pequeñas marcas de arañazos en el cielo sin nubes se movían en círculos lentos, revelándose como halcones (los últimos supervivientes en la naturaleza) buscando presas en el terreno con su afiladísimo escrutinio.

—En el fondo de tu corazón —habló Carsten sombríamente; toda posible ironía drenada de su voz aflautada—. Cuando estás buscando algo, es el último sitio en el que mirarías.

Con las manos plantadas en las caderas, Iris observó al anciano por unos segundos, y después sacudió la cabeza.

—No guardo —dijo— ni replicantes ni búhos huidos cerca de mis órganos vitales — se giró y comenzó a caminar otra vez en la dirección hacia la que habían estado yendo previamente.

Iris pudo oír a Carsten murmurar algo tras ella, casi inaudible.

—Que tú sepas —dijo. Ella lo ignoró.

Sin idea de adónde se habían estado dirigiendo, se paró y se encontró mirando la valla del complejo, rematada con alambre de espinas, a algunos metros. Los edificios bajos construidos en metal estaban en algún lugar tras ellos, cuando Carsten la alcanzó.

—¿Esto es lo que quería mostrarme? —Iris hizo un ademán hacia la valla y lo que había más allá—. Parece arena.

—Ahí no —Carsten le tocó el brazo—. Has caminado justo junto a ello. Sin ni siquiera verlo.

Ella se giró y miró donde el anciano señalaba. Una zanja angular había sido recortada en el terreno, excavada por un par de las máquinas de remover la tierra, minuciosamente resucitadas para ese propósito. Montículos de subsuelo más oscuro se mezclaban con la arena de color castaño claro de arriba, inclinados contra las orugas de la grúa y la excavadora con pala frontal.

—Un agujero en el suelo —dijo Iris—. Estoy menos que impresionada.

—Es lo que hay en el agujero lo que importa. Vamos.

La zanja había sido excavada de tal manera que dejaba una rampa de tierra conduciendo al fondo. Carsten empezó a bajarla; tras un momento, Iris lo siguió. Tuvo

que inclinarse atrás cuando pisaba, la mano contra el lateral que se desmoronaba de la zanja, para evitar que la grava se deslizase de debajo de las suelas de sus botas y la hiciese caer hacia atrás.

En el punto más bajo de la zanja había una abollada puerta de metal incongruentemente montada, sus goznes colocados en un marco circundante. El sol por encima se había movido de su cénit justo lo suficiente para que el suelo de la zanja se hubiese ocultado en sombra profunda; estando o pasando cerca de la zanja, habría sido incapaz de ver lo que había en ella.

Un escalofrío sepulcral punzó la piel de los antebrazos de Iris. Ella y Carsten estaban bastante por debajo de la superficie del desierto (el borde de la zanja estaba al menos un par de metros por encima de su cabeza) para que la temperatura del aire hubiese caído varios grados. No era suficiente, sin embargo, para contar para el punto de frío que sintió arrastrándose hacia el tuétano de sus huesos, o para la capa nacarada de humedad condensada que se había juntado en la puerta. Iris alargó y tendió la palma contra el metal, dejando que la diferencia térmica arrastrase su propia sangre sobrecalentada por un momento. Cuando la apartó, la huella de su mano permaneció, con gotas claras de agua reunida y goteando tanto de su base como de su propia muñeca.

—¿Guardan sus provisiones aquí? —Iris se limpió la mano húmeda en los pantalones—. Buena idea. Las cosas podrían deteriorarse bastante deprisa en esta clase de clima.

—Un poco más importante que eso —buscando en los bolsillos de su chaqueta, Carsten sacó un aro de llaves, unas anticuadas de latón sin mini-luces intermitentes ni cualquier otro signo de codificación de seguridad digital—. Como estoy seguro de que coincidirás, sólo un poco. —Desbloqueó la puerta, y después giró con ambas manos una palanca con forma de barra. Una nube de humedad aún más fría, como una pequeña bocanada de viento ártico liberado de una botella invisible, sopló a través de él y de Iris cuando abrió la puerta muy aislada.

Iris sintió a alguien observándola, el peso de la mirada de otro cayendo desde arriba, a través de sus hombros. Levantó la vista y vio que era más de una persona: debía de haber al menos una docena de ellos al borde de la zanja, como dolientes en un servicio de entierro, mirándola con sombrías expresiones serias. Iris reconoció a uno de ellos como el guardia que se había sentado frente a ella en el primer edificio pequeño de techo metálico al que la habían llevado; supuso que los otros, como el guardia, habían sido parte del equipo de persecución que los había localizado a ella y a Vogel en las ruinas de la Corporación Tyrell, en Los Ángeles.

—¿Qué demonios quieren? —mirando directamente arriba a los ojos de los hombres que observaban, Iris empujó a Carsten con la punta del codo—. Quiero decir, ¿qué quieren *ahora*?

—¿Qué es eso? —Carsten estaba devolviendo meticulosamente la llave a su bolsillo; giró la mirada en la dirección de la de Iris, y vio a los hombres más jóvenes arriba. Goteaba gravilla arenosa suelta por los lados de la zanja, desalojada por sus botas—.

Oh… es natural —volvió a mirar hacia Iris—. Tendrás que disculpar algo de curiosidad, y aprensión, por su parte. Saben lo importante que es tu presencia aquí.

—Sí, bueno —Iris se abrazó a sí misma contra el aire frío que había salido del espacio que había más allá de la puerta de metal. Se había acostumbrado tanto a moverse en invisibilidad virtual en sus encargos sanguinarios a través de las calles de la ciudad distante, sin ninguno de los habitantes prestándole ninguna atención a ella o a su arma alzada, que ser observada silenciosamente de esa manera era una experiencia nueva y desconcertante—. Sigamos con el espectáculo.

—Claro —Carsten empujó la puerta, con ambas manos esta vez, apoyándose en su peso grueso. La nube de escarcha, más grande que antes, le eclipsó momentáneamente la cara y la parte superior del torso, pasando junto a él como el soplo de un mar con olor a antiséptico—. Venga.

Dentro estaba oscuro, e incluso más frío de lo que Iris había esperado, especialmente cuando Carsten cerró la pesada puerta aislada, sus bordes encontrando el metal circundante como si una tumba hermética hubiese sido instalada ahí debajo del desierto. La oscuridad fue absorbida y extinguida cuando Carsten accionó el interruptor junto a la puerta.

—Jesuristo —Iris se abrazó aún más fuerte, los dedos presionando a través de las mangas rasgadas de su camisa bordada. Pudo sentir el frío intenso marchando hacia el centro de su cuerpo, las vísceras contrayéndose—. ¿Qué demonios es esto? Alguna especie de…

Se calló cuando la sensación de ser observada, de ojos sobre ella, se manifestó una vez más. La sala estaba vacía, sin embargo, de toda cosa viviente excepto ella misma y el anciano; esta vez estaba segura de eso. No había ninguna pared de búhos posados con sus ojos dorados mirándola, juzgándola como presa o amenaza. Los muros de cemento gris estaban surcados en su lugar por cañerías y respiraderos de diámetro ancho, cubiertos de hielo; estalactitas diminutas, congeladas y vidriosas, se extendían desde el techo. Una luz fluorescente azul, desde tubos y paneles cuadrados intermitentes, llenaba la cámara tan vagamente que le llevó un momento darse cuenta de que los ojos cuya presencia había percibido, en la periferia de su propia visión, eran incorpóreos. Los ojos existían, pero los cuerpos humanos o humanoides que una vez podrían haberlos mantenido no estaban.

O nunca habían existido. Se giró lentamente en el aire helado de la sala, mirando alrededor a los vasos de precipitados y recipientes de cristal encima de unidades de almacenamiento industriales y bancos de laboratorio, con los ojos humanos esféricos, completos con tejido nervioso óptico posterior, flotando en algún líquido espeso, casi gelatinoso. Los ojos le devolvían la mirada, sin parpadear y sin emoción, como poseídos por alguna perspectiva atemporal sobre la locura humana, más allá de la resignación o el miedo.

—Conozco este lugar —dijo Iris en voz alta. Sus palabras, y cada aliento que exhalaba, colgaban delante de ella en una pequeña nube. Podía saborear los cristales de hielo formándose en la punta de su lengua—. Nunca he estado aquí, pero lo conozco.

—Es cierto. —Carsten, de pie junto a ella, no parecía notar el frío. Pasaba a través de su flaca figura sin ningún efecto evidente—. Estoy al corriente de que tu amigo Vogel te ha mostrado ciertas cosas. Una vieja película. Sobre gente como tú: policías, blade runners. Y sobre las otras cosas que también son como tú, a su propia manera. Sólo que ellos no llegan a vivir. No en la vieja película, y no en este mundo. Ellos tienen que morir.

—Una pena… para ellos. —El frio hacía que Iris apretase los dientes involuntariamente. Un escalofrío corrió subiendo por su espinazo y a través de sus hombros, invocado menos por la temperatura que por el inquietante aspecto de los ojos flotando en sus contenedores de cristal—. Deberían intentarlo con partes mejores la próxima vez.

—¿Pero sí reconoces esto? —Carsten hizo un ademán con la mano alzada al espacio que los rodeaba a él y a Iris—. ¿De la película?

—Claro —asintió Iris. En su memoria se repitió la escena de lo que había visto en el teatro privado de Eldon Tyrell. Había sido algo con un par de los replicantes huidos que el blade runner llamado Rick Deckard estaba rastreando, con intención de «retirarlos». Sólo que Deckard no había estado en la escena; habían sido sólo el líder de los replicantes fugitivos, el llamado Roy Batty, y el grande y estúpido con la barbilla floja cuyo nombre Iris no podía recordar en ese momento. Esos dos, y alguna clase de técnico de aspecto asiático, con tenue vello facial a lo mandarín e inglés chapurreado, una formación de lentes de aumento hacia arriba en su frente, y envuelto en pieles artificiales con tubos calefactores enchufados y arrastrados tras él. Los cuales el replicante Batty había arrancado con un siseo vaporoso, mientras él y el tonto aterrorizaban a la figura más pequeña—. Ha sido una parte realmente encantadora.

Yo hice tus ojos. Eso era lo que el técnico había dicho en un extraño éxtasis de orgullo en su propio trabajo, mientras señalaba con su mano enguantada hacia la cara malvadamente sonriente de Batty. Había parecido contento de tener esas pruebas andantes de su artesanía moderna, su contribución a la fabricación de la Corporació Tyrell de productos que parecían exactamente como seres humanos, hablaban y temían la muerte igual que los humanos, pero de alguna manera no eran humanos. *Tus ojos…*

—Sin embargo, no con un final feliz. Al menos no para el viejo Chew.

Ella supuso que ése era el nombre del técnico, tanto en la película como en la vida real, significara esto lo que significase. Si seguía significando algo en absoluto. En ese momento no podía recordar si alguien había dicho el nombre del hombre de barba tenue en voz alta, en el proceso del replicante Batty y su compañero extrayendo la información que querían de él. Información sobre el Dr. Eldon Tyrell, y cómo llegar hasta él. Lo cual tampoco había resultado en un final feliz para Tyrell.

Había algunas diferencias con la escena que había visto en la película *Blade Runner*. Más ojos sin cuerpo, para ser exactos. Chew había estado afanándose felizmente con sólo unos pocos, mirando por un microscopio y haciendo pequeños ajustes, probablemente a

un nivel sub-celular de tejido profundo, cuando Batty y el tonto grande llegaron paseando…

En el fondo de su cerebro, Iris se preguntaba, ahora, cómo los dos replicantes huidos habían entrado tan fácilmente, como si no hubiese habido cerraduras o sistemas de alarma conectados en el área de producción de un subcontratista de la Corporación Tyrell. En la película, Chew había parecido momentáneamente sorprendido de ver a las dos figuras allí, como si no debieran haber podido entrar y pillarlo trabajando. *Quizá este viejo tenga razón,* pensó Iris. *Quizá alguien sí engrasó su entrada.* Quizá no las Naciones Unidas, sino alguien con alguna clase de acceso interno al taller del técnico de ojos. ¿Tyrell? ¿Por qué habría querido Eldon Tyrell organizar esta muerte en particular? Iris podía sentir que se resbalaba, los pensamientos cayendo en espiral en otro retroceso infinito de paranoia y verdadera conspiración.

Lo único de lo que podía estar segura en ese momento era que en la película que había visto en lo profundo de las ruinas de la Corporación Tyrell no había habido tantos ojos, en tantos tarros y vasos de precipitados y matraces aforados. Ni siquiera la pared llena de búhos en el otro edificio del complejo había podido intimidarla tanto como lo que sucedía aquí.

—¿Qué hicieron? —Iris todavía no podía desenvolverse de sus brazos. Usó una inclinación de cabeza para indicar los recipientes con sus contenidos flotantes, como renacuajos blancos ciclópeos—. ¿Arrastrarlo todo desde los archivadores del tipo muerto?

—Hicimos más que eso —dijo Carsten. Aún no parecía afectado por el frío de la cámara, como si hubiese pasado allí tiempo suficiente para aclimatarse—. Esto es más que las viejas existencias de Chew; nuestro consejo limpió todos los otros laboratorios neuro-ópticos que habían sido subcontratados por la Corporación Tyrell. Había un distrito entero de alta seguridad en Taiwán, sin otra producción industrial que ésa; todo el lugar era un feudo virtual, con Eldon Tyrell como su amo y señor ausente. Ninguna de las operaciones europeas, mayormente alrededor de Nuevo Frankfurt y los sub-barrios del túnel de Mont Blanc, era tan grande como ésa, pero había más. Costó bastante tiempo, tras la destrucción de la sede de la Corporación Tyrell, localizar esas instalaciones y vaciarlas.

—¿Qué estaban buscando?

—Nada —dijo Carsten—. Los agentes de nuestro consejo sólo se estaban asegurando de que no sucedía nada en otro lugar, con alguno de los otros subcontratistas, que estuviese al mismo nivel que lo que había estado haciendo Chew en Los Ángeles. Antes incluso de que entrásemos en lo que quedaba de la instalación neuro-óptica de Chew, teníamos una buena idea de que allí era donde había estado avanzando el trabajo importante de diseño y creación de prototipos de Tyrell. Por ejemplo, estaba justo debajo de las narices de Eldon Tyrell, prácticamente hablando, de manera que habría podido mantener un ojo en ella sin tener que dejar la ciudad o la estación a enlaces de comunicación potencialmente vulnerables. El otro indicio era, por supuesto, que Chew

era el mejor en su campo particular; había sido oficial técnico jefe y director de operaciones en las instalaciones de Taiwán, construyéndolas de la nada, antes de que Tyrell lo trajese por aquí. Por eso su inglés era tan pobre, del modo en que lo has oído en la película que has visto; apenas era un angelino nativo. Hasta los tipos de sub-culturas étnicas normalmente pueden sacarlo mejor que eso, al menos cuando quieren.

—Sus habilidades lingüísticas no podían ser demasiado malas —dijo Iris—, si era tan importante para las operaciones de Tyrell como usted dice que era.

—Eso es porque los dos, Chew y Tyrell, hablaban un lenguaje universal, más allá del inglés o el macarrónico, de especificaciones de diseño y refinamiento de prototipos. No es como si necesitasen socializar el uno con el otro; Tyrell difícilmente era un tipo sociable, ¿no?

—No por lo que he oído —frotándose los brazos en un vano intento de crear calor, Iris miró alrededor del espacio cubierto de hielo otra vez—. Si me pregunta, usted y su grupo también están un poco en el lado obsesivo. De otra manera, no se habrían metido en tantos problemas para recrear el laboratorio de Chew aquí fuera en medio de la nada.

—Oh, no lo *recreamos*; ésta es la instalación del laboratorio neuro-óptico de Chew —una nota de orgullo sonó en la voz de Carsten—. Todo, hasta los muros exteriores. Incluso esto —Carsten se inclinó y sacudió cristales de hielo de un gran objeto rectangular apoyado contra uno de los bancos de trabajo. Accionó un interruptor en la parte trasera; con un tenue zumbido eléctrico, se encendieron letras de neón azules y plástico retroiluminado. En el cartel, cuando estuvo completamente iluminado, se leía TRABAJOS OCULARES L. A.—. Igual que en la película, ¿verdad? —Carsten sonrió a Iris mientras se erguía—. En realidad no era el nombre de la instalación de Chew: de hecho, ni siquiera tenía nombre, sólo un código de factura en la sección de I+D del presupuesto operativo de la Corporación Tyrell. Chew lo heredó de algún otro negocio que había estado allí antes, y se lo quedó como su pequeño chiste.

—Sí, bien; muy gracioso. —Iris no podía evitar tiritar; sentía como si la sangre en sus venas estuviese empezando a ponerse glacial por el frío de la sala—. ¿Cómo trajeron todo esto aquí?

—Costó algo de labor. —Carsten levantó uno de los frascos, examinó el ojo flotante de pupila azul de dentro, y después lo volvió a dejar—. Los agentes de nuestro pequeño consejo tuvieron que maniobrar bastante deprisa para lograrlo. Habíamos estado manteniendo un ojo en Chew algún tiempo; sabíamos para quién trabajaba, y lo importante que era ese trabajo para la Corporación Tyrell. En cuanto supimos que tanto Chew como Eldon Tyrell estaban muertos (ese Batty y los otros replicantes escapados habían hecho su tarea), supimos que teníamos al menos una pequeña ventana de oportunidad antes de que la Corporación Tyrell se reorganizase lo suficiente para mantener un seguimiento de sus subcontratistas. Afortunadamente, los edificios están constantemente siendo demolidos o construidos en la ciudad, así que no hubo ningún aviso, ni siquiera por la policía, cuando nuestro equipo desmontó Trabajos Oculares L.

A., lo empaquetó en media docena de contenedores de transporte y lo sacó de contrabando aquí fuera. Doce horas máximo, y era nuestro.

—¿Por qué lo enterraron?

—Varias buenas razones —Carsten hizo un ademán hacia los muros—. Aquí fuera en el desierto, el factor térmico surge con bastante importancia. Tenemos un par de generadores funcionando a toda máquina para mantener esto a la temperatura apropiada. Seamos prácticos: ¿por qué deberíamos hacérnoslo aún más difícil dejándolo al sol? Por no mencionar lo que ocurriría si hubiese un problema de algún tipo, como que el suministro de energía no funcionase bien —señaló el frasco que había dejado un momento antes; la paciente mirada silenciosa del ojo había girado hacia Iris—. Lo que tenemos aquí es básicamente tejido humano crudo, o tejido replicante, que es más o menos lo mismo, en términos de efecto de deterioro elemental. No tenemos la temperatura baja hasta las condiciones operativas de Chew, pero es suficientemente fría para nuestros propósitos. Y nos gustaría mantenerla así. Aquí abajo, bajo tierra, las cosas permanecerían básicamente frías al menos hasta que nuestro personal técnico tuviese los generadores funcionando otra vez.

—Ésa es una razón. —Iris alcanzó y giró el frasco para que el ojo flotante ya no estuviese mirándola—. ¿Cuál es la otra?

—Tenemos —dijo Carsten con naturalidad— lo que a otra gente le gustaría conseguir. O por decirlo de otra manera, tenemos lo que otra gente querría asegurarse de que *no* tenemos. Tenemos el equipo y las existencias de Chew sacados y escondidos, pero no queremos que nadie más los rastree hasta aquí. Los agentes de nuestro consejo escanearon todo lo mejor que pudieron, cuando estaban desmontándolo y empaquetándolo, pero el tiempo era limitado. Podría haber habido elementos de escucha o dispositivos de localización cableados dentro de las paredes, hasta prácticamente el nivel molecular. La Corporación Tyrell podría haber hecho eso para asegurarse de que nada del trabajo que Chew estaba haciendo para ellos terminase en las manos equivocadas.

—Bien, ya no tienen que preocuparse más por la Corporación Tyrell. —Iris hizo una bola con su mano derecha en un puño; el frasco estaba tan frío que le había quemado las puntas de los dedos—. Por lo que parece, hace tiempo que se han ido.

—No estés demasiado segura de eso. La Corporación Tyrell no era sinónimo de Eldon Tyrell. Incluso había elementos dentro de la corporación que se oponían activamente al difunto doctor; toda la compañía era un nido de ratas de intrigas y conspiraciones. Es algo así como un tributo a él que fuese capaz de mantenerse encima de todo eso hasta el final.

—Quizá no lo hizo —dijo Iris—. Si lo que está diciendo es verdad, podría no haber habido ninguna operación que lo matase por parte del programa de emigración de Naciones Unidas. Podría haber sido algún grupo justo dentro de la misma corporación.

—Cierto —Carsten levantó una ceja apreciativa mientras la miraba—. También hemos considerado eso. Lo cual es otra razón para que nuestro consejo esté en guardia.

La Corporación Tyrell tenía planes de contingencia para cualquier evento catastrófico, como el que arrasó su sede en Los Ángeles. Es casi seguro que una corporación en la sombra existe todavía, cumpliendo alguna clase de agenda con el propósito de restaurar su poder. Si esa corporación en la sombra está dirigida por el tipo de individuos que no habrían tenido reparos en eliminar a su propio director ejecutivo, entonces eso indica lo implacables que son.

—Sí, bueno, eso los pone más o menos en el mismo nivel que todo el mundo. No veo que usted y su grupo sean exactamente no violentos. —Iris se frotó los brazos aún más intensa e inútilmente—. Mire, ¿cuánto tiempo más va a llevar esto? Me estoy *congelando* aquí. Quiero decir, he visto su colección de búhos, y ahora he visto su colección de globos oculares en tarros. ¿Qué más hay?

—Ver esas cosas es un asunto —dijo Carsten—. Comprenderlas, y lo que significan, es otro. Los agentes de mi consejo no reunieron toda la tecnología neuro-óptica por la que la Corporación Tyrell había pagado, cuando era una entidad funcional por encima del suelo, sólo para que pudiésemos tener algunos recuerdos divertidos. Hay un propósito en todo, aunque no te parezca bastante evidente todavía.

—Bien. Expóngamelo antes de que alcance la congelación.

—La impaciencia en la búsqueda de la sabiduría puede ser imprudente, pero difícilmente algo que pueda desaprobar —Carsten se alejó de ella, su calmada respiración apenas creando siquiera la nube más pequeña delante de él. Se quedó un momento mirando una estantería montada en la pared, ocupada por más ojos flotantes y cables ópticos suavemente arrastrados—. Estos pequeños trozos de carne y tejido nervioso, ¿qué crees que es tan importante en ellos? —recogió uno de los tarros y lo inclinó levemente, estudiando el contenido. El ojo sin cuerpo le devolvía la mirada con perfecta ecuanimidad—. Quiero decir, ¿cuál crees que era su importancia para Tyrell? Esto es, tanto el hombre como la corporación. ¿Por qué la Corporación Tyrell llegó a tales extremos para subcontratar esta parte de la tecnología replicante, en vez de hacerla en casa con todo el resto de las partes y piezas que entraban en sus productos?

—¿Cómo demonios debería saberlo? —Iris consiguió un encogimiento de hombros irritable, incluso envuelta con sus brazos—. Quizá era más barato de esa manera, o algo así. Quizá la Corporación Tyrell sólo estaba manteniendo bajos sus costes de producción. Puede que Eldon Tyrell fuese un hombre de negocios inteligente, por encima de todo lo demás.

—Él era todo eso; no se puede negar. Pero apenas necesitaba mantener los gastos de producción de su compañía a raya, pues éstos eran cubiertos completamente por el programa de emigración de Naciones Unidas. El acuerdo que fue puesto en práctica cuando se le entregó el monopolio sobre la industria del replicante fue que podía pasar todos los costes a las Naciones Unidas, en cualquier cantidad, y los beneficios de su compañía serían añadidos sobre esa línea, como un porcentaje de los costes. Así que puedes ver que estaría motivado para mantener esos costes tan altos como fuese posible, para maximizar los beneficios que fluían hacia la Corporación Tyrell —Carsten sacudió

la cabeza—. De modo que no pudo ser una medida de corte de costes subcontratar el trabajo de prototipos neuro-ópticos de Chew. Además, tienes que tener en cuenta que Eldon Tyrell, tanto por naturaleza como por lógica, era un poco más que paranoico sobre dejar que cualquier aspecto de la tecnología replicante se deslizase fuera de su control, una vez se había apoderado de él. Por eso la sede de la Corporación Tyrell era tal monstruosidad, con todas sus instalaciones de diseño y producción en una localización, virtualmente justo debajo del mismo Tyrell. Eso era así para que pudiese mantener un ojo en todo ello, aunque apenas le hizo ningún bien al final.

—Bien —dijo Iris—. Así que no tiene sentido. ¿Entonces qué pasaba con los ojos? Quizá Tyrell se había vuelto tan paranoico que no podía tolerar ser observado, y tener todos esos globos oculares sueltos flotando por ahí, abajo en la fábrica, lo asustaba demasiado —apartó una mano de sí lo suficiente para hacer un gesto hacia la estantería de frascos y matraces aforados—. Ey, a mí particularmente me dan igual. Como adorno decorativo, son más o menos picantes.

—Cierto —una esquina de la boca de Carsten se alzó en una sonrisa parcial—. Pero ésa difícilmente fue la razón por la que alguien como Eldon Tyrell los desterraría de la sede de la compañía. Tenía una razón lógica más seria para eso.

—¿Cuál era?

—Los estaba escondiendo —dijo sencillamente Carsten—. O intentándolo. Y antes de que preguntes, te diré de quién: del mismo programa de emigración de Naciones Unidas. Eldon Tyrell habría sido un necio (lo cual muy ciertamente no era) si hubiese confiado en la misma organización que había aniquilado a sus competidores en la industria del replicante, sólo porque le habían entregado el monopolio de esa industria a él. Tyrell era plenamente consciente de que las autoridades de emigración de Naciones Unidas no habían hecho eso porque les tuviesen particular cariño a él y a la Corporación Tyrell. Lo habían hecho porque encontraban útiles para sus propósitos a la Corporación Tyrell y a su director ejecutivo. Y Eldon Tyrell también sabía que, si llegaba el momento en que él y su compañía ya no fuesen útiles para las Naciones Unidas, las autoridades de emigración tendrían pocos escrúpulos en liquidarlo de la misma forma asesina en que sus matones de cascos azules habían suprimido mi compañía y las demás en nuestro consejo. Es más: las autoridades de emigración de Naciones Unidas no habrían tenido más elección que eliminar la Corporación Tyrell. Habrían tenido que hacerlo, hasta el asesinato de Eldon Tyrell incluido, a fin de cubrir su propio rastro de acciones previas. No podían dejar que Eldon Tyrell siguiese viviendo después de que hubiesen cerrado la Corporación Tyrell; el único método absoluto para asegurar su silencio sería a través de su muerte.

—Vale, lo entiendo —asintió Iris lentamente—. Así que llevarse alguna parte de la tecnología replicante fuera del sitio, lejos de la sede de la Corporación Tyrell, era la manera de Eldon Tyrell de comprarse un seguro contra los socios en los que ya no confiaba. Si alguna vez hubiese confiado en ellos, quiero decir.

—Precisamente —dijo Carsten—. Tyrell intentaba caminar una línea fina entre mantener la tecnología replicante bajo su control y escindir justo lo suficiente de ella, de modo que si las autoridades de emigración de Naciones Unidas decidían pasársela a otro, no pudiesen obtenerla toda. O al menos pasarían un mal rato haciéndolo. Tan malo, y tan arriesgado, que sus amigos en las Naciones Unidas quizá decidiesen que era más fácil, o al menos mucho menos problemático, dejarle seguir viviendo, y seguir haciendo negocios con la Corporación Tyrell, en vez de intentar hacer otros acuerdos. Acuerdos que podrían no ocurrir, si no eran capaces de apoderarse de la parte de la tecnología replicante que Tyrell había escondido en el sitio de Chew —Carsten miró alrededor a los muros helados de la cámara—. Y créeme, Eldon Tyrell había hecho muchos arreglos para asegurarse de que tal fracaso fuese una posibilidad real. Cuando los agentes de nuestro consejo desmontaron el edificio de Trabajos Oculares L. A., encontraron todo tipo de cargas de capacidad destructiva mejorada atadas por toda la estructura, vinculadas a señales de detonación remota codificadas que habrían sido emitidas desde la sede de la Corporación Tyrell, si todavía hubiese existido. En otras palabras, Tyrell había hecho planes para cada contingencia: o eliminar a Chew y su instalación o, si era demasiado tarde para eso, entonces la gran autodestrucción apocalíptica que había instalado en su propio complejo de edificios. Como ya has visto y has estado por las ruinas, sabes cuál de esas posibilidades llegó a pasar finalmente.

—Entonces, ¿donde pone eso a Naciones Unidas y su programa de emigración? —Dar vueltas a las cosas que el anciano le había contado casi era suficiente para distraer a Iris del frío que presionaba más fuerte alrededor de ella—. ¿Por qué deberían ustedes preocuparse de que las Naciones Unidas los localicen por tener las cosas de Chew aquí? No les haría mucho bien, de todos modos, con el resto de la tecnología replicante habiendo explotado en humo.

—El programa de emigración de Naciones Unidas puede reemplazar todo lo que estalló con la sede de la Corporación Tyrell, o ya lo ha hecho. La mayoría de lo que necesitarían para eso, la tecnología replicante original, la recogieron cuando los cascos azules asaltaron y aniquilaron a los competidores de Tyrell, como mi compañía —la nota amarga fue audible una vez más en la voz de Carsten—. No sólo entregaron todo lo que teníamos a Tyrell; conservaron suficiente de la maquinaria redundante de la línea de producción para ellos mismos, en caso de que alguna vez quisiesen entrar en el negocio ellos solos. Lo que aparentemente es lo que el programa de emigración de Naciones Unidas está haciendo ahora. Nuestro consejo tiene otros equipos de agentes que han estado vigilando diversos proyectos de construcción de capitalización intensiva, manejados a escondidas por organizaciones fachada de Naciones Unidas. Hay una enorme instalación subterránea que está casi terminada debajo de las áreas de cuarentena de cultivos de Kansas; las Naciones Unidas tienen un par de miles de acres de paisaje ennegrecido por geneticida para jugar allí, con cierre total del perímetro en efecto, supuestamente para impedir que cualquier rastro de ADN de trigo modificado genéticamente contamine las áreas aún productivas más al oeste. Además, tienen un lugar

que es su reflejo físico más o menos medio completado en una antigua zona industrial barrida por la radiación en el muñón de república bielorrusa. Las autoridades de emigración de Naciones Unidas obviamente han decidido que, si van a tomar el control de la tecnología replicante y a llevar la producción ellos mismos, mejor hacerlo en áreas no pobladas en vez de justo en medio del conglomerado urbano más grande fuera del complejo-fusión de Shanghái.

—Sí, supongo que tiene sentido. —Iris ahuecó los dedos entumecidos delante de su boca y sopló en ellos, y después sacudió las manos en un intento de hacer que la sangre se moviese otra vez—. De esa manera, si deciden tirar del enchufe, eso no dejaría rastros que sean tan públicos como ese montón de escombros que tienen en medio de Los Ángeles ahora mismo.

—Pero antes de que puedan tirar del enchufe —dijo Carsten—, públicamente o no, tienen que poner en marcha sus instalaciones de tecnología replicante. Todo el programa de emigración de Naciones Unidas depende de la producción y distribución de mano de obra esclava barata; esto es, los mismos replicantes a las colonias exteriores. Con la Corporación Tyrell cerrada, el programa ha podido seguir funcionando sobre una base gravemente minimizada, recurriendo a sus reservas almacenadas de replicantes en animación suspendida. Pero esas reservas están cerca de acabarse; Eldon Tyrell gestionó los ritmos de producción de su compañía de modo que su único cliente, las Naciones Unidas, nunca pudiese adelantarse mucho en términos de uso y almacenamiento a largo plazo; siempre fue dependiente de la producción corriente para mantener el programa de emigración funcionando a la velocidad que las Naciones Unidas estimaban necesaria. Así que era obvio, desde el principio, que ninguna parte confiaba en la otra. Un arreglo como ése, con paranoia mutua aumentando exponencialmente, no puede durar para siempre. Y por eso Tyrell escabulló parte de la tecnología replicante (de hecho la parte más crítica, de la que todo lo demás dependía) a la operación de Chew.

—¿Los ojos? —Iris cambió su propia mirada al recinto mudo ocupado por los tarros y sus contenidos flotantes, y luego de vuelta a Carsten—. ¿Qué tienen de especial los ojos?

—Eso depende, ¿no? —la fina sonrisa frágil de Carsten se mostró, como condescendiéndola una vez más—. De para qué creas que se usan los ojos.

—¿Es alguna especie de chiste? —Se preguntó si el frío de la sala al fin había congelado alguna sinapsis vital dentro del cráneo del anciano—. ¿Para qué se usan los ojos? Para ver, por supuesto. Se mira las cosas con ellos. ¿Para qué otra maldita cosa?

—¿Y eso es todo? —la respuesta de ella pareció producir aún más diversión apacible en Carsten—. Nunca has oído ese viejo dicho, entiendo, de que los ojos son las ventanas al alma de una persona.

—Lo he oído —dijo Iris impacientemente—. No significa nada.

—¿Por qué no? ¿Quizá porque el alma no existe realmente?

—No lo suficiente para que importe. No en la práctica. Y aunque sí exista, al menos para los seres humanos, eso no significa que los replicantes la tengan. —Iris no podía

creerlo; se estaba congelando hasta la muerte, y también estaba metida en un oscuro debate teológico—. Probablemente por eso los replicantes suspenden la prueba de empatía, por eso sus números salen tan bajos cuando los pasamos por la máquina Voigt-Kampff. Si los reps tuviesen alma, entonces serían como los seres humanos, y tendrían la facultad empática necesaria para hacerse pasar por humanos. Pero no tienen eso, así que suspenden las pruebas, así que no son como los seres humanos, no realmente, así que no tienen alma, o para lo que la palabra «alma» sea una expresión. QED[27]. *Ahora*, ¿podemos salir de aquí?

—En un minuto. Has esperado y buscado mucho tiempo; ¿por qué impacientarse ahora?

—Porque tengo frío —dijo Iris—, y estoy cansada.

—Podría ser, pero tengo tu completa atención, ¿no la tengo? —la sonrisa de Carsten se volvió aún más conocedora mientras, con la cabeza inclinada a un lado, la observaba—. Si no quieres quedarte y descubrir por qué te he traído aquí, entonces puedes irte. La puerta está justo detrás de ti.

Iris no sabía por qué no se había ido ya. *Quizá porque estoy congelada con el suelo*, pensó. *No puedo moverme.* Pero sabía que no era eso.

—Muy bien —dijo Iris—. La tiene, como ha dicho. No tengo ninguna elección sobre quedarme aquí. Es el destino o algo.

—Son las palabras más ciertas que has dicho jamás —la sonrisa de Carsten se había desvanecido—. Más ciertas de lo que crees.

Ella asintió despacio.

—No se tome todo el día para ello, ¿vale? Dígame qué tienen de importante los ojos.

—No sólo se *ve* con los ojos —dijo Carsten suavemente—. Hay más que eso en ellos. La gente ve *dentro* de ti a través de ellos; eso es lo que se quiere decir con que son las ventanas del alma. Es un viejo dicho que la gente decía mucho antes de que hubiese una Corporación Tyrell, o tecnología replicante, o incluso una ciudad llamada Los Ángeles. La gente sabía que era verdad, desde el principio de los tiempos. Reconocieron que había una *transferencia de información* en esa precisa juntura; información relativa a la *identidad*. No sólo *quién* es esa persona en cuyos ojos estás mirando, sino también *qué* es esa persona. Difícilmente puedes negar que tal sea el caso. Después de todo, ¿no funciona la máquina Voigt-Kampff, al menos en parte, exactamente según ese principio? ¿Que el ojo del sujeto de la prueba revela la verdad definitiva? De hecho, el individuo al otro lado de la máquina vive o muere basándose en lo que el operador (el blade runner; tú, o alguien como tú) ve en ese ojo.

—Es un factor —Iris hizo otro encogimiento de hombros, aún más rígido e incómodo por el frío que antes—. Entre muchos. La máquina Voigt-Kampff mide fluctuaciones de la pupila y otros indicadores de tensión involuntarios, los pondera juntos y los clasifica, y entones da al operador, al blade runner, una lectura que puede ser interpretada junto con ciertos parámetros establecidos. Eso es todo.

[27] Abreviatura de la locución latina *Quod erat demonstrandum*, «lo que se quería demostrar» (N. del T.)

—Un diagnóstico, por así decir —la expresión de Carsten no contenía humor—. Hablando médicamente. Siendo el blade runner el médico que busca cierta condición congénita incurable. El tratamiento para la cual es muy breve, y muy definitivo.

—El DPLA no nos hace prestar el juramento hipocrático cuando firmamos con la división de blade runners. «No hacer daño» es la descripción del trabajo de otros, no del nuestro. —Una chispa de ira se encendió dentro de Iris, oyéndose hablar como si todavía fuese una blade runner, y no hubiese sido despedida del cuerpo—. Así es —dijo amargamente— como lo recuerdo, en todo caso.

—Pero lo que *nunca* recuerdas —dijo Carsten— es desmontar una máquina Voigt-Kamff, y después seguir sus circuitos para ver si realmente funcionaban como te habían dicho.

—Yo era una blade runner, no alguna clase de técnico de servicio abajo en los sótanos del DPLA.

—Exactamente. De modo que no tenías ninguna idea verificable de si la máquina Voigt-Kampff hacía algo en absoluto, o si era meramente un apoyo en una intriga elaborada para hacerte creer que lo hacía. Considera la manera en que fue diseñada; toma el componente de los fuelles, por ejemplo. ¿Qué se supone que hace?

Sólo mencionarlo trajo una imagen al ojo de su mente, el familiar fogonazo de memoria de una unidad V-K sobre una mesa entre ella y algún sospechoso de replicante, los pliegues de acordeón de los fuelles comprimiéndose y expandiéndose lentamente, como si la máquina misma estuviese viva.

—Toma muestras… —le costó unos segundos más recordar lo que le habían dicho en el curso de entrenamiento de la división—. Toma muestras del aire, quiero decir el aire exhalado del sospechoso. Su aliento. Detecta rastros diminutos de componentes hormonales y otros indicadores de tensión, y… veamos… catecolaminas metabolizadas que han pasado a través de la barrera hematoencefálica. Algo realmente sofisticado; hablamos de contar moléculas una a una.

—Sofisticado, en efecto. En realidad estás hablando de procedimientos de detección y análisis que requerirían un laboratorio con personal completo de dos veces el tamaño de esta sala, y con un tiempo de respuesta desde la recolección de la muestra hasta la lectura final de entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas, si quieres acercarte al noventa por ciento de fiabilidad —Carsten levantó una ceja—. Cualquier cosa menos que esa clase de disposición, y la fiabilidad cae hasta alrededor de la línea del cincuenta por ciento. O hasta lo que podrías alcanzar lanzando una moneda. Difícilmente parece lo bastante preciso para matar a alguien, ¿no?

—Ey, ¿hice yo las reglas? —la acusación poco enfatizada irritó tanto a Iris que apartó las manos del cuerpo y las extendió en una súplica burlona de perdón—. Me dijeron los números que buscar, y cuando esos números aparecían, alguien era frito. Una pena para ellos, pero ése es el nombre de *ese* juego.

—Más necia tú, entonces. Porque el diseño de la máquina Voigt-Kampff no es tanto para realizar lo que te dijeron que hacía, como para hacerte creer que lo hacía —Carsten

sonaba seguro con suficiencia—. Si tomar muestras del aliento exhalado de un sospechoso de replicante, incluso extrayendo las moléculas directamente del aire a una distancia, era algo de lo que dependía tu procedimiento de prueba, podía hacerse mucho más exhaustiva y efectivamente sin un rechinante dispositivo bombeador del Siglo XVIII haciendo el trabajo. Un dispositivo de muestreo usando las piezas disponibles ni siquiera sería visible en absoluto; el sospechoso no sabría que sus exhalaciones estaban siendo analizadas, de modo que no habría ningún factor de tensión relacionado con la prueba con el que tratar, y en consecuencia habría una mayor probabilidad de precisión en los resultados finales. Así que, de hecho, el diseño de la máquina Voigt-Kampff asegura que cualquier informe que produzca tendrá una posibilidad considerablemente aumentada de error, en vez de reducida.

—Discútalo con el departamento, ¿vale? —Iris sacudió cansada la cabeza—. En lo que a mí respecta, la cosa funcionaba bien. No es como si alguna vez recibiese un montón de quejas archivadas contra mí por cualquiera de las lecturas que tomé de ella. Nunca se descubrió más tarde, cuando la oficina del juez de instrucción hacía los post-mortems, que ninguno de los sospechosos que retiré fuese realmente humano.

—Y si lo eran, ¿realmente crees que el DPLA habría divulgado esa clase de información? ¿Que alguno de los policías a los que había dado la autoridad de matar, basada en los números leídos de las máquinas Voigt-Kampff, en realidad la había jodido y había volado a seres humanos de verdad? Eso son relaciones públicas geniales, muy bien. Hasta en Los Ángeles, es difícil escapar con tantos asesinatos potenciales. Incluso si las autoridades locales hubiesen querido castigar algo así, las Naciones Unidas no les habrían dejado. El programa de emigración, y su dependencia de la tecnología replicante, tiene como premisa un grado esencial de que haya un modo de distinguir a los humanos auténticos de los falsos; de otra manera el sistema se derrumba. ¿Quién va a ser tan estúpido para firmar y emigrar fuera del planeta si no hay un método fiable de detectar y controlar a los esclavos que hacen el trabajo? Puedan realmente o no decir las máquinas Voigt-Kampff y los protocolos de pruebas de empatía si un sospechoso es un replicante, todo el mundo implicado, desde el blade runner fuera en las calles hasta los niveles superiores del programa de emigración de Naciones Unidas, tiene que fingir que funciona.

—¿Quiere saber algo? En realidad no me importa. —La sensación fantasmal, producida por el frío profundo de la habitación encima de su fatiga, rodó otra vez sobre ella como una marea invisible en la que oscilaba con gravedad mínima—. Si quiere presentar el argumento de que todos los blade runners, incluyéndome a mí, somos asesinos, volando a seres humanos reales porque nuestras máquinas V-K no tienen nada dentro además de un par de baterías de linterna, ey, disfrute. Lo que le funcione.

—Oh, hay mucho dentro de las máquinas Voigt-Kampff, está bien —con una de las puntas rosas de sus dedos, Carsten golpeó ociosamente el lateral de un frasco; su contenido rotó lentamente en respuesta—. Sólo que no hagan lo que pensabas que hacían no significa que no tengan función. De hecho, los dispositivos V-K tienen unas tripas

bastante impresionantes. Si alguna vez hubieses desmontado uno, sabrías a lo que me refiero.

—La próxima vez que tenga un par de horas libres y un juego de destornilladores a mano, lo haré.

—Costaría un poco más que eso, me temo. Específicamente, varios grados avanzados en implementación de micro-circuitos, y un equipo de ingeniería inversa con algunas décadas de experiencia combinada en el campo. Por no mencionar la capacidad de evitar las cargas de fusión que están conectadas dentro de las máquinas Voigt-Kampff. Tratar con ésas es realmente engorroso; están diseñadas para evitar que cualquiera descifre para qué son realmente los dispositivos. Rompe el sello en la cubierta de la placa de circuitos y estarás mirando básicamente una mezcla de silicona carbonizada y chatarra de policarbonato. A los técnicos de nuestro consejo les costó mucho tiempo encontrar una manera de purgar las cargas térmicas antes de que borrasen los circuitos de debajo.

—Bien por ellos —dijo Iris agriamente—. Espero que también conservasen los dedos intactos.

—Perdimos algunos, en realidad. Técnicos, no dedos; algunos modelos de V-K tienen conectadas cargas en el rango letal.

—¿Y valió la pena? ¿Qué encontraron?

—Encontramos… —la voz de Carsten se desvaneció un momento, como si los pensamientos en su cerebro se tomasen unos instantes para ordenarse y montarse—. Encontramos que las máquinas Voigt-Kampff definitivamente no son imitaciones; esto es, no son cajas vacías, con algunas luces de colores y diales sin sentido para hacer creer a la gente que hacen algo de verdad. Hacen algo, está bien. Específicamente, las máquinas Voigt-Kampff buscan algo. Y bastante curiosamente, lo mismo que estamos buscando.

—Claro que lo hacen —Iris no se molestó en filtrar el escepticismo de su voz—. ¿Y qué es? ¿Algo que ver con ojos? ¿O búhos?

—Ambos —la expresión en la cara de Carsten había alcanzado una malicia extrañamente sombría, como si disfrutase atormentando a alguien con asuntos mortalmente serios—. Como indudablemente has notado y archivado en ese inquisitivo cerebro tuyo en modo policía, aquí tenemos un interés exactamente en esas categorías.

—Sin bromas. —El frío había penetrado tan profundamente en la carne de Iris que ya no era doloroso. Un entumecimiento anestésico había tomado posesión de ella—. Sí parecen algo importante para ustedes. Dado el esfuerzo que sus amigos han hecho sólo para reunir tantos.

—Importante para otros también, y por casi las mismas razones —con un ademán para que ella lo siguiese, Carsten se giró y caminó más dentro de la sala, alejándose de la puerta por la que habían entrado—. Déjame mostrarte algo realmente interesante.

Ella trastabilló mientras le dejaba conducirla, toda sensación desaparecida por debajo de las rodillas; cristales de hielo parecían crujir debajo de las suelas de las botas de

alguna otra persona, un fantasma verdaderamente invisible habitando el mismo espacio exacto que ella.

Varios metros más allá de los bancos de trabajo de laboratorio, con sus vasos de precipitados y frascos ocupados por los ojos silenciosamente flotantes, Carsten se detuvo junto a una fila de objetos rectangulares que descansaban sobre caballetes bajos. La vista no disipó nada del humor desolado de Iris, pues los objetos eran de las dimensiones de ataúdes; la sección posterior de la cámara helada parecía como si hubiese sido preparada para un ritual de luto público, con las víctimas de alguna tragedia de masas ordenadas para verlas.

Una capa gruesa de escarcha como la nieve se había acumulado encima de los objetos parecidos a féretros, oscureciendo cualquier otro indicador de su naturaleza. Carsten se colocó junto a uno, mirando desde el otro lado a Iris.

—¿Qué supones que tenemos aquí?

—Dios sabe.

—Te ayudaré —Carsten se inclinó y, con la palma de la mano rosa desnuda, quitó los cristales blancos de una sección de la parte superior. Los cristales relucientes cayeron a las puntas de sus zapatos—. Ahí.

Su limpieza del hielo fue suficiente para mostrar que la superficie horizontal del objeto estaba hecha de vidrio o alguna otra sustancia transparente y duradera. Y en efecto era un ataúd; Iris pudo distinguir una forma humana yaciendo dentro, boca arriba, las manos cruzadas sobre el pecho, con la tranquilidad total de los muertos.

—Genial —dijo Iris. Supuso que los otros féretros guardaban contenidos similares—. Tengo que concedérselo. Tienen toda clase de colecciones fúnebres aquí.

—Para alguien que ha estado en la profesión en que has estado, siendo pagada por matar cosas que parecen seres humanos, y que muy bien podrían haber sido seres humanos por todo lo que sabes, suenas un poco desaprobadora.

—Sólo los retiré; «maté», si lo prefiere. Después me pagaron y eso fue todo —bajó la mirada al ataúd entre ella y el anciano; la cara del cuerpo de dentro estaba demasiado borrosa, por los cristales de hielo manchados todavía adheridos al cristal, para que distinguiese sus características—. Quizá incluso éste fuera uno de ellos; no recordaría algo así —volvió a mirar a Carsten—. Porque después de que estén muertos, ya no me importan realmente. Quizá me falten las mismas inclinaciones necrófilas que usted y su consejo parecen tener, por el aspecto de las cosas por aquí. Ni siquiera llevé nunca un libro de recortes de mis trabajos completados, con trozos de papel y fotos y cosas; sin embargo sé que algunos blade runners lo hacían. Y acabaron lejos en la Curva de Wambaugh, donde no había manera de que volviesen. Así que estoy segura como los demonios de que tampoco habría conservado los cuerpos cerca, aunque hubiese tenido sitio para ellos en mi apartamento. No es mi idea de decoración de interiores, supongo.

—Por favor, puedes abstenerte del sarcasmo —Carsten levantó una de sus manos, la palma vuelta hacia fuera para rechazar su torrente de palabras—. Apenas te sienta bien. Pero como insistes en demostrar lo monstruoso que uno puede llegar a ser trabajando

como blade runner, estoy seguro de que no te importará si te muestro algunas cosas más —bajó hacia un pestillo de metal a un lado de la tapa de cristal del féretro—. Has visto cosas peores, espero.

—Siéntase libre. Como decía antes, no quedan muchas cosas que puedan sorprenderme.

—No estés demasiado segura de eso. —El pestillo se separó con un chasquido, metal del metal; con un siseo de aire, como un paquete al vacío de sucedáneo de café siendo pinchado, la tapa del ataúd se separó de la junta de silicona alrededor de su borde. El vapor oscureció el cristal, volviéndolo completamente opaco mientras Carsten lo inclinaba hacia atrás sobre sus bisagras ocultas—. Este universo está hecho de sorpresas —se estiró, todavía agarrando el borde de la tapa, y luego la dejó caer al otro lado, donde estaba Iris—. ¿Qué ves ahora?

Ella miró abajo, y después sacudió la cabeza.

—Oh, esto es bueno, muy bien. —De alguna manera, la visión del contenido del féretro, y poder ver claramente la cara de la figura humana de dentro, la había sorprendido genuinamente. Pero no tanto como para que no pudiese esconderle su reacción a Carsten—. Eldon Tyrell, tomando un descanso largamente merecido. Es mono.

Sólo le había costado unos segundos reconocer el cadáver, aunque nunca había visto al hombre vivo. *Sólo en la película*, se recordó Iris. La que Vogel le había mostrado, bastante oportunamente, en el teatro privado del difunto doctor, en lo profundo de las ruinas de la sede de la Corporación Tyrell. Fue un emparejamiento relativamente fácil entre esa imagen recordada y la cara del habitante del ataúd de tapa de cristal, incluso con sus ojos cerrados y faltando las gafas de montura rectangular. Tyrell había parecido tan cercano a la muerte, como un cadáver animado, en la película *Blade Runner*, que la evaporación del espíritu vital restante que una vez hubiese poseído apenas lo había cambiado en absoluto.

—En efecto —dijo Carsten—. Me alegro de que la cara del Dr. Tyrell te sea familiar.

—Yo no. Podría haber pasado toda mi vida felizmente sin verlo nunca, ni vivo, ni en una pantalla de vídeo, ni muerto así. Digamos sólo que no me acelera precisamente el pulso, ¿vale? Ni en este modo ni en cualquier otro —Iris volvió a bajar la mirada a la cara en el féretro; parecía como si Tyrell estuviese dormido, su boca de labios finos fijada como si estuviese saboreando algún sueño de imperio corporativo—. Aunque alguien de su organización hizo un buen trabajo volviendo a ensamblarlo. Por lo que he visto en la película *Blade Runner*, y cómo Tyrell fue dejado tieso por el replicante Roy Batty, habría esperado que los restos estuviesen en una forma mucho peor que ésta.

—Oh, está en buena forma, muy bien —Carsten parecía aún más irónicamente divertido que antes, la delicada crepe rosa de su cara arrugándose con una sonrisa más amplia—. Puede que te sorprendas de exactamente *cómo* de buena. Aquí, déjame mostrártelo —sin aprensión aparente, Carsten bajó y cerró su mano sobre la muñeca de

una de las manos plegadas sobre el pecho del cuerpo. La levantó y se la ofreció a Iris—. Adelante.

Después de un momento de duda, Iris dejó que el anciano colocase la muñeca de Tyrell en su propia mano. Los dedos de Carsten presionaron los de ella en su lugar, en el envés de la carne fría. El peso ligero de la mano y el antebrazo del muerto descansaba contra las puntas de sus dedos, como si fuese a intentar leer ahí en braille las delicadas líneas de los tendones.

—Encantador —dijo Iris—. Pero ya sabía cómo se sentían los cadáveres. No es muy diferente cuando han sido puestos en hielo como éste. Todavía se nota muerto.

Carsten no dijo nada, pero siguió sonriéndole gentilmente. Y esperando.

Entonces fue cuando lo sintió. Débil, casi imperceptible; lento, con segundos entre cada suceso tembloroso.

Un pulso. El latido del muerto. O no del todo muerto.

—¿Ves? —con los ojos cerrados, Iris oyó la voz de Carsten, sólo sutilmente burlona—. Te he dicho que quedarían algunas sorpresas para ti.

Interludio

—Eso ha sido genial —el operador de cámara asintió en reconocimiento—. ¿Has captado la expresión de su cara? —Su propia imagen era un reflejo fantasmal en el cristal de la pantalla del monitor—. Momentos como ése hacen que todo merezca la pena.

—No está mal —dijo el director junto a él en el panel de control—. Funcionará.

No te agotes. Por el rabillo del ojo, el operador de cámara dio al otro hombre una mirada irritada. Nada era nunca lo bastante bueno para el hijoputa; creaba una mala atmósfera en una situación en que las cosas ya no eran exactamente alegres y animadas. *Muestra un poco de aprecio, ¿por qué no lo haces?* Sabía, sin embargo, que si decía algo así en voz alta sólo empeoraría las cosas.

Y no había sido precisamente fácil obtener el plano en cinta; las manos del operador de cámara se habían estado lanzando por encima del tablero, peleando un ángulo tras otro, su cerebro moviéndose aún más rápido en sus circuitos, intentando anticipar dónde tendría que ir el punto de vista a continuación. No había podido confiar en nadie en la localización, de la manera en que había hecho antes con tantas disposiciones remotas, para poner a la mujer y la acción circundante en línea para él. Ese viejo, dondequiera que estuviesen fuera en el desierto, no era fidedigno; no se podía contar con él para hacer las cosas bien. Estaba del todo dentro de la escena, completamente en el personaje, sin consideración por los asuntos técnicos.

—Estate alerta —el director cabeceó hacia el monitor delante de él—. Ya va a salir de su temor en cualquier segundo.

—No te preocupes; estoy encima. —Devolverle el fuego al director era algo que el operador de cámara podía permitirse hacer. *Pasaría un mal rato encontrando a alguien que pudiese reemplazarme.* Lo cual era una cuestión de desenterrar a otro operador de cámara, no tanto con los niveles morales tan disminuidos como para no tener objeciones en trabajar en un empleo como ése (siendo la noción de niveles morales en el negocio del vídeo más un artículo conceptual que uno real), como con las habilidades de alto nivel para sacarlo adelante. A la mitad de las cámaras en aquel frigorífico en el que se podía entrar, enterrado en algún lugar por debajo de la superficie del desierto cocida al sol, se les habían apagado las unidades de descongelación de lentes segundos antes de que el anciano y la mujer blade runner entrasen en el escenario. El operador de cámara había levantado la vista a las filas de monitores delante de él y del director y había visto cada rectángulo de luz empañándose bajo una niebla gris. No había manera de que el plano pudiese ser depurado hasta después de que un equipo técnico entrase y arreglase el problema; la gran dificultad de trabajar el estilo de falsa realidad con un personaje principal que no estaba metido en la broma, como esa mujer blade runner, era que las repeticiones de planos estaban fuera de cuestión. Una vez el tinglado estaba rodando, no había vuelta atrás. El director podía gozar de un acto en la cuerda floja como aquél, pero mayormente hacía nudos en los estómagos de la gente que tenía que hacer el verdadero trabajo. *Como yo,* se quejó para sí mismo el operador de cámara. Había terminado

teniendo que resolver inmediatamente una manera de hacer latir las oleadas de energía de encendido para las cámaras afectadas, generando suficiente calor de los microcircuitos sobrecargados para disipar la neblina de sus lentes, dándole un tiempo de visión de treinta segundos antes de que se nublasen otra vez. Cuando las cintas fuesen subidas a la cabina de post-producción, los editores lo maldecirían, pero al menos tendrían algo con lo que trabajar.

—Asegúrate —ordenó el director— de que tenemos tanto un plano amplio como un primer plano ajustado cuando ella hable. Puede que quiera hacer algo más imaginativo aquí, restablecer su localización y aislar su situación personal.

—Los tiene. —El operador de cámara se había anticipado a la petición; todavía no había ajustes que tuviese que aplicar. Hacer que la mujer blade runner pareciese pequeña, disminuida en el centro del entorno frío, era un camino a seguir tan clásico que le habría sorprendido que el director no lo hubiese pedido—. Ahora están en directo, en la diecisiete y la treinta y dos.

—Prepárate —el director se inclinó hacia los monitores, escudriñando a través de los diferentes ángulos de la cara de la mujer y los rincones más oscuros de la sala con hielo incrustado en la que estaba—. Ahora…

El director habló como si estuviese ordenando personalmente al tiempo empezar otra vez, en algún lugar en que éste se hubiese quedado incrustado en un glaciar invisible. Las dos figuras, fragmentadas y reensambladas en las pantallas de monitor, bien podrían haber sido atrapadas en esa estasis fría, sus corazones ralentizados para sincronizarse con el ritmo atascado del cuerpo en el ataúd de tapa de cristal. Que era, por supuesto, el problema que venía de hacer negocios con los muertos, ser atrapado en los asuntos de aquellos que habían gastado su tiempo entre los vivos y a los que no les iba a llegar ningún cambio. El operador de cámara lo percibió en los huesos, como si el frío de la distante sala subterránea se hubiese filtrado por los cables y fuera de las pantallas de monitor, y luego a través del corto hueco pseudo-sináptico entre el vidrio iluminado y su mano. De repente su brazo se sentía sin sangre y entumecido, una estaca doblada amartillada en su corazón.

Eso es lo que obtengo, pensó taciturno. El mismo consejo que había dado silenciosamente a la mujer blade runner, lo debería haber aceptado él mismo. Estaba prácticamente muerta, en más de una manera; toda la cuestión de que tuviese la misma cara que la replicante llamada Rachael, de la que se había enamorado el pobre bastardo condenado Deckard, tenía implicaciones igualmente fatales para ella. *Y ahora*, reflexionó el operador de cámara, *estoy metido hasta la nariz en sus asuntos.* Contemplándola, enfocándola, mirando sus manos moverse por los controles y manejarlos, como si fuesen un sustituto infinitamente variable de los puntos más sensibles de la anatomía de ella, las acciones de él cayendo en algún lugar entre la seducción y la violación. Se preguntó de quién; ella ni siquiera sabía que él existía, por no hablar de que la estaba observando por cámaras controladas de forma remota y ocultas. Sus propias preocupaciones se estaban moviendo de lo mercenario a lo obsesivo. Lo cual era una mala señal, considerando para

quién estaba trabajando. La agenda del director, en la medida en que se había revelado, no parecía permitir muchos finales felices.

Podía avisarla; era una posibilidad que ya se le había ocurrido cuando la naturaleza del trabajo empezó a aclararse para él. Sólo se necesitarían algunos tecleos de los botones delante de él para poner en marcha los impulsos de sobrecarga aclaradores de niebla que había apañado para las cámaras ocultas, y dejarlas sin inspección el tiempo suficiente para que estallasen con una satisfactoria rociada de cristal de lente y circuitos humeantes. La mujer blade runner era lo bastante sensata para darse cuenta ella sola, dada esa especie de advertencia, de que algo no olía bien en la situación con Carsten y su llamado consejo; quizá sería tan inteligente como para volver la espalda y correr, directamente por la puerta de la sala congelada, lejos de los féretros de tapa de cristal y su horripilante contenido. Quizá sería lo bastante lista para seguir corriendo en el desierto, hacia las montañas gris pizarra al este, aún más lejos de las lloviznas de Los Ángeles y sus oscuridades iluminadas por neón y lo que ocultasen. *Olvida el búho*, le dijo; intentó hacer que las palabras penetrasen el cristal de los monitores y viajasen por los cables hasta ella. *Sólo vete…*

La mujer blade runner no pareció oír su aviso silencioso. Y las manos de él permanecieron profesionales y moderadas, lejos de hacer cualquier cosa con los controles que pudiese revelar el juego.

—Muy bien —dijo el operador de cámara. Se habló a sí mismo tanto como al director sentado junto a él. Había notado el cambio en la cara de la mujer, los ojos que se dilataron ligeramente cuando percibió el pulso en la muñeca del supuesto cadáver, ahora estrechándose en la siguiente etapa de su reacción. Se había recuperado, lista para hablar y moverse otra vez. *Peor suerte para ella*, pensó el operador de cámara mientras retocaba el alcance del micrófono oculto más cercano a ella—. Rodemos…

15

Fría, pensó Iris, *y atemporal.* Por un momento, y lo que pareció una eternidad, se sintió como en el cine en Los Ángeles, cuando ella y Vogel ingirieron thermatos. *Mundo sin fin. Pero sin amén.* Tanto el tiempo de reloj como su propio pulso se habían parado, congelados en el sitio, mientas esperaba una señal de algún lugar en lo que quedaba de ese otro mundo, el de fuera de su piel.

Sintió la señal, otro latido, y necesitó todo su autocontrol para evitar soltar la muñeca fría que sujetaba y recuperar su mano, como si la carne helada hubiese llameado inesperadamente de calor. Durante unos momentos más, Iris mantuvo las puntas de sus dedos contra la vena azul ensartada entre los tendones que desaparecían bajo la manga de la chaqueta con la que habían vestido al difunto Dr. Eldon Tyrell. *O no tan difunto,* se corrigió. Una vez más, el frágil pulso lento se dio a conocer.

—Ésta es buena —dijo Iris—. Realmente buena —todavía sosteniendo la muñeca del cuerpo, contempló a través del ataúd, su tapa de cristal echada hacia atrás; su mirada rasgada se estrechó aún más cuando observó a Carsten—. Usted debe de vivir para pequeñas bromas como ésta. ¿Qué clase de reacción esperaba obtener de mí? ¿Gritos o un desmayo? —sacudió la cabeza con disgusto—. Siento no poder complacerlo. Ahora mismo estoy demasiado rígida para desplomarme.

—Tu reacción ha sido más o menos lo que esperaba —la actitud de Carsten de diversión moderada no había menguado—. Eres una profesional, después de todo. En muchos aspectos. En la línea de trabajo a la que estás acostumbrada, la diferencia entre los vivos y los muertos es meramente una cuestión de en qué etapa del proceso estás.

Ella ignoró el comentario.

—Entonces, ¿qué se supone que es esto? ¿Un chiste práctico, o algo así? —gesticuló con la mano del hombre muerto—. ¿Qué ha hecho, cablearlo con una bomba subcutánea? Se puede hacer mucho con la hidráulica. O al menos hasta que las baterías se agotan.

—Sabes que no es un chiste —Carsten le quitó la mano del difunto doctor, como si Tyrell fuese un compañero de baile siendo pasado al siguiente en la fila—. Si fuese un chiste, no creo que te hubieses enfadado tanto; de verdad, está escrito ahí en tu cara. Parece como si quisieras matarme.

—Eso es correcto.

—Pero no vas a hacerlo —dijo Carsten—. A eso me refiero con profesionalidad. Todavía hay preguntas que contestar, y te figuras que puedo contarte lo que quieres saber —sus hombros infantiles se elevaron en un encogimiento—. Así que pregunta.

—Muy bien; eso haré —su voz se hizo más alta y dura, rebotando en el hielo que revestía los muros de la cámara—. ¿Qué pasa aquí? Eldon Tyrell está muerto. He visto que lo mataban en esa estúpida película que Vogel me ha enseñado. Que es por lo que la Corporación Tyrell está *ganz kaputt*[28], o al menos la razón por la que no está ensamblada otra vez como solía estarlo. Y ensamblado es como el mismo Tyrell tendría que estar, si

[28] En alemán corregido del original, «completamente destruida» (N. del T.)

usted quiere que me crea que de alguna manera lo trajeron aquí, y que su corazón funciona, sólo que reducido. Lo que he visto al replicante Batty hacerle en esa película era como un huevo siendo aplastado. Respecto al cráneo, el pronóstico no era bueno para el pobre bastardo.

—No, no lo era —impertérrito, Carsten se inclinó y devolvió delicadamente la mano y el antebrazo adonde habían estado yaciendo plegados encima del otro, cruzando el pecho del cuerpo—. Si has pensado que el número que has visto realizar al replicante Batty sobre Eldon Tyrell era uno fatal, tienes absolutamente la razón.

—¿Entonces qué pasa? —Dentro de su cabeza, ella probó a desmenuzar las palabras del anciano, intentando encontrar una pista en sus conexiones enmarañadas—. ¿Trata de decirme que la película que he visto, esa cosa de *Blade Runner*, era falsa? ¿Y que lo que he visto sucederle a Tyrell no le ocurrió?

—Oh, le ocurrió, ciertamente. Eldon Tyrell había acumulado tanto, digamos, mal karma en su vida, que tal destino fue inevitable para él. En muchos aspectos, podría postularse que había hecho su propio papel para causar exactamente la muerte que había deseado para sí mismo. En la maquinaria del universo, una conciencia culpable es uno de los dientes en los engranajes que encajan con una precisión tan desgarradora. Cuando las manos del replicante Batty se cerraron alrededor del cráneo de Eldon Tyrell, como has visto en la película, el resultado fue más bien como Humpty Dumpty[29], en la vieja rima infantil.

—Entiendo que quiere decir que era un huevo que no iba a ser recompuesto pronto.

—Ni con toda la cinta adhesiva del mundo —Carsten exudaba una satisfacción siniestra—. El replicante Batty debería ser admirado por su minuciosidad; fue una buena muerte, aunque una sucia.

—Así que entonces, como decía antes, esto tiene que ser alguna clase de falsificación —con los brazos envolviéndola una vez más, Iris cabeceó hacia la figura inmóvil en el féretro de tapa de cristal—. Y francamente, no entiendo qué sentido tiene. Si no es el Dr. Eldon Tyrell el que está ahí dentro, ¿quién es?

—Oh, es Tyrell, está bien —Carsten asintió lentamente—. Pero no el que has visto en la película *Blade Runner*; no el que fue asesinado por el replicante Batty. Digamos sólo que es un Eldon Tyrell *diferente*.

—Creo —dijo Iris después de un momento— que sé adónde va esto. Y no me gusta. Ni pizca.

—¿De veras? —la actitud de diversión moderada regresó a Carsten—. ¿Por qué debería molestarte considerar que esto —señaló al cuerpo en el ataúd— pueda ser de hecho un replicante? Un replicante de Eldon Tyrell, para ser exactos.

—Complica las cosas —habló Iris con furia apenas contenida—. Y las cosas ya son bastante complicadas. No necesito esto.

[29] Personaje representado como un huevo antropomórfico que cayó de un muro (N. del T.)

—¿Por qué debería ser un problema para ti? —las palabras de Carsten la provocaron gentil pero implacablemente—. Pensaba que se suponía que vosotros los blade runners erais expertos en distinguir lo real de lo falso, los seres humanos de los replicantes.

—No empiece con eso conmigo —Iris volvió la palma de la mano hacia él—. No importa si los polis como yo pueden distinguir humanos de replicantes o no. Pero si Tyrell estaba haciendo que sus laboratorios creasen un replicante usándose a sí mismo como plantilla, el patrón en el que la copia estaría basada, entonces lo sube todo otro nivel, con respecto al dolor de cabeza. —En realidad su propia cabeza empezaba a palpitar, como si, por alguna magia empática, sintiese el trauma que la del difunto Eldon Tyrell había padecido—. ¿Por qué habría querido siquiera hacer algo así?

—Una buena pregunta —dijo Carsten—. Te estás haciendo mejor y mejor en este juego. Pero estás un poco alejada en cuanto a los detalles. No es «replicante» en singular. Hablamos de más de uno.

—Vale, ya está —Iris se giró y dio un paso volviendo por el camino por el que ella y el anciano habían venido, por delante de las estanterías de ojos mirando silenciosamente y hacia la puerta—. No me importa ninguna respuesta. No voy a esperar para esto.

—Sí, vas a hacerlo —sorprendentemente fuerte, Carsten la agarró por un brazo, deteniéndola y tirando de ella para que lo encarase—. Si no querías saber cosas como ésta, no deberías haber empezado a hacer preguntas. Al principio, cuando estabas intentando encontrar cierto búho perdido, y no tenías ni idea de adónde te iba a conducir —la soltó y dio un paso atrás junto al féretro—. Si aquí es donde acaba el rastro, vas a tener que afrontarlo, sin importar lo que signifique. Eso es lo que haría un *auténtico* policía, en todo caso.

Las palabras del anciano la punzaron. Dentro de su chaqueta, el arma que el guardia le había devuelto se había enfriado en una pequeña escultura de hielo negro. Aunque una que podía tanto silenciar al viejo como acallar el pulso lento que hacía tic-tac a través de las venas del ocupante del ataúd, de una vez por todas. *Estás corriendo un riesgo horriblemente grande*, pensó mientras lo miraba.

—Verás —continuó Carsten, elaboradamente servicial—, de alguna manera, debería haber sido obvio para ti —hizo un ademán hacia los otros féretros, alineados sobre los cortos soportes de sus caballetes—. Pensaba que, dada la profesión en la que estabas, sabrías más de lo que aparentas sobre las mecánicas exactas de la industria del replicante. Lo que supongo que te parecen cofres fúnebres, mobiliario modelo de cementerio, son de hecho contenedores de envío, aunque, por supuesto, de ningún tipo o función ordinarios. Son lo que se utilizaba cuando el programa de emigración de Naciones Unidas estaba a plena marcha, para transportar los productos de la Corporación Tyrell, los replicantes terminados, a las colonias en los sistemas estelares exteriores —su sonrisa se volvió torcida y fea—. Ése es el problema con la carne enlatada, se podría decir. En cualquier ocasión en que envíes productos perecederos, te enfrentas a un problema de deterioro. Y como los replicantes de la Corporación Tyrell sólo tienen una esperanza de vida de cuatro años, tus clientes no van a estar demasiado contentos si consumes un buen porcentaje de

esa duración sacando los productos a las colonias. Hasta con las capacidades mejoradas de velocidad de la luz de las naves de transporte de Naciones Unidas, para cuando la Corporación Tyrell hubiese almacenado los replicantes aquí en la Tierra, los hubiese enviado a un punto de distribución central, luego de allí a las colonias separadas y finalmente a las manos de sus nuevos propietarios, quedarían como mucho unos pocos meses de la duración de la vida de los replicantes. Apenas una propuesta económica, incluso para una entidad con los recursos del programa de emigración de Naciones Unidas. De ahí la necesidad de dispositivos de envío como éste.

Carsten bajó y tocó un panel de control, cerca del pestillo del ataúd abierto. Una cadena de dígitos rojos se encendió en una pequeña pantalla de lectura negra; mientras Iris observaba, el último dígito en la secuencia cambió de un siete a un seis, en un proceso de cuenta atrás glacial.

—Como decía —continuó Carsten—, sin algo como esto, la mercancía de la Corporación Tyrell habría estado casi muerta para cuando alcanzase sus destinos finales. Utilizar tecnología de animación suspendida para ralentizar los procesos vitales de los replicantes en ruta resultó en una pérdida de un par de meses como mucho; todavía significativa, por lo que la práctica de fabricación de la Corporación Tyrell era meter a los replicantes en estas cajas en cuanto salían de la línea de ensamblaje y antes de que fuesen enviados fuera del planeta, para minimizar del todo tales pérdidas en utilidad. El programa de emigración de Naciones Unidas no habría seguido pagando a la Corporación Tyrell, y permitiéndole mantener su monopolio sobre la tecnología replicante, si no lo hubiese hecho.

—¿Y qué? —Las demás emociones que Iris hubiese podido sentir estaban ahora apartadas a un lado por su exasperación—. ¿Por qué debería interesarme cómo enviaba sus bienes la Corporación Tyrell? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Quizá más de lo que crees —dijo Carsten suavemente—. Contigo y todos los demás blade runners. Ninguno de vosotros se ha parado nunca a pensar en la logística basada en el tiempo de los llamados replicantes huidos que se suponía que debíais perseguir y «retirar». La mayoría de ellos estaban al final de su esperanza de vida de cuatro años cuando aparecieron de vuelta aquí en la Tierra. Como has visto en la película de Blade Runner, el replicante Batty y su grupo regresaron a Los Ángeles específicamente en un intento de mover alguna especie de extensión esperada de sus vidas por parte de su creador; la cual, por supuesto, Eldon Tyrell no pudo concederles.

—¿Y? —Iris logró un encogimiento de hombros casi congelado—. Los replicantes estuvieron en las colonias lejanas, haciendo los trabajos de mierda que les hubiesen dado, durante cerca de cuatro años. Entonces algunos de ellos escaparon y volvieron aquí. Vaya cosa. Como usted decía, pudieron estar en las colonias ese tiempo, pues estaban básicamente en hielo cuando fueron enviados allí fuera.

—Ah, pero los contenedores de animación suspendida, como los de aquí, se suponía que sólo se usaban en el viaje *afuera* a las colonias. ¿Pero qué pasa con el viaje *de vuelta* aquí a la Tierra? ¿Cómo logró eso cualquiera de los replicantes escapados, sin llegar al

final de su esperanza de vida asignada y morir en ruta, si ya habían consumido la mayor parte de sus cuatro años fuera del planeta?

—¿Cómo demonios debería saberlo?

—Exacto —dijo Carsten—. *No* lo sabes. Es un misterio, si te paras a pensarlo. Para que cualquiera del grupo de Batty, por ejemplo, se hubiese abierto camino de vuelta a Los Ángeles y a la sede de la Corporación Tyrell, habrían necesitado acceso a contenedores de animación suspendida como éstos, idénticos a aquéllos en los que fueron enviados a las colonias. De otra manera, habrían expirado alcanzando el final de su esperanza de vida programada antes de llegar nunca aquí.

—Vale. —Lo reflexionó unos segundos—. Quizá *sí* tenían acceso a esas cosas. Mataron a la tripulación y ocuparon una nave, ¿no? Eso era lo que se decía en la película de Batty y su grupo. Así que era una nave de mercancías del programa de emigración de Naciones Unidas, devolviendo una carga de esos contenedores vacíos a la Corporación Tyrell. El rep Batty y su banda se pusieron en animación suspendida dentro de los contenedores y mandaron la nave en programa de piloto automático a la Tierra. De esa manera, todavía tenían lo que quedase de su duración de vida original para intentar sacarle al Dr. Tyrell la extensión que querían, pero no obtuvieron.

—Una buena teoría, pero imposible en la práctica. Incluso si conseguían lograrlo solos, estos contenedores no pueden sellarse ni sus procesos de animación suspendida pueden iniciarse desde dentro, y las naves de Naciones Unidas no pueden llevarse a la órbita de la Tierra en piloto automático; cualquier replicante huido todavía necesitaría la asistencia de otros cómplices para salir del estado de animación suspendida —Carsten apuntó el pulgar hacia los dispositivos parecidos a féretros—. Esas cosas no tienen despertadores incorporados. Una vez estás dentro, necesitas a alguien más para despertarte.

—Bien. Entonces tuvieron cómplices o algo. Quizá los simpreps lo hicieron para ellos. —Iris nunca había tenido ningún encuentro con grupos organizados de simpatizantes humanos de los replicantes; aparentemente habían desaparecido en el par de años que había estado en el departamento de policía, pero suponía que podrían seguir activos—.Dar a un puñado de replicantes fugados la oportunidad de enredar con Eldon Tyrell y toda la Corporación Tyrell es exactamente la clase de cosa por la que una célula clandestina simprep se entusiasmaría.

—Es mucho más complicado que eso —dijo Carsten—. El manejo de esos contenedores de envío de animación suspendida es un asunto altamente técnico; fueron desarrollados solamente para el uso de la industria del replicante, y no hay especialidades de otras áreas que puedan aplicarse a ellos. De hecho, los miembros de nuestro consejo que mantienen éstos funcionando son antiguos empleados de la Corporación Tyrell, en quienes tuvimos que gastar recursos considerables para reclutarlos y luego extraerlos de sus puestos en esa compañía. Para que los simpreps hubiesen ayudado a la clase de conspiración que imaginas, con el propósito de asistir a replicantes escapados en sus intentos de alcanzar la Tierra, habrían tenido que reclutar y mantener en su sitio a agentes

similares altamente capacitados. Y no sólo aquí, en el destino de los replicantes huidos, sino también en las colonias exteriores, de modo que los replicantes pudiesen ser tanto colocados en el estado de animación suspendida como sacados de él. Que tales grupos fuesen simpreps, como has teorizado, significaría que la resistencia simprep y sus actividades se habrían propagado hasta las colonias lejanas. No muy probable, dado que los únicos seres humanos allí fuera son o personal del programa de emigración de Naciones Unidas o los mismos emigrantes, todos los cuales fueron cuidadosamente cribados para eliminar a cualquiera con tendencias simpreps.

—Vale. ¿Entonces quién demonios *sí* ayudó a los replicantes fugados a llegar aquí a la Tierra, vivitos y coleando?

—No lo sé —la actitud presuntuosa se había evaporado de la cara arrugada de Carsten—. Ojalá lo supiese. Es algo en lo que nuestro pequeño consejo está trabajando, intentando determinar exactamente eso. Pero nuestros recursos son limitados, y tenemos otras cosas que ocupan la mayor parte de nuestra atención. Lo único de lo que estamos razonablemente seguros, y es una cuestión de lógica más que de pruebas sólidas, es que quienquiera que estuviese detrás de la asistencia de viaje proporcionada a los replicantes huidos, debió de ser alguna entidad con conexiones que van hasta lo más alto, en la misma Corporación Tyrell o en el programa de emigración de Naciones Unidas.

—Sí, bien —dijo Iris agriamente—. Como si Eldon Tyrell fuese a financiar una operación que no sólo iba a hacer que su compañía pareciese mala (peligrosos replicantes escapados corriendo por las calles de Los Ángeles), sino que también lo mataría a la larga. ¿Cómo de probable es eso?

—Eldon Tyrell era un hombre complicado —una brizna de la sonrisa sin humor de Carsten regresó—. Y como señalaba antes, uno que llevaba una gran carga kármica, o mala conciencia, para usar un término más anticuado. Era capaz de cualquier cosa.

—¿Como hacer que hiciesen replicantes de él mismo? —A través de su respiración aún había un penacho blanco desde sus fosas nasales, su ira creciente lograba generar algo como calor dentro de sus entrañas—. ¿Por qué haría eso? Supuestamente los replicantes se fabricaban para proveer de mano de obra esclava a los colonos ahí fuera. Si yo fuese una de ellos, y me quedase atascada con un rep tan feo y flacucho como un modelo Eldon Tyrell, reclamaría un reembolso.

—Eso apenas es por lo que lo hizo —Carsten sacudió la cabeza, bajando la mirada a la fila de ataúdes sin abrir—. Sus razones eran más complejas que ésa: quería más que ser la plantilla para una línea de producción de replicantes para enviarlos a las colonias. Puede que tuviese un ego considerable, pero no uno que consideraría su forma física digna de duplicar.

—¿Pues por qué? —Algo en la manera en que hablaba el anciano había estremecido a Iris, mucho más allá de una cuestión de que su sangre se hiciese espesa y pesada en sus venas. Su voz se había vuelto tan suave y silenciosa como si hubiese empezado a susurrar secretos que hasta el replicante, durmiendo sus largas y lentas horas y años dentro del féretro de tapa de cristal, sin sueños detrás de la cara marchita de Eldon Tyrell, tuviese

miedo de oír en voz alta—. ¿Qué pasa, entonces? —miró más de cerca a la figura de pie al otro lado del ataúd—. ¿O hay algo más que usted y su consejo no saben?

—Sabemos mucho —las palabras de ella parecían haber provocado un destello de ira en Carsten. Sus ojos pálidos parecían trozos de hielo cuando la miraba—. Es *tu* ignorancia lo que necesitamos remediar.

—¿Y qué es lo que no sé? Dígamelo o déjeme salir y jugar al sol —Iris tiritaba visiblemente—. Ya no puedo ni sentirme los pies.

—No es lo que no sabes. Es lo que *crees* que sabes. Y en lo que te equivocas completamente.

—Claro… —Iris dio un pisotón con un pie calzado, en un vano intento de hacer marchar su circulación otra vez—. Ya me ha hecho ese numerito. Todo ese asunto sobre las máquinas Voigt-Kampff siendo falsas, y los blade runners «retirando» realmente a seres humanos auténticos en vez de a los replicantes que pensábamos que estábamos desechando. Lo que sea —sacudió la cabeza—. Quizá todo lo que ha dicho sea verdad; no lo sé. Ni siquiera sé si me sigue importando. Ése era otro mundo —dijo la comprensión en voz alta, antes de que ella misma supiese lo que significaba—. Solía vivir en él, solía tener mi trabajo allí, y me encantaba ese trabajo. Pero ya no tengo nada de eso; ya no vivo en ese mundo. Así que si quiere seguir adelante y contarme que todo lo que sabía de ese mundo era una mentira… adelante. ¿Por qué debería importarme ahora?

—Porque ahora —dijo Carsten—, te estás mintiendo a ti misma. Si no te importase, no habrías seguido los rastros hasta las ruinas de la sede de la Corporación Tyrell. Podrías haber muerto fácilmente allí. Así que debes de haber querido algo de ese proceso más bien arduo que atravesaste.

—Sin bromas. Quería recuperar mi antiguo trabajo. Pensé que quizá podría conseguirlo si encontraba el búho que me habían asignado localizar en primer lugar.

—Y te quedaste por allí, viendo películas antiguas con tu amigo Vogel, tiempo después de que fuese evidente que era difícil que el búho en cuestión se encontrase en un lugar como aquél. O incluso pistas adicionales sobre su paradero. Pero te quedaste porque Vogel tenía otras cosas que contarte y mostrarte; cosas que aparentemente querías saber —Carsten alzó una de sus cejas blancas como la nieve—. Así que parece que no estabas buscando el búho en absoluto; quizá ni siquiera desde el principio de tu búsqueda. Lo supieses o no, o estuvieses preparada para siquiera admitírtelo a ti misma, estabas buscando la verdad. Y ahora tienes que afrontar la posibilidad de que estés a punto de descubrirla.

—Porque usted va a contármela, supongo.

El anciano asintió.

—Para eso estás aquí.

—Muy bien —dijo Iris—. Le diré algo —buscó dentro de su chaqueta, la mano forzando su camino más allá del cuero artificial rígido por el frío de la sala. El arma estaba más fría que sus dedos; la proximidad del metal a lo que quedaba de su corazón no

había hecho nada por mantenerla caliente. Sacó el arma, la levantó y miró directamente a lo largo de su cañón negro hacia un punto entre los ojos pálidos de Carsten—. Dice que aún le quedan algunos grandes secretos que confiarme. Que sabe qué es lo que supuestamente he estado buscando. La auténtica verdad, y toda esa otra mierda —Iris rizó un dedo índice alrededor del gatillo del arma—. Voy a darle una oportunidad de demostrarlo.

—¿De verdad? —la visión del arma, apuntada y firme como una roca, no pareció alarmar a Carsten—. ¿Y cuál es?

Iris movió el arma unos milímetros y apretó el gatillo. El destello de la boca iluminó la sala como si una racha de relámpagos de una de las tormentas eléctricas que precedían a la temporada monzónica de Los Ángeles se hubiese transferido dentro de los muros cubiertos de hielo. A un lado de la cabeza de Carsten, el tenue pelo blanco aleteó cuando la bala pasó justo por encima de la cresta superior de su oreja.

El eco del disparo había golpeado contra los límites de la cámara tan fuertemente que la ensordeció temporalmente. Cuando su audición se aclaró otra vez, Iris pudo oír los diminutos tintineos como de campana de cristales de hielo, desalojados por la onda de choque, fluyendo como estrellas y diamantes brillantes desde el techo y posándose por la cara severa de Eldon Tyrell y las tapas de cristal de los otros féretros, como si la sala contuviese una representación de un funeral invernal masivo de un libro de cuentos infantil ilustrado. El líquido espesamente viscoso en los diversos vasos de precipitados y tarros de cristal había temblado con el impacto, sus contenidos lo bastante perturbados para girar dentro, como si los ojos sin cuerpo hubiesen sido despertados por los eventos y hubiesen girado su mirada silenciosa para observar.

—Quizá no haya sido tan buena idea —Carsten alcanzó y se tocó el lateral de la cabeza, y después comprobó las puntas de sus dedos para ver si había algo de sangre en ellas—. Devolverte esa arma. Tu estado emocional es obviamente un poco inestable.

—Ahora es demasiado tarde —Iris levantó la voz contra el silbido estridente de refrigerante escapándose; el disparo había penetrado uno de los conductos más grandes en el extremo alejado de la cámara, liberando un chorro gris de gas condensador—. Pero no se preocupe; no es algo hormonal. Tengo una proposición que hacerle.

—Estoy escuchando.

—Éste es el trato —Iris mantuvo el arma apuntada mortalmente entre ella misma y el anciano—. Cualesquiera que sean las revelaciones que tenga dispuestas, mejor que me impresionen absolutamente. Por decirlo así. O yo lo impresiono a usted.

—Pero iba a contártelo todo, de todos modos.

—Ahora estará realmente motivado para hacerlo bien.

Carsten reflexionó un momento, y después asintió.

—Vale la pena el intento —dijo—. Por decirlo así.

—Exacto —Iris levantó el arma un poco más. Su brazo se sentía entumecido sin peso, y sólido como una extensión de hielo tallada—. Así que vamos a ello.

—¿La verdad? ¿La auténtica verdad, como hablabas de ella? Aquí está, entonces —Carsten dio un paso atrás, separando los brazos para indicar no sólo la fila de ataúdes de tapa de cristal, sino también la misma sala helada—. Todo lo que ves aquí, todo lo que creías que sabías sobre los replicantes, todo está equivocado. Ni siquiera conoces el *propósito* real de los replicantes. Por qué fueron creados. Para qué son fabricados. Simplemente no lo sabes.

—Pues dígamelo, entonces. —Iris estaba más allá de la impaciencia—. ¿Cuál es el propósito de los replicantes?

—Batty lo sabía —dijo Carsten—. Cuando ese grupo de replicantes huidos fue a Los Ángeles para enfrentarse a Tyrell, lo sabían. De algún modo habían descubierto el secreto sobre ellos mismos, sobre todos los replicantes. Así que dime algo. Has visto la película *Blade Runner*; ¿para qué fueron el replicante Batty y su banda a Los Ángeles? ¿Qué querían de Tyrell?

—Vida. O más vida —el arma no se movió—. ¿Qué más querrían? Cuando estás al final de una esperanza de vida de cuatro años, obtener un aplazamiento de tu muerte va a ser más o menos tu prioridad número uno.

—¿Y por qué irían a Eldon Tyrell para pedir esa clase de extensión? Parecería una búsqueda sin sentido pedirle eso al mismo creador que había dictado el momento de tu muerte para empezar —Carsten cruzó los brazos delante del pecho—. Si Eldon Tyrell había decidido en lo que iba a ser la duración lamentablemente corta de sus existencias, ¿por qué habría pensado el replicante Batty o cualquiera de los otros que podrían cambiar su opinión sobre eso?

—Quizá no lo hicieron. Quizá sólo esperaban que podrían sacarle algo. Un indulto. Estarían igualmente muertos si *no hubiesen* ido a Los Ángeles a enfrentarse a su hacedor. Las posibilidades no importaban. No tenían otro lugar al que dirigirse.

—Lo que plantea la pregunta de por qué habrían pensado que era siquiera posible que se les diesen vidas más largas; hacer que sus propias muertes fuesen empujadas un poco más lejos. Cuando has visto la película, cuando has visto lo que sucedió realmente entre el replicante Batty y su creador, Eldon Tyrel, ¿no te ha parecido extraño lo rápido que Batty se plegaba?

—¿Qué quiere decir?

—Batty era un individuo resuelto; fue diseñado para serlo. El Roy Batty original, el ser humano que fue la plantilla en la que el replicante Batty estaba basado, era realmente desagradable. Lo sé por un hecho; conocí al hombre. Si el replicante Batty hubiese poseído incluso la mitad de la crueldad del Batty humano, no habría aceptado simplemente las explicaciones rápidas de Eldon Tyrell, una palabra tecnológica de moda tras otra, de por qué era imposible extender la esperanza de vida de cuatro años de los replicantes escapados. Pero como el replicante Batty era en efecto un verdadero duplicado de su naturaleza original, el dato de que aparentemente aceptase ser rechazado por Tyrell indica que posiblemente sucedía algo más. Que fuera lo que fuese lo que el

replicante Batty había llevado a creer a los otros replicantes huidos en el grupo, al menos él tenía alguna otra agenda.

—Si la tenía, entonces no era más inteligente que el resto de ellos. Si alguien está llegando al final de su esperanza de vida de cuatro años, ¿qué podría ser más importante que intentar conseguir algún tipo de extensión?

—Eso depende —dijo Carsten simplemente—. De la naturaleza del replicante, esto es, la naturaleza del modelo humano del que el replicante era un duplicado. Y como decía, el Batty humano original no era una clase de persona fácil de llevar. De hecho, podía ser absolutamente perverso; por eso era considerado tan valioso en lo que hacía, y por lo que la Corporación Tyrell lo utilizó como la plantilla para una serie de producción de replicantes de modelo militar atacante. Básicamente, el humano original Roy Batty sentía, en lo profundo de lo que se hacía pasar por su alma, que la mejor solución a los problemas con los que se enfrentase consistía en matar a alguien.

—Encantador.

—Mira quién habla —los ojos pálidos de Carsten le lanzaron una mirada torcida por encima del cañón del arma apuntada en su dirección—. Nunca te has ganado la vida de otro modo más que ése. La única diferencia entre tú y el Roy Batty original, el humano, es que tú y él habéis tenido problemas diferentes. Pensabas que todo lo que tenías que hacer en este mundo era retirar algunos replicantes fugados, y el Batty original nunca tuvo ningún problema con matar también a humanos. Quizá hasta lo prefería; al menos no has llegado a esa etapa todavía. Aunque de otras maneras importantes, tú y el Batty original os parecíais aún más de lo que podrías pensar.

—¿De veras? —Su mano y el arma levantada se habían congelado en una construcción sólida—. ¿Y cómo es eso?

—Ninguno de vosotros sabía lo que realmente sucedía. Lo que realmente hacíais cuando emprendíais vuestros trabajos mortales. No teníais la más mínima idea (ni siquiera os importaba, probablemente) de cuál era el auténtico propósito de la tecnología replicante. El replicante Roy Batty lo sabía; de algún modo había descubierto la verdad, allí fuera en las colonias lejanas, entre las estrellas. Quizá le dijeran la verdad los grupos que lo ayudaron a él y a los otros replicantes fugados a alcanzar la Tierra. Quizá esos otros individuos (humanos u otras entidades, ¿quién sabe?) y organizaciones tenían su propia agenda sobre por qué querían que replicantes asesinos como Batty regresasen a Los Ángeles, donde habían sido creados por primera vez. Pero permanecen las sospechas, y los hechos detrás de ellas, de que el replicante Batty no estaba de ninguna manera interesado en denigrarse ante su creador, implorando unos pocos días más de vida. Lo que hiciese en esa línea podría no haber sido más que una actuación, un subterfugio que arrastró con él a los otros replicantes huidos cuya ayuda necesitaba, engañando además al mismo Eldon Tyrell. Los alojamientos personales de Tyrell en el edificio de la Corporación Tyrell estaban acordonados con sistemas de seguridad y alarma; con la cantidad de enemigos que había hecho en su vida, habría sido un idiota de no tenerlos. ¿Correcto?

—Supongo —Iris dio un asentimiento rígido—. La gente rica en general tiende a estar en el lado paranoico. Especialmente cuando viven en medio de un agujero como Los Ángeles. Todo el mundo quiere un trozo de ellos, y todos tienen cuchillos.

—Exacto. Pero Tyrell no accionó ninguna de esas alarmas de seguridad cuando fue confrontado por un intruso como el replicante Batty, aunque sabía por los parámetros de diseño para uno de los propios productos de su compañía que no era probable que Batty estuviese allí de visita social. Las cosas podían ponerse realmente feas, realmente deprisa, cuando un Batty humano o replicante estaba cerca. Así que para impedir que Tyrell llamase a seguridad, de la cual había divisiones enteras disponibles justo allí en el edificio, el replicante Batty habría necesitado una historia de cobertura, alguna explicación de por qué había ido allí que distrajese a Tyrell del propósito auténtico de la visita de Batty. De eso era de lo que iba el asunto de querer más vida, una extensión de su lapso miserablemente asignado de cuatro años. El replicante Batty supo todo el tiempo que no había manera de que él o los otros replicantes huidos pudiesen obtener eso de su creador; siempre lo había sabido. Inútil pedirlo. Pero útil, como decía, para una historia de cobertura. Algo para distraer a Eldon Tyrell de la razón real por la que el replicante Batty estaba allí. Y funcionó —una fina sonrisa apareció en la cara de Carsten—. Como has visto en la película *Blade Runner*. Funcionó el tiempo suficiente para que el replicante Batty se ocupase del asunto por el que había ido allí.

—¿Está diciendo —dijo Iris lentamente—, que el replicante Batty fue a la sede de la Corporación Tyrell… sólo para matar a Eldon Tyrell?

—¿Te sorprende?

—No mucho —Iris todavía mantenía el arma apuntada a la frente del anciano—. Supongo que era una cuestión de quién tenía la primera oportunidad con él. Finalmente, alguien tenía que tenerla. —Tanto su brazo como el arma se sentían ingrávidos; los sostenía en su sitio sin esfuerzo—. ¿Pero qué sacaría de ello el replicante Batty?

—Lo mismo que cualquiera que hubiese sido engañado durante sus cuatro cortos años de existencia, mentido y vendido como mano de obra esclava a los humanos en las colonias lejanas. Lo mismo que habrías querido si hubieses sido tú la que se hubiese abierto camino hasta los alojamientos privados de tu creador. ¿Qué otra cosa sino venganza?

Tenía que admitir que el anciano tenía razón; era exactamente lo que ella habría querido. *Si yo me voy* (se dirigía a un Eldon Tyrell invisible dentro de su cabeza, como si se hubiese insertado en la película que había visto en las ruinas), *entonces tú te vas conmigo.* Estaba tan enfadada sólo por perder la parte de su vida que había sido su trabajo como blade runner, que el arma helada en su mano pareció descongelarse un poco del calor de su inquietud. Pero al menos ella había tenido la vida; Batty y los otros replicantes habían sido engañados hasta en eso.

—Pero obtuvo su venganza —dijo Iris en voz alta—. Sí que mató a Tyrell. —Las imágenes de la película, del replicante Batty aplastando el cráneo de Tyrell entre sus

manos como un huevo marchito, todavía eran de un rojo intenso en su memoria—. Consiguió lo que quería.

—Y recorrió un largo camino para ello —al otro lado del arma, Carsten asintió de acuerdo—. Arriesgando lo poco de su vida que todavía le quedaba. Cuando sólo tienes cuatro años en total, y eres consciente de ello, entonces cualquier día es infinitamente precioso. Mientras que los seres humanos reales, que no saben cuándo está programado que mueran, piensan por ello que son inmortales; podemos malgastar todos los días que queramos. Un suministro ilimitado; pero los replicantes saben más. En ese sentido, el viejo lema de la Corporación Tyrell es cierto: «más humano que los humanos». *Son* mejores que nosotros.

Iris no estaba impresionada.

—Pero no tanto mejores —señaló— como para que alguien como yo no pudiese hacerlos picadillo.

—Cierto —la fina sonrisa de Carsten apareció al otro lado del arma—. Pero eso podría significar algo ligeramente diferente a lo que crees. Pero eso no importa, de momento. Un secreto cada vez. Estábamos hablando de qué es lo que sabían los replicantes que era tan importante para que su líder arriesgase los pocos días restantes de su vida oh-tan-corta para asegurar que su creador Tyrell no tuviese nada más de la *suya*. Después de todo, cuando el replicante Batty y sus seguidores treparon a los contenedores de envío de animación suspendida —Carsten hizo un ademán hacia la fila de cajas de tapa de cristal entre él mismo e Iris—, no tenían forma de estar seguros de que pudiesen *salir* de ellos cuando alcanzasen su destino, *si* lo hacían. Igualmente podían haber yacido en sus verdaderos féretros, de los que nadie sale jamás, o al menos no vivo.

—Quizá sus almas habrían salido —dijo Iris agriamente—. Asumiendo que tuviesen.

—Asumiendo que alguien tenga. Estamos hablando de Los Ángeles aquí. Si tales cosas existiesen, estarían a la venta en algún lugar. Pero el secreto, la verdad, que los replicantes huidos conocían (que alguien les había contado o habían descubierto solos), hacía innecesarias cosas semejantes a las almas. O al menos innecesarias en lo que respecta a la vida real —la voz aflautada de Carsten subió súbitamente, más enfática; sus ojos pálidos brillaron con una chispa febril—. Porque en cierto sentido, la película *Blade Runner* que has visto con Vogel tenía razón: Eldon Tyrell sí tenía la capacidad de evitar la muerte, de conceder más vida, incluso la inmortalidad. Pero no a sus propias creaciones; no a los replicantes como Roy Batty y sus seguidores. Sino a sí mismo. Ése era el secreto, y la verdad. Y de eso trataba la tecnología replicante, antes de que fuese robada por el programa de emigración de Naciones Unidas y entregada a la Corporación Tyrell. No tenía nada que ver con proporcionar mano de obra esclava barata para los emigrantes en las colonias lejanas; eso era sólo en lo que las Naciones Unidas, con el consentimiento de Eldon Tyrell, la habían deformado. Su verdadero propósito real era la vida misma. La vida eterna.

—Usted bromea. —El fervor en la voz del anciano había mandado una sensación de arrastre por la piel enfriada de Iris. *Y no creo que sea muy divertido*, se dijo a sí misma. Si

sólo fuese una especie de chiste, sería mejor que el tono religioso pirado que se había apoderado de las palabras de Carsten. No le gustaba la idea de tratar con un fanático religioso, que era como él sonaba ahora; la frágil figura canosa se había transformado en un Savonarola[30] de la época moderna, justo delante de sus ojos. *Lo que significa*, pensó Iris, *que pasaré un mal rato con su grupo ahí fuera.* El resto de su «consejo» y sus agentes probablemente estaban tan locos como él. Si le disparaba, no había forma de decir cómo los de arriba, en la superficie del desierto iluminada por el sol, reaccionarían. No bien, era su mejor estimación.

—La inmortalidad —dijo Carsten sobriamente— no es algo sobre lo que bromear. Excepto cuando no crees que es posible. Entonces todo es un chiste, ¿no?, porque todo el mundo muere, finalmente. Humanos y replicantes por igual; es sólo cuestión de cuándo. El replicante Batty no habría tenido que hacer nada para tener su venganza sobre Eldon Tyrell, salvo esperar. Incluso si esa espera hubiese tenido lugar después de que Batty estuviese muerto, sus breves cuatro años terminados, habría muerto con la comodidad de saber que algún día, tarde o temprano, su creador se reuniría con él en la tumba. Como todos los hombres.

—Pero de alguna manera (eso es lo que está diciendo), el replicante Batty sabía que eso no iba a suceder. No con Tyrell —estudió la cara arrugada al otro lado del arma—. De algún modo no iba a morir. Nunca.

—Eso es correcto —Carsten dio un solo asentimiento—. Porque aunque Eldon Tyrell y el programa de emigración de Naciones Unidas habían robado y pervertido la tecnología replicante, convirtiéndola en una línea de ensamblaje para fabricar esclavos, *su propósito original todavía existía*. La tecnología replicante podía usarse para exactamente aquello para lo que había sido ideada en primer lugar. Pero en este caso, no por el bien de toda la humanidad, sino para un ser humano: el mismo Tyrell.

—Si realmente —dijo Iris— pudiese funcionar de esa manera. Lo cual usted no me ha demostrado —extendió el arma un poco más, enfatizando su duda—. No me ha enseñado nada, excepto un cadáver en un ataúd de cristal. Un cadáver que tiene alguna clase de latido de corazón muy ralentizado. Y que se parece a alguien a quien he visto siendo asesinado —sacudió la cabeza—. No creo mucho en las pruebas hasta ahora.

—Eso es porque no lo has visto todo —Carsten se apartó del féretro abierto con la figura parecida a Tyrell dentro—. Déjame mostrarte algo que quizá encuentres más impresionante —se detuvo junto al siguiente ataúd de la fila, todos ellos montados sobre los mismos caballetes a la altura de las rodillas. Con una mano, Carsten bajó y abrió la tapa de cristal y la aflojó hacia atrás, de la manera en que había hecho con el primero de ellos. Se alejó un paso—. Echa un vistazo.

Ella lo había seguido con el arma mientras pasaba por su rutina de comediante. Ahora él daba un paso adelante y bajaba la mirada al contenedor parecido a un féretro recién abierto. El gemelo de la otra figura, el ocupante del primer ataúd que Carsten había abierto, yacía en éste. La misma cara durmiente exacta, el rostro sombríamente marchito

[30] Girolamo Savonarola (1452-1498), religioso italiano organizador de la hoguera de las vanidades (N. del T.)

de Eldon Tyrell, estaba suavemente tocado por algunos cristales de hielo que habían sido desalojados del borde de la tapa de cristal.

—No es mucha sorpresa —dijo Iris—. Los replicantes vienen en múltiplos; de todo eso se trata una línea de producción. —No necesitaba comprobar el pulso lento de éste; había reconocido el pequeño tictac glacial en la vena a un lado de la garganta del cuerpo inerte, indicando el mismo estado profundo de animación suspendida en el que el primero había sido sumido—. ¿Cuántos duplicados de sí mismo hizo Eldon Tyrell que su laboratorio hiciese?

—Suficientes para sus propósitos —Carsten continuó fila abajo, abriendo e inclinando hacia atrás las tapas de cristal, revelando más o menos una docena de replicantes Tyrell; Iris perdió la cuenta mientras el proceso continuaba. Dejó el último de la fila cerrado aún; de pie junto a él, miró a Iris—. Fue una serie de producción limitada; estamos bastante seguros de que los hemos contado todos. Nuestro consejo tenía sus agentes justo dentro de la Corporació Tyrell, la mayoría de ellos cerca del mismo Tyrell, así que pudimos mantener un ojo en lo que estaba haciendo. Cuando el edificio de la sede de la Corporación Tyrell fue destruido, sabíamos exactamente qué tenía que ser extraído de las cámaras estructuralmente seguras dentro de las ruinas. No queríamos correr ningún riesgo de que esos objetos en particular cayesen en las manos de algún lealista de Tyrell, aunque de hecho, no tenemos ni idea de si los elementos de la corporación en la sombra tenían alguna noción de esta parte de los planes de Eldon Tyrell. Era más bien un individuo reservado, pero tenía mucho que ocultar. *Nadie más en la Corporación Tyrell sabía lo que él hacía.* Aparte de los pocos operarios de laboratorio que Eldon Tyrell necesitaba a fin de cumplir su agenda personal, no había nadie excepto el mismo Tyrell que conociese el propósito real de la tecnología replicante. Y como un antiguo faraón egipcio, asesinando a los arquitectos de su tumba, una vez Tyrell hubo obtenido el trabajo que necesitaba de esos pocos operarios de laboratorio, una vez hubo obtenido los replicantes para los que había sido el modelo original, simplemente los eliminó. De una manera tan definitiva como fue posible. Digamos sólo que Eldon Tyrell no veía ninguna ironía en intentar alcanzar su propia inmortalidad al precio de las vidas de otras personas.

—Sigo sin entenderlo —aunque su objetivo ahora estaba unos metros más lejos, Iris mantuvo el arma levantada y apuntada a la frente de él—. ¿Qué sentido tiene fabricar un lote de duplicados físicos de uno mismo? ¿Qué habría pensado Tyrell que estaba logrando con eso? Los sacas de estas cajas y los despiertas, y luego cuatro años más tarde están tan muertos como cualquiera.

—Ah. Pero verás, estás haciendo la misma suposición errónea que tantos otros hacen sobre los replicantes —Carsten separó las manos, indicando la fila de féretros delante de él, y sus contenidos misteriosamente similares—. Y siempre la han hecho, desde que la tecnología replicante original fue robada y fueron suprimidos los usos para los que esa tecnología fue creada. Asumes que una línea de producción de replicantes, sin importar quién era el modelo original en la que estaban basados, estaba destinada a ser creada y animada *simultáneamente*.

—Bueno, sí; por supuesto —Iris hizo un leve gesto con el arma en su mano—. ¿Qué más? Si estás manufacturando mano de obra esclava, o tropas reemplazables para alguna operación militar suicida, entonces naturalmente vas a poner tantos como puedas en el campo, todos a la vez. No tiene sentido racionarlos, no si planeas ganar la batalla que estés luchando, o hacer que tantos emigrantes como sea posible firmen y embarquen para las colonias lejanas.

—Ningún sentido en absoluto —coincidió Carsten—, siempre que ésos sean los usos para los que estás empleando la tecnología replicante. Pero como decía, el propósito original de la tecnología es completamente diferente. Si la estás usando para propósitos de alcanzar la inmortalidad, entonces los replicantes, aunque creados al mismo tiempo, no son animados simultáneamente, sino *secuencialmente*, uno después de otro. Una cadena de vidas, por así decir, sumando una potencial vida ilimitada.

—Espere un minuto —desde por encima del arma levantada, Iris miró escépticamente al anciano—. Déjeme ver si lo he entendido bien. Lo que está diciendo es que cuando un replicante se gasta, uno de éstos, digamos —cabeceó hacia las figuras durmientes en los ataúdes de tapa de cristal—, entonces el siguiente modelo Eldon Tyrell en la cola es animado, o despertado, o como quiera llamarlo. Y después el siguiente a ése, cuando llega su turno. Todo el camino bajando la cadena, por cuanto tiempo quieras hacerlo. ¿Pero y qué? —Iris sacudió la cabeza con exasperación—. Eso no es inmortalidad. Si el Eldon Tyrell original está muerto, sigue muerto, haya alguna copia física de él corriendo por ahí o no.

—Tienes razón en eso. La copia física, en sí misma, no es nada. Es solamente el contenedor; el contenido es lo importante —Carsten bajó y colocó la mano sobre la frente de una de las figuras, profundamente en su animación suspendida—. Es lo que está aquí dentro lo que cuenta, lo que determina si el Eldon Tyrell original estaría vivo o no. Por supuesto, para que ése sea el caso, debemos descartar otra suposición errónea sobre la naturaleza de la tecnología replicante. Los individuos como tú misma, blade runners y otros muy interesados en los replicantes, siempre habéis pensado que las personalidades y mentes, hasta las almas, de las criaturas con las que tratabais sólo eran construcciones ficticias, una cuestión de recuerdos elaboradamente desarrollados pero aun así falsos y otros contenidos mentales formadores de personalidad descargados en las cortezas cerebrales de los replicantes recién eclosionados. Biografías postizas enteras escritas en pizarras en blanco, por así decir; historias de vida que parecían reales a los replicantes, aunque sabían lógicamente que eran falsas, que ninguno de los eventos y emociones que pensaban que recordaban había sucedido en la realidad. Quizá el engaño más cruel de todos; sólo por esa razón, los replicantes podrían haber deseado tener su venganza contra su creador. *Conócete a ti mismo* es una máxima perversa cuando descubrir la verdad es descubrir que la misma naturaleza de uno es una mentira.

—Así es como funciona —dijo Iris—. Todo el mundo averigua que le han mentido, finalmente.

—Cierto —dijo Carsten—. Y a ti, y al resto de los blade runners, os mintieron cuando se os informó que el contenido mental de los replicantes, sus mentes y recuerdos, eran *necesariamente* ficticios. Pero no lo son; la naturaleza del contenedor, la forma física, no dicta tales falsedades, no más de lo que un vaso vacío dicta que se vierta en él agua o vino. El vaso no importa; ni lo hace la pizarra en blanco dentro de un replicante recién creado, esperando que la información sea escrita en ella. La verdad, hasta el grado en que ésta existe en este universo, puede ser puesta ahí tan fácilmente como las mentiras. Y eso, por supuesto, es de lo que trataba el propósito original de la tecnología replicante: la inmortalidad alcanzada transcribiendo la mente y los recuerdos reales, y hasta el alma, de un ser humano original en un duplicado físico recién creado de ese original.

—Asumiendo que pudiese hacerse —dijo Iris—, ¿por qué un *duplicado* físico? Si yo fuese Eldon Tyrell, y quisiese mi mente y mis recuerdos y el resto transferidos a un cuerpo nuevo, ciertamente querría cambiar. Esto es, físicamente —cabeceó hacia el rostro marchito en el contenedor parecido a un féretro más cercano a ella—. Seguramente la Corporación Tyrell podía proponer algo mejor que eso.

—Por supuesto que podía. Pero no podía usarse para lo que estás diciendo. Puede que el contenedor no dicte el contenido, verdad o mentira, pero el contenido sí dicta el contenedor en el que puede cargarse. Toda la mente y los recuerdos de Eldon Tyrell estaban basados en eventos que le sucedieron a un cuerpo igual que éste —Carsten había quitado la mano de la frente del replicante dormido; ahora hizo un ademán con ella hacia el resto de la figura en el ataúd de tapa de cristal delante de él—. Poner esa mente y esos recuerdos, esa alma oscura, en alguna forma más noble y heroica crearía una discrepancia fatal entre la configuración interna y su nueva manifestación física. Créeme, se ha intentado; imagino que Eldon Tyrell lo intentó él mismo en algún momento. El mejor resultado es la parálisis total del replicante que recibe la descarga no coincidente; el resultado habitual es de convulsiones y muerte por una retroalimentación de sobrecarga en las conexiones entre el espinazo y los grupos musculares principales.

—Vale; borre eso, entonces. —Algunos cristales de hielo habían fluido por la mano de Iris y el cañón negro del arma; parecían estrellas diminutas en un cielo nocturno invertido—. Todavía no me parece un gran proceso. ¿Qué clase de inmortalidad se obtendría de esto? No es una cadena; es un bucle. Sólo lo mismo una y otra vez. El mismo maldito Eldon Tyrell, o cualquier otro, empezando otra vez en el mismo lugar y viviendo su misma pequeña vida malvada una vez más. Pero eso no es inmortalidad; es una definición del infierno.

—Así sería —dijo Carsten—, si eso fuese todo lo que había en la tecnología replicante original. Pero había más que eso en ella; mucho más. Lo que mis compañías y las otras estaban intentando lograr era una refutación de la ley newtoniana de la termodinámica que tan severamente se aplica a la teoría de la información: la que manifiesta que en cada intercambio se arrastra inevitablemente alguna pérdida de datos.

—No si la información es digitalizada. Entonces es una cadena de unos y ceros. Ésos no se pueden arruinar.

—Un error típico, el culto al todopoderoso bit —el desdén de Carsten era evidente en sus pálidos ojos—. Estás pasando por alto el hecho de que tal información, aunque sea grabada fuera del cuerpo humano, todavía debe ser transcrita de vuelta a un contenedor análogo, la cruda pulpa y el cartílago del cerebro. Para ir más allá del bucle del que hablabas, para asegurar que Eldon Tyrell o cualquier otra persona físicamente duplicada no pasase simplemente por la misma vida lúgubre una y otra vez (para alcanzar una auténtica inmortalidad *acumulativa*, una vida continuada), entonces la información de configuración básica tendría que ser transcrita en y desde una forma análoga que de hecho permitiría que los errores de datos entrasen. Peor: el proceso crearía un efecto de error en cascada. Los errores aumentarían en una proporción geométrica, en vez de meramente en una aritmética. Y por supuesto, cuanto más antigua fuese la información en la biografía del individuo, más contaminada por errores se quedaría cada vez que fuese transcrita en y desde el falible medio de grabación carnoso. Sólo la información más recientemente registrada, los eventos que le hubiesen ocurrido al replicante previo más reciente en la cadena secuencial, estaría relativamente libre de tales errores de transcripción; todo lo demás se perdería progresivamente en una demencia cada vez más profunda y en una pérdida progresiva de memoria fundamental, conduciendo a lo que los técnicos psiquiátricos de mi propia compañía denominaron «colapso de personalidad», la implosión catastrófica de todo el funcionamiento basado en la personalidad, similar a un edificio desmoronándose sobre sí mismo debido a la erosión de sus cimientos. Cuando eso sucede, no importa lo fresco y bien preservado que esté el piso superior; se va con el resto.

—Enhorabuena —dijo Iris agriamente—. Acaba de demostrar que toda esta parafernalia de la inmortalidad nunca podría funcionar.

—Al contrario; sólo te he enseñado cuál es el problema, en qué estaban trabajando mi compañía y las otras antes de que nos robasen la tecnología replicante. Sabíamos muy bien a qué nos enfrentábamos; intentábamos derrotar a la misma entropía, el principio inevitable de desorganización y pérdida de forma que es una constante en todo el universo. La parte cruel de que nos robasen nuestro trabajo es lo cerca de nuestra meta que habíamos llegado.

—¿Cómo de cerca es eso?

—Tan cerca que Eldon Tyrell pudo agarrar el premio que había estado a pulgadas de nuestros dedos —el resentimiento hirviente chispeó más brillante en los ojos de Carsten—. Tan cerca para que otros, fuese el programa de emigración de Naciones Unidas o quienquiera que estuviese trabajando con los replicantes huidos, se diesen cuenta de que él había conseguido crear la última pieza que faltaba del rompecabezas. Para alcanzar la verdadera inmortalidad física, usando una cadena secuencial de replicantes para los que él fue la plantilla, sin la decadencia entrópica del contenido formador de personalidad de su mente y recuerdos. Y habiendo montado el rompecabezas por fin, Eldon Tyrell se había vuelto demasiado peligroso para vivir. Alguien, alguna agencia, alguna fuerza, alguna entidad, de fuera o de dentro de su propio círculo de

cómplices, hasta posiblemente de dentro de la misma Corporación Tyrell, decidió que mejor que permitirle vivir para siempre, se había hecho imperativo que muriese. Inmediatamente —Carsten cruzó los brazos delante del pecho—. Y así se dispuso.

Iris pudo ver las piezas del otro rompecabezas ensamblándose.

—A través del replicante Batty.

—Justo así —respondió Carsten—. Alguien dio los pasos necesarios, desde las colonias lejanas hasta Los Ángeles, para asegurar que un sanguinario replicante escapado pudiese alcanzar la sede de la Corporación Tyrell en Los Ángeles, penetrar sus sistemas de defensa con facilidad de risa, así como ser entrenado en la única historia de cobertura que distraería a Eldon Tyrell de alertar a los agentes de seguridad que habrían estado a unos segundos de llegar en su ayuda. En vez de inmortalidad, todo con lo que Eldon Tyrell terminó fue un futuro interminable como cadáver con el cráneo aplastado, hasta el tiempo en que sus huesos fuesen arrastrados por el polvo.

—Ya me ha perdido otra vez —Iris hizo un gesto con el arma que sostenía apuntada al anciano—. ¿Qué importaría si el replicante Batty mataba a Tyrell? Ha dicho que ya había creado la pieza que faltaba del rompecabezas, algún modo de usar una cadena secuencial de dobles físicos de él mismo, replicantes modelados a partir de su plantilla, pero con alguna clase de mente y personalidad acumulativa que no se deteriorase ni se desmoronase como lo haría de otra manera. Y lo había hecho hasta el punto de que esas otras fuerzas misteriosas de las que usted habla, que de alguna forma habían estado siguiendo la pista de lo que estaba haciendo, habrían sabido que había tenido éxito en alcanzar un método de inmortalidad. Por eso enviaron al replicante Batty para acabar con él. ¿Pero cuál es el problema con eso? —hizo un movimiento desdeñoso a un lado con el cañón oscuro del arma; cristales de hielo se sacudieron de su mano entumecida y cayeron sobre la cara de la figura de Eldon Tyrell en el féretro delante de ella—. Sólo significa que la esperanza de vida de su cuerpo físico original terminó un poco antes, y quizá un poco más incómodamente, de lo que esperaba. ¿Y qué? Ya tenía preparados los siguientes eslabones en la cadena secuencial; están yaciendo justo aquí delante de nosotros. Y si también tenía lista la llave mágica, el medio de meter el contenido de su cabeza en su doble replicante sin ningún deterioro de información, entonces el lacayo de la Corporación Tyrell que tuviese a la espera en casos como éste (y por supuesto tenía uno; un tipo paranoico, ¿cierto?), entonces ese lacayo habría podido activar el interruptor o lo que estuviese implicado y hacer el trabajo. Y Eldon Tyrell habría estado funcionando otra vez, mezquino y feo como siempre. ¿Por qué no sucedió eso?

—Hay muchas razones por las que podría no haber sucedido —Carsten no parecía impresionado por sus argumentos—. Ante todo, debido a que Eldon Tyrell estaba rodeado de muchos más elementos conspiradores y traidores, justo dentro de su propia corporación, de los que tuvo alguna noción. Quien fuese designado con la responsabilidad de «activar el interruptor», como tú dices, podría haber sido uno de esos traidores. Afrontémoslo, Eldon Tyrell apenas tenía la clase de carisma que inspiraba lealtad universal entre sus empleados. Cualquiera de ellos podría haber preferido verlo

como un cadáver que como un replicante animado. Uno tiene que ser cuidadoso con hacer enemigos; tienden a multiplicarse en la oscuridad, como insectos. Sin embargo, por mucho que algo así podría o debería haberle sucedido a Eldon Tyrell, no es de hecho lo que ocurrió. Su muerte, su verdadera muerte, desaparecida toda oportunidad de inmortalidad, no fue realizada por el mero fracaso en activar el interruptor que habría puesto la transcripción de su mente y recuerdos en un receptáculo replicante a la espera. Eso habría sido demasiado fácil, y ni de cerca lo bastante definitivo. Porque, por supuesto, si la transcripción que se había hecho de su mente y recuerdos aún existía, ¿quién podía decir que el interruptor no podría ser activado más tarde? —Carsten sacudió la cabeza—. Mejor asegurarse de que Eldon Tyrell permanecía muerto. Después de todo, es lo que el replicante Batty quería, así como los conspiradores que dispusieron su pasaje a Los Ángeles. Y el único modo de hacerlo era destruir el canal por el que la transferencia de información, del Tyrell muerto al nuevo replicante Tyrell, debía haberse hecho. Y eso es exactamente lo que hizo el replicante Batty.

Iris miró al anciano de soslayo una vez más; el tono espeluznantemente ferviente se había arrastrado en su voz aflautada otra vez.

—¿Sí? —Se alegraba de tener el arma colgando en su mano entumecida entre ella misma y Carsten—. ¿Cómo haría eso?

—Ya has visto cómo se hizo —dijo Carsten—. Has visto la película *Blade Runner*. Y no era sólo una película; como te ha dicho tu amigo Vogel, era de hecho la grabación en cinta real de lo que sucedió. De modo que la manera en que has visto a Eldon Tyrell morir en la película, la manera en que has visto al replicante Batty matarlo, fue la manera en que Eldon Tyrell en efecto murió; en la realidad, en el mundo como lo conocemos. Entiendes eso, ¿no?

—Claro. —Cristales de hielo se espolvorearon desde el pelo recortado de Iris por la parte trasera de su cuello—. Lo veo.

—Estoy seguro de que lo haces. Estoy seguro de que lo estás viendo ahora mismo, en la pantalla de tu memoria: y de hecho puedes ver, en todo su detalle encarnizado, la secuencia completa del asesinato de Tyrell por parte de Batty. ¿Tengo razón?

Iris no dio ninguna respuesta. La mera mención de la secuencia había bastado para traerla vívidamente dentro de su cabeza, sin necesidad de que cerrase los ojos para apreciar sus bellezas sombrías. No había sentido ningún disgusto la primera vez que la había visto, en la pantalla externa y mucho más grande del teatro privado en lo que habían sido los alojamientos personales de Tyrell en las ruinas del edificio de la Corporación Tyrell en Los Ángeles. Ver la secuencia otra vez, en su memoria, no produjo nuevos escrúpulos. *Sólo una muerte,* se dijo Iris. Exactamente como otras que había visto, como otras de las que ella misma había sido responsable. La única diferencia era la naturaleza manual de ésta; literalmente. Observó, en la memoria, cómo las manos de Batty se colocaban a cada lado de la cabeza arrugada por la edad de su creador.

—Un plano muy detallado, ¿no? —desde el final de la fila de ataúdes de tapa de cristal, la fina voz de Carsten la intimidó—. Cuando los creadores de la película editaron

las tomas de las cámaras de vídeo ocultas, fueron a por el primerísimo plano, para asegurar que pudiésemos ver exactamente lo que ocurrió. Lo que el replicante Batty le hizo a Tyrell, aparte de simplemente matarlo. Dime; ¿qué ves? ¿Qué *sucedió* entonces? ¿Qué mostraba la película?

—Las manos… —Iris habló lentamente, mientras las imágenes se desenrollaban a la misma marcha en sus pensamientos—. Y la cabeza de Tyrell…

—Las manos, sí; muy bien —Carsten se inclinó hacia delante por encima del féretro más cercano a él, observándola tan atentamente como podría cualquier ave de presa—. Y los pulgares… los *pulgares* de Batty…

Sus palabras parecían venir de infinitamente lejos, como el lloro débil de alguna criatura alada dando vueltas arriba en un cielo sin nubes. Ella apenas podía oírlo, aunque sabía exactamente lo que le había dicho. *Sus pulgares.* Iris podía verlos, el pequeño movimiento preciso presionando en la cara de Tyrell, y la sangre que había brotado de debajo de ellos.

—Los ojos —habló Iris silenciosamente, el arma en su mano olvidada por un momento y desviándose hacia abajo—. Batty le aplastó los *ojos*…

—Ahora sabes —dijo Carsten. Su voz se había vuelto apacible, casi amable en sus tonos suaves—. O al menos un poco más que antes. Mírame.

Ella apartó la mirada de las imágenes sangrientas de la memoria y hacia el anciano en la cámara cubierta de hielo.

—Tienes la mano, al menos, sobre el extremo del hilo que desenredará el resto de los secretos —ahora no había ningún fervor en las palabras de Carsten, sólo la simple autoridad del hecho—. Ése es el truco, el interruptor que apretar, como dices. Eso es lo que es tan importante en ellos, y en la forma en que el replicante Batty mató a Eldon Tyrell. Observa.

Con el arma fría colgando a su lado, Iris contempló mientras Carsten bajaba hacia la cara de la figura durmiendo en el ataúd abierto delante de él. Con un movimiento discreto, arrastró las yemas de los dedos por los párpados del replicante Eldon Tyrell. Cuando levantó la mano de la frente arrugada de la figura, había dos agujeros negros donde antes no había habido ninguno.

Carsten caminó a lo largo de la fila de contenedores parecidos a féretros abiertos, bajando y repitiendo la misma acción sencilla. Cuando él pasaba, todas las caras miraban hacia arriba con la misma mirada vacía. Cuando llegó al de delante de Iris, arrastró las yemas de los dedos por su cara como había hecho con los otros, y después dio un paso atrás y la observó en silencio.

Ella bajó la mirada a las cuencas vacías, más vacías de lo que podría estar cualquier cielo nocturno. Las órbitas ahuecadas parecían pozos gemelos, en los que uno podía caer, y seguir cayendo, sin alcanzar nunca el fondo.

—Los ojos… —las palabras de Carsten llegaron desde algún lugar cerca de ella—. Son el secreto…

Interludio

—Bien —dijo el director. Se inclinó hacia delante, mirando aún más de cerca la pantalla del monitor—. Ella ya está en ello.

El operador de cámara exploró por las otras pantallas delante de ellos, fila tras fila de imágenes fragmentadas de la sala subterránea helada, el escenario por debajo de la superficie del desierto. *Dios, eso es feo*, pensó, haciendo una mueca ante la visión de los contenedores de animación suspendida y lo que guardaban. Podría haber vivido mucho tiempo sin ninguna necesidad de ver a un Eldon Tyrell sin ojos, por no decir todo un pelotón de ellos.

Pero en cierto modo, la vista del monitor principal, el que el director estaba estudiando tan atentamente, era aún peor. La mirada en la cara de la mujer, cuando el operador de cámara la enfocó, era la de alguien al borde de despertar de su propio sueño turbado, de malos sueños, a…

No sabía. El director no le había enseñado el guión. Todo había sido en vivo, improvisación en tiempo real, el operador de cámara manejando los controles sin virtualmente ningún respiro durante horas y horas. *Pero casi ha terminado*, se dijo a sí mismo. Incluso para un trabajo como ése, con tantas cosas tan irritantemente misteriosas, un cierto instinto para el ritmo había entrado en funcionamiento; podía decir cuándo estaba llegando el final.

Si la mujer a la que habían estado siguiendo, cuya cara llenaba la pantalla del monitor, estaría igual de aliviada, era otra cuestión.

—Permanece sobre ella —ordenó el director, girando su silla lejos de la hilera de imágenes brillantes—. Ahora vamos a entrar a matar.

Por el rabillo del ojo, el operador de cámara observó mientras el director alcanzaba el teléfono celular en la balda superior del carro de equipo con ruedas. No tenía ni idea de qué quería decir el director con eso, pero no le sonaba bien.

El director tenía su amplia espalda sobrecargada hacia él, de modo que no podía oír lo que estaba diciendo al teléfono, qué nuevas instrucciones se estaban dando, ni a quién. *No es tu departamento*, se dijo el operador de cámara a sí mismo. *Todo lo que tienes que hacer es observar.*

Volvió a mirar hacia la pantalla del monitor. Los ojos de la mujer parecían mirar directamente a los suyos, como esperando que él hablase, que la advirtiese de alguna manera…

16

—Los ojos —dijo el anciano. No bajó la mirada a la figura durmiente en el ataúd de tapa de cristal—. Ése es el secreto. —La fila de duplicados de Eldon Tyrell soñaban los sueños lentos que pudiesen, sin el beneficio de los ojos para verlos—. Desde el principio, ése era el secreto. Eso era lo que necesitabas saber.

Iris dosificó sus propios ojos y dio un paso atrás, apartándose del féretro entre ella y Carsten.

—No quiero escuchar más —levantó la mano libre, la palma hacia fuera, como para rechazarlos tanto a él como a la figura de ojos huecos en el ataúd—. He oído suficiente.

—No, no lo has hecho —la voz de Carsten era cruelmente franca—. Tienes que escucharlo todo. Cada parte. No tienes ninguna elección en eso.

—¿Por qué? —ahora lo miró. El miedo que había puesto su corazón a palpitar, intentando forzar a través de sus venas su sangre espesada por el frío, había sido evocado por las cuencas vacías de las figuras de Tyrell; no tenía idea de dónde, de qué parte dentro de ella misma, había llegado ese terror estremecedor—. ¿Por qué yo?

—También averiguarás eso muy pronto.

—¿De veras? ¿Me lo dirá? —la esperanza en su voz la avergonzó. Iris sintió algo más frío que antes en su cara, quemando más agudamente que los cristales de hielo que habían caído del techo de la cámara. Se tocó la cara con las puntas temblorosas de los dedos y encontró lágrimas asustadas, ya en el punto de congelación. Con el dorso de la mano, se las limpió—. No me joda más —imploró—. No puedo soportarlo.

—Sólo escucha, entonces —Carsten bajó la voz, sabiendo que ella aún podría oír cada palabra—. La cosa es ésta. Así es como funciona. Los ojos son como se hace la transferencia de información; es un proceso óptico. Las ventanas del alma, ¿cierto? Cuando esas ventanas se abren de par en par, las cosas pueden entrar y salir. Así es como se forja la cadena, eslabón a eslabón, por así decir. Y es diferente al proceso de descarga utilizado en la fabricación de replicantes comunes, con biografías y recuerdos ficticios en vez de reales; esos recuerdos falsos se cargan durante la misma construcción celular de sus cerebros, encima del material base transcrito de las mentes y recuerdos de los modelos humanos en los que están basados. Pero lo que se carga a través de los ojos es el material nuevo, que el humano original o el duplicado replicante más reciente ha experimentado, y que se ha convertido en parte de la mente y los recuerdos del humano en el intervalo de tiempo desde que el material base formador de personalidad fue establecido. Además, y éste fue el progreso que alcanzó Eldon Tyrell desde que la tecnología replicante original fue robada y entregada a él, una señal *contra-entrópica*, basada en la teoría de la cancelación de onda, asegurando que con cada nueva transferencia de información subsiguiente, los errores de datos de transferencias previas sean identificados y eliminados. Esencialmente, en vez de una pila de errores de datos en cascada, finalmente resultando en parálisis o idiotez, la información transcrita es renovada constantemente a un estado prístino. Y el resultado de *eso* es la verdadera

inmortalidad; una cadena sin romper. Si todo hubiese ido según sus planes, Eldon Tyrell habría vivido para siempre.

—Si usted lo dice —murmuró Iris. Las palabras habían llegado derramadas más allá de ella, con sólo unas pocas alcanzando sus pensamientos, como trozos de papel escritos en un lenguaje incomprensible, arremolinándose en la cuneta de una calle de Los Ángeles—. Si él quería…

—No hay duda de eso. Eldon Tyrell lo quería todo; ése era el problema. Y nunca dejarlo ir. Por eso hasta sus asociados, como los oficiales del programa de emigración de Naciones Unidas, se volvieron contra él al final. Tuvieron que hacerlo; en tanta codicia y hambre no se podía confiar, ni siquiera por aquéllos casi igual de codiciosos y hambrientos. Una cosa es querer, como el replicante Batty, más que unos escasos cuatro años de vida. Otra cosa es querer la eternidad.

—Sin embargo, no la consiguió…

—No —dijo Carsten—. No lo hizo. Nadie lo hace. Al menos, todavía no.

—Tampoco lo entiendo —dijo Iris. Se frotó los últimos cristales de hielo de la cara y miró directamente al anciano—. Si los ojos son lo importante (y eso debe de ser por lo que Tyrell tenía a alguien más trabajando en ellos, fuera de la corporación Tyrell, ¿verdad?), ¿entonces por qué los misterios más allá de eso? ¿Para qué era todo eso?

—¿Misterios? —Carsten parecía divertido; levantó una ceja blanca—. No estoy diciendo que no los haya, de hecho hay bastantes, pero ¿a cuáles en particular te refieres?

—Venga. He dicho antes que no me joda. El búho —dijo terminantemente—. ¿Qué era todo el asunto con el búho? ¿Por qué enviarme, por qué enviar a cualquiera, a una caza por él? ¿Qué tiene que ver un estúpido pájaro con los ojos de Eldon Tyrell?

—Todo —respondió Carsten—. ¿De verdad imaginas que alguien como Eldon Tyrell mantendría cerca un animal de cualquier especie, una mera cosa viva, por ninguna razón? Apenas era del tipo sentimental. Y si hubiese cualquier clase de prueba genuina de capacidad empática, si una máquina Voigt-Kampff pudiera hacerse para funcionar y discernir si alguien es humano o no, las probabilidades de que él superase la prueba habrían sido en efecto escasas. Así que si el búho estaba allí en sus alojamientos personales en el edificio de la Corporación Tyrell, había algún propósito para ello. Y el propósito del búho era que era el sistema de supervivencia de reserva de Eldon Tyrell.

—Repítalo.

—Es bastante sencillo —Carsten hizo un ademán hacia la figura durmiendo en el féretro de tapa de cristal—. Tyrell era lo bastante realista para saber que tenía enemigos. Sabía que algo podía ocurrirle que impediría la transferencia, la pulsación del interruptor, como decías, entre él y el siguiente eslabón previsto en la cadena. Dada la situación, habría sido un necio de no haber creado alguna clase de reserva, una manera de incrementar de algún modo sus posibilidades, dándose al menos una opción de supervivencia en caso de que llegase a suceder lo peor. Y por eso el búho de la Corporación Tyrell, tan graciosamente llamado Scrappy, estaba, o quizá está, dado que la criatura podría existir todavía, en algún lugar en la ciudad. No sabemos quién te quitó el

búho, o qué puede haber hecho esa persona con él. Ni siquiera por qué alguien más podría haberlo querido; es inútil sin uno de los replicantes que ves aquí, después de que una nueva serie de ojos artificiales sea injertada quirúrgicamente. Porque todo lo que el búho Scrappy contiene, encriptado en su limitada materia cortical, es un *lote mínimo* de la mente y los recuerdos básicos de Eldon Tyrell, una versión sumamente comprimida, con unas cantidades considerables de datos eliminados del contenido formador de personalidad que habría sido transferido ópticamente de él al siguiente replicante a la espera en la cadena secuencial, si el replicante Batty no hubiese llegado hasta Tyrell primero.

—No lo entiendo —las puntas de sus dedos se sentían como carámbanos cuando Iris se frotó la frente dolorida—. ¿Por qué poner algo así dentro de un búho? ¿Qué sentido tiene?

—El búho servía a los propósitos de Tyrell admirablemente; es, de hecho, el medio perfecto para la transcripción del lote mínimo, la reserva esencial de la mente y los recuerdos de Tyrell. Como depredador, tiene un sistema neuro-cortical lo bastante complejo para que haya excedente de espacio de circuitos para ese lote, aunque, como decía, algún material tuvo que ser desechado. Si el lote mínimo se usaba para animar a uno de los replicantes Tyrell a la espera, habría huecos indudables en la memoria de Tyrell, pero la esencia, la personalidad del hombre, estaría ahí. Así como sus recuerdos más recientes; aparentemente Tyrell tenía el hábito de actualizar el contenido que llevaba el búho semanalmente. Por eso mantenía el búho tan cerca de él, en sus alojamientos personales, alimentándolo y cuidándolo solo; en efecto, estaba meramente cuidando una parte exteriorizada de sí mismo, y no a otra criatura en absoluto. Eso habría requerido el ejercicio de alguna función empática por su parte, una función de la que carecía. Y por supuesto había otras razones psicológicas por las que se usó el búho; aparte de las especies primates ahora extintas, el búho es una de las pocas criaturas con verdadera visión binocular. Ambos ojos miran directamente adelante, como hacen los de un ser humano; la transferencia de información basada en la óptica es imposible de realizar de otra manera. Luego hay razones más allá de ésa: junto a la conveniencia de que el búho es un animal pequeño y fácil de manejar en cautividad, dada la quisquillosa meticulosidad de Eldon Tyrell en hacerlo así, está el factor de supervivencia. Con su propia mente e instintos de búho aún operativos, y el lote mínimo de Eldon Tyrell solamente llevado como equipaje neurológico no funcional, por así decir, el búho tiene al menos alguna capacidad para cuidarse, si surgiesen circunstancias en que Tyrell ya no pudiese hacerlo. Y como has averiguado por ti misma, ése resultó ser el caso. Los callejones plagados de alimañas de Los Ángeles eran un terreno de caza perfecto para el búho huido, hasta que fue capturado por la gente a la que conseguiste quitárselo.

—No lo tuve mucho tiempo —murmuró Iris. De la memoria surgió una imagen del ave de presa de grandes alas en su pequeño apartamento—. No mucho tiempo en absoluto.

—No es culpa tuya —la voz de Carsten estaba teñida con compasión otra vez—. Te enfrentabas a fuerzas de las que podías, hasta ahora, tener poca comprensión. Ha habido razones para las cosas que te han sucedido; esas razones todavía no te han sido reveladas, pero eran reales, no obstante. Volviendo hasta el principio, y quizá hasta antes de eso —la observó por cualquier reacción—. Dime, ¿por qué crees que fuiste elegida para ir persiguiendo el búho? ¿Por qué te dieron el trabajo?

—Porque… —Iris ya no estaba segura, pero salió con la única respuesta de la que fue capaz—. Porque pensaron que podía encontrarlo. Alguien pensó que podía —sacudió la cabeza—. Pero ya no sé quien era. Quizá nunca lo supe.

—Hay más en ello que eso —dijo Carsten—. ¿Quieres que te lo muestre?

—¿Tengo elección?

—Te daré una. Ahora lo haré. Has llegado hasta aquí, pero no andaremos el resto del camino, a menos que *tú* quieras —su voz había bajado casi a un susurro—. Te dejaré decidir. Puedo enseñártelo, o puedes salir andando de aquí ahora mismo. A la luz del sol, donde se está bien y caliente. Y no tendrás que saberlo.

Iris lo pensó. Tanto como pudo; sus pensamientos parecían congelados en el sitio, como si se hubiesen quedado tan fríos como la carne entumecida de sus piernas.

—Muy bien —dio un solo asentimiento lento—. Adelante.

—Tienes que venir por aquí —Carsten alcanzó a través del ataúd entre ellos y tomó la mano libre de ella. Rodeó la cabeza del contenedor, acercándose a ella—. Esto es lo que has estado esperando. Desde el principio.

La condujo fila de féretros abajo, cada uno con su tapa de cristal echada hacia atrás, revelando los sombríos contenidos durmientes de dentro. Hasta el final de la fila, cerca del muro cubierto de hielo de la cámara. El último contenedor parecido a un ataúd estaba ahí, el que Carsten había dejado sin abrir. La superficie lisa de su tapa estaba escarchada de blanco por una acumulación de cristales de hielo, como una repisa de nieve.

Carsten soltó su mano y bajó al pestillo a un lado del féretro. Una vez más, Iris oyó el pequeño suspiro como una respiración del sello neumático del contenedor siendo abierto. Carsten agarró el borde de la tapa y, con un cuidado mayor que el que había tenido con las otras, la levantó y la inclinó hacia atrás.

—Ahora dime qué ves —Carsten se apartó, dejando que Iris avanzase, reacia pero inevitablemente—. Esta vez.

Ella se quedó a un lado del ataúd y miró abajo. Y se vio a sí misma.

Había sucedido antes. El recuerdo de ver la película y ver a la mujer arriba en la pantalla, la que era exactamente como ella. La llamada Rachael de la que el blade runner Deckard se había enamorado. Entonces había sido capaz de negarse a sí misma que había estado mirando a su doble, la cara igual que la suya. Negarlo hasta que Vogel se lo había señalado, le había hecho admitir la verdad. Y la furia y las lágrimas habían brotado, desde algún lugar desconocido dentro de ella, por alguna razón que no podía desentrañar. Furia por estar asustada, asustada de no saber qué significaba; lágrimas por saber que significaba todo, aunque todavía tenía que descubrir por qué…

—La ves, ¿no? —la voz suave de Carsten llegó desde detrás de Iris—. Es como un espejo, ¿no?

Iris sólo tuvo tiempo para un lento asentimiento de acuerdo antes de que el espejo se destrozase.

Oyó el grito de la mujer durmiente, la que tenía su cara pero un nombre diferente, la llamada Rachael. Como si la mujer estuviese despertando súbitamente de su largo sueño, despertada por pesadillas, tan malas como para hacerla chillar de dolor, la boca abierta de par en par y la espalda arqueándose hacia arriba desde el sedoso revestimiento acolchado del féretro de tapa de cristal. El grito se hizo más fuerte, resonando en los muros helados, hasta que fue silenciado igual de repentinamente por la sangre que brotó y llenó la garganta y la boca de la mujer.

Y el eco no fue el de su grito silenciado, sino el sonido del disparo que había producido una pequeña flor roja floreciendo en su pecho, con un centro oscuro donde la bala había aplastado a través de la clavícula, deteniendo el latido infinitamente lento de su corazón.

El siguiente disparo del arma en la mano levantada de Iris hizo que la cara de la mujer golpease el interior del ataúd. Los brazos de la mujer se abrieron, como si intentase abrazar una bala tan grande como el mundo. Y después sólo fue una cosa muerta estropeada en la caja salpicada de rojo, los dorsos de sus muñecas contra el metal de los bordes.

—Pobre tonta —dijo Carsten. No conmoción, sino sólo tristeza sonaba en su voz—. Eso no te hará ningún bien. No detendrá nada. Es demasiado tarde para eso.

Iris dejó que el arma, ahora lo bastante caliente para descongelar su mano helada, fluyese hacia abajo por su propio peso. Se sentía mareada e insegura mientras se apartaba del féretro y su contenido muerto para mirar al anciano.

—No sé por qué… lo he hecho…

—No importa —Carsten alcanzó y le tocó el hombro, con amabilidad casi paternal—. No para ti… o ella. Que es lo mismo, en realidad. Lo sabes, ¿no? Es como el suicidio, sólo que tú sigues viva después. No puedes matarte a ti misma tan fácilmente.

No por falta de intentos, pensó Iris. Se preguntó si había estado intentándolo desde el principio. El principio, antes del búho. Levantó el arma en su mano, su metal enfriándose otra vez a la temperatura de su carne fría, y la observó…

Llegó el sonido de otro disparo, distante y apagado por los muros cubiertos de hielo de la cámara. Más tiros, el inconfundible tartamudeo de fuego de rifle automático, se filtraron desde fuera y arriba, en la superficie del desierto circundante.

Carsten se apartó de ella, su cuerpo pequeño tensándose visiblemente en alerta completa.

—No se supone que deba estar sucediendo eso —murmuró.

—¿Qué? —Iris pudo oír más disparos, todavía sordos pero más fuertes y cercanos—. ¿Qué está pasando?

—Quédate aquí —ordenó Carsten. Arrancó el arma de sus dedos rígidos, y después se dirigió con ella hacia la puerta por la que habían entrado en la cámara. Los ojos incorpóreos, en sus recipientes llenos de fluido, lo observaron pasar sin comentarios.

Carsten, arma lista en la mano, abrió la pesada puerta. La brillante luz del sol no se derramó dentro; Iris se dio cuenta de que ella y el anciano habían estado allí abajo durante horas, tanto tiempo para que la noche hubiese comenzado arriba, en el mundo real. Había suficiente luz mortecina de fuera para siluetear otra figura en la puerta, justo delante de Carsten.

Debería haberme dejado hacerlo, pensó Iris; una medida de su antigua profesionalidad incondicional regresó cuando vio lo que ocurrió a continuación. El tiempo de reacción de Carsten fue demasiado lento; incluso con el arma ya alzada en posición, no fue capaz de conseguir un tiro a tiempo. Una llamarada gruñona se desencadenó desde el rifle automático de la figura silueteada, apuntalado contra su cadera; el impacto de las balas bastó para levantar la forma ligera de Carsten del suelo y lo mandó volando atrás hacia la sala. Antes de que aterrizase, el apretón de su puño sobre el arma que le había quitado a Iris envió una sola bala hacia arriba; alcanzó uno de los accesorios luminosos fluorescentes descubiertos. Con un crepitar chispeante de electricidad, la sala entera se hundió en la oscuridad.

Con los primeros disparos, Iris se había arrastrado detrás de la fila de las cámaras de animación suspendida. Agachándose, observó mientras la figura en la puerta de la sala encendía una linterna; su haz barrió por el espacio, iluminando los ojos flotando en sus líquidos gelatinosos, después pasando. La figura dio un paso por encima del cuerpo de Carsten y caminó cautelosamente por delante de los bancos de laboratorio.

Silenciosamente, Iris se arrastró más atrás de la fila de ataúdes, alejándose de la aproximación de la figura armada, hasta que estuvo oculta por el primer contenedor que Carsten había abierto. El haz de la linterna barrió por la fila, y después se fijó sobre el féretro en el fondo, el que guardaba a su propia doble.

Con el rifle automático colgado del hombro, la figura sostuvo la linterna directamente por encima del ataúd alejado; luego se inclinó hacia delante para examinar a la mujer replicante muerta que contenía. Bastante del haz capturó su propia cara, e Iris pudo reconocerlo. *Meyer*, pensó. *Mi antiguo jefe.* De alguna manera, no se encontró sorprendida.

A Meyer sólo le llevó un examen de unos segundos asegurarse de que la mujer replicante en el féretro estaba muerta. Apagando la linterna, se giró y caminó a zancadas hacia la salida, la puerta iluminada por lo que quedaba del crepúsculo que se desvanecía fuera y por encima de la trinchera en la que la cámara estaba enterrada.

Iris reptó lentamente hacia delante, para poder mantener un ojo sobre Meyer tanto tiempo como pudiese. Se agachó detrás de la esquina de uno de los bancos de trabajo cuando vio a otra figura fuera de la puerta.

La segunda figura dijo algo que no pudo captar, aunque creyó que podía reconocer la voz. Pero las palabras de Meyer, mientras seguía dentro de la cámara, fueron bastante claras.

—Sí, la he encontrado —con una inclinación de cabeza, Meyer señaló hacia el interior sin iluminar—. Trabajé con ella tiempo suficiente cuando estaba viva; debería poder distinguirla.

La otra figura empezó a hacer alguna protesta, pero Meyer lo cortó.

—No me *importa* lo que le haya sucedido. Sólo que le ha sucedido —mientras Iris observaba, Meyer levantó el rifle automático a posición de disparo, apuntalado contra su cadera—. Te has ganado la paga.

Sonó otra ráfaga rápida de fuego de rifle, y después Meyer cruzó por encima del cadáver extendido fuera de la puerta.

Iris esperó hasta que Meyer hubo trepado fuera de la trinchera, luego se deslizó hacia delante y encontró su pistola junto a la inmóvil mano extendida de Carsten. Recogió el arma con ambas manos entumecidas, sujetándola cerca de sí misma mientras escuchaba el sonido distante de rotadores alzándose de la superficie del desierto. Los tubos de escape de los vehículos gruñeron, y después desaparecieron arriba en el cielo nocturno.

Habían salido suficientes estrellas para que, en su frío resplandor azul, Iris pudiese mirar abajo a la cara del cadáver fuera de la puerta de la cámara, y reconocer los rasgos bien definidos de Vogel. Su capacidad para la sorpresa estaba agotada; pasó por encima del cuerpo y afuera a la trinchera. Mirando arriba, más allá del borde desmigado del agujero, pudo distinguir las cicatrices luminosas de los rastros de los rotadores, dirigiéndose al oeste. Hacia Los Ángeles.

Han hecho un buen trabajo, pensó Iris mientras caminaba a través de la arena desnuda del complejo. *Muy minucioso.* Apreciaba su trabajo desde un fundamento fríamente profesional: el área alrededor de los edificios bajos y el equipo oxidado para remover el terreno estaba salpicada de los cuerpos de los agentes del consejo, la mayoría con sus propias armas automáticas a unas pulgadas de sus manos extendidas. La tranquilidad de las cosas muertas, sus agendas terminadas, descansaba sobre la parcela de desierto iluminada por las estrellas como una bendición.

Encontró a su guardia, el que le había dado agua y su arma, boca abajo fuera del edificio principal. Caminando alrededor de él, Iris abrió la puerta del edificio. No había luces: los asaltantes, quienquiera que fuesen, aparentemente habían eliminado el generador zumbante por el que el complejo había estado funcionando. Ya le había quitado una linterna a uno de los cadáveres de fuera; la encendió y dirigió su haz por el interior del edificio.

Minucioso, muy bien. Esta vez, el asco tiñó su estimación cuando vio los búhos muertos diseminados por el suelo del edificio, sus plumas llenas de sangre, pareciendo desafortunados juguetes disecados que habían sido arrastrados por la maquinaria de algún matadero. Se giró y caminó de vuelta afuera.

Una sombra, un momento más oscuro que la noche azul, pasó por delante de ella.

Iris miró arriba y vio parpadear secciones pequeñas de la luz de las estrellas, cuando algo voló por encima. Algo mucho más pequeño que un rotador, que se movía en silencio y haciendo curvas, impulsado por el batir de sus alas extendidas. Ella barrió el haz de la linterna arriba en el cielo nocturno, y captó, por una fracción de segundo, el brillo reflejado de dos ojos dorados. Eso fue todo lo que necesitó para reconocer el búho, el mismo que había buscado y capturado anteriormente.

El búho voló fuera a la extensión abierta del desierto, hacia las formas dentadas de las colinas lejanas. Sus propios ojos se habían ajustado tanto al espectro parcial establecido por las estrellas que pudo seguir la sombra rápida de la criatura a través del paisaje llano. En la distancia, más allá de una aplanada sección rota de la valla que circundaba el complejo, vio al búho lanzarse abajo hacia el suelo. La figura de un hombre, apenas discernible, lo esperaba de pie, un antebrazo levantado. Las alas del búho llamearon hacia fuera para frenar su picado, sus garras alcanzando y agarrando la percha del brazo del hombre. Una vez asentado ahí, el búho se envolvió con sus alas.

Mientras Iris observaba, el hombre empezó a caminar a través de las arenas luminosas hacia ella; el búho permanecía sobre su brazo alzado. Cuando la figura oscura se había aproximado sólo unas yardas, Iris se dio cuenta de que había alguien más con él, una figura más pequeña caminando a su lado; un niño.

Ambas figuras, ahora separadas en su mirada, caminaban sin prisa hacia ella. Cuando alcanzaron la sección derribada de valla, el hombre tuvo que extender su mano libre hacia la niña y ayudarla a cruzar; Iris pudo ver que era una chica, con pelo oscuro recogido en una única trenza. Con el arma colgando suelta en la mano, Iris esperó mientras cruzaban el interior del complejo, por delante de la maquinaria inerte y los cadáveres boca abajo en la arena.

—No necesitarás eso —dijo el hombre—. El arma; no es necesaria.

Los brillantes ojos dorados del búho la observaban sin pestañear. Donde el búho estaba posado sobre su brazo levantado, sus ojos estaban al mismo nivel que los de él. Ojos, y una cara que Iris había reconocido, incluso antes de que hablase.

—Eres Deckard —una declaración, no una pregunta—. El blade runner.

—Claro —ni siquiera tuvo que asentir para hacerle saber que tenía razón—. Deberías saberlo. Has visto la película.

Deckard parecía mayor que en la película, el pelo recortado salpicado de rastrojos grises finos y fuertes en las sienes. Su cara, con la pequeña cicatriz en la barbilla, estaba arrugada y curtida, pero era definitivamente de la que se había enamorado la mujer replicante en la película.

Él y la chica se habían detenido más o menos a una yarda de ella. La mirada de la niña de pelo oscuro pestañeaba casi tan poco como la del búho; todavía se aferraba a la mano de Deckard.

—Y mi nombre —anunció con una voz reservada— es Rachael.

—Por supuesto. —Iris no sabía qué más decir—. Por supuesto que lo es. —Lo que no podía decir, pero supo con absoluta certeza, era que estaba mirando a la niña que la mujer

en la película, la también llamada Rachael, fue una vez. No había confusión de la semejanza entre la niña y la adulta.

O, Iris también cayó en la cuenta, entre la niña y ella misma.

—Has recorrido un largo camino —dijo Deckard—. Más lejos de lo que comprendes. Pero en algunos aspectos —la misma sonrisa irónica ladeada de la película se mostró en su cara—, no has ido a ninguna parte en absoluto.

—No sé qué quieres decir. —La fatiga la había bañado otra vez, como una corriente invisible a través del desierto, la marejada de sus olas llevándola en la superficie, sin voluntad propia—. De verdad… no lo sé.

—Lo harás. Todo se revela, finalmente. Quieras o no —Deckard soltó la mano de la niña y tomó la suya—. Venga.

—Espera un minuto —Iris resistió el tirón de su mano—. Fuiste tú, ¿no? Tuviste que serlo.

—¿Qué quieres decir?

—El que me quitó el búho —dijo Iris—. Cuando lo tenía en mi apartamento. Puedo decirlo. Cuando estás tan cerca de mí, puedo decirlo.

Deckard esperó un momento antes de responder.

—Era necesario —dijo al fin—. Y también fue por tu bien. Si no te hubiese quitado el búho… —miró la criatura de ojos dorados posada en su brazo alzado, y después otra vez a Iris—. Ahora mismo no estarías viva.

—Quizá no. —No podía decidir si eso habría sido mejor.

Dejó que el blade runner y la niña la guiasen a través del complejo, hacia la valla. En la distancia, adonde la sombra del búho había dirigido la mirada de ella, ahora vio un rotador sin identificación aparcado en la concavidad de una de las dunas.

—¿Adónde vamos? —Después de todo lo que había sucedido, Iris sabía que no tenía forma de evitar que algo más la sorprendiese—. ¿De vuelta a Los Ángeles?

—No seas boba —dijo la chiquilla, andando penosamente junto a Iris—. ¿Cómo podríamos? No es posible.

—¿Por qué no?

Deckard seguía caminando, dirigiéndola hacia el rotador; había dejado que el búho volase por delante, el batir de sus grandes alas audible en el silencio del desierto. Miró por encima a Iris.

—No puedes *volver* a Los Ángeles, no a la Los Ángeles real, si nunca has estado allí en primer lugar.

—¿Qué quieres decir? —Iris se paró en seco, retirando su mano de la de él. Había metido el arma dentro de su chaqueta andrajosa, su peso contra las costillas—. ¿De qué estás hablando?

—No lo sabe —dijo la niña Rachael—. Tienes que decírselo. *Todo.*

—Muy pronto —dijo Deckard. Levantó la mano, apuntando arriba al cielo nocturno—. Mira. Echa un buen vistazo. Ésas no son las estrellas que se ven desde la Tierra.

Iris inclinó la cabeza, mirando arriba a las constelaciones desordenadas. Ninguna de las cuales reconoció; en los rincones más lejanos de su memoria estaban las imágenes brillantes de otras estrellas, otros patrones sin palabras a los que nunca había puesto nombre. *Pero quizá nunca las he visto,* pensó Iris. Siempre habían estado las nubes y las lluvias en Los Ángeles. En alguna Los Ángeles.

—Eso no demuestra nada —dijo Iris. Pudo oír la desesperación en su voz, el intento de aferrarse al menos a una cosa que había creído que era verdad—. No lo hace…

—Nada lo hace —Deckard empezó a caminar otra vez, con la chiquilla a su lado. No miró atrás—. Entonces descúbrelo por ti misma.

Iris esperó un momento, sintiendo los vientos del desierto deslizarse a través de su chaqueta y por su piel. Miró arriba a las estrellas desconocidas una vez más, después bajó la mirada y siguió detrás del hombre y la chica, hacia el rotador que esperaba.